VICTOR M. SONEGO

LAS DOS ARGENTINAS

Pistas para una lectura crítica de nuestra historia

Prólogo de Enrique de Vedia

1 9 8 3
EDICIONES DON BOSCO ARGENTINA

Diseño de tapa: Mario A. Ciurca.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

ISBN 950-514-419-9

A mi esposa y mis hijos,
como testimonio de mis luchas.

A la memoria
del padre Alfredo Alvarez,
impulsor de este libro,
cuyo espíritu nacional y popular
inspiró muchos
de los conceptos de esta obra.

INDICE

Pág.

PROLOGO 7

EL POR QUE DE ESTE LIBRO 11

Capítulo I
LAS DOS ARGENTINAS 15

Fundamentos filosóficos de ambas líneas 17

Capítulo II
LA FORMACION DE LA BURGUESIA COMERCIAL 21

Esplendor y ocaso de España 21
La fundación de la Colonia del Sacramento 24
Los portugueses en Buenos Aires 25
El contrabando 26
Se crea el Virreinato 28

Capítulo III
EL IMPERIO INGLES A LA CONQUISTA
DEL RIO DE LA PLATA 31

El crecimiento económico de Buenos Aires 32
Las invasiones inglesas. Nacen las dos Argentinas .. 35

Capítulo IV
"UNA NUEVA Y GLORIOSA NACION" 38

La revolución sin rumbo fijo 42
El proyecto liberal en marcha: Rivadavia en el Poder 44
San Martín derrota a Rivadavia, pero el proyecto
liberal sigue su marcha 48

Pág.

Artigas: Primera expresión del movimiento nacional y popular 50
Artigas: El héroe rioplatense 51
Artigas proclama la independencia 55
Política económica del Protector de los pueblos libres 56
Por fin la independencia 56
Los portugueses otra vez en la Banda Oriental. El fin de Artigas 58
Rivadavia vuelve al Poder 60
Los orientales quieren seguir siendo argentinos 64
Rivadavia Presidente 65
Y los orientales no pudieron ser argentinos 68
El crimen más alevoso de nuestra historia 69

Capítulo V
LA ARGENTINA COMIENZA A SER UNA PATRIA 72

Primer gobierno de Rosas 73
Rosas espera su turno 76
La Argentina nacional y popular al poder 78
La Confederación Argentina 79
El modelo económico 80
Rosas termina con la ley de enfiteusis 82
La generación del 37 equivoca el rumbo 84
La Confederación Argentina lucha contra la dependencia 86
La tercera invasión inglesa, pero ahora en compañía 88
La libre navegación de los ríos 89
Los unitarios piden la intervención 90
La Vuelta de Obligado. Cuando los argentinos no sabían de arrugues 91
Caseros: Una derrota argentina 94
Rosas: Su valoración 98

Capítulo VI
EL TRIUNFO DE LA ARGENTINA LIBERAL Y LA CONSOLIDACION DE LA INDEPENDENCIA ... 101

El Brasil cobra su cuenta 101
La restauración liberal 103
La Triple Alianza o el genocidio de un pueblo 108
El modelo agroexportador dependiente 111
Los ferrocarriles británicos 112
Teníamos ferrocarriles, ¿por qué no explotamos nuestro carbón? 114
La subordinación cultural 117

Pág.

Capítulo VII
SE FORMA LA ARGENTINA OLIGARQUICA. LA GENERACION DEL 80 Y SU PROYECTO 119

Características de la generación del 80 120
La inmigración 122
El Proyecto del 80 124
El roquismo 128
El intento de suplantación cultural y el conflicto con la Iglesia 130
Las inversiones extranjeras 132
El gobierno de Juárez Celman 134
La crisis del 90 136
El unicato 141
Comienza la crisis 142
La Revolución del 90 146
La renuncia de Juárez Celman. Presidencia de Pellegrini 151
Nace la Unión Cívica Radical 154

Capítulo VIII
LA LENTA AGONIA DEL REGIMEN OLIGARQUICO 157

Esplendor y ocaso de la oligarquía terrateniente 157
La expansión agropecuaria y la distribución del ingreso 158
Se gesta la resurrección de la Argentina nacional y popular 161
La ley electoral. El voto secreto y obligatorio. El fin del régimen 171

Capítulo IX
LA ARGENTINA NACIONAL Y POPULAR TIENE NUEVO ROSTRO: HIPOLITO YRIGOYEN 174

El hombre 175
Sus ideas 177
Gobierna Yrigoyen. La Argentina nacional y popular otra vez en el poder 180
El régimen no se rinde 183
La neutralidad 184
Su fe hispanoamericana 186
Nuevo triunfo diplomático 188
Su política económica 191
Los conflictos obreros 192
La izquierda e Yrigoyen 197

Pág.

Lisandro de la Torre, tenaz opositor. Un liberal confundido 199
El yrigoyenismo y el Partido Radical 202
El intermedio alvearista 204
Yrigoyenistas contra alvearistas 206
Yrigoyen vuelve al poder 210
Petróleo para los argentinos 212
El fin del yrigoyenismo 214

Capítulo X
LA SEGUNDA RESTAURACION LIBERAL (1930-1945) 217

Los militares interrumpen nuestra vida institucional 219
Comienza la inestabilidad institucional: 6 de setiembre de 1930 224
La presidencia de Uriburu 228
Retorna la Argentina liberal. Gobierna Justo. Se consolida la dependencia 233
La política económica de Justo 235
El tratado Roca-Runciman 236
La creación del Banco Central 238
La Corporación de Transportes 241
Otros aspectos del sometimiento económico: Las concesiones eléctricas 243
El petróleo 246
FORJA: Un bastión en la lucha por la emancipación nacional 248
Radicalismo versus yrigoyenismo 250
Ortiz intenta su reivindicación histórica 253
Y todo quedó como estaba 255
El principio del fin de la década infame 258
Se crea el GOU 259

Capítulo XI
UN DIA COMO OTROS, DISTINTO A TODOS 262

La revolución del 4 de junio de 1943 262
Surge Perón 264
El año 1945 266
La labor de la Secretaría de Trabajo y Previsión .. 268
Prolegómenos del 17 de octubre. Llega Spruille Braden 272
El 17 de octubre de 1945 274
La reunión del Consejo Confederal de la CGT 281
Las masas populares irrumpen en la historia nacional 282

Pág.
Una historia como hubo muchas 285
Perón presidente 286

Capítulo XII
SIN GALERA Y SIN BASTON, ES EL PUEBLO DE PERON 290

En lo económico 293
Los contratos petroleros 301
La dignificación de los descamisados 303
Evita 305
La política internacional 307
Una Constitución más social 308
Un gobierno autocrático 310
El enfrentamiento con la Iglesia 313
Méndez San Martín, Teissaire y Borlenghi: tres nombres para la conjura 314
Creación del Partido Demócrata Cristiano 316
La acción de Teissaire 318
Causas posibles del enfrentamiento con la Iglesia .. 324
El fin del gobierno peronista 328

Capítulo XIII
LA REVANCHA LIBERAL 333

Echan a Lonardi 334
Llegan los gorilas 336
Otra vez el proyecto de la dependencia 337
Las tablas de sangre de los libertadores 339
Una democracia de minorías 340

Capítulo XIV
AÑOS DE CAOS 345

Su política económica 345
Los contratos petroleros de Frondizi 347
La situación social 349
Política internacional 351
Su caída 352
Casi una guerra civil 354
Azules y colorados 356
En busca de un peronismo sin Perón 358

Capítulo XV
DECIAMOS AYER... 361

Los azules a la conquista del poder 364
Los militares arrojan del poder a Illia 366

Capítulo XVI
GOBIERNA LA TECNOCRACIA. SE INCUBA LA SUBVERSION 369

Los nacionalistas terminan siempre copados por los liberales 371
Comienza la subversión. El cordobazo 372
Jaque al rey 375
Un desconocido llamado Levingston 377
Lanusse versus Perón 379

Capítulo XVII
¡ADIOS, COMPAÑEROS! 384

Gobierna Cámpora. La subversión contra el pueblo .. 384
Perón presidente. El gobierno popular encauza el rumbo 388
La concertación, base del proyecto económico y social 391
Un discurso esclarecedor 394
La muerte corta un diálogo de treinta años 397
La desintegración del movimiento nacional. La vuelta del liberalismo 400

Capítulo XVIII
APORTES PARA UN NUEVO PROYECTO NACIONAL 403

El respeto a las minorías liberales 403
El futuro del movimiento nacional 405
Una propuesta socialcristiana para una Argentina libre y justa 407
La Argentina que queremos los socialcristianos 409
Democracia pluralista y participativa 412
Desarrollo autónomo 412
Integración latinoamericana 413
Justicia social 414
Revalorización de nuestras raíces culturales 415
A los jóvenes argentinos 417

PUNTO FINAL 418

BIBLIOGRAFIA 421

PROLOGO

Ninguna circunstancia de la vida humana, y consecuentemente de la vida de un país, tiene explicación si se la desvincula de su génesis, sus causas y del contexto en el cual se desenvuelve. No es este prólogo el marco adecuado para extenderse sobre las razones y hechos determinantes del presente argentino, que Víctor M. Sonego investiga y desarrolla con erudición; pero en la búsqueda de explicaciones a nuestra realidad actual yo diría que, desde hace muchos años, la Argentina interrumpió el proceso de consolidarse como Nación porque se impidió que el pueblo fuese sujeto y protagonista de su historia.

La Nación no es una entelequia. Se la ha definido con acierto como "la comunión de los que vivieron, los que viven y los que vendrán", precisándose de ese modo la idea de continuidad, unidad y singularidad que expresa la voluntad de un pueblo de identificarse en el reconocimiento de un pasado común, en un presente compartido sobre valores fundamentales y en un futuro que promueva y enriquezca, con las peculiaridades nacionales, las causas de la dignidad humana, de la justicia, de la libertad y de la paz. No hay Nación sin Pueblo. Lo contrario es pretender una abstracción o querer identificar a la Nación con los intereses de una élite.

La Nación es una realidad cultural que expresa los datos, las creencias, las costumbres y los valores que identifican a un pueblo entre los pueblos. El desarrollo cultural de un pueblo hacia la plena identidad nacional constituye un largo proceso de gestación. Por eso puede decirse, desde esta perspectiva cultural, que la Nación, como identidad definitiva, es el objetivo fundamental de los argentinos y el proyecto mayor latente en el alma de nuestro pueblo, pero no es aún una realidad consolidada.

Y no lo es porque el pleno desarrollo cultural, que va plasmando la identidad de un pueblo, sólo es posible alcanzarlo en el marco de la libertad y en la medida en que el pueblo protagonice, con su activa participación, la construcción de su propio destino nacional.

En escasos períodos de nuestra historia pudo el pueblo ser el motor de las decisiones nacionales. Largas etapas de ejercicio autocrático del poder o de gobierno de las oligarquías impidieron la participación activa del pueblo, no sólo en la generación de gobiernos legítimos que expresaran el interés de la Nación, sino también en todas las manifestaciones de la vida argentina, porque la fuerza desbordada en arbitrariedad, la intimidación y la censura fueron constantes destinadas a impedir el desarrollo social y cultural de nuestro pueblo.

La Argentina, por su cultura, por la naturaleza y madurez de su pueblo, por las características de su sociedad, está llamada a vivir en el marco del único sistema compatible con su pluralismo social, político y cultural, que es el sistema democrático. Nuestro país es plural y complejo, se expresa en una riquísima diversidad de corrientes de pensamiento que sólo en la democracia pueden encontrar la forma de convivir, resolver pacíficamente sus controversias y lograr una síntesis nacional sobre valores compartibles. Cuando la democracia no rige, cada

sector lucha por imponer sus ideas y aspiraciones, sin consideración alguna para con otras expresiones de la vida del país. En el sistema democrático impera la necesidad de convivir, de transar, de buscar coincidencias. Claro está que no se trata del solo establecimiento de un mecanismo formal que agote la participación en el voto. El voto es el punto de partida insoslayable, pero la democracia debe ser el cauce por donde la participación del pueblo profundice un proceso de cambio social.

La raíz de los problemas argentinos es, sin duda alguna, de naturaleza política. Aquí, como en la mayoría de los países de América Latina, el problema fundamental está dado por la lucha entre quienes aspiran a construir un Estado democrático basado en la soberanía popular, en el reconocimiento del pluralismo político y social, en el derecho y la justicia, y quienes pretenden imponer sistemas de gobiernos autocráticos o dictatoriales, de los cuales se sirven las minorías antinacionales para el desarrollo de sus proyectos de dependencia.

La Argentina de estos últimos años ha vivido la dura experiencia resultante de los proyectos de opresión, colonización y dependencia. Está claro para los argentinos que la razón fundamental que ha impedido el desarrollo político de nuestro país la hallamos en la permanente resistencia a los procesos de democratización por parte de grupos minoritarios, civiles y militares, verdaderas oligarquías que se niegan a ceder el poder que ejercen, frecuentemente vinculado con intereses extranjeros.

Pero hay un desarrollo incontenible, permanente y vigoroso de la conciencia nacional de los argentinos. No nos resignamos a servir de peso muerto a la tierra. No queremos que el miedo siga ocupando el espacio de la libertad en nuestro país. Crece entre nosotros, en la conciencia de nuestra dignidad, la necesidad de participar en la construcción del des-

tino nacional. Los argentinos advierten que ello sólo puede darse en la perspectiva de la realización de la comunidad nacional. Identifican esa realización con el ejercicio de la soberanía popular en marcha hacia las grandes síntesis de justicia y libertad, de la Argentina nacional y federal, descentralizada y democrática y de la identidad cultural que selle nuestra unidad definitiva.

Víctor M. Sonego ha buceado con sagacidad y perseverancia en nuestra historia. Ha ido descubriendo la trama intensa de nuestros conflictos. Lo ha hecho desde el enfoque que determina su profunda vocación popular y su hondo sentimiento nacional. Hombre de partido ha sabido, sin embargo, sustraerse del marco estrecho de una ideología particular, para abarcar, en toda su magnitud, las raíces profundas de los problemas argentinos. Rescata la Argentina nacional identificada con las luchas populares y condena al liberalismo que, con su secuela de materialismo y capitalismo dependiente, ha postergado el desarrollo y el florecimiento de los valores de la cultura de nuestra propia identidad.

Este libro constituye un singular aporte a la causa nacional y popular argentina. Podrá discreparse con apreciaciones o juicios particulares o referidos a alguna circunstancia especial. Pero quedará en definitiva como una contribución trascendente al estudio de nuestra historia. Y, por cierto, como la expresión de un profundo y meduloso trabajo de investigación y la apasionada manifestación de un hombre que ama a su Pueblo y a su Patria. Merece ser leído y aprovechado.

Enrique de Vedia

Julio de 1983

EL POR QUE DE ESTE LIBRO

Escribir un libro de historia, puede parecer en estos críticos momentos que vive el país algo desconectado de la realidad.

Mientras la Nación busca, casi con desesperación, un camino que la saque del pantano en que parece hundirse cada día más, el que alguien empuñe la pluma para contarles a sus compatriotas cosas del pasado puede merecer más de un despectivo comentario.

La mención de la palabra historia trae a la mente la idea de una disciplina estéril, incapaz de aportar nada al presente, y con frecuencia oímos decir que los argentinos tenemos que dejar de preocuparnos por lo que pasó y dedicarnos más a lo que pasa y va a pasar.

Esto puede ser así, si el relato histórico sólo nos trae la relación de hechos ocurridos, buscando únicamente enriquecer con ellos el intelecto del lector como mero pasatiempo de erudito, sin darle elementos que lo vivifiquen para la acción.

Para que esto no ocurra el análisis histórico debe buscar en el estudio de lo sucedido en otras épocas las causas que han influido en la realidad presente. Esto, en consecuencia, hará posible la elaboración de estrategias políticas futuras, adecuadas a los cambios que se quieran introducir en la situación política actual. Es decir, el objetivo del conocimiento histórico considerado en forma dinámica es alumbrar el porvenir.

En esto radica el por qué de la importancia que los grupos dominantes dan a la visión histórica que los justifican y que procuran por todos los medios imponer en los lugares de formación del pensamiento, en especial de las jóvenes generaciones.

Con la madurez conceptual de su ancianidad Juan Bautista Alberdi decía:

"Entre el pasado y el presente hay una filiación tan estrecha que juzgar el pasado no es otra cosa que ocuparse del presente. Si así no fuera la historia no tendría interés ni objeto. Falsificad el sentido de la historia, y pervertís por el hecho toda la política. La falsa historia es origen de la falsa política".

Por cierto que es así, la falsificación de la historia implica la falsificación de los valores sobre los cuales ha de fundamentarse el desenvolvimiento político de una Nación, y al no ser éstos los verdaderos, las políticas aplicadas no responden a la propia realidad vigente. El conocimiento errado de la causa de los problemas que dicha comunidad debe afrontar, impide, a su vez, la formación de políticos lúcidos, que señalen con claridad los caminos a transitar para lograr los cambios sociales necesarios y adecuados a cada etapa histórica.

En las páginas de este libro trataremos de radiografiar la esencia del conflicto básico de nuestro devenir histórico que nos permita entender nuestro difícil presente y proyectarnos hacia un futuro en el que se den las condiciones para que las venideras generaciones puedan plasmar el destino de grandeza que siempre alentamos los argentinos y que a menudo nos hizo sentirnos más de lo que realmente somos: un remoto y pequeño país —aunque grande en extensión— con una gran riqueza potencial a desarrollar y una misión a cumplir. La historia así se convierte en una especie de espejo retrovisor cuyo uso es imprescindible si queremos avanzar sin

problemas y prever posibles dificultades. Si pretendiéramos conducir mirando sólo a dicho espejo, con seguridad chocaríamos, pero a su vez si pretendiéramos hacerlo sin prestarle la debida atención, también seguro que no llegaríamos al fin del viaje.

Así es la historia, con su solo conocimiento no forjaremos el futuro, pero sin su conocimiento verdadero tampoco podremos alcanzar nuestra vocación como pueblo.

Este libro no ha sido pensado como un entretenimiento para diletantes de la historia, ni como una fuente de información para eruditos, sino como un buscahuella que el hombre argentino, comprometido con su país y su tiempo, tenga siempre a disposición para no perder el rumbo y encontrar el hilo conductor de la historia que le sirva para entender el presente y actuar de acuerdo a los verdaderos intereses del país. Así se podrá evitar las trampas que a cada paso le tienden los grupos de poder extranacionales y sus aliados internos.

En nuestra síntesis histórica hemos dejado deliberadamente de lado lo que entendimos secundario o circunstancial, para centrar nuestro relato en aquellos aspectos fundamentales del enfrentamiento de los proyectos de Nación. Quizá por ello muchos la consideren algo simplista o demasiado lineal, porque deja de lado aquellas zonas grises donde han transitado hechos y hombres no totalmente comprometidos con uno de los dos proyectos en pugna. Aceptamos tal crítica desde ya, pero entendimos que para el mejor cumplimiento del objetivo buscado y la fácil comprensión de nuestra problemática histórica por parte del hombre común era un precio que valía la pena pagar.

Estimado lector, encontrar ese hilo de ARIADNA que nos conduzca a través de todos los vericuetos de nuestro pasado, sin perder el rumbo del interés

de la Nación y del Pueblo, puede ser un ejercicio apasionante. Le invito a intentarlo juntos. El premio tal vez sea aprender a recorrer el laberinto de nuestra historia sin que el Minotauro de los intereses extraños a la Nación, que allí se esconde, pueda devorarnos jamás.

El Autor

Capítulo I

LAS DOS ARGENTINAS

Desde los albores de nuestra nacionalidad se han perfilado, en nuestra historia, dos líneas de pensamiento político, dos proyectos de país que con sus épocas de alternado predominio han generado nuestro turbulento proceso histórico, hecho de grandes enfrentamientos y profundas contradicciones.

Por un lado la *línea nacional*, con los caudillos y los grandes líderes populares, y por otro la *línea liberal*, con los hombres del puerto, las minorías ilustradas y los sectores vinculados a los intereses agroexportadores.

La *línea nacional* generó regímenes autocráticos de amplia base popular, trató de desarrollar modelos económicos de desarrollo autónomo, basados en el proteccionismo industrial y afirmó la vigencia de los valores culturales nacionales. Fueron sus caracteres principales: su esencia popular, su espíritu cristiano, indohispánico, antiliberal y antiiluminista.

La *línea liberal* ha dado regímenes de nula o restringida participación popular, sus modelos económicos provocaron un desarrollo agroexportador dependiente, basado en "el librecambio", adhiriendo a formas y valores culturales extraños. Sus rasgos principales han sido su carácter antipopular, su espíritu laicista, anglosajón, mercantilista y enciclopédico.

Fueron y son, dos realidades enconadamente opuestas y muchas veces violentamente expresadas que en el curso de la historia se han sintetizado a través de distintos lemas dicotómicos: "Civiliza-

ción o barbarie", "La causa contra el régimen", "Braden o Perón", "Liberación o dependencia"...

Otros países también han conocido similares situaciones y parecidos enfrentamientos. Sin ir más lejos, en los Estados Unidos, norteños y sureños definieron por las armas el país que querían construir. Triunfó el norte e impuso su modelo de país, al que hasta le dio su mote: yanquis. Los vencidos debieron aceptarlo e integrarse al vencedor. De ahí en más no hubo dos Norteaméricas, sino una, la que los vencedores querían. Vencedores y vencidos encontraron su lugar en la historia y a nadie se le ocurriría remover el polvo de sus huesos para dirimir una cuestión del presente.

Pero, en la Argentina, no ha sido así. A pesar de los 173 años transcurridos desde las jornadas de mayo de 1810, todavía el país no ha resuelto esta confrontación, ni cicatrizado las heridas que sus sucesivos enfrentamientos han ido dejando en el alma argentina.

Por eso discutimos tan apasionadamente si Artigas, López o Rivadavia. Si Rosas o los unitarios. Si Mitre o el Chacho Peñaloza. Si la generación del 80 o la resistencia radical. Si Yrigoyen o los conservadores. Si Perón o los antiperonistas. Todas versiones distintas, según la época, de un mismo problema de fondo: *el país que queremos los argentinos.*

Por ello, también las nuevas generaciones asumen como propias las disputas del pasado y cincuenta o cien años no han sido suficientes para acallar pasiones o enconos.

El presente replantea el mismo dilema y reaviva con su problemática aspectos no resueltos del pasado. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que pocos pueblos del mundo viven tan apasionadamente su historia, como nosotros los argentinos.

A través de las páginas de este libro, veremos

conformarse las dos Argentinas, señalaremos sus hombres prominentes, recorreremos sus enfrentamientos y alternadas preeminencias en el poder, para llegar a nuestros días, en los cuales, esta historia pendular de nuestra Patria parece llegar a una instancia crucial, en la cual o una de las dos Argentinas impone su proyecto o se logrará una verdadera síntesis que señale el derrotero definitivo del país, si realmente queremos que nuestra Nación tenga futuro.

Fundamentos filosóficos de ambas líneas

En esta disímil visión de la Argentina, hay diversidad de intereses, de aspiraciones nacionales, de concepción del quehacer político y económico y también de entronque filosófico.

La *línea nacional* se nutrió en la vertiente hispano-criolla que recogió de la España medieval y renacentista los grandes valores que inspiraron su conducta y su concepción de la sociedad y de la Patria.

En esa España que batalló siete siglos contra el invasor moro; en la cual no penetró el individualismo protestante de la Reforma, ni conoció la revolución burguesa; la que alcanzó con Felipe II su hora de mayor esplendor y a la cual los franceses Borbones no pudieron quitarle sus atributos fundamentales inspirados en las cualidades del espíritu medieval o sea el valor personal y físico, la lealtad, la largueza o generosidad y fundamentalmente la fe en Dios.

Son éstos los valores que nutren el accionar de los hombres de la *línea nacional* y son justamente estos valores los que forman el sustrato de la nueva identidad cultural, surgida de la integración de la cultura española y la indígena, que encuentra

en el mestizaje su elemento catalizador y en el espíritu cristiano, que la Iglesia sembró en el elemento autóctono, su medio aglutinante.

En efecto la Iglesia, al impartir el bautismo al indígena, reconoce en él su propio carácter de hombre, hijo de Dios, colocándolo en un plano de igualdad con el conquistador español y hace posible la unión del blanco con el indígena, de ahí el nacimiento de un nuevo pueblo con su propia cultura.

De esta común raíz cultural y étnica surgen las naciones iberoamericanas, vinculadas por una misma fe, igual lengua, similares instituciones jurídicas e idénticos valores culturales, y de allí también surge la Patria Argentina.

Y es tan clara esta vertiente hispánica-medieval y cristiana en nuestro ancestro cultural, manifiestamente asumida por nuestras mayorías populares, que si España engendró al Quijote de la Mancha, como arquetipo de aquellas virtudes de fe, valor y generosidad; estas tierras vieron nacer al "Quijote de las pampas", el Martín Fierro, unidos ambos por una misma visión del hombre, de su destino y de su moral.

Nuestra identidad cultural se complementará con la vertiente cultural proveniente del Atlántico, traída por la ola de inmigrantes que arribarán a nuestras playas desde 1860 en adelante.

Los hombres de la *línea nacional* siempre se identificaron con nuestros propios patrones culturales y su inspiración cristiana, siendo baluartes de su defensa frente a los constantes intentos de autodenigración de los mismos y su reemplazo por otras formas culturales extrañas.

Por su parte la *línea liberal*, adhiere a los postulados de la filosofía del liberalismo y del utilitarismo imperantes en Europa en los siglos XVIII y XIX. Estas corrientes filosóficas se entroncan con

el Renacimiento y con la Reforma, quebrando el orden medieval y su visión teocéntrica del mundo; para reemplazarla por un antropocentrismo iluminista y apasionado donde el hombre reemplaza a Dios como centro del universo, desatando incontenibles ansias de poder y de riquezas que darían como resultado la sociedad industrial capitalista moderna.

Fue justamente la Reforma religiosa luterana con su liberalismo religioso (destructor de la unidad popular) y en especial el calvinismo, al considerar la prosperidad como signo del favor divino, lo que dio la justificación teológica para que el hombre pudiera dedicarse a las actividades comerciales, industriales y capitalistas, con un acentuado afán de lucro, estimulando las cualidades necesarias para el éxito material. Así el trabajo utilitario y el ahorro especulativo juntos construyeron el capitalismo moderno. No en vano fue el norte de Inglaterra, tierra de Wesley, el metodista, donde se produjo la Revolución Industrial.

Y es el protestantismo liberal el que domina el sustractum ideológico del "Occidente capitalista" desde el siglo XVIII hasta nuestros días. Nuestra corriente liberal adoptó el ideologismo revolucionario francés y el librecambismo inglés. Por esto fueron siempre valores fundamentales para nuestros liberales el respeto, siquiera formal, de las libertades individuales y la eficiencia económica, tratando en todo momento de copiar los patrones culturales de la Europa protestante. Para ellos estos valores y patrones fueron los únicos aptos para producir "el progreso y la civilización" que deseaban en estas tierras. Tal pensamiento llevó a sus hombres a difundir un sentido de autodenigración sobre las potencialidades humanas de nuestro pueblo, desvirtuando la conciencia nacional y combatiendo la inspiración cristiana de nuestra cultura a la que se buscó suplantar por una cultura neutra.

Podemos apreciar así como ambas líneas cargan como bagaje ideológico dos concepciones del mundo y del hombre, diametralmente opuestas. Con esto no pretendemos interpretar la historia en función de las ideologías, lo que sería un craso error, creemos sin embargo que esta consideración de su entronque ideológico tiene gran utilidad, pues agrega un elemento de importancia en el análisis de las divergencias y de los enfrentamientos entre las dos líneas históricas al que generalmente no se le ha dado la relevancia que posee.

Capítulo II

LA FORMACION DE LA BURGUESIA COMERCIAL

Esplendor y ocaso de España

Cuando a principios de 1516 Juan Díaz de Solís llegó a la desembocadura de un mar de aguas dulces y amarronadas, lo alcanzaba la gloria del descubrimiento de lo que habría de ser la tierra rioplatense y a la vez la tragedia de su muerte que regaría por primera vez con sangre europea estas costas, en un bautismo de violencia que luego signaría la historia de las tierras descubiertas.

Al mismo tiempo, en España, Don Carlos V nieto de los reyes Católicos asumía la corona y por herencia de su otro abuelo Maximiliano, prontamente reuniría bajo su cetro un imperio mayor que el de Carlomagno.

Este proceso de la hegemonía española, en Europa, comienza con el casamiento en 1469 de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón lo que conduce a España a la unidad consolidando su poder sobre la Europa medieval moribunda. Con Carlos V, esta etapa de esplendor del poder español alcanza su cenit el cual se extenderá al reinado de su hijo Felipe II, comenzando su declinación hacia el fin del reinado de éste.

Durante este período, España se propuso el arduo deber de realizar la unión de los reinos cristianos "luchando contra los infieles enemigos de nuestra santa fe católica". Este pensamiento la condujo a sus empresas guerreras contra Francia, contra Inglaterra, el imperio turco o la creciente herejía luterana.

Fue durante esta época en que tuvo lugar la con-

quista y colonización de América, una de las epopeyas más gigantescas de la Historia Universal. La vida de tres generaciones insumieron los castellanos en descubrir, explorar, conquistar y colonizar el imperio más grande que el mundo jamás viera. Para ello, debieron realizar prodigios de valor, energía y paciencia. A la vez que fueron capaces de trasplantar su fe, sus leyes e instituciones en un proceso colonizador sin parangón en el mundo, al margen de excesos y explotaciones que las hubo, como no podía ser de otra forma.

Sin embargo, en nuestra enseñanza oficial y privada se suele repetir la famosa "leyenda negra" que iniciada en Holanda sirvió luego a Inglaterra para desmerecer y aun atacar todo lo hecho por España en América, como un medio para justificar y presentar el recambio de la dominación española por la inglesa en estas tierras, como un signo de progreso y civilización. La decadencia española se hace visible a partir del advenimiento de Felipe III. Se agudiza hacia el fin del primer tercio del siglo XVII con la llegada al trono español del muy mediocre Felipe IV (1621-1665) quien entregó la conducción de los negocios del Estado al duque de Olivares, personaje carente de talento quien embarcó a España en una serie de desdichadas aventuras que provocaron una rebelión general, en medio de la cual, los portugueses proclamaron su independencia consolidada en 1668.

A la muerte de Felipe IV en 1665, asumió el trono Carlos II, llamado *El Hechizado* por haberse atribuido su naturaleza enfermiza a un embrujamiento. Con el advenimiento al trono de este rey las cosas empeoran aún más para España. Por el inicuo tratado de Nimega de 1678 se perdió Sicilia, el Franco Condado y varias ciudades flamencas. En el mismo año don Pedro, regente de Portugal, comisiona a Manuel Lobo para fundar una población en

la margen oriental del Río de la Plata en la América española. La débil salud de Carlos II preanunciaba su muerte a corto plazo y aunque su agonía duró 35 años, los principales países europeos tomaron sus precauciones para repartirse la herencia española. Por el tratado de Londres, Francia, Portugal, Inglaterra, Saboya, Holanda y Suecia acordaron su correspondiente tajada en el reparto.

Pero Carlos II, para evitar el desmembramiento de España, optó por testar a favor de Felipe, duque de Anjou, nieto de Luis XIV de Francia. Muerto Carlos II, el 1º de noviembre de 1700, Luis XIV desconoció el tratado secreto de Londres y aceptó el legado de España hecho a su nieto; ello significó la guerra contra casi toda Europa. Fue la guerra de sucesión que duró 12 años y a la cual puso fin el tratado de Utrech de 1715. Por el mismo España fue dividida como si fuera una torta. Así Inglaterra se llevó Gibraltar y Menorca, *además de la concesión para establecer asientos de negros en puertos americanos,* entre ellos Buenos Aires; Austria se llevó la actual Bélgica; Saboya obtuvo Sicilia; *Portugal retuvo la Colonia del Sacramento* y Francia se quedó con los restos del naufragio colocando en el trono español a Felipe de Anjou con la denominación de Felipe V.

Con el tratado de *Utrech* llegan los *Borbones* al trono español marcando un hito que parte en dos la historia de España y las Indias las cuales cambian su denominación por la de América.

A la decadencia en que se encontraba España se sumó el dominio de una casa extranjera. Los Borbones españoles de acuerdo al pacto de familia eran considerados como hermanos menores de los Borbones franceses.

España en virtud de ello se vio obligada a seguir a Francia en cuanta aventura militar o política ésta emprendiera. Los borbones dejaron de consi-

derar a las Indias como parte integrante del imperio y fueron desde entonces tratadas como colonias de la metrópoli.

La fundación de la Colonia del Sacramento

Hemos visto como en 1678, don Pedro, regente de Portugal comisionó a Manuel Lobo para fundar una población en la margen oriental del Río de la Plata. Manuel Lobo realizó esta fundación el 22 de enero de 1680 y llamó a la misma Colonia del Sacramento que no es otra cosa que la actual ciudad de Colonia en el Uruguay.

La invasora incursión portuguesa motivó un reclamo de España por intermedio del abate Masserati, su embajador en Lisboa, no pudiendo ir más allá su reacción pues no estaba en condiciones de afrontar una guerra con Portugal y su protectora la Gran Bretaña.

Pero en Buenos Aires la reacción no fue tan pacífica. Gobernaba aquí el maestre de campo don José Garro, quien al enterarse de la usurpación intimó al jefe portugués el desalojo del poblado y su fuerte. Lobo intentó diferir la cuestión hasta recibir nuevas de Europa haciendo planteos legales; pero Garro no aceptó dilaciones y tras preparar una fuerza considerable con ayuda de milicia guaranítica, puso todas las fuerzas bajo el mando del santafesino Vera y Mujica, dándole la orden de tomar la Colonia. El ataque tuvo lugar el 7 de agosto de 1680, siendo desalojados los portugueses. Dio fin así a esta primera ocupación de la Colonia del Sacramento, que había durado tan sólo seis meses.

Un hecho digno de destacar es que en este primer sitio de la Colonia no participaron milicias porteñas, ya que las tropas estuvieron integradas por 50 milicianos de Santa Fe; 60 de Corrientes y un numeroso contingente de indios de las misiones jesuíticas; de Buenos Aires participaron 120 hombres de tropa reglada. Esto tiene su explicación en la poca confianza que inspiraba al gobernador Garro la ayuda que podía prestarle la población de Buenos Aires, lo cual queda expresado en la carta que con fecha 17 de febrero de 1680 envía al virrey del Perú donde señala que "esta ciudad, señor, por la mayor parte se compone de portugueses, sus hijos y descendientes".

Ello se debía a que desde principios del siglo XVII los portugueses habían llegado a la ciudad, atraídos por el comercio negrero legal o clandestino. La entrada de esclavos a Buenos Aires se inició en 1591, siendo autorizado el ingreso de 500 negros de Guinea por el Consejo de Indias ante un pedido del adelantado Vera, fundamentado en la falta de mano de obra. Los portugueses no se limitaron a entrar dicha cantidad, ni a venderlos exclusivamente en Buenos Aires; usando el permiso trajeron miles de negros que luego vendieron en Potosí. Abierta la puerta al contrabando nunca más pudo ser cerrada, junto con los negros vinieron las telas flamencas y holandesas, luego arribaron las manufacturas inglesas.

Ante lo provechoso del negocio los portugueses se fueron afincando en la ciudad y a favor de su cada vez mayor poder económico, por diversos mecanismos legales y de los otros se apoderaron del dominio de la misma, llegando a ser —por ejemplo— propietarios antes que vecinos, cosa prohibida por las leyes. El matrimonio de sus hijas con hijos de

viejos pobladores les permitió acceder a apellidos irreprochablemente castizos.

En 1611 el gobernador Cabrera, ante la lucha que se desarrollaba en Europa entre España y Portugal que buscaba separarse de la corona española, ordena un empadronamiento preventivo de los portugueses de Buenos Aires, resultando haber 400 para una población total de 1.500 habitantes, o sea casi un tercio; con el agravante de que la mitad de ellos pertenecen a la "clase de posibles" o sea la clase principal, siendo casi todos contrabandistas.

En esta época y de esta forma comenzó a formarse el espíritu mercantil de Buenos Aires, que llevó a su clase dirigente a mirar a Europa y a su propio interés como algo superior al interés del resto del país, causando de esta forma el desmembramiento del territorio nacional original.

Tres veces se toma la Colonia del Sacramento y otras tantas se devuelve a Portugal. Exceptuándose un lapso de 10 años (1705-1715) y otro más breve de dos años (1762-1764), la Colonia está en manos portuguesas durante un siglo entre 1680 y 1776.

La tozuda decisión portuguesa de mantenerse en la orilla oriental del Plata tiene dos razones fundamentales. Por un lado el contrabando, que encuentra en la Colonia una base inmejorable y del cual se beneficiarán por igual los portugueses y sus eternos socios los ingleses. Por otro, la afirmación de sus pretensiones de expansión hacia el sur y hacia el oeste.

El contrabando

A partir del tratado de Utrech (1715) comienza la expansión colonial de Inglaterra cimentada en un notable incremento de su potencialidad industrial,

que le impuso la necesidad de encontrar nuevos mercados para su mayor producción.

La América española se presentaba así como un objetivo de vital importancia para la necesaria ampliación de su comercio. La rigidez del sistema administrativo español en América, que no respondía a las crecientes necesidades del desarrollo económico del Nuevo Mundo, creaba las condiciones favorables para la penetración comercial inglesa a través del contrabando.

Inglaterra advertida de ello intensificó su accionar sobre el área en dos direcciones principales: el mar Caribe, con base en Jamaica, y el Río de la Plata, a través de la Colonia del Sacramento y por medio de la alianza que la unía a Portugal. El sur de las posesiones españolas en América no interesaba por su capacidad de absorción de manufacturas —que era muy limitada debido a su débil desarrollo económico por esa época—, sino como vía de penetración al corazón de la América española, el Alto Perú y sus riquezas. Además, su cercanía con Brasil aseguraba un cómodo abastecimiento. A ello ha de añadirse el abandono en que tenía España a estas regiones.

El contrabando puso gran parte del consumo americano en manos inglesas desbaratando el monopolio comercial español. En esas circunstancias, a España no le quedaba otra alternativa que eliminar esta intromisión inglesa en sus dominios por medio de la adecuación de la administración americana a la realidad económica existente y la enérgica oposición a la acción inglesa. Desde Utrech hasta el tratado de París en 1750, nada positivo hizo España en tal sentido. Ni transformación interna, ni fortalecimiento del poderío naval, pues la oposición a los planes ingleses exigía la lucha por el predominio en los mares.

Tanto Felipe V, como Fernando VI, se mos-

traron débiles frente al avance inglés y no acertaron a instrumentar una sana política. Con la llegada al trono de Carlos III se pretendió revertir la situación con medidas administrativas, políticas y militares que obstaculizasen el contrabando y pusieran fin al expansionismo portugués en América.

La eliminación del contrabando era imperiosa para la España borbónica que pretendía concretar un mercado único con sus colonias, llevando de América materias primas y trayendo productos elaborados por su industria, a la que Carlos III pretendió desarrollar. Incluso en este afán llegó a desalentar y prohibir determinadas fabricaciones en sus colonias americanas, las que habían logrado un mayor desarrollo artesanal que en la metrópoli.

Este intento de industrialización de España que buscó con empeño Carlos III, iba a fracasar debido en parte a las desastrosas guerras en que se embarcó España aliada de Francia contra Inglaterra, que le impidieron hacer el ahorro imprescindible para formar el capital básico necesario para el desarrollo industrial buscado.

Se crea el Virreinato

En España había un decidido propósito de terminar con la expansión portuguesa en el Río de la Plata y el contrabando inglés, que tenía en la Colonia del Sacramento su base de operaciones y en la burguesía comercial porteña su aliado fiel.

El problema era hacerlo sin entrar en conflicto con Inglaterra, que se suponía intervendría con el pretexto de auxiliar a su aliado Portugal. Sin embargo, el ataque lanzado en febrero de 1776 por los portugueses sobre Río Grande, que fue resistido hasta abril y sobre Santa Tecla la que capituló en marzo; unido a la declaración de la independencia

de las colonias inglesas del norte de América, terminaron con los recelos de Carlos III. Estos acontecimientos le brindaron una magnífica ocasión para castigar a los portugueses y poner fin a sus afanes expansionistas en América.

Así, a fines de 1776 se decidió enviar una expedición punitiva al Río de la Plata, al frente de la cual se designó a un jefe indiscutido y necesario, don Pedro de Cevallos. Al decidirse la expedición, no existía la menor idea de fundar un nuevo virreinato; la decisión de crearlo surge de manera tangencial, cuando el mismo Cevallos sostiene que quien tenga el mando de la expedición debe de tener el gobierno y mando político de la provincia de Buenos Aires y toda la zona de influencia sometida a las pretensiones portuguesas.

Todo se resolvió rápidamente el 1º de agosto de 1776. La Junta de Estado y el rey aprobaban la creación del Virreinato del Río de la Plata, que abarcaría las provincias de Buenos Aires, Paraguay, Tucumán, Potosí, Santa Cruz de la Sierra, Charcas y Cuyo. En términos actuales, los países de Bolivia, Paraguay, Uruguay y Argentina y zonas que hoy se hallan en poder del Brasil. Podemos decir con certeza que *la Real Cédula que dio existencia legal al Virreinato del Río de la Plata significó la partida de nacimiento de nuestra heredad nacional,* constituida por un extenso territorio de aproximadamente 5.000.000 de km² que no pudimos ni supimos conservar, el que respondía a reales y precisos requerimientos históricos, económicos y geopolíticos aún vigentes.

Llegado Cevallos a América con destino a Montevideo, toma de camino y sin lucha a Santa Catalina, arrasa luego la Colonia del Sacramento anegando su puerto para que aun en caso de devolución careciera de valor militar y comercial.

Portugal se apresuró a pedir la paz, y evitó así que este valiente y hábil guerrero pudiera llevar a cabo sus planes de conquista de Río Grande y tal vez hasta el Río de Janeiro como figuraba en sus instrucciones.

El tratado de San Ildefonso, del 1º de octubre de 1777, daría fin a la expedición, y Juan J. Vértiz reemplazaría a Cevallos como virrey.

En realidad el peligro no había pasado. Inglaterra entraría en acción directamente en las colonias españolas del sur del continente americano y con la victoria obtenida en Trafalgar sobre las armadas francesas y españolas en 1805 los ingleses —ahora dueños de los mares— tendrían la oportunidad de heredar los dominios españoles.

Capítulo III

EL IMPERIO INGLES A LA CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA

Inglaterra, que en el siglo XVII era una de las potencias más atrasadas de Europa y poseedora sólo de una economía agropecuaria, consigue transformarse a partir de la segunda mitad del siglo XVIII en una poderosa potencia industrial y se encamina en pos del liderazgo mundial.

Este espectacular salto lo logra por medio de la transformación de su industria que pasa de la labor artesanal de los talleres a la aplicación de la máquina a la producción industrial, en un fenómeno conocido como la "Revolución Industrial".

Como señalamos anteriormente el tratado de Utrech marcó el fin del Imperio Español y el surgimiento de Inglaterra como potencia mundial. Por el mismo se reduce la competencia francesa en los mercados mundiales y pierde España los últimos restos de su influencia política y económica. Esto se consolida con el tratado de París (1763), que le abre a Inglaterra las puertas de la India y de allí en más su preponderancia va en aumento. El constante incremento de su comercio con ultramar le permite acumular capitales, lo que se vio favorecido por una suba mayor de los precios internacionales que la de los salarios internos, con la consecuente baja de los costos y aumento de la ganancia.

Entre 1763 y 1815 este fenómeno adquiriría características de verdadera revolución, lo cual abriría camino a la gran industria basada en las grandes fábricas y en el maquinismo. Inglaterra arribó primero a la revolución industrial y esto fue la clave que le permitió acceder y mantenerse durante más de un siglo en el predominio mundial.

Lógicamente, provocó la aparición de problemas hasta entonces desconocidos. La desarticulación del sistema artesanal unido a la concentración industrial cuya mecanización volcó hacia las ciudades grandes masas de población, redujo los productos rurales. Esto unido a un explosivo aumento de la población creó una aguda escasez de alimentos que alcanzaron precios exorbitantes. Este fenómeno presionó la política británica de ese tiempo y la orientó hacia la búsqueda de regiones aptas para ubicar sus manufacturas y a la vez obtener materias primas que alimentaran su industria y su población.

El fin del siglo XVIII marca una etapa de quiebra de Imperios. Gran Bretaña pierde sus colonias del Norte de América y abandonando todo intento de expansión territorial en Europa se lanza a la formación de un imperio de ultramar. Fija entonces sus ojos en el Río de la Plata o sea la parte más desprotegida de las colonias españolas y la que mejor se adaptaba para reemplazar a las colonias perdidas ya que su industria necesitaba de las materias primas rioplatenses.

Como dijimos, Trafalgar hace a los ingleses dueños de los mares y con ello les queda expedito el camino hacia el virreinato del Río de la Plata.

El crecimiento económico de Buenos Aires

Durante gran parte de la época española la zona de mayor desarrollo de lo que luego habría de ser nuestra Argentina, había sido el noroeste o sea la parte ligada a la explotación minera de Potosí, en el Alto Perú. Esta región incluía a las actuales provincias de Salta, Jujuy, Santiago del Estero, Catamarca y Tucumán, con una población hacia principios del siglo XVIII estimada en alrededor de

130.000 habitantes, especializándose en el envío a dicha región minera de alimentos, paños y hacienda en pie, especialmente animales de carga.

En cambio la zona de Buenos Aires y el litoral es la de menor desarrollo relativo siendo su población hacia mediados del siglo XVIII de solo 50.000 habitantes. La ausencia de minerales aprovechables y de una población indígena estable para la mano de obra fueron la causa de esta falta de desarrollo económico.

Ya a la llegada de los conquistadores se encontraron con el problema de estas praderas desiertas, cubiertas sólo por un mar de ondulantes pastizales, que escondían el tesoro de una feracidad incomparable, pero que para aquella época y aquellas necesidades representaban un desafío imposible de vencer. La falta de árboles —inexplicable—, de piedras y la existencia de una fauna pobre dificultaban la adquisición de materiales de construcción, de combustible y de alimentos esenciales para organizar un enclave civilizado. Esto condenó al fracaso el intento de Mendoza de fundar por vez primera a Buenos Aires. Pero *la posición* geográfica habría de ser el elemento que signaría el posterior destino de privilegio de Buenos Aires. 50 años después los españoles, maestros de la geopolítica, insistirían con Garay en fundar una población en la boca de ese río gigantesco que descubriera Solís. Por entonces ya tenían conciencia de la importancia que la posición de Buenos Aires tenía como punto "terminal" de las comunicaciones, puerta trasera de las Indias y puesto de defensa contra la penetración portuguesa en el área.

Pero a medida que fueron pasando los años aquellos caballos que trajo Mendoza y aquellas vacas que introdujo Garay desde el Paraguay, a favor del clima templado y las buenas pasturas naturales, se fueron multiplicando prodigiosamente convir-

tiéndose en el elemento que acoplaría la región pampeana y el litoral al comercio internacional, básicamente con Inglaterra.

El primer artículo que tuvo Buenos Aires producido por las Pampas mismas para ofrecer al exterior fue el cuero. A partir del tratado del Asiento de 1716 se estableció una factoría en Buenos Aires, lo cual permitió un incremento en la exportación de cueros que pasó de un promedio de 20.000 anuales a 75.000 hasta 1725. Pero el gran despegue aún estaba por llegar y era inimaginable. De 1750 en adelante, la demanda mundial de cueros comenzó a aumentar. Así entre 1750 y 1778 se llegó a 150.000 cueros por año y al quedar abierto el puerto de Buenos Aires al libre tráfico legal con los puertos españoles se alcanzó la cifra de 800.000; hacia fines de siglo era de 1.400.000 cueros anuales. No sólo la cantidad de cueros exportados aumentó grandemente, también el precio pasó de 6 reales a 20.[1]

Pero la exportación de cueros no era la única causa de la prosperidad comercial de Buenos Aires, y de su crecimiento urbano sino que las exportaciones de metálico (oro y plata) proveniente del Alto Perú, a trueque del contrabando que por Buenos Aires ingresaba a las colonias españolas era fuente importante de ese auge. Coni estima que entre 1748 y 1753 las exportaciones de plata llegaron a un promedio anual de 1.600.000 pesos, superando por lo menos siete veces a las de cueros.

La creación del virreinato del Río de la Plata y los efectos de la orden de libre comercio no hicieron más que fortalecer y ampliar los intereses comerciales de Buenos Aires, transformándola en la zona más rica del Virreinato, revirtiendo su anterior situación de retraso.

[1] Horacio C. E. Giberti: *Historia económica de la ganadería argentina* (Ed. Solar-Hachette), 1970, pág. 39.

Lógicamente, este vertiginoso crecimiento económico de Buenos Aires trajo aparejado el correspondiente crecimiento en riqueza y poder de la burguesía comercial porteña, principal beneficiaria del mismo, junto a los sectores ganaderos. Además resultó cronológicamente coincidente con la decisión inglesa de establecer un imperio de ultramar, producto de su necesidad de reemplazar las perdidas colonias del Norte de América, por posesiones, en otras latitudes, que le permitieran obtener materia prima para su industria, alimentos para su población y nuevos mercados para sus productos manufacturados.

Ante tal cuadro de situación Buenos Aires se presentaba como el perfecto integrante de una ecuación política que equilibrara adecuadamente sus intereses con sus necesidades.

Las invasiones inglesas. Nacen las dos Argentinas

El nombre de sir Home Popham, de la Armada Real, está indisolublemente unido a la historia de las invasiones inglesas. Este comodoro de la Armada Real británica fue quien imaginó e impulsó este intento de conquista del Virreinato del Río de la Plata, el cual encontró en el cierre de los puertos europeos a Gran Bretaña, impuesto por Napoleón, la circunstancia desencadenante y en el triunfo inglés en Trafalgar, su condición necesaria.

La derrota de las fuerzas invasoras inglesas por la acción popular de Buenos Aires marca el nacimiento de la conciencia nacional y lo hace enfrentando al conquistador inglés y no al supuestamente opresor español. La sensibilidad popular, siempre capaz de distinguir con excepcional lucidez a su enemigo, por más que éste se disfrace con piel de

cordero, no necesitó acudir a elucubraciones de gabinete, ni a seudos intelectuales sin arraigo popular.

Por más que la burguesía comercial porteña, tanto como española, entregó sin mucho pudor la ciudad y trataron de empalmar sus intereses con los del nuevo imperio que surgía como vencedor, la reacción popular liderada por Pueyrredón y Liniers derrotará al invasor defendiendo su libertad tal cual la sentía en esos momentos.

El 12 de agosto de 1806, cuando Guillermo Beresford entrega su espada vencida y rinde las banderas del famoso regimiento 71 de infantería, el pueblo de la capital del Virreinato del Río de la Plata, le está diciendo al mundo su determinación de vivir con dignidad sin someterse al yugo extranjero. EN ESE MISMO MOMENTO DA SU PRIMER VAGIDO LA ARGENTINA NACIONAL, POPULAR E INDEPENDIENTE.

Dos días después, ese mismo pueblo protagonista de la derrota del invasor inglés, realizaría la primera revolución popular argentina al deponer, de hecho, al timorato Sobremonte reemplazándolo por Liniers.

Sin embargo este sonado fracaso militar inglés y el más ruidoso que produciría Whitelocke, casi un año después, no sirvieron para impedir el apoderamiento de estas tierras por el imperialismo inglés. Y si bien Inglaterra desistió de nuevas aventuras militares, consiguió por medio de las más sutiles maniobras políticas y comerciales lo que por el empleo de la fuerza le negaba el orgullo y la dignidad del pueblo rioplatense.

Contó para ello con la complicidad de la burguesía comercial porteña ya decididamente dispuesta a cambiar la dominación española por el colonialismo inglés. Al fin y al cabo no era tan mal negocio abandonar el barco español que hacía agua

por todos lados y embarcarse, con todos sus privilegios a salvo, en el inglés que aparecía seguro y vencedor.

Además de ello, la invasión napoleónica a España y la consecuente insurrección popular española contra el invasor francés, colocó a España de tradicional enemiga de Inglaterra, en aliada obligada. Lógicamente los ingleses cobraron alto precio por su ayuda a la liberación española y así obtuvieron la firma del tratado Apodaca-Canning, del 14 de enero de 1809 que otorgaba a Gran Bretaña importantes ventajas comerciales en América. Para conseguir ayuda en la lucha por su libertad, España —o sea la Junta Central de Sevilla— entregaba prácticamente a América.

Como consecuencia de este tratado junto con el nuevo virrey Cisneros llegaban a Buenos Aires navíos ingleses cargados de mercadería para comerciar a través de la ciudad porteña con todo el virreinato. Era la tercera invasión inglesa, como dice Gonzalo Cárdenas, sólo que ahora pacífica y exitosa. Comenzaba la colonización inglesa. HABIA NACIDO LA OTRA ARGENTINA, LA LIBERAL, MINORITARIA Y DEPENDIENTE.

Capítulo IV

"UNA NUEVA Y GLORIOSA NACIÓN"

La Revolución de Mayo es un punto de confluencia entre los dos proyectos históricos nacionales, ya que ambos la reconocen como el punto de partida de nuestra emancipación nacional. Aunque se haga una distinta valoración de su significado ideológico.

Para los liberales, y esto incluye a la versión oficial, la Revolución de Mayo fue un golpe inspirado en la idea revolucionaria francesa, realizado por un grupo de jóvenes intelectuales que buscaron lograr la emancipación de España. Dicho golpe tuvo origen en Buenos Aires como no podía ser de otra forma, ya que aquí se recibían y discutían las nuevas ideas progresistas llegadas de Europa, extendiéndose luego al interior "oscurantista, feudal e hispánico" que se aferraba a la tradición española.

Para esta interpretación histórica el librecambio fue el principio básico de la misma que convocó a hombres como Moreno, Belgrano, Paso o Castelli. *La representación de los hacendados*, escrita por Moreno, es el acta de nuestra independencia económica de España que culmina el 25 de Mayo de 1810 con la separación política. Moreno, resulta así el númen revolucionario imbuido por ideas provenientes del jacobinismo francés.

Con esto quedan configurados los dos elementos característicos del proyecto liberal; el librecambio propugnado por los ingleses que vinieron a implantarlo en sus incursiones militares de 1806 y 1807 y el revolucionarismo enciclopédico francés. Quedando además santificados aquellos frustrados intentos ingleses de conquista ya que puede deducirse,

que sólo *trataron de beneficiarnos* con el librecambio a favor de Gran Bretaña, pues nos permitía liberarnos del monopolio español, con lo cual los héroes de la Reconquista estuvieron equivocados y sólo retardaron nuestra emancipación.

Esta interpretación de Mayo es rechazada por las líneas históricas nacionales, aunque no con una posición homogénea. Para los sectores nacionalistas aristocráticos, los hechos de Mayo no pretendieron separarnos de España sino, al contrario, trataron de mantener estas tierras como colonias españolas contra los intentos de apoderarse de ellas por parte de Napoleón y los ingleses. El pueblo —sostienen— no participó del hecho y sólo ante la actitud despótica de Fernando VII, al volver al trono y pretender retomar estas colonias por la fuerza, sin reconocer a los pueblos que lo habían apoyado, provocan la decisión de independizarse en 1816.

Para otros historiadores de la línea nacional, en cambio, el espíritu de independencia estaba presente en todos los sectores que participaron de la gesta revolucionaria y fue motivado fundamentalmente por la administración real borbónica que ponía la administración virreinal en manos de funcionarios que desconocían y despreciaban la realidad hispanoamericana y su contexto social, siendo esto fiel reflejo del absolutismo borbónico. Adherimos a esta interpretación histórica.

Contra este estado de cosas se pronuncian tanto el sector español arraigado a la tierra americana y con sólidos vínculos sociales y económicos en la realidad del Río de la Plata, como el elemento criollo descendiente de españoles y los mestizos, pardos y morenos del interior y de los suburbios porteños.

El grupo de los españoles americanos era encabezado por Alzaga, junto con Juan Antonio de Santa Coloma, Juan Larrea y Domingo Matheu y adhieren

al mismo los criollos Mariano Moreno y Julián de Leyva.

Los criollos se dividían en dos grupos políticos, uno de ellos era dirigido por Castelli y buscaba lograr la separación de España por todos los medios, entre ellos la vinculación con los ingleses y los tratos con la primera princesa Carlota, hermana de Fernando VII, esposa de Juan III, regente de Portugal que ante la invasión napoleónica a Portugal había instalado su corte en Brasil. Carlota quería gobernar en el Río de la Plata como reina española aprovechando el cautiverio de su hermano, en poder de Napoleón. En este grupo, llamado carlotista por esta causa, militaban Manuel Belgrano, Juan José Paso, Domingo French, Hipólito Vieytes, Nicolás Rodríguez Peña y Manuel Aniceto Padilla entre otros. Eran fundamentalmente intelectuales con poco arraigo en la sociedad porteña, su ideario era el de la Ilustración a través de los pensadores españoles y el de la Revolución Francesa, lo cual los había hecho antiborbónicos y profundamente europeizantes.

El otro grupo criollo era liderado por Cornelio Saavedra, jefe del regimiento de Patricios, estaba integrado mayoritariamente por oficiales y suboficiales de dicho regimiento, los que habían surgido a consecuencia de las invasiones inglesas, luchando junto al grupo de Alzaga en el rechazo de las mismas. Tenían en común haber nacido en el virreinato. Saavedra era oriundo del Alto Perú, representaba por lo tanto a la población autóctona. Rechazaban el ideologismo francés siendo inalterablemente republicanos e independentistas. Aceptaban la teoría del pacto social que fundamentaba el derecho a la revolución en la rescisión del contrato celebrado entre los conquistadores y la corona española, lo que les daba derecho a reasumir aquella soberanía delegada, como descendientes de los mismos, y encarar

la posibilidad del gobierno propio. Este pensamiento fue el motor ideológico de los movimientos populares separatistas en toda Hispanoamérica.

El 1º de enero de 1809 apoyaron a Liniers contra Alzaga. De este grupo, además de los integrantes del cuerpo de Patricios, participaban otros militares como Martín Rodríguez y Juan Ramón Balcarce de los Húsares, Juan José Ortiz de Ocampo de Arribeños, etc., los abogados Joaquín Campana y Feliciano Chiclana, los sacerdotes fray Manuel Escurra, fray Hilario Torres y el dominico Ignacio Grela, entre otros.

La Revolución es llevada a cabo por los dos grupos criollos, el de Saavedra que agrupa a las milicias y al grueso del pueblo, y el de Castelli y sus intelectuales, más el agregado de los "alzaguistas" moreno, Larrea y Matheu.

La llegada a Buenos Aires el 14 de mayo de la noticia acerca de la caída de la Junta de Sevilla en poder de Napoleón, pone en marcha los planes revolucionarios. El grupo criollo de Saavedra contando con la fuerza militar quería tomar por asalto la fortaleza. El grupo de Castelli consigue convencer a Saavedra de convocar a Cabildo abierto para el día 22 de mayo tras la agitación popular del 18. Lo que este grupo trata es de evitar el movimiento popular que los deje al margen de la revolución. El recurso del Cabildo abierto les abre la posibilidad de copar el movimiento, lo que finalmente logran, tras el fallido intento de entronizar una junta presidida por Cisneros e integrada también por Saavedra y Castelli. La enérgica reacción popular ante esta maniobra que desvirtuaba en los hechos lo votado el 22, o sea la destitución del virrey, se inició entre los suboficiales y soldados de los Patricios llegando a los suburbios de la ciudad, provocando la elección de la Primera Junta el día 25. *Nuestro ejército que nace luchando contra el*

conquistador inglés es también artífice del hecho emancipador. Tiene un origen profundamente popular y por ende de defensa nacional. Si su realidad actual es tan contrastante, esto obliga a una seria reflexión y a la búsqueda de los medios para devolverle su original sentido nacional y popular.

Queda afirmado de esta forma la vocación popular de la revolución de Mayo, de la que Gonzalo H. Cárdenas expresa: "Nuestra revolución no se hubiera dado por la existencia sola de un pensamiento revolucionario foráneo, si aquí no se hubieran dado las condiciones prerrevolucionarias. Creo que se tuvieron en cuenta otras revoluciones y especialmente la francesa, y que algunos hombres fueron dominados por sus ideas, pero nuestra revolución y las demás comprendidas en el proceso hispanoamericano, tuvieron como causa, peculiares condiciones autóctonas y una especial situación internacional: la decadencia de España y su sometimiento a Francia, lo que nos daba las posibilidades de recorrer nuestro propio camino". [1]

La revolución sin rumbo fijo

A poco de iniciada la acción de la Primera Junta surgen el enfrentamiento entre Saavedra y Moreno.

La figura de Moreno es una de las más enigmáticas y contradictorias de nuestra historia. Ligado a los grupos de Alzaga que sueña con una España americana, y defiende el monopolio comercial, aparece como mentor ideológico de *La representación de los hacendados*, en la cual rinde culto al libre cambio, lo que lo liga a los intereses británicos que buscaban la apertura del puerto de Buenos

[1] Gonzalo H. Cárdenas: *Las luchas nacionales contra la dependencia* (Ed. Macchi), 1974, pág. 122.

Aires. No participa en los hechos revolucionarios de Mayo, pero es elegido secretario de la Junta. Ya en el cargo se mostró como un furioso revolucionario que impulsa las medidas más drásticas y mientras la Junta toma decisiones que abren de par en par las puertas del comercio inglés, él escribe por encargo de ésta, un *Plan de Operaciones* donde propugna un claro nacionalismo económico, rechaza el libre cambio y fustiga la política internacional de Inglaterra. Todo esto unido a su misteriosa muerte a bordo de un buque inglés mientras era enviado en misión diplomática a Europa, tras su renuncia a la Junta, hace de él uno de los más grandes enigmas de nuestra historia.

Según qué faceta suya se valorice sirve su figura tanto para su glorificación por los liberales, como por los nacionales y aun dentro de cada línea en visiones divergentes.

Lo cierto es que sus diferencias con Saavedra cubren el primer tramo del gobierno de la Primera Junta. Estos enfrentamientos hacen eclosión con la disputa sobre la incorporación a la Junta de los diputados del interior según establecía la circular del 27 de mayo, y que se fundaba en el hecho, aceptado por todos los grupos que participaron de la revolución, de la necesidad de transformar la revolución de porteña en nacional.

Su oposición a dicha incorporación provocó su caída, por la unión del grupo saavedrista con los diputados del interior acaudillados por el deán Funes, con lo cual los saavedristas se tomaron revancha del famoso decreto de honores con el cual Moreno había limitado los poderes de Saavedra.

Durante los meses en que Moreno domina la Junta apoyado por los carlotistas se produjo una apertura total del comercio resultando beneficiario inmediato el comercio inglés, cuyos productos comenzaron a dominar el mercado interno. A la vez

se rebajaron los derechos de exportación que gravaban cueros y sebos y el 14 de julio *se abrió la exportación de oro y plata en moneda sellada.*

Se mantuvieron, eso sí, los derechos de importación que estaban entre el 45 % y 120 % para mantener el flujo de fondos del erario público que provenía de los derechos de importación y exportación.

Entre el 5 y 6 de abril de 1811 se produce un golpe de estado que desaloja de la Junta al grupo carlotista que había apoyado a Moreno. La Junta con la incorporación de los delegados del interior pasó a llamarse Junta Grande. Pero la derrota de Huaqui en el Alto Perú provoca una crisis que obliga a Saavedra a viajar al norte para investigar las acusaciones de excesos de las fuerzas militares de Buenos Aires, que habrían provocado el desastre.

Aprovechando la ausencia de Saavedra, se hace correr la voz de la huida de éste, lo que da lugar a su destitución y al desplazamiento de todos los saavedristas. En la escena aparece un nuevo personaje destinado a tener gran relevancia en los años siguientes: *Bernardino Rivadavia.*

El proyecto liberal en marcha: Rivadavia en el Poder

Desplazado Saavedra, la Junta Grande elige un poder ejecutivo más concentrado: el 1er. Triunvirato. El mismo se integró con Sarratea, Paso y Chiclana, actuando como secretario don Bernardino Rivadavia. En realidad el que ejerció el poder en dicho cuerpo fue justamente Rivadavia.

A través de su gestión en el 1er. Triunvirato comenzó a tomar forma el proyecto liberal por medio de medidas que significaban un cambio institucional y económico en el rumbo de la Revolución.

El proyecto liberal reconoce tres figuras claves en su desarrollo y consolidación. Rivadavia que fue su fundador y arquitecto, quien echó sus bases políticas y económicas; Mitre su constructor, el cual sobre aquellas bases del programa unitario, unificó al país bajo la hegemonía porteña; Roca, su conductor más brillante, con cuyos gobiernos el modelo liberal conoció sus mejores momentos, aparentando conducir el país hacia un destino de grandeza cuando en realidad sólo lograba consolidar su máxima dependencia del imperio británico.

El programa rivadaviano consistía en hacer de Buenos Aires un Estado liberal, mercantil y aristocrático, estrechamente ligado al imperio inglés, bajo cuya sombra se cobijaba y digo el "hacer de Buenos Aires" porque el resto del ex virreinato poco o nada le importaba. Sólo Buenos Aires y su *hinterland* le preocupaban, así como el mantener expeditas las vías del comercio internacional, fuente —según él— del progreso y la civilización. De allí su desinterés por la guerra de la independencia; el abandono de San Martín en el Perú y su negativa a darle ayuda; la entrega de la Banda Oriental a los portugueses con el fin de terminar con Artigas; el aislamiento del Paraguay; el consentimiento dado a Bolívar para la independencia de las provincias del Alto Perú (hoy Bolivia), todas medidas tomadas por Rivadavia y por el partido unitario por él inspirado. O sea la desintegración del patrimonio heredado como precio a pagar por seguir siendo una colonia próspera, ayer española, ahora inglesa.

Las primeras medidas económicas que toma el Triunvirato demuestran la decisión de adherir sin cortapisas de ninguna especie al librecambio propugnado por Inglaterra. Los ingleses que en 1625 habían impuesto las primeras barreras arancelarias, para proteger a sus incipientes manufacturas de la competencia francesa, cuando entraron primero que

nadie en la era de la revolución industrial, se declararon furiosos partidarios del libre cambio denostando contra el proteccionismo industrial. Y era lógico, ahora necesitaban ubicar cada vez mayores cantidades de manufacturas producidas a ritmo creciente en sus fábricas, donde el maquinismo había desplazado a la antigua producción artesanal. Vender más cada día para producir más al siguiente, era cuestión vital para poder mantener bajos sus costos de producción y correlativamente altas sus ganancias. Cualquier obstáculo que se opusiese a esta necesidad debía de ser removido y para ello, nada mejor que hacerlo en nombre de las ideas del liberalismo económico elevadas al grado de sacrosanto valor y únicas compatibles con la civilización y el progreso.

El Triunvirato, de la mano de Rivadavia, decidió abolir o reducir los impuestos de importación y exportación. Estableció sólidos vínculos con el comercio inglés, creó las condiciones básicas para el desarrollo de la exportación de carnes saladas. Permitió la extracción de grandes cantidades de metálico (oro y plata) por parte de los comerciantes ingleses, con lo cual éstos cubrieron la diferencia que había a favor de las importaciones sobre las exportaciones. Es decir, una política económica firmemente enlazada con el mercado internacional y el comercio inglés.

Pero no sólo en el terreno económico hubo importantes novedades, también en lo político trabajó a destajo el Triunvirato. Para comenzar, liquidó a la Junta Conservadora o sea la anterior Junta Grande, pretextando que el Estatuto Provisional que ésta había redactado y por el cual el Triunvirato debía rendirle cuentas de su actuación, violaba las atribuciones de lo que Rivadavia consideraba debía ser *un poder Ejecutivo fuerte*. De esta forma quedaba disuelto el poder al cual el Triunvirato debía su

existencia, a la vez que las provincias quedaban sin representación en el Gobierno. *La revolución había dejado de ser nacional para ser meramente porteña y la burguesía comercial del puerto podrá hacer lo que quiera con la revolución, desde continuarla hasta entregarla. Todo esto lo intentará en los próximos años.*

También dictó decretos estableciendo la libertad de cultos, la abolición de los títulos de nobleza (¿había algunos?), la libertad de imprenta y un Estatuto Provisional, con "Habeas Corpus" y todo, es decir los principios políticos asegurados en su totalidad. Que luego fueran cumplidos, eso era harina de otro costal. Los liberales a lo largo de toda nuestra historia se ocuparon meticulosamente de que esos principios estuvieran siempre consagrados en las leyes, aunque más no fuera para luego poder violarlos, si el pueblo pretendía el absurdo de querer ejercerlos.

Además de estas cuestiones de principios, las materias más dispares cayeron bajo su furia ordenancista. Con decretos, bandos, reglamentos, etc., se ocupó de reformar el ejército, la magistratura y el clero, hasta el cambio de nombre a las calles, el arreglo de veredas, la fundación de un museo de historia natural o el establecimiento de una lotería. De todo sabía y sobre todo legislaba Rivadavia.

Claro, que toda esta frenética acción administrativa no se correspondía con la dura realidad que afrontaba la revolución. El desastre de Huaqui había abierto desde el Alto Perú la frontera norte al avance de las fuerzas realistas, había fracasado la expedición al Paraguay y el intento de sumarla a la revolución, en la Banda Oriental el virrey Elío encerrado en Montevideo por Artigas y Rondeau llama a los portugueses en nombre de los derechos de la princesa Carlota y un ejército lusitano invade la provincia oriental, mientras barcos españoles blo-

quean a Buenos Aires y la bombardean. Todo lo cual ahogaba económicamente a la ciudad, cerrada su vía comercial marítima con Brasil y Europa y la ruta terrestre con el Alto Perú.

En estas circunstancias el Triunvirato negocia *por medio de un oficial portugués*, coronel Juan Rademaker, con Elío y los portugueses; finalmente firma un armisticio que establece el abandono por las fuerzas de Buenos Aires, de la Banda Oriental, el reconocimiento de la autoridad de Elío y el similar retiro de los portugueses. Los ingleses mediante este acuerdo logran salvaguardar su comercio con el Río de la Plata sin romper su alianza con España. Buenos Aires comienza a entregar la Banda Oriental y el consiguiente desmembramiento de la heredad virreinal.

San Martín derrota a Rivadavia, pero el proyecto liberal sigue su marcha

En medio de tan difícil situación se produce un hecho que será decisivo para el triunfo de la causa revolucionaria. Procedente de España llega al país José de San Martín y junto con él Alvear y un grupo de oficiales de origen hispanoamericano que habían luchado contra los ingleses primero y luego contra Napoleón. Eran militares de escuela, fogueados en la lucha y al tanto de los últimos adelantos en estrategia y táctica militar; su acción sería decisiva para el triunfo de las armas revolucionarias. Estos oficiales organizarían la Logia Lautaro cuyo fin sería lograr la independencia de las colonias españolas.

El accionar del triunvirato rivadaviano generó fuertes oposiciones saavedristas, morenistas e incluso los integrantes de la Logia se unieron para terminar con el despotismo que se había entronizado en Buenos Aires.

Rivadavia para calmar el descontento del interior, por la supresión de la Junta Conservadora y la posterior expulsión de sus delegados, convocó a elecciones para elegir una asamblea que cumpliese el papel de poder legislador. Las maniobras que hizo para evitar la elección de diputados adversos a él dio motivos para una revuelta que contó con el apoyo de San Martín y sus granaderos y provocó la caída del 1er. Triunvirato, el 8 de octubre de 1812. Jamás Rivadavia habría de perdonar a San Martín su intervención en este golpe, al punto de impedirle desembarcar en Buenos Aires, cuando San Martín años después retornara de su exilio en Europa.

El golpe de octubre tenía por objetivo declarar la independencia y sancionar una constitución. Al efecto se debía convocar a una Asamblea Constituyente buscando con ello volver al rumbo inicial de la revolución de Mayo.

Pero a poco de andar los integrantes de la Logia —que había participado activamente en el golpe— cambiaron de parecer y no manifestaron ya entusiasmo por la declaración de la independencia. Esto provocó un enfrentamiento entre San Martín y Alvear. Mientras San Martín insistía en el acto independentistas, acompañado por unos pocos integrantes de la Logia, la mayoría capitaneada por Alvear se mostraba partidaria de no tratar ese tema en la Asamblea.

La Asamblea General Constituyente se instaló el 31 de enero de 1813 y eligió como presidente a Alvear. *Esta fue la Asamblea Constituyente que no constituyó nada y que por el contrario separó lo que hasta entonces había estado unido: La Banda Oriental.*

Dictó una cantidad de leyes liberales que en su mayor parte nunca se aplicaron, *mucho se declamó de libertad pero no declaró la independencia,* quedando sólo en los símbolos: el escudo, el himno, la

fiesta nacional, y confusamente la bandera. En realidad se ganaba tiempo para satisfacer la ansiedad pública por la independencia, mientras en Europa los agentes diplomáticos buscaban hacer las pases con Fernando VII, vuelto al trono español. Con ese objetivo le proponían volver al status colonial, con la condición, eso sí, de que éste reconociese a sus colonias reconquistadas el sacrosanto derecho al libre comercio. Y por si esto fallaba, se buscaba afanosamente el protectorado de cualquier país con tal de que asegurase la vida y bienes de la burguesía porteña.

Artigas: primera expresión del movimiento nacional y popular

Con Artigas el pueblo irrumpe en el proceso revolucionario de Mayo, el cual a partir de allí comienza a tener vigencia nacional. Hasta entonces los pueblos del interior habían sido meros espectadores de todo el proceso, habían entregado hombres y dinero, pero no habían participado de las decisiones del poder revolucionario que estaba en las manos exclusivas de la burguesía porteña.

Al irrumpir Artigas en el escenario político aglutinando tras de sí a un pueblo que veía en él la expresión de sus angustias y sus anhelos, cambiaron bruscamente las reglas del juego hasta ese entonces vigentes, según las cuales sólo los ilustrados burgueses porteños, frecuentadores de logias y sociedades más o menos patrióticas, tenían derecho a disputarse el poder. La revolución que había nacido popular y nacional a través de la acción decisiva de los patricios de Saavedra, se había transformado en liberal y aristocrática.

Con Artigas recupera aquel carácter inicial por la acción de las masas populares del interior que de

ahí en más habrían de discutir a Buenos Aires sus derechos a decidir sobre los destinos de la Nación que surge, levantando su bandera independentista y su fe republicana, lo que en definitiva habría de salvar el rumbo de la revolución y el destino de la Patria.

El credo político artiguista se sintetiza en una sola palabra: *federación*, que resume exigencias de *autonomía* y ansias de *unidad*.

Con Artigas se inicia el levantamiento montonero, verdadera guerra social y política, en la cual las masas populares del interior enfrentan al poder formidable de la burguesía comercial, aliada al imperio inglés, en una lucha por el desarrollo autónomo contra el desarrollo dependiente, que cubre hasta hoy las páginas de nuestra historia, siendo la clave de nuestro devenir histórico, del angustioso presente y del incierto porvenir.

Artigas: el héroe rioplatense

José Gervasio de Artigas llega a Buenos Aires en los primeros meses de 1811 a pedir ayuda. Pero no pide mucha, apenas 200 pesos y 150 soldados. Ello le basta para sublevar a la Banda Oriental. Era verdaderamente el "jefe de los Orientales". Vuelto a la campaña Oriental el movimiento se extiende como reguero de pólvora, la montonera artiguista bate sucesivamente a los españoles de Elío en San José y las Piedras, llenándose de gloria los orientales. El pequeño ejército patriota pone sitio a Montevideo, último baluarte español en la Banda Oriental. Dentro del inexpugnable fuerte protegido por sus 310 cañones está el virrey Elío, quien viéndose perdido pide ayuda a los portugueses, en cartas enviadas a la princesa Carlota y al general Diego de Zousa, jefe de las tropas portuguesas de Río Grande.

El 24 de julio de 1811 este ejército de 3.000 hombres cruza la frontera para ocupar los departamentos de Cerro Largo y Maldonado. El viejo sueño portugués de ocupar la Banda Oriental estaba en marcha, el virrey español lo hacía posible. Los lusos brasileños agradecidos.

Como esta lucha, unida al bloqueo de Buenos Aires por parte de los buques españoles dificulta el sacrosanto comercio inglés, finalmente lord Strangford se enoja e impone una solución. La Banda Oriental quedaba para los españoles e inclusive la orilla derecha del río Uruguay en Entre Ríos, por lo tanto se levantaba el sitio de Montevideo; en cumplimiento de ello Rondeau se retiró dejando sólo a Artigas. Cesaba además el bloqueo a Buenos Aires y los portugueses "se retiraban a sus fronteras". Claro que éstos no se movieron ni un metro de las tierras ocupadas hasta el Río Negro. Esto fue el llamado *tratado de pacificación.*

Artigas no acepta el inicuo tratado y rodeado por el pueblo uruguayo inicia "la redota" o "El éxodo del pueblo oriental" en el cual las familias del campo uruguayo cargaban sus enseres en las carretas, quemaban sus casas y se incorporaban a la columna artiguista en su marcha hacia el norte. El 7 de diciembre Artigas contesta a una oferta de ayuda del gobierno paraguayo diciendo: "Yo llegaré a mi destino con este pueblo de héroes".

El tratado finalmente fracasa. Se reinicia la lucha contra Montevideo, entonces lord Strangford previene al regente Juan para que arregle sus diferencias con Buenos Aires, enviándole al coronel Rademaker. Este firma un armisticio asegurando el retiro portugués de la Banda Oriental, el cual es cumplido con gran disgusto y lentitud por Diego de Zousa.

Artigas reúne un congreso de las ciudades y las villas orientales en su campamento de Peñarol, fren-

te a Montevideo, para nombrar los representantes a la Asamblea General Constituyente. Los mismos son rechazados el 11 de junio de 1813 por la Asamblea aduciendo fallas formales en su elección. La verdad es que se los rechaza pues se conoce la instrucción de que son portadores donde se sostiene el sistema de *confederación* para formar el Estado, la *independencia absoluta de España y de la familia de los borbones* y la *residencia fuera de Buenos Aires del gobierno supremo* de las Provincias Unidas, entre otros puntos.

A pesar del rechazo, Artigas busca negociar con Buenos Aires allanándose a las exigencias legales que impone la Asamblea, pero ésta no lo tiene en cuenta y maniobra para elegir diputados orientales adictos a ella. Así nombra a los porteños Salcedo y Chorroarín.

Al ver la inutilidad de su esfuerzo Artigas rompe con Buenos Aires y abandona el segundo sitio de Montevideo que sostenía junto con Rondeau. Ante esta actitud de Artigas, el director supremo Posadas (tío de Alvear) lo declara "infame, privado de empleo, fuera de la ley y enemigo de la Patria" y fija una recompensa de 6.000 pesos a quien lo entregue vivo o muerto.

Buenos Aires le ha declarado la guerra a muerte, le interesa más destruir a Artigas que independizarse de España, puesto que esto último está en duda ya que se negocia coronar una testa borbónica en el Río de la Plata, la cual asegure el sempiterno libre comercio y la impunidad para los revolucionarios de Mayo.

Artigas contesta extendiendo su influencia a Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y Córdoba las cuales se colocan bajo su protección y forman "La Liga de los Pueblos Libres" *la otra Argentina, la nacional, popular y americana se va estructurando embrionariamente.*

La Argentina liberal, dependiente y europeizante, que es Buenos Aires se asusta y mucho. ¿Desde cuándo la chusma populachera del interior viene a disputar el poder? Y como si esto fuera poco, llegan noticias a Buenos Aires de la expedición de 12.000 hombres que en Cádiz, Fernando VII, se apresta a embarcar para terminar con la revolución del Plata.

Es necesario y urgente pedir ayuda y ¿a quién mejor que a nuestros protectores ingleses? Alvear, que asumió el lugar de su tío Posadas, envía a Manuel García, el de las misiones imposibles, con dos pliegos a Río de Janeiro, uno para Strangford, el embajador inglés en dicha corte, y otro para Castlereagh el premier inglés. En el primero de ellos decía Alvear a Strangford: *"En estas circunstancias solamente la generosa Nación Británica puede poner remedio eficaz a tantos males acogiendo en sus brazos a estas Provincias que obedecerán a su gobierno y recibirán sus leyes con el mayor placer".* A Castlereagh más elocuente le expresaba: *"Estas Provincias desean pertenecer a la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer a su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso. Ellas se abandonan sin condición alguna a la generosidad y buena fe del pueblo inglés".* [1]

Lo que más preocupaba a Alvear no eran los 12.000 hombres que pensaba mandar Fernando VII y que al fin no llegaron nunca, sino la perspectiva de acceso al gobierno de las masas populares. Hoy casi 170 años después, cuántos argentinos *de lujo* (como gustan ensalzarlos algunos famosos periodistas dueños de la radio y la TV) que se fatigan en los despachos ministeriales, no suscribirían gozosos iguales pliegos dirigidos a la potencia norteamericana para que los salve del poder popular que esta-

[1] José M. Rosa: *Historia Argentina* (Ed. Oriente), 1973, tomo 3, pág. 120-121.

llará cuando el pueblo recobre sus derechos y exprese su voluntad soberana.

Pero tan desembozada traición ni Buenos Aires la aguanta y así el 15 de abril de 1815 Alvear es depuesto. Lo reemplaza Alvarez Thomas que levanta la excomunión porteña sobre Artigas, aunque la paz ha de durar poco.

Artigas proclama la independencia

El 29 de junio de 1815, convocado por Artigas, inicia sus deliberaciones el Congreso de los Pueblos Libres, en Arroyo de la China (Concepción del Uruguay). A este Congreso, llamado también Congreso de Oriente, asisten delegados de Misiones, Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes y La Banda Oriental. Su primer acto es declarar *la independencia nacional absoluta* (adelantándose en un año al Congreso de Tucumán), y la *independencia provincial relativa*. Este Congreso lógicamente es ignorado por la historia oficial.

Con esto Artigas pone de manifiesto su búsqueda de la unidad y la organización nacional en el marco de la autonomía provincial. Pero los delegados que envía a Buenos Aires a explicar su posición y buscar la conciliación que aseguren estos objetivos son recluidos en una fragata surta en el puerto desde donde debían parlamentar con el delegado porteño, impidiéndosele todo contacto con la población porteña. Mucho se temía al virus artiguista.

Enterado Artigas del trato vejatorio de sus delegados exige la pronta libertad, y al tiempo que éstos vuelven a la Banda Oriental un ejército porteño invade Santa Fe. Es la guerra nuevamente, Buenos Aires no aceptará nunca a Artigas y su concepción de estadista nacional, sólo le interesa su

destrucción. El Congreso de los Pueblos Libres se disuelve.

Política económica del Protector de los pueblos libres

Artigas gobierna a su provincia desde su campamento *La Purificación* cerca de Salto; no quiere hacerlo desde Montevideo donde deja un delegado.

De la multitud de cosas que le preocupan hay dos reglamentos que se destacan, pues ponen de relieve su espíritu revolucionario y nacional. Por el *Reglamento de derechos aduaneros* se establecen altos aranceles, 40 a 35 %, a los productos provenientes de ultramar, a la vez que se rebajan fuertemente (4 %) aquellos que gravan la introducción de artículos procedentes de las provincias y se dejan libres de derechos maquinarias, armas, libros. Por primera vez desde 1810 se defiende la producción nacional.

A su vez el *Reglamento para el fomento de la campaña y la seguridad de sus habitantes* establece una revolucionaria política colonizadora por la cual se distribuye la tierra pública en "suertes de estancia" entre los "negros libres, Zambos, indios y criollos pobres"... "de manera que los infelices sean los más agraciados".

Estas medidas son la esencia de una política económica nacional, popular y revolucionaria, que dan respuesta a la real necesidad de desarrollo nacional autónomo. Contrapartida del pensamiento liberal dependiente de los rivadavianos, directoriales y unitarios de Buenos Aires. *O sea las dos Argentinas claramente enfrentadas.*

Por fin la independencia

Mientras con Artigas se concreta la primera experiencia de un gobierno nacional y popular, en

Tucumán, convocado por Buenos Aires se reunía un nuevo Congreso, pero esta vez sí declararía la independencia, aunque en su convocatoria sólo se hablaba de sancionar la Constitución. Cosa rara ésta: se pretendía sancionar la Constitución de un Estado inexistente, algo así como poner el arado delante de los bueyes. Claro está que lo que se buscaba era dictar un cuerpo de normas legales de neta inspiración liberal, que asegurase el predominio político de Buenos Aires y sus intereses comerciales, para luego, en poder del mismo, negociar su acatamiento a cambio de una testa coronada en el Río de la Plata o nuestro sometimiento a la corona portuguesa instalada en Brasil. ¿Y el espíritu independentista y republicano por el cual los sectores populares del interior y Buenos Aires habían dado su sangre en los ejércitos, luchando contra los ingleses y los realistas? ¿Pero desde cuándo el pueblo importó algo a la burguesía comercial porteña? Ni antes, ni ahora, los mercaderes porteños mostraron ser demasiado patriotas.

Y esto, es tan así, que en agosto de 1816, Henry Chamberlain, embajador inglés en Río de Janeiro escribía al Foreing Office: "Los jefes de todos los partidos, al parecer, han resuelto poner fin a la revolución, y echarse en brazos del rey de Portugal a fin de lograr los dos únicos grandes objetivos por los cuales confiesan han estado realmente luchando en los últimos tiempos: comercio libre con todo el mundo y seguridad contra las consecuencias que pueden sufrir si alguna vez se encuentran nuevamente bajo su antiguo soberano".[1]

Como vemos *la Argentina liberal siempre se interesó primordialmente por su proyecto económico.*

[1] Rodolfo Puiggros: *Los Caudillos de la Revolución de Mayo* (Ed. Corregidor), 1971, pág. 274.

La independencia y la soberanía nacional nunca los desveló demasiado en el pasado y ya sabemos cuánto en el presente.

Por esos contrasentidos a que somos tan afectos los argentinos, de hacer lo contrario de lo que decimos, el Congreso de Tucumán declaró la independencia cuando *no había sido convocado para ello.* Al contrario de la Asamblea del año XIII que se reunió para hacerlo pero no lo logró.

Es sabido que la presión de San Martín mucho tuvo que ver en ello, lo mismo que la de Belgrano (convencido del desinterés europeo por nosotros) y Artigas que ya lo había hecho antes. En la sesión del día 19 de julio, Medrano pidió que a la expresión "libre de los Reyes de España y su metrópoli" se agregase "y de toda otra dominación extranjera", esto tenía su razón de ser en la necesidad de frenar los intentos de entrega del país a los portugueses; lo que no impidió que en las instrucciones reservadísimas del 4 de setiembre, el Congreso aprobara la posibilidad de asociar la América española al Brasil, poniendo ambas bajo la corona portuguesa. Pueyrredón se encargará de no dar curso al asunto pues él preveía la entrega de estas tierras a Francia, a través de la coronación de Luis Felipe de Orleáns, luego reemplazado por el príncipe de Luca.

Los portugueses otra vez en la Banda Oriental. El fin de Artigas

En junio de 1816, el general Lecor inicia una nueva ocupación de la Banda Oriental conduciendo tropas veteranas de las guerras contra Napoleón. Artigas y sus hombres luchan heroicamente, sin medios, contra las tropas imperiales que los superan en número y armas, pero no en coraje.

En vano pedirá ayuda a Buenos Aires. Pueyrredón, ahora Director Supremo, lo ha entregado a los portugueses para desembarazarse de su odiada presencia, aunque ello signifique entregar el territorio Oriental, sueño dorado del Imperio portugués en América. Cuatro años le cuesta a los portugueses derrotar definitivamente a los orientales conducidos por Artigas que luchan con la desesperación y la ferocidad que da el amor a la Patria y la devoción a un jefe indiscutido. Diez mil orientales perdieron la vida en esta desigual contienda hasta que en Tacuarembó, el 22 de enero de 1820, fueron exterminados los últimos escuadrones de Artigas y la Banda Oriental se convirtió en provincia Cisplatina.

Apenas diez días después en Cepeda (1º de febrero de 1820) Francisco Ramírez y Estanislao López vencen a las tropas de Buenos Aires y penetran en la ciudad que aterrorizada clama por la paz. Pero las "hordas gauchescas" no aterrorizan, ni matan a nadie, al contrario se dejan seducir por los "buenos modales porteños" y firman el tratado del Pilar, que Buenos Aires no cumplirá transformando su derrota en victoria.

Artigas reacciona contra el acuerdo pues conoce la perfidia porteña. Ramírez vive su momento más glorioso. Ebrio de poder no comprende el proyecto de su jefe al no visualizar el conflicto profundo que enfrentaba dos concepciones de país incompatibles entre sí. Necesariamente para subsistir una, debía imponerse a la otra. Los hombres de Buenos Aires sí comprenden el problema en toda su dimensión y hábilmente alientan el enfrentamiento de Ramírez con Artigas. Dándole secretamente apoyo militar al entrerriano lo lanzan contra el caudillo oriental. Artigas debilitado cae nuevamente derrotado, ahora por su antiguo lugarteniente debiendo huir al Paraguay. Tiene 56 años de edad y le espera un largo exilio.

Con él termina esta primera aparición de la Argentina nacional. Ni Ramírez, ni López, ni Quiroga alcanzarán su dimensión política, su claridad programática, su carisma popular. Trece años después, con Rosas, la Argentina nacional recuperará su preeminencia en un nuevo intento de consolidar el proyecto nacional y popular.

Rivadavia vuelve al Poder

La firma del tratado del Pilar, el 23 de febrero de 1820, significa el estallido de la crisis del año 20, en la cual las provincias se enfrentan en feroces luchas intestinas. Ramírez contra Artigas; Santa Fe contra Buenos Aires; luego Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe contra Entre Ríos de Ramírez; Tucumán contra Salta. Mientras tanto en Buenos Aires los gobiernos se suceden vertiginosamente. El 20 de junio de 1820, en Buenos Aires coexistirán tres gobiernos a la vez, al momento en que se apagaba la vida de ese gran patriota que fue Manuel Belgrano.

Finalmente asume la gobernación Martín Rodríguez, el cual es sostenido por el regimiento de los colorados del Monte, cuyo jefe está destinado a cubrir 25 años de la historia futura del país y que con esa acción irrumpe en la vida política nacional, se trata de: don Juan Manuel de Rosas.

Extraño destino el suyo, inicia su vida pública sosteniendo al gobierno de los directoriales, o sea los unitarios, quienes pocos años después serán sus feroces enemigos.

A mediados de 1821 la tranquilidad parece renacer en el país. Artigas está exiliado en el Paraguay. Ramírez y Güemes han muerto. El santafesino Estanislao López ahora es aliado de Buenos Aires. En Córdoba se anuncia un congreso, impulsado por Bustos, que buscará reconstruir la unidad nacional.

Rosas ha vuelto a su retiro pampeano de "Los Cerrillos". La ocasión parece presentarse ideal para la vuelta al poder de los "hombres de luces"; así son nombrados ministros de Manuel Rodríguez, don Bernardino Rivadavia y don Manuel J. García.

Apenas un mes después de su regreso de Europa donde había pasado seis años, tratando en vano de conseguir una testa europea para coronar en el Río de la Plata, Rivadavia se encarama nuevamente en el poder.

El halo de empaquetada aristocracia que lo rodeaba después de haber trotado los salones de las cortes europeas, le daban un derecho aparentemente indiscutible para guiar a sus conciudadanos por los caminos del "progreso y la civilización". Engreído, arrogante, envidioso, odiaba a quienes se destacaban por sus talentos, y entre ellos con particular saña a San Martín y Bolívar. Sus contemporáneos no encuentran muchas cosas buenas que decir de él. Sin embargo, fue el jefe indiscutido del partido unitario integrado básicamente por los comerciantes, tenderos e importadores, quienes abrazaban la ideología del libre cambio inglés, como medio de consolidar sus riquezas, convirtiendo a Buenos Aires en la Fenicia de la América española, claro que sin ser capaces de dar un Aníbal.

Rivadavia es el fundador del proyecto liberal dependiente, y es él quien le da su primer concreción práctica.

Este proyecto que llevó al país a la anarquía del año 1820, será puesto nuevamente en marcha en 1824, sólo que para entonces Buenos Aires estará reforzada militar y económicamente y el modelo buscará su realización en forma más organizada, tratando de lograr su consolidación definitiva. Rivadavia no es un utópico, como se ha dicho muchas veces —más allá de algún proyecto descabellado—,

representa cabalmente los intereses del puerto de Buenos Aires y a los comerciantes a ellos ligados.

Sólo le interesa mantener sólidamente ligada a la ciudad-puerto con el comercio inglés. La guerra de la independencia, la integridad territorial y los habitantes que no fueran "principales y respetables" no figuraban en sus preocupaciones, como que carecía de conciencia nacional y vivía deslumbrado por los oropeles y el "progreso civilizador" de la Europa que había conocido. Era un liberal conservador y borbónico, encarnando la contrarrevolución.

Su famosa obra reformadora sólo quedó en lo epidérmico. Avenidas, empedrados, alumbrado, museos, cementerio de la Recoleta, Academias de Medicina y Ciencias Exactas, "reforma" militar y religiosa, Escuela de Declamación, etc.

Mientras tanto San Martín sin recursos no podía continuar su campaña libertadora y Rivadavia le negó sistemáticamente los recursos, todo lo cual habría de costarnos finalmente la pérdida de las provincias altoperuanas.

También llegaron los empréstitos. El famoso de la Baring Brothers que se tomó para construir un puerto para Buenos Aires, dotar de aguas corrientes a la ciudad y fundar 3 ciudades sobre la costa atlántica. Lógicamente *nada de eso se hizo*. El empréstito fue por 1.000.000 de libras esterlinas, pero siguiendo el meduloso estudio de Scalabrini Ortiz, *oficialmente sólo ingresaron 570.000 libras*, y no en oro, sino *en letras de cambio sobre comerciantes ingleses de Buenos Aires*. Finalmente, cuando terminó de pagarlo en 1901, *al país le costó 23.734.766 pesos fuertes*. A partir de aquí la penetración del Imperio Inglés comenzó a aumentar en el Río de la Plata y junto con el empréstito llegó el reconocimiento de "nuestra independencia" por parte de la corona británica. El primer ministro Canning daba así el toque maestro a su plan: el formal reconoci-

miento de la independencia de las Provincias Unidas a cambio del efectivo dominio capitalista inglés en el Río de la Plata.

La creación del Banco de Buenos Aires o *Banco de Descuentos*, fundado en 1822 constituyó otra piedra angular de la penetración imperialista inglesa. Estaba en manos de comerciantes criollos e ingleses, con mayoría de estos últimos. Tenía entre sus atribuciones la de emitir billetes que actuaban como moneda circulante. Este Banco desde 1824 *ya era manejado desde Londres* y así prestaba dinero al general portugués Lecor que ocupaba la Banda Oriental. Este es hoy el famoso Banco de la Provincia de Buenos Aires.

La ley de Enfiteusis —otra *gran obra* rivadaviana— nada tuvo que ver con una supuesta distribución de la tierra pública. Lejos de eso, significó la garantía que dio Buenos Aires para garantizar el empréstito en Londres, consistiendo en la prohibición de enajenar la tierra pública, dándola sólo en alquiler, para que mediante el canon se pudiera pagar la deuda con la Baring.

Al concluir su mandato el gobierno de Rodríguez es elegido gobernador de Buenos Aires el general Gregorio de Las Heras. Rivadavia no quiere participar de dicho gobierno y parte en misión diplomática a Inglaterra y Francia. ¿Podía ser de otra manera?

A todo esto durante su gestión como ministro de Rodríguez había saboteado el Congreso propuesto por Bustos en Córdoba. No podía tolerar que el país se organizara bajo la éjida de los provincianos, que además eran capaces de elegir como jefe de los argentinos a San Martín, quien finalmente partiría exiliado a Francia, en febrero de 1824. En cuanto San Martín partió, se dictó por iniciativa de Rivadavia una ley invitando a un Congreso.

Los orientales quieren seguir siendo argentinos

El 19 de abril de 1825, Lavalleja y sus 33 orientales desembarcan en la playa de La Agraciada y encienden la chispa de la rebelión oriental contra la opresión brasileña; en poco tiempo toda la campaña uruguaya estaba en poder de Lavalleja y los suyos. Un Congreso oriental reunido en La Florida proclama el 25 de agosto de 1825 que "el voto decidido y constante de la Provincia Oriental era por la unidad con las demás provincias argentinas a que siempre perteneció por los vínculos más sagrados que el mundo conoce".

La aceptación por parte del Congreso reunido en Buenos Aires de la reincorporación de la Provincia Oriental provoca la guerra con el Brasil.

A todo esto en Buenos Aires, en febrero de 1825, se firma entre Manuel García y Woodbine Parish, enviado plenipotenciario de la Corona Británica, un tratado de amistad, comercio y navegación entre las Provincias Unidas e Inglaterra. Este curioso tratado tenía entre sus cláusulas más importantes el artículo 2º, el cual establecía: "Los habitantes de los dos países gozarán respectivamente de la franquicia de llegar segura y libremente con sus buques y cargas a todos aquellos parajes, puertos y ríos en los dichos territorios". Al leerla uno se pregunta, ¿con qué buques íbamos a llegar nosotros a Inglaterra, si no los teníamos?

Los artículos 8º y 9º garantizaban la libertad de empresa y la actividad comercial a los súbditos británicos en las Provincias Unidas y a los ciudadanos de las Provincias Unidas en Gran Bretaña. Claro está que cuesta imaginar en aquel entonces a un habitante de las Provincias Unidas instalado y comerciando en Gran Bretaña.

Otras de las cláusulas risueñas del tratado es la libertad de cultos (libertad de culto que se negaba en Inglaterra a los católicos y en especial a los irlandeses) y el derecho que recibían los ingleses, a tener su propio cementerio, otorgando generosamente, eso sí, igual derecho a los súbditos de las Provincias Unidas en Inglaterra. A cuáles, no se sabe, pues no debía haber muchos en la brumosa isla; en cambio en 1824, según Ferns, la comunidad británica en el Río de la Plata sumaba 1.355 personas y en 1831 eran ya 4.072, toda una invasión para aquella época. Todo esto permite calificar, sin exageración, a dicho tratado como de exclusivo beneficio para los ingleses.

Rivadavia Presidente

Declarada la guerra, Rivadavia retorna al país y prepara su ascenso al gobierno. Las Heras tenía como prioridad la guerra contra Brasil y hacia este objetivo encauzaba todos sus esfuerzos. Rivadavia y los suyos querían terminarla cuanto antes. Igual deseo tenía Inglaterra para que la guerra quedara sin definir y poder así terciar y lograr independizar al Uruguay, colocándolo bajo su égida. En el Congreso se manifiestan dos claras tendencias: los unitarios (Alvear, Agüero, M. J. García, Paso) y los federales (Dorrego, Medrano, Manuel Moreno, Cavia). La mayoría rivadaviana del Congreso hizo votar, el 6 de febrero de 1826, una ley que establecía el poder ejecutivo nacional poniendo a su frente a un ciudadano con el título de Presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Es decir no había Constitución, pero sí presidente. Las Heras no resistió la absurda ley y renunció. Al otro día se elegía a Rivadavia "presidente de la República". Los unitarios se sentían dueños absolutos

de la situación, aunque el país los repudiaba como enseguida se iba a ver.

Al mes siguiente, se declara capital de la República a Buenos Aires y de inmediato la mayoría rivadaviana sanciona la Constitución unitaria de 1826, que reducía a las Provincias a simples dependencias administrativas del poder central, y *establecía el sufragio de la clase propietaria, excluyendo a los "asalariados y jornaleros"*. Dorrego defendió los derechos de la mayoría popular, pero triunfó el proyecto elitista unitario. Para los liberales argentinos, en todos los tiempos, el pueblo siempre debe ser excluido de la mesa de las grandes decisiones nacionales.

De acuerdo con la ley fundamental votada al comienzo de las deliberaciones del Congreso, y que establecía que las Provincias se reservaban el derecho de aprobar o rechazar la Constitución que se dictase, se resolvió comunicar la sanción de la Constitución a las Provincias.

El rechazo fue unánime, excepto la Banda Oriental que era escenario de la guerra con Brasil. El interior se alzó en armas contra el gobierno de Rivadavia. Quiroga, Ibarra y Bustos encabezaban el levantamiento montonero de las Provincias del Norte.

Mientras tanto, la Banda Oriental, estaba a punto de ser reincorporada definitivamente al seno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, como querían los orientales. Triunfantes nuestras armas en Bacacay y Ombú, el 20 de febrero de 1827 derrotaban al grueso del ejército brasileño en Ituzaingó, apoderándose de todo el parque y gran cantidad de prisioneros. Brown por su parte derrotaba a la escuadra imperial en el combate de El Juncal.

El ejército argentino al mando de Alvear se disponía a ocupar la provincia brasileña de Río Grande, para ello necesitaba refuerzos que solicitó

a Rivadavia. Pero este esfuerzo magnífico, hecho de coraje, audacia y sangre habría de quedar trunco por la política rivadaviana.

En pleno triunfo de las armas argentinas y cuando el temor se apoderaba de la corte de Río de Janeiro, incapaz de encontrar el medio para detener la presión de nuestras fuerzas, Rivadavia envió a su Ministro, el inefable Manuel J. García, "a pedir la paz" a Río de Janeiro.

Manuel J. García era un fiel servidor de la política inglesa como lo reconoce lord Ponsomby, el ministro inglés designado por Canning, que buscaba independizar a la Banda Oriental y colocarla bajo la égida de Inglaterra. Pero esta vez García se equivocó feo y firmó una convención preliminar por la cual nuestro país reconocía los derechos del Brasil a la Banda Oriental. De vencedores en la guerra pasábamos a derrotados. Apenas conocidos los términos del convenio, que era en realidad una capitulación, estalló la indignación en Buenos Aires y se produjeron tumultos. Rivadavia se sentió perdido y pidió al Congreso el rechazo del convenio firmado por García. Tras lo cual en un último esfuerzo para salvar su investidura mandó al Congreso su renuncia, adjudicándose el triunfo de las armas, culpando a García de violar sus instrucciones. Confiaba en la mayoría que tenía en el Congreso, pero también él se equivocó; sus amigos al ver la ira popular trataron de salvar sus cabezas y votaron por la aceptación de la renuncia: sólo dos votos se registraron por el rechazo de la misma.

El Congreso eligió a Vicente López como presidente provisional y un mes después la legislatura de Buenos Aires por amplia mayoría federal eligió al coronel Manuel Dorrego, el ideólogo del federalismo, como gobernador de Buenos Aires. *La Argentina nacional reaparecía e iba a protagonizar la historia argentina en los próximos 25 años.*

Dorrego de inmediato ordenó continuar la lucha contra Brasil. El ejército argentino estaba anarquizado por la inactividad después del triunfo de Ituzaingó, pero igual reinicia su avance en territorio brasileño.

Mientras tanto lord Ponsomby busca con astucia lograr su objetivo, la Banda Oriental: ni para Brasil, ni para la Argentina. Sí, para Inglaterra. Ofrece la presidencia a la vez a Lavalleja y a Fructuoso Rivera, fomentando ambiciones y promoviendo la discordia entre los orientales y las Provincias Unidas y también entre los orientales entre sí. Finalmente Lavalleja enarbolando los colores blancos, derrota a Rivera que se distingue con el emblema rojo. Han nacido los dos partidos tradicionales del Uruguay: los blancos y los colorados.

Dorrego trata de vencer todas las dificultades para seguir la guerra, pero entonces el Banco de Descuentos manejado por comerciantes ingleses, dueños del 58 % de las acciones, le niega el dinero necesario para hacer frente a los gastos de la guerra. Lord Ponsomby presiona al Emperador brasileño y finalmente logra que se firme la paz entre Brasil y las Provincias Unidas sobre la base de la declaración de la independencia de la Banda Oriental, la cual ambos países se comprometen a respetar.

El estado tapón, "el algodón entre dos cristales" que imaginara lord Ponsomby estaba creado, el dueño del algodón era Inglaterra. El 8 de agosto de 1828 antes de su partida a Río, Ponsomby escribe a Dorrego: "Vuestra Excelencia no puede tener ningún respeto por la doctrina expuesta por algunos torpes teóricos de que América debería tener una existencia política separada de la existencia política de Europa; el comercio y el común interés de

los individuos han creado lazos entre Europa y América, lazos que ningún gobierno, ni tampoco acaso ningún poder que el hombre posea puede ahora disolver. Y mientras esos lazos existan, *Europa tendrá el derecho y ciertamente no carecerá de los medios, ni de la voluntad de intervenir en la política de América, por lo menos en la medida necesaria para la seguridad de los intereses europeos*".[1]

Toda una definición de política imperialista, que por lo menos no se disfrazaba con invocaciones a la justicia o a la libertad.

Esta política imperialista inglesa en nuestro continente consiguió su objetivo: que fuéramos 20 repúblicas y no una Gran Nación.

El crimen más alevoso de nuestra historia

Terminada la guerra con el Brasil con un nuevo desmembramiento territorial, el partido unitario decidió terminar con el país federal e *implantar su modelo de país por el terror y la fuerza de las armas.*

En los años posteriores hasta nuestros días, los liberales persisten en el mismo intento y por los mismos medios. Para ello los unitarios contaban con el ejército que volvía victorioso de la Banda Oriental. Los rivadavianos habían tenido buen cuidado de poner a su frente generales adictos o fácilmente manejables. Así Lavalle, quizás el más valiente de ellos, pero el menos inteligente, es convencido por la logia unitaria que prepara su retorno al poder, de que Dorrego es un déspota que quiere anarquizar el país y que por lo tanto hay que derrocarlo. Lavalle, el 1º de diciembre de 1828, al frente de 2.500

[1] José M. Rosa: *Historia Argentina* (Ed. Oriente), 1973, tomo 4, pág. 82.

hombres, derroca a Dorrego gobernador legal de Buenos Aires, quien privado de una fuerza militar conveniente huyó a la campaña para buscar refuerzos con que enfrentar la agresión. A la una de la tarde un grupo de rivadavianos se reunió en una de las iglesias y nombró a Lavalle gobernador provisional.

Los diarios unitarios comenzaron a buscar los crímenes del gobernador depuesto, pero poco o nada pudieron decir contra él, como luego ocurriría recurrentemente cada vez que en nuestra historia se trató de justificar el derrocamiento de un gobernante popular.

Eso sí, nadie mencionó su preocupación por el pueblo, que se manifestó claramente en la fijación del precio de la carne, artículo esencial en la alimentación popular. Como vemos la historia argentina es una constante.

Dorrego junta una fuerza de 2.000 milicianos y a pesar de los consejos de Rosas de que esperara con el fin de reunir sus fuerzas con las de López en Santa Fe para enfrentar a Lavalle, le da batalla y es derrotado. Traicionado por los coroneles Acha y Escribano es entregado a Lavalle quien a su vez instigado por la logia unitaria lo manda fusilar, asumiendo su responsabilidad ante la historia.

Pero los verdaderos responsables de este monstruoso crimen son Varela, Del Carril, Agüero y el mismo Rivadavia, o sea los artífices de la Argentina liberal, que en Dorrego creyeron posible asesinar a la Argentina nacional y popular.

Pero allí no paró la violencia desatada por los "civilizadores unitarios", el terror impuesto por Lavalle en la campaña bonaerense se calcula que sesgó la vida de *más de mil desgraciados gauchos.* El terror alcanzó hasta la misma ciudad donde, según Beruti, se llegó a ajusticiar a niños de 7 años por el delito de "andar con divisas federales".

Un estudio de Lestrade ha afirmado que en 1829 fue el único año en que las defunciones superaron a los nacimientos en la provincia de Buenos Aires. Las tablas de sangre de terror unitario del año 29 aún están por escribirse.

En medio de tanto revanchismo homicida llegó al país San Martín, quien enterado de los hechos no desembarcó. Los unitarios lo consideraban traidor porque no participó en la guerra contra Brasil. Lo llamaban despectivamente "El Rey José". San Martín retornó a Europa para no regresar.

El régimen duro que intentaron implantar los revolucionarios unitarios no tuvo destino, pues los hacendados de Buenos Aires se negaron a participar de él. Y peor aún, se le opusieron a través de uno de sus hombres: don Juan Manuel de Rosas. Su figura se apresta a irrumpir en la escena política nacional para ocuparla protagónicamente durante los 23 próximos años.

Capítulo V

LA ARGENTINA COMIENZA A SER UNA PATRIA

Nadie ignora que el gobierno de Juan Manuel de Rosas es el más discutido de nuestra historia, así como que contra este hombre singular se han desatado las diatribas más violentas y a la vez se han pronunciado las loas más excelsas, provocando la más profusa literatura histórica en la Argentina.

Ferozmente odiado, idolátricamente amado. Quizás sólo Perón pudo equipararlo en su capacidad de generar amor y odio, más allá de su muerte.

Ambos han significado para la Argentina liberal dos largos períodos de la historia, en donde el proyecto dependiente corrió los más serios peligros de ser definitivamente derrotado.

Con Rosas llegan al gobierno las masas populares urbanas y rurales de la provincia de Buenos Aires, así como con Artigas lo habían hecho las poblaciones rurales del litoral.

Buenos Aires comienza a cambiar la cara, empieza a nacionalizarse, empieza a ser parte de la Patria Argentina y no mera factoría portuaria, siempre ávida de mercaderías e ideas europeas.

Rosas era el primer gobernador auténticamente popular que tenía la provincia de Buenos Aires, ya que había llegado al poder, no por el manejo político de una "minoría ilustrada", sino que lo había hecho a través de la voluntad de las muchedumbres. Pero al mismo tiempo también satisfacía las expectativas de las clases superiores pues aseguraba orden, disciplina, austeridad y moral en la función pública, elementos que aparecían como ne-

cesarios para calmar la anarquía existente, producto del choque furioso de las pasiones políticas.

Su llegada al gobierno de la Provincia de Buenos Aires, implicó el primer intento coherente y firme de generar una Argentina realmente independiente en lo político y autónoma en lo económico. Es decir la Argentina nacional que bosquejara Artigas.

Hemos visto como su irrupción en la política comienza con el apoyo dado por sus "Colorados del Monte" a Martín Rodríguez, lo cual significó abrirle el camino del poder a Rivadavia. Hasta ese momento la burguesía comercial porteña y los ganaderos bonaerenses tenían intereses comunes, pero la política rivadaviana que enciende la guerra civil y provoca la pérdida de la Banda Oriental, enfrenta a aquellos intereses antes similares y provoca el distanciamiento de Rosas con Martín Rodríguez y su ministro.

La Constitución unitaria de 1826, rechazada por todo el país, une a los federales del interior con los hacendados bonaerenses en el enfrentamiento del proyecto unitario que impulsa Rivadavia.

Primer gobierno de Rosas

El 6 de diciembre de 1829 Rosas es electo gobernador de la Provincia de Buenos Aires, y se le da el título de *Restaurador de las Leyes.* El día 8 al hacerse cargo del gobierno la multitud, en medio de delirante entusiasmo, desenganchó los caballos del coche de Rosas y lo arrastró a pulso. Algo similar se haría años después en la asunción a la presidencia por parte de ese otro gran líder popular que fue Hipólito Yrigoyen. Comenzaba una nueva etapa en la historia política argentina.

Como acto inicial de su gobierno ordena homenajes a Dorrego, al cumplirse el primer aniversario de su fusilamiento y de inmediato trata de poner en

orden las finanzas provinciales. Su gabinete, que es el mismo que recibe a Viamonte, está integrado por Manuel García, Balcarce y Guido, preanunciando así su intención de no innovar, restablecer la confianza en el gobierno y asegurarse el beneplácito de los influyentes comerciantes ingleses con Woodbine Parish a la cabeza. La presencia de García como ministro era clara manifestación de este último propósito.

Este primer gobierno de Rosas no será por cierto el que consolide el proyecto nacional y popular (éste se corporizará en el segundo gobierno, el de la Confederación Argentina); es sólo el precursor, destinado a crear las condiciones para el alumbramiento de la Argentina unida y soberana, en la cual por primera vez, las provincias argentinas se sentirían partes de un todo: la Patria común.

Mientras tanto, el *manco* Paz trataba de capitalizar sus brillantes triunfos en Córdoba ante Quiroga y Bustos invadiendo con sus fuerzas unitarias las provincias del norte de Cuyo. Pero no consigue la alianza con Santa Fe que le es vital. Por el contrario López se le opone.

El 4 de enero de 1831 Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos firman el Pacto Federal, el cual no fue suscripto por Corrientes por insistir sus representantes en imponer su proyecto que establecía el proteccionismo aduanero y dividía las rentas de la Aduana de Buenos Aires entre las provincias, propuesta no aceptada por el delegado porteño, Roxas y Patrón. En esos momentos Buenos Aires, no tenía ninguna industria que defender, salvo la saladeril que carecía de competencia extranjera. En cambio Corrientes sí, siendo su delegado y luego gobernador, Pedro Ferré, un importante industrial de esa provincia. Rosas defiende en 1831 por medio de su delegado el libre cambio, luego en 1835 durante su segundo gobierno sancionaría la famosa ley de Adua-

nas que establecía el proteccionismo. En 1835 el proyecto nacional encarnado en la Confederación Argentina estaba ya en marcha.

El Pacto Federal incluía la existencia de una Comisión Representativa, resistida en principio por Rosas, aunque luego se allanó. Esta comisión tenía por facultades: Celebrar tratados de paz, declarar la guerra, ordenar la leva de ejércitos e invitar a otras provincias a unirse con ellas en Federación y arreglar su administración general por medio de un Congreso General Federativo. En mérito de estas atribuciones declaró la guerra a la "Liga Militar" de Paz.

Era la guerra total, pero un hecho fortuito habrá de impedirla. Cuando Paz se disponía a atacar a López, mientras recorría las cercanías de las posiciones del caudillo santafesino fue sorprendido por una partida de éste, boleado su caballo cayó prisionero y con su caída se derrumbó la liga unitaria. De cualquier manera su fuerza militar era más aparente que real y el resultado hubiera sido el mismo, aunque más cruento.

Con la imposibilidad de la burguesía comercial porteña, congregada en el partido unitario, de imponer su modelo de país aunque para ello lo hubieran ensangrentado y puesto al borde de la destrucción, quedaba abierta la puerta para la experiencia de la Argentina nacional que se expresaba a través del Partido Federal.

La Argentina liberal dependiente entraría en un largo ocaso que habría de durar algo más de 20 años, aunque en ese lapso no cejaría en su empeño de apoderarse del gobierno, empleando todos los medios a su alcance, incluso la alianza con potencias extranjeras.

Como vemos, poco han cambiado las cosas. Un siglo y medio después, los herederos actuales del unitarismo rivadaviano, tampoco titubean en em-

plear los más bastardos medios para apoderarse del país y transformarlo en una factoría agroexportadora y "coca-colonizada". El proyecto de país pequeño y castrado es igual tanto si lo ejecuta Rivadavia como Martínez de Hoz. La orgía del terror con que se quiere silenciar la voz de la mayoría popular es la misma si la desata la revolución diciembrista de Lavalle y Paz o si la llevan a cabo los grupos parapoliciales y paramilitares contemporáneos. Los negociados de la época rivadaviana, la Minin Company, el empréstito de la Baring Brothers, el Banco de Descuentos o la Ley de Enfiteusis, tienen su contrapartida mejorada y aumentada en la corrupción y amoralidad de la "patria financiera" de los liberales actuales, sean civiles o militares. Nada ha cambiado, todo es peor...

También hoy se abre la perspectiva del retorno a una Argentina nacional y popular, sólo que esperemos no sea por escasos 20 años, sino por 200 y más. Pero sigamos con nuestra historia, con la aclaración de que aquí, cualquier similitud con la realidad actual no es casualidad.

Rosas espera su turno

Con la prisión de Paz, el país todo quedaba en manos de los federales. La juventud ilustrada, ayer unitaria, hoy aceptaba al federalismo y propugnaba organizar el país dentro del modelo federalista de Hamilton. Rosas desconfiaba de esta súbita conversión, no creía en los doctores, pensaba que entregarles el gobierno a ellos era "sembrar un campo de cizaña y malas hierbas" según escribía a Ferré. Comprendía que la base de la acción política estaba en el pueblo y rechazaba cualquier sistema donde "los aristocráticos y los poderosos sean todo y el pueblo nada" (Carta a Estanislao López en 1830).

El 6 de diciembre de 1832 terminó Rosas su primer gobierno, rechazando los intentos que hubo de reelegirlo. Lo reemplaza Juan Ramón Balcarce.

Rosas vuelve al llano y realiza su "campaña al desierto" de la que participan también Aldao y Quiroga. En total se movilizaron 2.000 hombres, que pusieron rumbo al sur el 22 de marzo de 1833. Mientras realizaba su campaña no perdía de vista lo que ocurría en Buenos Aires. Sus santos y seña tenían claras referencias políticas y también morales, por ejemplo: Federación —sistema— de América; Unitarios —mancharon— la historia; Empleados —sin pudor— baldón. La expedición duró casi un año y alcanzó el Río Negro, ocupando Choele-Choel donde se dejó una guarnición. Se ocupó el llamado camino de los chilenos, colocándose fuertes en el mismo. Hasta 1852, fecha de su caída en que se abandonaron estos fuertes del Río Colorado y el Negro, no hubo malones.

Esta campaña *no buscó el exterminio del indio, sino pactar con ellos.* Eran convenios de palabra. Si el indio no cumplía entonces sí sobrevenía la guerra. Esto la diferencia netamente de la expedición de Roca del año 1879, que trató al indio como un salvaje que se debía exterminar. La expedición fue acompañada por algunos científicos, entre ellos Darwin.

Mientras Rosas realizaba su campaña al desierto se agitó el ambiente político en Buenos Aires produciéndose el cisma entre los federales porteños y se sucedían gobiernos débiles en la provincia. También tuvo lugar la invasión y ocupación de nuestras Islas Malvinas por los ingleses, hecho ocurrido el 2 de enero de 1833.

Desde que Rosas se aleja del Poder, el gobierno de Balcarce comienza a abandonar su alianza con los sectores populares, produciéndose la recomposición de la alianza entre la burguesía comercial unitaria y los ganaderos bonaerenses. El eje de esa política era Enrique Martínez, ministro de guerra y primo de Balcarce. Los partidarios de Rosas comenzaron a ser perseguidos. Su mujer doña Encarnación Ezcurra asume la jefatura de la corriente federal popular desatándose contra ella una campaña de difamación y calumnias. La situación política es tensa. Ambos bandos publican periódicos políticos en los cuales se atacan con virulencia. El sector federal leal a Rosas, llamado *Apostólico* edita *El Restaurador de las Leyes*. El gobierno prohíbe varios de estos periódicos y ordena procesar al director del periódico apostólico. Encarnación Ezcurra aprovecha la ocasión para hacer empapelar la ciudad durante la noche del 10 de octubre de 1833 con carteles que decían ambiguamente que en la mañana siguiente sería juzgado en el Cabildo *El Restaurador de las Leyes* acusado por el fiscal Agrelo. Esta denominación del Restaurador de las Leyes era la que el pueblo de la campaña y de los suburbios daba a don Juan Manuel de Rosas. Por ello la artimaña de su esposa dio resultado, provocando una poblada que a gritos pedía la cabeza de Agrelo y vivaba a Rosas a quien creía que se iba a juzgar; esta revuelta es conocida como la "Revolución de los Restauradores" y marca la presencia del pueblo en la calle, defendiendo a su líder con una actitud que luego de más de cien años se repetirá en el apoteótico 17 de octubre de 1945.

La situación se sigue deteriorando hasta que se produce la renuncia de Balcarce y su reemplazo por Viamonte. Durante el gobierno de éste llega, pro-

cedente de Europa, Rivadavia, que inmediatamente es expulsado del país en nombre de "circunstancias imperiosas que afectan a la paz pública".

Viamonte no logra dominar la efervescencia política reinante y renuncia el 5 de junio de 1834, pero tendrá que quedarse aún cuatro meses en el cargo, pues no se halla reemplazante.

La Sala de Representantes elige entonces a Rosas, por virtual unanimidad, el 29 de junio, pero él no acepta. Hasta el 30 de setiembre la Sala repite el nombramiento varias veces y él siempre lo rechaza. Nadie acepta en su lugar. Se elige interinamente a Manuel V. Maza en octubre de 1834. El 16 de febrero de 1835 es asesinado en Barranca Yaco, Facundo Quiroga. La noticia espanta a Buenos Aires y Maza renuncia. La Sala vuelve a elegir a Rosas como gobernador, entregándole "la suma del poder público de la provincia por todo el tiempo que a su juicio fuese necesario sin más condición que defender la Religión Católica Apostólica Romana y la causa nacional de la Federación que han proclamado todos los pueblos de la República". Rosas pidió que la decisión fuese ratificada por un plebiscito. Los comicios arrojaron casi la unanimidad: sólo 5 ciudadanos votaron en contra.

La Confederación Argentina

Hemos señalado anteriormente que sobreabunda la literatura específica sobre este período histórico, por lo tanto no creemos útil agregarle nuevas carillas; preferimos, eso sí, entrarnos en aquellos aspectos políticos y económicos que hacen al objetivo de esta síntesis histórica.

Hemos visto cómo la aparición de Rosas en la escena pública está ligada al apoyo político de Mar-

tín Rodríguez que favorece el encumbramiento de Rivadavia.

Esto tiene su explicación pues en ese momento aún funcionaba la alianza de los ganaderos de Buenos Aires con la burguesía comercial porteña, sosteniendo al partido directorial. El intento rivadaviano de imponer el dominio del partido unitario a través de la Constitución de 1826 y la posterior revolución de 1829 con el fusilamiento de Dorrego, quiebran esta alianza y llevan a los ganaderos de Buenos Aires a entenderse con los federales del interior, buscando restaurar la paz en el país, anarquizado por la ceguera unitaria.

Rosas encarnó esta búsqueda de orden y paz, pero mientras en su primer gobierno mantuvo el sistema económico reinante, basado en la libertad de comercio y en el predominio de los grupos económicos que dominaban la legislatura; ya en su segundo gobierno da forma a su modelo económico que sin renunciar en lo fundamental, al predominio de la clase ganadera bonaerense, sin embargo desarrolla una política proteccionista que favorece el renacer de las industrias artesanales del interior y la recomposición de las economías regionales.

El modelo económico

El Rosas de su segundo gobierno ya no es el ganadero de Buenos Aires, puesto allí para defender los intereses de su clase, sino el hombre de Buenos Aires, que construye *la Confederación Argentina como herramienta de la unidad nacional y primer intento de un modelo político y económico de desarrollo independiente.*

Al presentar el proyecto de Ley de Aduanas el 31 de diciembre de 1835 Rosas expresa en su mensaje a la Junta de Representantes de Buenos Aires:

"Largo tiempo hacía que la agricultura y la naciente industria fabril se resentían de la falta de protección, y que la clase media de nuestra población, que por la cortedad de sus capitales no puede entrar en empleos de ganadería, carecía del gran estímulo al trabajo que producen las fundadas esperanzas de adquirir con él medios de descanso a la ancianidad y de fomento a sus hijos. El gobierno ha tomado este asunto en consideración y notado que la agricultura e industrias extranjeras impiden esas útiles esperanzas, sin que por ello reporten ventajas en la forma y calidad... ha publicado la ley de Aduanas que será sometida a vuestro examen por el ministro de hacienda" (Mensaje de Rosas abriendo las secciones de la legislatura).

Con ello Rosas no hace otra cosa que reconocer las ideas que el correntino Ferré sostuviera en la comisión representativa del pacto Federal en 1830. Por las cuales el correntino pretendía impulsar la exportación de productos ganaderos y a la vez proteger la agricultura y la industria. Rosas comenzaba con esta ley a dar forma al modelo económico de desarrollo autónomo, copiando experiencias de este tipo vigentes en el mundo, especialmente en Norteamérica.

Siguiendo a Mariano Balcarce a través de una cita de Gonzalo H. Cárdenas en su libro *Las luchas nacionales contra la dependencia*, podemos decir que en 1853 poco después de la caída de Rosas existían en Buenos Aires 106 fábricas, entre las que se hallaban 3 de cerveza, 3 de pianos, 2 fundiciones; existiendo además 743 talleres artesanales y 2.008 casas de comercio. No parece justo con estas cifras, hablar de atraso económico como gustan los historiadores liberales.

En el interior lógicamente se produce una notable mejoría de la situación económica, renacen ciertas artesanías y surgen nuevas industrias. En

Córdoba fabrican zapatos y tejidos. Cuyo comparte su rubro principal, la elaboración de vinos, con la de sedas. La Rioja y Catamarca producen telas, bebidas alcohólicas y aceites. Salta hila algodón, produce harina y excelentes vinos. Tucumán con sus 13 ingenios abastece de azúcar a toda la Confederación. Corrientes, donde se destaca la carpintería de Ferré, construye barcos. Esta prosperidad que comienza a manifestarse revirtiendo la situación existente durante el gobierno unitario hace que varias provincias homenajeen a Rosas como defensor de la industria vernácula.

Rosas va poniendo en marcha así un modelo de desarrollo capitalista ganadero al que complementa con la protección industrial que hace compartir los beneficios del mismo al interior y litoral.

Burgin en su libro *Aspectos económicos del federalismo,* a pesar de su rechazo a la figura de Rosas, a quien tilda de demagogo, reconoce que "Rosas se convirtió para las provincias en el más argentino de los gobernantes porteños; en realidad el único gobernante que había antepuesto los intereses económicos de la Nación al de los comerciantes extranjeros".

Rosas termina con la ley de enfiteusis

Rosas desconoce el empréstito de la Baring, no negándose a pagarlo, pero difiriendo su pago en el tiempo. En su mensaje a la legislatura en 1838 dice: "En medio de las dificultades de la Hacienda Pública... no olvida el gobierno sus compromisos en el Empréstito de Inglaterra". Luego utilizará el interés de los bonholders (tenedores de bonos del empréstito) de cobrar su dinero como elemento de presión en Europa, prometiéndoles la reanudación de los pagos para cuando "el puerto quedase libre del bloqueo francés".

Pero no sólo no pagó sino que arremete contra la garantía del empréstito de la Baring Brothers que eran las tierras sujetas a enfiteusis, a pesar de las protestas de los ingleses. Así exige a los enfiteutas el pago de los cánones atrasados, estableciendo que desde 1838 se elevarían al doble. Esto le enajena la voluntad de los grandes ganaderos de Buenos Aires que a los perjuicios que le provocaba el bloqueo francés, por lo cual pedían que accediera a las exigencias de los invasores, se agregaba esta nueva imposición: no sólo debían pagar, cosa que la mayoría no hacía, sino que ahora era el doble.

Como consecuencia se produce la conspiración de los "Libres del Sur". ¡A nuestros ganaderos siempre que les tocan el bolsillo se les despierta súbitamente el amor por la libertad! El plan parecía perfecto. De él participarían Castelli, Díaz Vélez, Cramer, el propio hermano de Rosas: Prudencio, etc., todos ganaderos del sur de la provincia. El levantamiento de los ganaderos debía coincidir con un golpe en Buenos Aires dirigido por Ramón Maza, hijo del Presidente de la Legislatura e íntimo amigo de Rosas que lo debía asesinar. A la vez Lavalle avanzaría sobre Buenos Aires, con el apoyo de la flota francesa. Nada ocurrió así. El golpe fue abortado, Lavalle titubeó ante Buenos Aires y los "Libres del Sur" fueron derrotados. ¿Por qué será que siempre se usa la *libertad* para rotular una mercadería que se llama *interés de bolsillo?*

Las tierras sujetas a enfiteusis fueron vendidas para luchar contra el bloqueo. A enfiteutas pequeños, poseedores de 1.800 hectáreas o menos, se les dio facilidades procurando la formación de unidades económicas rurales y la aparición de una clase media campesina que cimentase el desarrollo del capital agrario. De ahí el levantamiento de los latifundistas. Además, el 28 de mayo de 1838 se repartieron gratuitamente tierras de enfiteutas expropiadas por

falta de pago de canon. Se estableció que cualquier ciudadano podía optar hasta media legua en propiedad. Todo ello perjudicó a los enfiteutas beneficiarios de la política de Rivadavia, los que luego de Caseros volvieron a recuperar sus tierras por una ley que dispuso su devolución, aduciendo que habían sido "inicuamente despojados por el tirano prófugo".

La ley de Aduana, la anulación de la ley de enfiteusis con la distribución de tierras consiguientes y la liquidación del Banco Nacional, otra creación rivadaviana que ponía al decir de don Vicente López "la bolsa del país en manos de aventureros extranjeros", delinean con claridad la política económica de Rosas quien buscó realizar un modelo económico nacional autónomo, ensamblando la explotación ganadera con el desarrollo de la agricultura y la industria nacional creando así las condiciones para que el progreso del país fuera armónico e integrado.

La oposición de la minoría unitaria aliada al imperialismo anglo-francés impidió que este modelo tuviera pleno éxito.

La generación del 37 equivoca el rumbo

Se conoce como generación de 1837 a un grupo de jóvenes intelectuales que habían nacido con la Patria, alrededor de 1810, cuyos máximos exponentes eran Esteban Echeverría y Juan Bautista Alberdi. En un primer momento apoyaron a Rosas para luego, ante la agresión francesa, discrepar con él y exiliarse. Estaban bajo la influencia de un complejo conjunto de ideas que recibió el nombre común de romanticismo. El romanticismo significó una reacción contra la tendencia racionalista del siglo XVIII, a cuyas ideas opuso el culto al "sentimiento". En ma-

teria política y social dio a luz nuevos valores: la sociedad, las nacionalidades, los pueblos y la patria, fundada ésta en la comunión de la tierra y el idioma.

En su obra *El fragmento preliminar al estudio del derecho*, Alberdi sostenía refiriéndose a Rosas: "Considerado filosóficamente no es un déspota que duerme sobre bayonetas mercenarias, es un representante que descansa sobre la buena fe, sobre el corazón del pueblo". En cambio con relación a los unitarios expresa: "Nuestra historia constitucional no es más que una continua serie de imitaciones forzadas, y nuestras instituciones una eterna y violenta amalgama de cosas heterogéneas."

Estos jóvenes formaron el Salón Literario y más tarde constituyeron la Sociedad de Mayo. La situación creada a raíz del bloqueo francés a Buenos Aires, hizo torcer bruscamente el rumbo de este movimiento, el cual abandonó su búsqueda de la renovación del espíritu nacional dentro de los valores históricos, para aliarse al agresor extranjero. Tal vez no pudieron resistir el choque entre su modelo ideológico francés y la realidad americana. No pudieron aceptar "que su madre intelectual", Francia, fuera una potencia colonialista y agresora. Prefirieron creer que la actitud francesa era originada por nuestra barbarie y así renunciaron a su posición nacional, se exiliaron y se pusieron al servicio del agresor extranjero.

Ya en su vejez, abjurando de su error, Alberdi escribiría: *"Prefiero a los tiranos de mi país que a los libertadores extranjeros"*.

La Confederación Argentina lucha contra la dependencia

La intervención militar francesa en el Río de la Plata tuvo su origen en un cambio de su política exterior, motivada por la asunción al trono de Luis Felipe. El flamante rey fue apoyado por la burguesía que quería devolver a Francia el rango de potencia que exhibiera entre 1789 y 1812. Busca expandir internacionalmente su comercio y surgen sus aventuras militares en Argelia y Méjico. En aquellos tiempos la conquista de nuevos mercados implicaba la ocupación militar o el sometimiento de los núcleos dirigentes nativos a los dictados de la potencia imperialista.

En 1838 Francia decide hacernos sentir a los argentinos las "razones" que emanaban de la boca de los cañones de su escuadra imperial. Los pretextos, siempre los mismos. Reclamar por los derechos de sus súbditos, violados por las autoridades nacionales, al que agregaban la exigencia de igualdad de trato que a los ingleses. La realidad de fondo era muy otra. Imponer su comercio, someternos a sus intereses. El ministro Thiers decía angelicalmente: "Cuando se trata de nuestro comercio y de nuestros connacionales es necesario que seamos como los ingleses, que por un marinero herido han impulsado grandes guerras".

Su concomitancia con los unitarios exiliados en Montevideo queda probada en el acuerdo firmado por el jefe de la escuadra almirante Leblanc con la "Comisión Argentina de Montevideo" que integraban aquéllos. En uno de sus puntos se establecía: "3º) la conveniencia de no dejar escapar esta ocasión favorable, sea de llevar a Rosas a pactar con nosotros, sea de ocasionar su caída y por consiguiente, de establecer la influencia de Francia a la vez en Buenos Aires y en Montevideo, y de pre-

parar aquí a nuestros compatriotas y nuestro comercio tranquilo y próspero".

El punto clave de la presencia militar francesa era la libre navegación de los ríos Paraná y Uruguay a lo cual Rosas se negaba terminantemente, considerándolos sujetos a la soberanía nacional y por lo tanto cerrados a las banderas extranjeras.

El norteamericano John F. Cady en su libro *La intervención extranjera en el Río de la Plata* (citado por Abelardo Ramos en su obra *Las masas y las lanzas*, página 159), sostiene:

"El Foreing Office estaba prácticamente inundado de cartas, memoriales y solicitudes, en los que se sostenía que para el bien del comercio británico y la causa de la civilización sudamericana, debía mantenerse en su integridad la independencia del Estado Oriental. Por sobre todo, debía arrancarse de las manos funestas de Rosas el control de la navegación de los ríos".

Rosas enfrentó con energía la situación contando con el total apoyo popular. Esto desanimó a Lavalle y lo hizo fracasar, provocando la derrota del levantamiento de los Libres del Sur y de la conspiración de Maza, hechos que como vimos debían conjugarse en una acción apoyada militar y económicamente por los franceses, lo que les hizo ver a estos últimos que el asunto no era tan fácil como preveían.

Pese a estos reveses ocupan prácticamente Montevideo y desde allí, convertida la ciudad en base de operaciones —aunque no pueden ir más allá de su recinto— intentan con la ayuda de los unitarios provocar levantamientos en el interior de la Confederación. Pero el desastre en que termina la coalición del norte dirigida por Marcos Avellaneda y que le cuesta a éste la vida, unido al fracaso de las revoluciones fomentadas en Córdoba, Mendoza y San Luis los convence de la inutilidad de sus es-

fuerzos y envían un representante diplomático, el almirante Mackau, a pactar con Rosas y así surge el tratado Mackau-Arana (1840) que pone fin a la intervención francesa en el Plata.

El tratado tildado de traición por los unitarios —abandonados por sus aliados franceses— prescribe que las indemnizaciones a pagarse serían determinadas por árbitros, establece la devolución de la Isla Martín García, como así de las dos naves incautadas por los franceses y una cláusula por la que Rosas garantizaba la independencia de la Banda Oriental. Francia debía saludar con 21 cañonazos a la Bandera Argentina como acto de desagravio.

Francia no obtuvo nada de lo que vino a buscar. La Argentina nacional había vencido a una de las principales potencias del mundo, mientras la Argentina liberal merecía estas palabras de San Martín: *"Lo que no puedo concebir es que haya americanos que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar a su Patria y reducirla a una condición peor que la que sufríamos en tiempos de la dominación española. Una tal felonía, ni el sepulcro la puede hacer desaparecer"* (Carta a Juan Manuel de Rosas, 10 de junio de 1839).[1]

La tercera invasión inglesa, pero ahora con compañía

El fracaso francés alarmó a los ingleses. Todo el esfuerzo de Ponsomby, creando el estado tapón uruguayo que le permitía a los ingleses manejar los hilos de la política en el Río de la Plata y aledaños, amenazaba desmoronarse.

[1] Fermín Chávez: *Correspondencia de San Martín y Rosas* (Ed. Theoría), 1975, pág. 16.

Retirados los franceses, Oribe no tendrá mayor dificultad en derrotar a los colorados y a su jefe Fructuoso Rivera y recuperar el gobierno del Uruguay y de ahí en más resultaba fácil prever una política coincidente entre los blancos uruguayos y Rosas, es decir ambas márgenes del Plata prendidos por el espíritu de Artigas, independientes de Inglaterra y Brasil.

No era esto, por cierto, lo que convenía a los planes de dominación de los ingleses y para evitarlo comenzaron a preparar su intervención. El primer paso fue proponer su mediación, que lógicamente nadie les había pedido, para pacificar el Uruguay. Rosas contestó exponiendo sus condiciones: 1º Reposición de Oribe en la presidencia del Uruguay; 2º Expulsión de Rivera; 3º Expulsión de los unitarios que conspiraban contra el gobierno de Buenos Aires desde Montevideo; 4º Indemnizaciones a la Confederación Argentina por gastos de guerra. Resultado, el ministro inglés Mandeville informó a Londres que las condiciones de Rosas eran inaceptables.

La libre navegación de los ríos

Es sabido que Buenos Aires era puerto único de la Confederación. Resultaba sumamente dificultoso llegar a otros puertos sobre el Paraná, como Corrientes ya que la navegación a vela de gran calado se desarrollaba penosamente por el mismo. El empleo de barcos de nuevo tamaño hacía muy costoso el flete y no se podía competir con las pequeñas embarcaciones que desde Buenos Aires navegaban el Paraná. Esto ya lo habían experimentado los franceses durante su bloqueo, entre 1838 y 1840.

Pero la aparición de la navegación a vapor cambiaría la situación y tornaría prioritario para Ingla-

terra obtener la libre navegación de los ríos para sus flotas de vapores.

En función de ello preparó la nueva intervención en el Río de la Plata, a fin de quitar toda traba a la constante expansión de su comercio en Sudamérica, para lo cual la política proteccionista de Rosas resultaba un escollo.

Con frecuencia se presenta esta exigencia inglesa, obtenida después de Caseros, como algo similar al planteo hecho por Ferré durante la negociación del Pacto Federal de 1830, en donde éste exigía la "reglamentación de la navegación de los ríos Paraná y Uruguay". Pero Ferré lo hacía desde la posición del interés nacional, ya que quería que las provincias del interior compartieran los beneficios del comercio internacional y que éste no quedara al arbitrio único de Buenos Aires. Pero de ninguna manera la libre e indiscriminada navegación de nuestros ríos por banderas extranjeras, como ocurrió después de Caseros.

Los unitarios piden la intervención

En 1843 Florencio Varela viaja a Inglaterra enviado por el "gobierno de la defensa de Montevideo" para solicitar a los ingleses su intervención y derrocar al *bárbaro* gaucho de Buenos Aires a cambio de lo cual, ellos, los *civilizados*, volverán al gobierno y los ingleses, siempre *civilizadores*, se cobrarían los servicios prestados con la libertad de comercio y la libre navegación de los ríos. Además para terminar con la Argentina nacional, ¡qué mejor que desmembrar aún más la herencia colonial! Entonces se propuso separar a Entre Ríos y Corrientes de la Confederación. Este proyecto de segregación aparece confirmado por el propio Varela en un artículo aparecido en el *Comercio del Plata*,

el 20 de junio de 1846 y también figura en los archivos del Foreing Office; Brasil apoyaba por supuesto tal idea.

Mientras Florencio Varela, el emisario de los unitarios, andaba por Londres y París ofreciendo en venta su Patria a cambio de una migaja de poder, San Martín dictaba su testamento legando su sable a Rosas "como prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretenciones de los extranjeros que pretendían humillarla".[1]

Mientras jóvenes soldados argentinos, 138 años después eran inmolados en las Islas Malvinas en una guerra insensata, pero justa; el ministro de Economía del gobierno militar que la provocó, digno heredero de aquellos unitarios, se afanaba febrilmente para que el pago de los intereses de la deuda con los bancos británicos se hiciera puntualmente. No fuera a ser que sus patrones se enojaran. Las élites *herodianas* siguen atentando contra el país. No en vano aquel que nos entregaba a la colonización inglesa es honrado como un héroe nacional y quien luchó contra ella es un paria en la historia oficial de su Patria, aunque no en el alma del pueblo.

En 1845 los ingleses ya están en el Río de la Plata con sus ahora socios franceses. Toman la escuadra de Brown que bloqueaba Montevideo, se apoderan de la Isla Martín García y luego pretenden remontar el Paraná.

La Vuelta de Obligado. Cuando los argentinos no sabían de arrugues

El 18 de noviembre de 1845, once barcos de la

[1] Fermín Chávez: *Testamentos de San Martín y Rosas y la Protesta de Rosas* (Ed. Theoría), 1975, pág. 13.

escuadra anglo-francesa con 93 cañones calibre del 80, van a enfrentarse con las baterías argentinas comandadas por Mansilla, que sólo poseían 30 cañones calibre del 8 al 20, servidos por 160 artilleros. Además, había "2.000 hombres entre fuerzas de líneas y de milicias".

El 20, disipada la niebla, en el recodo que allí tiene el Paraná, la flota invasora se encontró con las cadenas que cruzaban el río, ancladas sobre lanchas, y con el coraje de esos valientes argentinos que nada tenían que ver, salvo el haber nacido en el mismo suelo, con otros que se hincaban ante el invasor extranjero. La lucha duró desde las 8 de la mañana hasta la noche, hora en que sin municiones y dejando 250 muertos y más de 400 heridos, casi la tercera parte de los efectivos, se debió rendir Obligado. Ironías de la historia, el jefe de una de las baterías, la última en silenciarse, se llamaba Alvaro Alsogaray.

Pero la lucha habría de seguir, todavía faltaban Tonelero, San Lorenzo y El Quebracho, cada uno de ellos un hito del coraje argentino y una prueba de que con la Argentina nacional no se jugaba y que el Paraná no era lugar para *libres* paseos anglo-franceses.

La historia oficial pasa inmemoriosa sobre estos hechos de guerra que San Martín calificó así en su carta a Guido del 10 de mayo de 1846: "Ya sabía la acción de Obligado: ¡Que iniquidad! De todos modos los interventores habrán visto por este *échantillon,*[1] que los argentinos no son empanadas que se comen sin más trabajo que abrir la boca. A un tal proceder no nos queda otro partido que el de mirar el porvenir y cumplir con el deber de hombres libres, sea cual fuere la suerte que nos depare el destino, que en mi íntima convicción no dudo un

[1] *Échantillon* = muestra de un producto.

momento sería en nuestro favor, si todos los argentinos se persuadiesen del deshonor que recaerá sobre nuestra Patria si las naciones europeas triunfan en esta contienda, que en mi opinión es de tanta trascendencia como la de nuestra emancipación de la España".

El historiador mexicano Carlos Pereyra en su libro *Rosas y Thiers* dice, según una cita de Gonzalo H. Cárdenas: "Los cañones que llevaba Inglaterra al Río de la Plata *eran los mismos con que habían hecho la civilizadora guerra del Opio.* Y cuando tronaron en el Paraná, dijisteis: Es la civilización que abre los ríos encadenados por un déspota".

El historiador brasileño Pedro Calmon expresa, por su parte: "Por el horror extranjero se convirtió (Rosas) en el mayor criollo sudamericano. Hacia él toda la América del Sud volvía su mirada conmovida; si necesitaran una espada para combatir al intruso, lo convocarían a él, el caballero de La Pampa. La estatura titánica del dictador argentino proyectaba una sombra extensa en el continente: tras los navios del bloqueo tremolaba en el aire su poncho punzó. Desafiaba a las potestades del mundo".[1]

Ante estos testimonios de historiadores extranjeros, la historia oficial argentina calla.

La bravura sin límites con que los argentinos enfrentaban a los opresores fue convenciendo a éstos, sobre todo a los ingleses —siempre tan prácticos ellos— que las utilidades que esperaban sacar de su aventura militar iban a ser demasiado onerosas, de ahí que Gran Bretaña buscara un entendimiento con Rosas a pesar de la oposición de Francia, y levantara en 1848 el bloqueo.

Tras largas y engorrosas negociaciones, donde la astucia sin apuro de Rosas demostró que el tiempo,

[1] J. M. Rosa: *Historia Argentina,* tomo V, pág. 215.

hábilmente utilizado puede ser un arma eficaz en manos de débiles para derimir sus cuestiones con los fuertes, se arribó en 1849 con Inglaterra y en 1850 con Francia a la firma de sendos tratados que pusieron fin a la agresión anglo-francesa contra la Confederación Argentina. En ellos las mayores potencias del mundo de entonces reconocían la soberanía argentina sobre nuestros ríos, y se obligaban a evacuar la isla Martín García, devolver los barcos apresados y saludar el pabellón nacional.

Rosas emergió de este conflicto con la gloria de haber mantenido intacto el honor, la dignidad y la independencia argentina. *Era el triunfo de la causa nacional y americana.*

Caseros: Una derrota argentina

Cuando el poder de Rosas se encontraba en el cenit y la Confederación Argentina aparecía sólida y gloriosa como nunca, en realidad subterráneamente se estaban dando las condiciones para su estrepitoso derrumbamiento.

Ellas fueron de orden personal, político y económico. En lo personal Rosas que ya frisaba los 60 años empezó a dar señales de cansancio y envejecimiento, perdiendo parte de su anterior energía y decisión para la acción. Esto incrementó la necesidad de delegar en sus subalternos y funcionarios tareas que antes realizaba o controlaba en forma directa. Ello es sabido, resulta fatal para todo régimen personalista y autocrático, como era el de Rosas porque se multiplican errores y abusos que recaen en el titular del mando.

Por otra parte, después de 15 años de dura lucha contra poderosos enemigos externos e internos, siempre aliados entre sí, y que habían exigido un

tremendo esfuerzo para vencer, el país parecía reclamar una tregua.

Pero Rosas ya había decidido aprovechar ese interregno de paz para enfrentar con todo el poderío de la Confederación Argentina al Brasil, con el cual había viejas cuestiones pendientes en el área del Plata.

Muchos federales *de pro* querían paz para gozar de sus buenos negocios y no acompañaban a Rosas en esta nueva cruzada, aunque sí, el pueblo, siempre dispuesto a seguir a su líder en cualquier terreno que fuera.

En el campo político el año 1848 marcó una serie de convulsiones en Europa, que si bien favorecieron militarmente a la Confederación Argentina pues facilitaron el levantamiento del bloqueo e impulsaron a Inglaterra y Francia a negociar la paz en los términos exigidos por Rosas, por otra parte trajeron aparejado el ansia de producir cambios en nuestra estructura social, buscando adaptarla a las nuevas condiciones sociales y económicas del siglo.

El racionalismo en el siglo XVIII, había hecho tambalear la tradicional escala de valores, preparando el camino a la revolución francesa de 1789 que produjo el advenimiento de la burguesía. Esta basó su poder en el dinero, en reemplazo de la estructura feudal que fundamentaba su poder en la propiedad territorial. La Santa Alianza en 1815 por medio del rigor policíaco, había significado un freno, a estas fuerzas desatadas por la revolución francesa, pero el desarrollo de estas corrientes siguió en forma subterránea a través de ligas carbonarias y masónicas. Finalmente estalla en 1848, año en que el liberalismo apareció triunfante. Nada pudo impedir el avance del nacionalismo burgués que bajo la forma de su liberalismo impuso constituciones liberales a los reyes que proclamaban su origen divino y terminó echándolos de su trono.

Este movimiento de ideas que finca sus esperanzas de salvación en la voluntad humana se vio favorecido e impulsado por una revolución más profunda: La de la técnica y la ciencia, que irrumpieron en el mundo, transformando en poco tiempo los tradicionales parámetros de espacio y tiempo. Se generaliza el empleo de la máquina a vapor. Se inventa el telégrafo. El primer barco a vapor atraviesa el océano. Francia produce el primer ferrocarril en 1837. Aparece la producción en serie y con ello la lucha por la conquista de nuevos mercados. Las nuevas inversiones imponen la concentración de capitales. *Ha nacido el capitalismo moderno de la mano del liberalismo que es su ideología y de la tecnología que es su herramienta.*

Se cantan loas al progreso en el templo de la riqueza y se ofrecen holocaustos humanos en el altar de la era industrial. Surge la explotación del hombre por el hombre; la desocupación, el hambre, la miseria que agotan a Europa. Aparece en Inglaterra el comunismo como ídolo de salvación y renace el socialismo; en Francia se ve en el sufragio popular y en la república la solución frente a tanto materialismo inhumano. Entonces brotan las revoluciones europeas de 1848.

Estas ideas de cambio dieron al liberalismo un halo de modernización que influyó también en el espíritu de muchos criollos federales, incitándolos a abrazar este ideario, al cual veían como el impulsor de la modernización del país. Los unitarios, despreciados de ayer, empezaron a ser vistos como los visionarios de una Argentina renovada a la usanza de las ideas imperantes en el centro del mundo. La Confederación Argentina de Rosas sustentada en los valores tradicionales comenzó a ser considerada como algo anacrónico y sujeta al cambio.

A esto se sumaron cuestiones económicas. En 1837 la exportación de lanas había alcanzado las

1.000 toneladas, lo que llevó a un sustancial aumento de las majadas. Ello planteó una oposición lana-tasajo, pues mientras aquélla permitía entrar en el mercado europeo, el tasajo sólo se podía exportar a los mercados esclavistas en constante retroceso.

Como todo proceso económico tiene su justificación ideológica, los laneros impulsados por un negocio creciente incorporaron mejores técnicas traídas de Europa y con ellas introdujeron sus doctrinas de moda, de las cuales fueron panegiristas. Mientras por su lado los ganaderos saladeristas, aferrados a esquemas económicos en declinación, trataron de evitar todo cambio y representaron formas en decadencia de la sociedad tradicional.

Urquiza, poseedor de varios saladeros de carne, sin embargo se enrola en la corriente de los laneros e introduce "reproductores de raza mejorada como los merinos" participando del auge de la exportación lanera, poniéndose de hecho a la cabeza de los ganaderos que empiezan a cambiar en sus campos, la vaca por la oveja.

No es difícil imaginar que esto iría alejando a la "primer espada federal" de su adhesión al hombre fuerte de Palermo y consecuentemente a encabezar la lucha por derrocarlo. Entre Ríos tenía los únicos puertos del interior accesibles al arribo de barcos de ultramar, pues Rosario, que también podía hacerlo, no tenía detrás de sí una estructura ganadera próspera. Es decir, que Entre Ríos estaba destinada a quebrar la hegemonia del Puerto de Buenos Aires, por circunstancias favorables y por los intereses económicos.

Urquiza se convirtió así en el punto de conjunción de los intereses económicos y puntos de vista ideológicos que combatían a Rosas, entrando Brasil en la conspiración como elemento fundamental. Para Río de Janeiro era vital eliminar al dictador

porteño que le había declarado formalmente la guerra.

La Confederación Argentina no tenía posibilidad de éxito ante la conjunción de fuerzas de los ganaderos entrerrianos y bonaerenses que ya no necesitaban a Rosas, de los unitarios exiliados en Montevideo, del imperio del Brasil con dinero y fuerzas militares y detrás de ellos manejando los hilos de la intriga, Inglaterra.

A todo esto se unía la declinación física y la voluntad vacilante de Rosas. Sólo el pueblo, como siempre, estaba de pie dispuesto a morir por la causa nacional. Pero esta vez no alcanzó.

Caseros tuvo varios triunfadores: el Brasil que lo festejó como la revancha de Ituzaingó; los unitarios que regresaron en tropel para abalanzarse sobre los despojos de la Confederación Argentina; Urquiza que aseguró sus negocios, aunque para ello tuviera que abandonar la causa nacional. *Pero hubo un solo vencido, el pueblo argentino y con él la Patria.*

Rosas: Su valoración

¿Qué fue Rosas, un dictador sanguinario o un patriota virtuoso, al que el país debe su integridad territorial? ¿El representante de un régimen anacrónico, castrante para un proceso de desarrollo moderno del país o la expresión del intento de nuestro desarrollo autónomo? ¿El defensor a rajatablas de los intereses ganaderos de la provincia de Buenos Aires o el gestor de la unión nacional?

Todas estas interpretaciones se le han dado a su figura de caudillo. Unas más, otras menos, todas tienen algo o mucho de cierto.

Que fue un dictador, es cierto, como que gobernó 25 años con la suma del poder público. Y que durante su gobierno se persiguió a sus opositores y

existieron duros momentos de terror, es ingenuo negarlo. Octubre de 1840 con Lavalle sobre Buenos Aires y abril de 1842 con Paz al frente de una formidable fuerza, fueron etapas donde el terror imperó en Buenos Aires y la "mazorca" blandió con presteza el cuchillo. Fuera de estos picos de terror, igualmente muchos opositores cayeron ante el pelotón de fusilamiento o conocieron la cárcel. Pero valen dos aclaraciones: primero, en ningún caso las víctimas del período rosista alcanzaron las cifras que figuran en las ridículas tablas de sangre de Rivera Indarte, producto de su imaginación y del interés económico que motivó su elaboración; segundo, las muertes del rosismo no son mayores ni peores a las que cometieron los unitarios de la revolución del 1º de diciembre de 1829, o de las matanzas de Paz, o los degüellos y fusilamientos de los lugartenientes de Mitre, a los que incitaba Sarmiento. *Nuestra historia ha sido siempre violenta, antes o ahora, porque el enfrentamiento entre ambas Argentinas es frontal y profundo, habiendo poco margen para la misericordia.*

Que representó un régimen anacrónico y defendió los intereses ganaderos de Buenos Aires, también es cierto. Tuvo poca disposición para aceptar cambios en la estructura social y se aferró fuertemente a los valores tradicionales que juzgó inmutables. Aún en el destierro siguió explotando su granja inglesa con los métodos y tradiciones de las pampas bonaerenses, a pesar de que allá resultaban inconvenientes y poco rentables. Así llegó finalmente a vivir y morir casi en la miseria.

En cuanto a su defensa de los intereses de los ganaderos bonaerenses, si se considera que su visión del país partió de su clase social que lo encumbró políticamente, parece pedírsele demasiado que superara estos condicionamientos en su accionar político. Pero a pesar de su condición de ganadero

bonaerense fue capaz de conjugar el interés económico del interior del país con los de su clase social y así su modelo de desarrollo autónomo y su lucha por la integridad y dignidad nacional logró hacer de Buenos Aires y del interior una sola Patria, cosa que no existía antes de su ascenso al poder.

Supo, queda dicho, hacer nacer en las provincias antes dispersas y sin un claro sentido de unidad, el sentimiento de pertenencia a una heredad común, naciendo con él *La Patria*. Pero no supo forjar la Nación cuando tuvo todos los elementos para hacerlo, con lo cual Caseros no habría ocurrido y otro hubiera sido nuestro destino posterior. Este es el principal cargo que le hacemos. Luchó 25 años contra la Argentina liberal y dependiente queriendo construir nuestra efectiva independencia política y económica y a su caída la Argentina nacional quedó inerme en manos de la burguesía mercantil porteña, que la entregó a la colonización británica.

Sin embargo la lucha de Rosas por nuestra soberanía política y su búsqueda de nuestra independencia económica bastan para darle un justo lugar entre nuestros hombres públicos más notables.

Capítulo VI

EL TRIUNFO DE LA ARGENTINA LIBERAL Y LA CONSOLIDACION DE LA DEPENDENCIA

El Brasil cobra su cuenta

"—*Urquiza:* Brasil ya ha obtenido mucho, porque ha asegurado la corona en la cabeza del emperador.

—*Honorio:* La corona imperial está sostenida en la opinión de los brasileños.

— *Urquiza:* Brasil me buscó para voltear a Rosas, que pagaba periódicos opositores y alimentaba el republicanismo...

—*Honorio:* Está engañado, señor, si piensa que la oposición brasileña es republicana.

— *Urquiza:* Rosas hubiera terminado con el emperador y ¡hasta con la unidad brasileña si no fuera por mí!... Lo cierto es que Brasil ganó la guerra por mi pronunciamiento".

Este fragmento del agrio diálogo sostenido entre Justo José de Urquiza y Honorio Hermeto Carneiro Leão, en Palermo, el 23 de febrero de 1852, apenas 20 días después de Caseros, pone de manifiesto cuán antihistórica era la alianza entre el caudillo entrerriano y sus "amigos" brasileños.

El texto completo de este diálogo esclarecedor, así como uno anterior ocurrido el 9 de febrero, lo trae José María Rosa en su *Historia Argentina* (tomo V, páginas 507 y 512), habiendo sido reconstruido por él mismo en base a documentación obrante en Itamaraty.

Su lectura hace descorrer totalmente los velos con los cuales se quisieron cubrir los móviles de semejante alianza que gravitó tan desfavorablemente en el destino de los países del Plata, siendo

por lógica contrapartida, tan favorable a los intereses del Brasil. Pero, ¿qué motivaba tan enconada disputa entre los aliados que hacía sólo pocos días, en nombre de la *civilización* y la *libertad*, habían derrotado al *despreciable tirano?* Muy simple: Brasil quería cobrar toda su parte en la alianza. El primer objetivo —la desaparición de Rosas, su odiado enemigo— ya había sido lograda. Ahora correspondía dejar al Uruguay reducido a su mínima expresión; luego vendría la libre navegación del Paraná y del Uruguay y por último la disgregación de la propia Confederación Argentina, con la separación de Corrientes y Entre Ríos, según lo dejaba entrever el artículo 14 del tratado de la alianza con Urquiza.

A los efectos de asegurarse ventajosas posiciones en territorio uruguayo, Brasil había hecho firmar a Andrés Lamas, que representaba sólo a sus amigos de Montevideo, un tratado de límites en octubre de 1851, al mismo tiempo que Oribe se rendía ante Urquiza. Por dicho tratado Brasil se quedaba con las Misiones Orientales —en pos de cuya posesión había bregado durante siglos— y extendía sus fronteras sobre la República Oriental hasta los ríos Cuareim, el Yaguarón, siguiendo por la laguna Merín y terminando en el río Chuy, reservándose en dichos ríos ambas orillas.

Este tratado era el que Honorio pretendía imponer a los uruguayos y para ello buscaba el apoyo de Urquiza, quien lo retaceaba, originándose entonces las agrias disputas a que hiciéramos referencia.

Pero la resistencia del caudillo entrerriano no podía ir muy lejos, bien lo sabía el astuto Paulino quien escribe el 20 de marzo al alarmado Honorio: "Urquiza no podrá apoyarse en la masa que sustentó a Rosas. Y si quiere seguir sus huellas, tampoco podrá apoyarse en los enemigos de Rosas... Ocupado en cuestiones intestinas, falto de recur-

sos, no podrá ponerse en contra nuestra, y nos será muy fácil, ante un poder que no está organizado, fuerte y unido como era el de Rosas, extraer todas las ventajas para el Imperio y fortalecer nuestra influencia en el Estado Oriental".

Paulino estaba en lo cierto. El 7 de abril el ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, Luis de la Peña, informa al gobierno uruguayo de Juan F. Giró el cambio de actitud del gobierno argentino, que con anterioridad había prometido "su apoyo moral y físico" a la actitud uruguaya de resistencia a los tratados.

El ministro uruguayo Castellanos intenta varias maniobras dilatorias, pero finalmente ante la doble presión brasileña y argentina cede y el 15 de mayo todo queda resuelto como quiere Honorio. *Uruguay pierde así una extensión que puede equivaler a su tamaño actual y la Argentina renuncia,* al avalar dicho tratado, *a sus derechos sobre las Misiones Orientales.* Don Pedro II está contento y reparte condecoraciones: a Urquiza le dan la Gran Cruz de la Orden de Cristo, la más alta del Imperio. Siempre es bueno saber qué hay detrás de las condecoraciones.

La restauración liberal

Urquiza sigue pagando su deuda. Ahora toca a la libre navegación de nuestros ríos, asegurando el libre cambio a las potencias extranjeras. Estas medidas sólo servirán para destruir el equilibrio regional logrado por Rosas y consecuentemente detener nuestro desarrollo autónomo.

El resultado del libre cambismo, impuesto al país nuevamente después de Caseros, es narrado por un viajero francés Martín de Moussy en 1859, citado por José M. Rosa. Dice este viajero: "La in-

dustria de tejido disminuye día a día a consecuencia de la abundancia y baratura de los tejidos de origen extranjero que inundan el país, con los cuales la industria indígena, operando a mano y con útiles simples, no puede luchar de manera alguna".

La burguesía mercantil que retorna victoriosa de su exilio montevideano, no soporta a Urquiza, ni a los "trece ranchos" federales, como despectivamente llama a las provincias, y ahora unida a los ganaderos bonaerenses —ya no más federales— enfrenta a Urquiza. El 11 de setiembre de 1852 logran separar a Buenos Aires de la Confederación Argentina.

Esta nueva conjunción de intereses se expresa políticamente a través del partido liberal, que tiene en Valentín Alsina a su jefe y a los ex emigrados como mentores ideológicos. Bartolomé Mitre integra su cuadro de dirigentes.

Así, a poco de vencido Rosas, el país queda dividido en dos. Por un lado Buenos Aires y por el otro la Confederación Argentina con Urquiza al frente. Pero la lucha es desigual, con los recursos de la Aduana en su poder los porteños dominan la situación. El viejo esquema se repite: el interior pobre, contra la Buenos Aires rica.

El levantamiento de Buenos Aires convoca otra vez el fantasma de la anarquía. Desaparecido Rosas, parece imposible contener los factores internos e internacionales que trabajan por la disgregación de la Confederación Argentina.

De la guerra económica se pasa a la de las armas y el 11 de noviembre en Cepeda las fuerzas de la Confederación, bajo el mando de Urquiza, derrotarán a las de Buenos Aires, comandadas por Mitre. Pero la debilidad o complicidad del primero determinarán que Buenos Aires a pesar de su derrota militar consiga retener *su banco, su aduana y su presupuesto* por cinco años más. Otra vez al igual

que en la anterior Cepeda, Buenos Aires derrotada en el campo de batalla, revierte esa derrota en triunfo sobre la mesa de las negociaciones. Retirado Urquiza a su vida opulenta en el palacio de San José, y ya Derqui en el gobierno, en vano pretende hacer cumplir a Buenos Aires los compromisos emergentes de Cepeda. Estalla nuevamente la guerra. A regañadientes Urquiza vuelve a ponerse al frente de las tropas de la Confederación, pero en Pavón dando nuevamente la espalda a los pueblos del interior que confiaban en él, abandona el campo de batalla cuando ya Mitre derrotado tocaba a retirada. Así con la defección de Urquiza, Buenos Aires se encuentra con *el triunfo* en Pavón.

Urquiza antes que nada era un hombre del Litoral cuyos intereses económicos siempre primaban en su vida por encima de cualquier otra consideración. Y éstos estaban en consonancia con los de Buenos Aires más que con los del interior. Y aunque Buenos Aires llevara la primacía, siempre quedaba un margen a su favor como para ser sordo y ciego ante los reclamos de las provincias interiores.

Estos diez años transcurridos desde el 11 de setiembre de 1852 hasta el 17 de noviembre de 1861 cuando Pavón da la victoria militar a Buenos Aires, significan el tiempo que lleva a la burguesía portuaria destruir la obra de Rosas, la Confederación Argentina, y de ahí en más reemplazarla por la Argentina liberal dependiente.

Era cuestión de paciencia, sabían que Buenos Aires podía ser sitiada pero no tomada, mientras ella dominaba toda la red geovial que comunicaba al interior con los mercados internacionales y poseía además los recursos nacionales. Dice Sáenz en su libro *El Espacio Argentino* que Buenos Aires, separada de la Confederación Argentina, prosiguió en calidad de Estado autónomo su propio proceso de desarrollo adscribiéndose decididamente al modelo

imperial agroexportador, consolidando sus instituciones liberales, más necesarias ahora que nunca, en función de lo anterior. Promoviendo la inmigración europea, borrando, en fin, los caracteres del país hispano-criollo que la unían culturalmente a las demás provincias.

Juan Bautista Alberdi lo ve claramente: "No son dos partidos, son dos países; no son los unitarios y federales, son Buenos Aires y las provincias. Es una división de geografía, no de personas... *La lucha no es guerra civil; es guerra internacional, de estado a estado*" (Alberdi, *Grandes y pequeños hombres del Plata).*

Triunfante Buenos Aires en el terreno militar no se dejará arrebatar ni una migaja del triunfo y contando con la complaciente neutralidad de Urquiza, invadirá al interior a sangre y fuego utilizando para ello a jefes uruguayos exiliados, pertenecientes al partido colorado, tales como Venancio Flores, Paunero, Sandes. Su víctima más notable será *El Chacho* Angel Peñaloza, sacrificado por defender a su Rioja y a la legalidad constitucional.

El responsable de la masacre desatada contra los pueblos del interior es Mitre, que desde que asumiera el gobierno se propuso lograr la *unidad a palos* aprovechando la indiferencia cómplice de Urquiza quien seguía gobernando Entre Ríos, aumentando y gozando su fortuna, respondiendo sólo con el silencio a los reclamos de las provincias del interior, que le pedían se pronunciara contra la barbarie desencadenada por los ejércitos porteños.

Sarmiento, en tanto, menos recatado que Mitre azuzaba con su pluma *civilizadora* la orgía de sangre desatada por los jefes nacionales mitristas y escribía: "Sandes ha marchado a San Luis. Está saltando por llegar hasta La Rioja y darle una tunda al Chacho. ¿Qué reglas seguir en esta emergencia? Si va, déjelo ir. *Si mata gente, cállense la boca. Son*

animales víperos de tan perversa condición que no sé que se obtenga con tratarlos mejor" (citado por Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina,* tomo II). Respecto al asesinato del Chacho, Juan Bautista Alberdi, aquel hombre de la generación del 37 que predicaba el credo liberal, dice en sus *Escritos Póstumos:* "La aplicación célebre que se hizo de esas máximas en 1863 en la decapitación del general Peñaloza (vulgarmente llamado El Chacho) vivirá ligada eternamente al nombre del gobernador de San Juan (Sarmiento)." "Con todos los recursos del gobierno de San Juan y del gobierno nacional, Sarmiento no pudo vencer al héroe popular de La Rioja, cuyo poder consistía únicamente en la adhesión libre y absoluta de su pueblo: y de temor Sarmiento lo hizo asesinar... Sarmiento se ha jactado de esa hazaña y ha hecho ascender en su grado militar al asesino. Para justificar ese crimen Sarmiento ha calumniado al Chacho, hasta presentarlo como un simple bandido calamitoso. Valía más que él como carácter. Dígalo Chile que conoció a los dos."

La historia oficial habla del terror de la época de Rosas pero del terror de los *organizadores* ni una palabra. Los *civilizadores* siempre tuvieron carta blanca para matar. Porque lo hacen en nombre de la *civilización,* además sólo derraman sangre del pueblo que es abundante y barata. Miles de gauchos degollados ayer o miles de desaparecidos hoy, es un precio económico a pagar por imponer el orden y la dependencia. Siempre fue así... Pero tendrá que cambiar.

Así se constituyó nuevamente la *unidad nacional,* destruida a partir de la caída de Rosas, pero ahora construida por los liberales al servicio del esquema de desarrollo dependiente que entroncaba con el interés inglés. El artífice de la unidad será Mitre; esa unidad se lograba al precio de mucha

sangre gaucha de las poblaciones del interior que seguían luchando tercamente por su libertad y por la autodeterminación de su país. A la muerte del Chacho en los llanos riojanos se cantaba esta copla:

Peñaloza diz que es muerto,
no hay duda que así será.
Tengan cuidado, magogos,
no vaya a resucitar.

Ella resumía la esperanza de los paisanos en el retorno del líder, cobardemente asesinado, cuya muerte se negaban a asumir, pero también la esperanza en la resurrección de una Argentina nacional que enterrada varias veces por los liberales, tercamente se niega a morir y siempre resurge tumultuosa, convocante y esperanzada.

La Triple Alianza o el genocidio de un pueblo

En pago a los servicios de los jefes uruguayos, el liberalismo porteño apoyó a éstos en el derrocamiento del partido blanco, que gobernaba legalmente en el Uruguay y era opuesto al expansionismo brasileño.

Con el Uruguay próximo a caer en manos del partido colorado, probrasileño, Paraguay quedaba seriamente amenazado en su proyecto de desarrollo autónomo que venía llevando a cabo con éxito. La política dependiente en que coincidían el Brasil, el mitrismo porteño y los colorados uruguayos, ahogarían la posibilidad de comunicación del Paraguay con el exterior, quedando encerrado en su mediterraneidad.

Ello llevó al Paraguay a enfrentar al Brasil, en defensa del Uruguay atacado por el Imperio de don Pedro II. Todo el interior de la Argentina y la cam-

paña uruguaya estaba con el Paraguay. Buenos Aires, Montevideo ahora en manos de los colorados y el Brasil, en su contra. Detrás de ello, Gran Bretaña, manejaba nuevamente los hilos de la política en el Río de la Plata.

¿Por qué Inglaterra quería la destrucción del Paraguay? Muy simple. Este país había alcanzado un grado de desarrollo superior al de sus vecinos. Fundiciones, telégrafos, ferrocarriles, estaban demostrando la existencia de un estado en pleno desarrollo autónomo, un estado realmente soberano e independiente; ello significaba un muy mal ejemplo que interfería en los propósitos económicos ingleses en el área, al oponerse al modelo económico dependiente de los brasileños y del mitrismo con los cuales contrastaba con indiscutible ventaja.

La entrada de la Argentina, aliada con Brasil, en guerra con el Paraguay provoca el levantamiento de nueve provincias encabezado por Felipe Varela, luego de esperar en vano el apoyo de Urquiza.

El 6 dc diciembre de 1866 el coronel Felipe Varela lanza su proclama. El caudillo catamarqueño de largos bigotes y gran sombrero, admirado y respetado en toda la zona noroeste convoca a los pueblos oprimidos del interior con un programa completo. Dice en su proclama: "¡Soldados Federales! Nuestro programa es la práctica estricta de la Constitución jurada, el orden común, la paz y la amistad con el Paraguay, y la unión con las demás Repúblicas Americanas". Luego enjuicia severamente la política mitrista diciendo: "Nuestra Nación tan feliz en antecedentes, tan grande en poder, tan rica en porvenir, tan engalanada en glorias, *ha sido humillada como una esclava quedando empeñada en más de cien millones fuertes*, y comprometido su nombre a la vez que sus grandes destinos, por el bárbaro capricho de aquel mismo porteño que, después de la derrota de Cepeda, lagrimeando juró respetarla".

"Compatriotas, desde que aquél usurpó el gobierno de la Nación, el monopolio de los tesoros públicos y la absorción de las rentas provinciales vinieron a ser el patrimonio de los porteños, condenando al provinciano a cederles hasta el pan que reservara para sus hijos. Ser porteño es ser ciudadano exclusivista; y ser provinciano es ser mendigo sin Patria, sin libertad, sin derechos. Esta es la política del gobierno de Mitre".

Su lema: *La unión americana de las Repúblicas del Sur contra las potencias europeas,* se identifica mucho con el actual de *liberación o sometimiento* que sintetiza nuestra disyuntiva contemporánea y alimenta la lucha por la causa nacional y popular.

Mitre debió volver a Buenos Aires después de la terrible derrota en Curupaití, para enfrentar la insurrección encabezada por Felipe Varela. Traía con él dos divisiones del ejército nacional para lanzarlas contra la montonera del interior. Fue una lucha desesperada que tuvo como escenario las provincias andinas y del centro. Rinconada, Portezuelo, Pozo de Vargas, y Chilecito son nombres de rudos combates donde la Argentina nacional y popular libró, armada con lanzas y chuzas, un desigual combate contra la Argentina liberal y dependiente armada con modernos fusiles y cañones. Triunfó —como no podía ser de otra forma— la Argentina liberal; y sus hombres ejecutaron sin piedad a los prisioneros, arrasando poblaciones enteras llevados de su fervor *pacificador.*

Pero no sólo las lanzas montoneras se alzan contra la *guerra inicua,* también lo hacen los hombres de luces. Alberdi desde París, José Hernández, Guido Spano, De Vedia, Navarro Viola. En las cámaras pronunciarán encendidas arengas contra ella, Félix Frías, Nicasio Oroño, Daniel Aráoz; por su discrepancia muchos de ellos conocerán la cárcel, donde los envían los *civilizadores* y liberales mitristas.

Vencido el alzamiento montonero y destruido el Paraguay luego de *cinco años de lucha* que constituyeron el holocausto de un pueblo que luchó y murió por su libertad con bravura incomparable, nada se opondría a la dominación inglesa a través de sus amanuenses mitristas y de sus continuadores. El libre cambio estará asegurado y el fortalecimiento del aparato agroexportador con la presencia de ferrocarriles de capital inglés consolidará la ecuación política del imperio británico en el área del Plata; o sea, *la Argentina será la granja proveedora de materias primas y de alimentos, e Inglaterra, su taller industrial.*

Mitre sobre el final de la guerra confirmaba la causa de la agresión al Paraguay diciendo en 1869: "Cuando nuestros guerreros vuelvan de su larga y gloriosa campaña a recibir la merecida ovación que el pueblo les consagre, podrá el comercio ver inscriptas en sus banderas los grandes principios que los apóstoles del libre cambio han proclamado para mayor gloria y felicidad de los hombres".

El modelo agroexportador dependiente

Mitre fue el arquitecto de este modelo que significó llevar a cabo el programa económico que los unitarios de 1824 no pudieron realizar con el empréstito de la Baring. Modelo económico que en la práctica no era más que la aplicación de los principios de división internacional del trabajo, de Adam Smith, fundado en la *libertad de comercio* entre las naciones, en la *mercantilización del trabajo humano,* el precio del valor basado en la *oferta y la demanda,* y la *competencia* elevada al nivel de un principio ético absoluto.

Pero la sonada complementación económica no tuvo vigencia hasta más allá de mediados del siglo

XIX, cuando los nuevos adelantos tecnológicos aplicados al transporte terrestre y marítimo le permite a Inglaterra asegurarse un triunfo económico mundial y entonces segura de su éxito levanta las propias barreras aduaneras con que hasta entonces protegía su industria y comienza a exportar capitales a los países periféricos *donde nadie podía competir* con su industria.

Es en ese momento cuando comienza su inversión en el tendido de ferrocarriles, construcción de puertos y otros servicios.

Los ferrocarriles británicos

Con la llegada de Mitre al poder comienzan las inversiones británicas. Las mismas, como ya dijimos, se dirigían a los sectores de la actividad económica que se vinculaban a la expansión agropecuaria.

Poco tiempo antes de iniciar su presidencia Mitre fundaría el diario *La Nación*. En él confirma nuestro carácter de país dependiente publicando una sección en francés y otra en inglés, las dos grandes vertientes de nuestro sometimiento cultural, político y económico, que las generaciones de nuestros *organizadores* al igual que los *reorganizadores* de siempre tuvieron por modelo de civilización a imitar. En 1861 al inaugurar como gobernador de la provincia de Buenos Aires las obras del Ferrocarril del Sur, desnudaba su pensamiento al expresar: "Démonos cuenta de este triunfo pacífico, busquemos el nervio motor de esos progresos y veamos cuál es la fuerza inicial que lo pone en movimiento. ¿Cuál es la fuerza que impulsa ese progreso? *Señores: es el capital inglés*".

Los ferrocarriles fueron una de las áreas principales para la inversión inglesa. Sin embargo el primer ferrocarril fue ARGENTINO. Se trató del Fe-

rrocarril Oeste —actual Sarmiento— el cual en su origen fue de capital privado, pasó luego a poder de la provincia de Buenos Aires y posteriormente en 1890, durante la presidencia de Juárez Celman, fue entregado a los ingleses cuando se convirtió en un obstáculo para la extensión del Ferrocarril Sur —inglés— *por la competencia que le hacía con mejores servicios y más baratos.*

Dice Scalabrini Ortiz: "El ferrocarril extranjero extendió el área comercial cultivable con cereales y el perímetro de las praderas aprovechables para la cría del ganado, pero impidió sistemáticamente el comercio exterior y las industrializaciones locales... Los Fondos que los ferrocarriles extraían anualmente de la economía argentina carecían de todo control y fiscalización tanto en su percepción, como en su inversión, por eso el poder de corrupción de los ferrocarriles era prácticamente inconmensurable."[1]

Los ferrocarriles ingleses con su trazado, en forma de abanico con vértice en Buenos Aires y sin estar interconectados, impidieron el crecimiento de las economías regionales del interior que no interesaban a Inglaterra y expandieron el litoral que producía aquellas materias primas que necesitaba el mercado británico.

Así en el litoral se concentró el 90 % de la red ferroviaria. La inversión ferroviaria fue rápida, en 1857 alcanzaba a 10 kms. de vías con un capital de $ oro 230.108 y en 1875 ya había 1.956 kms. con $ oro 62.964.486 de capital.

Ferns trae el dato de que en 1875 el total de inversiones británicas alcanzaban a 23 millones de libras esterlinas, sin incluir inversiones en tierras

[1] Scalabrini Ortiz: *Historia de los ferrocarriles argentinos* (Ed. Plus Ultra), 1971.

y empresas comerciales vinculadas al comercio exterior.[2]

Las inversiones en ferrocarriles estuvieron dirigidas a ampliar las regiones proveedoras de artículos primarios, abaratando el transporte y asegurando la rapidez y continuidad de llegada de los mismos al mercado británico. En definitiva se trataba de desarrollar aquellas zonas que importaban al interés británico condenando a la miseria y al estancamiento a aquellas otras de escasa significación para el mismo.

El ferrocarril, además, impulsó la modernización de la economía agropecuaria, introduciendo productos ingleses tendientes a ese fin, pagados con las mismas materias primas que ellos retiraban. Así se produjo la mejora de la hacienda vacuna, de los lanares y el comienzo de la agricultura; todo ello en la zona litoral y destinada a proveer de alimentos a bajo costo a las poblaciones obreras inglesas que aumentaban incesantemente, y de materias primas básicas a su industria.

Las tierras del Plata funcionaron así como una zona agraria adosada al territorio inglés y complementaria de su desarrollo industrial. Como bien dice Ricardo M. Ortiz en su *Historia económica de la Argentina:* "Los ingleses podían perder con dolor el Canadá o alguna otra colonia, pero la zona pampeana americana nunca podía ser abandonada".

Teníamos ferrocarriles, ¿por qué no explotamos nuestro carbón?

La aparición y desarrollo de los ferrocarriles trajo aparejado el aumento en el uso del carbón.

[2] H. S. Ferns: *Gran Bretaña y la Argentina en el siglo XIX* (Ed. Solar-Hachette), 1968.

Entre 1870 y 1880 la importación había alcanzado a 650 mil toneladas.

Un decreto del año 1870 premiaba con $ 25.000 al que descubriera una napa carbonífera explotable.

Posteriormente se señalaron la existencia de yacimientos en San Juan, Mendoza y Misiones, pero en ningún caso hubo interés oficial en su explotación y se continuó importando carbón de Inglaterra cada vez en mayor cantidad. Paralelamente se fue reduciendo el gravamen aduanero a su importación, liberándolo a partir de 1885. En resumen, los ingleses trajeron sus ferrocarriles desplazando al capital nacional de su explotación, y conjuntamente para cerrar su negocio nos vendieron el carbón necesario para hacerlo andar. Negocio redondo.

Los gobiernos liberales se despreocuparon de lograr nuestra autonomía energética y nos colocaron en otra vuelta de tuerca del sometimiento: el círculo de países dependientes de Inglaterra en el abastecimiento de combustible. Y el asunto resulta perfectamente entendible, desde el punto de vista inglés. Sus barcos llegaban a nuestros puertos cargados con carbón y se volvían llenos de granos. Resultado para ellos: con la carga asegurada de ida y vuelta el rendimiento de la flota era óptimo y esto beneficiaba el precio de sus productos en el mercado internacional. Resultado para nosotros: dependencia, más dependencia y más dependencia... hasta la sumisión total.

A través del monopolio en la provisión del carbón los ingleses hicieron girar un complejo mecanismo que incluyó a sus ferrocarriles, sus barcos y su industria, lo que les permitió regular nuestro desarrollo económico y social.

Todo propósito de desarrollar nuestras fuentes de combustible y todo intento de desarrollar nuestra industria fue frenado ante el hecho de que el desarrollo capitalista inglés establecía que Gran Bretaña

debía proveer el carbón que moverían sus ferrocarriles, el cual a la vez viajaría en sus barcos, que además transportarían los productos de su industria para nuestro abastecimiento. Nosotros sólo seríamos productores de alimentos para su población y materia prima para su industria.

Así de simple fue la realidad económica a que nos condenó la clase liberal de la organización nacional. Quienes lucharon contra ella son los bárbaros de la historia. Ellos, Mitre, Sarmiento, Avellaneda, etc., héroes y próceres nacionales, padres del progreso argentino.

Es bueno recordar nuevamente a Juan Bautista Alberdi, quien al juzgar a estos héroes impolutos del panteón liberal dice en sus *Escritos Póstumos:* "Tiene, pues, razón Sarmiento en decir que los caudillos o jefes militares vitalicios de la democracia de Sudamérica representan la barbarie. Pero no solamente la representan los caudillos bárbaros de las campañas, sino principalmente los bárbaros letrados de las ciudades, caudillos que han eclipsado a los rurales, *por sus guerras dos veces más largas, dos veces más sangrientas, dos veces más caras y desastrosas,* que las guerras de Rosas y Quiroga.

"Ninguno de estos bárbaros levantó empréstitos por 60 millones de duros; *no dejaron ellos la deuda pública que absorbe la mitad del presupuesto en el pago de intereses;* ni las contribuciones a la altura que no tienen en la misma Inglaterra; ni las campañas y ciudades en una inseguridad que acusa la más detestable administración de justicia".

El mismo pensador tucumano juzga a Mitre diciendo: "La mejor prueba de que el general Mitre ignora la libertad, es que la equivoca con el odio en los que la ejercen contra él. Un hombre de libertad no se pone jamás en la posición de razonar de este modo virtualmente favorito del general Mitre... ¿No es de mi opinión?, luego me odia. ¿Me contradice,

me critica?, luego es mi enemigo. ¿Me hace oposición?, luego me hostiliza. ¿Me resiste?, luego me provoca, me declara la guerra, me da derecho de exterminarlo."

La subordinación cultural

Este proceso de entrega económica a la potencia dominante se completó a los efectos de facilitar su aceptación por los distintos estratos sociales del país, con una tarea ideológica de denigración de nuestra conciencia nacional. Esto se explica, pues *todo proceso de dominación comienza por la colonización del pensamiento.* Esta tarea aún no ha concluido y se mantiene, todavía hoy, con renovada intensidad. En ello colaboran ciertos círculos intelectuales que gozan de prefabricado prestigio; órganos de prensa supuestamente *serios;* el cine, la radio y la TV; el sistema educativo liberal donde desde la escuela primaria se coloniza mentalmente a nuestra juventud; la universidad en la cual durante larguísimos años se formaron y se forman profesionales desprovistos de conciencia nacional, sólo interesados en su éxito individual y pecuniario que se convierten en la polea trasmisora local de los intereses coloniales.

A Sarmiento, juntamente con Echeverría, le cabe el dudoso mérito de ser el máximo panegirista de nuestros defectos, subestimando nuestra cultura y exaltando el valor de lo europeo, fundamentalmente de lo sajón con su pujante economía. Esta deformación del pensamiento iberoamericano *puso de relieve nuestras taras raciales, culturales, religiosas, psicológicas y políticas, endiosando las virtudes sajonas y francesas.* La influencia de España fue señalada como negativa, tanto en lo religioso y político, como en el desarrollo histórico de nues-

tros pueblos. Se aludió con desprecio al gaucho, al indio y al negro y por consecuencia al mestizaje.

Para nuestros *organizadores*, el norte de Europa era el centro del mundo, su población era superior en todos los sentidos incluso biológicamente, ellos introducen el racismo franco-inglés. El progreso será posible exterminando a nuestras razas nativas y a las mestizadas con el español o a lo sumo fusionándolas con los nórdicos europeos.

En lugar de promover nuestra propia cultura con el aporte de las otras, copiamos servilmente lo europeo y para peor, con burdas falsificaciones.

Como sana reacción contra esa política de colonización cultural, José Hernández escribe el MARTIN FIERRO que publica en 1871. Allí con un claro simbolismo político adelanta una visión profética de la Argentina restaurada, cuando dice:

Y dejo correr la bola
que algún día se ha'e parar,
tiene el gaucho que aguantar
hasta que lo trague el hoyo
o hasta que venga algún criollo
en esta tierra a mandar.

Capítulo VII

SE FORMA LA ARGENTINA OLIGARQUICA. LA GENERACION DEL 80 Y SU PROYECTO

Hemos visto cómo la generación liberal anterior al año 1880, preparó el camino para que la generación posterior —conocida como la del 80— consolidara la dependencia y subordinación de la Argentina con respecto a Gran Bretaña.

En la primera etapa se comienza a manifestar el control inglés en nuestra economía, a través de cierto predominio sobre nuestro comercio exterior y por medio de las inversiones en ferrocarriles y créditos. En la segunda etapa, a partir de 1880 este dominio económico se intensifica por medio de la acción monopólica que controla sectores claves de nuestra economía, transformándonos directamente en factoría británica.

El gobierno iniciado en 1880 —Presidencia del general Julio Argentino Roca— afirmó su poder económico y político explotando básicamente la ganadería y las industrias conexas, transformándose en gestor de los intereses ingleses.

El Partido Autonomista Nacional, el partido de Roca, significó la unión de los terratenientes bonaerenses con los gobiernos del interior, absorbidos por los intereses de Buenos Aires, a los cuales el presidente manejaba a su antojo, todos mancomunados al servicio del capital inglés.

La generación que asciende con Roca ocupará los rangos más altos de la sociedad argentina. Consolidada en el poder intentará imitar a la burguesía europea. Pero mientras aquélla lideraba procesos de industrialización, aplicando el proteccionismo industrial, que los mantenía vigorosos, la burguesía porteña se sometía en todos los órdenes, ya

sea en el político, como en el económico y el cultural, dirigiendo un proceso de crecimiento agrario dependiente, complementario del desarrollo industrial inglés.

De esta forma, nuestra clase dirigente se integró en la civilización foránea, copiando su estilo de vida, su lujo, su confort y sus modalidades intelectuales y artísticas; claro que todo ello a expensas de los intereses y necesidades del pueblo y del país. Algo a lo que el historiador inglés Arnold J. Toynbee llama *herodianismo*, o sea la actitud de los dirigentes que en distintos países y a lo largo de la historia mundial han gobernado a espaldas de sus respectivos pueblos, al servicio del país dominador, tal cual sucedió con *Herodes* que gobernaba Israel en tiempos de Jesús, y que lo hacía a favor de los romanos, que oprimían al pueblo judío.

Características de la Generación del 80

Incluye esta generación a los nacidos a partir de la cuarta década del siglo pasado, o sea de 1840 en adelante y hasta 1857 aproximadamente. Entre sus componentes más destacados encontramos a Julio A. Roca, Carlos Pellegrini, Eduardo Wilde, Miguel Cané (h), Eugenio Cambaceres, José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Miguel Juárez Celman, Aristóbulo del Valle, Roque Sáenz Peña, Indalecio Gómez, Quirno Costa, Lucio Vicente López, Pirovano, Amancio Alcorta, Leandro Alem, Hipólito Yrigoyen, Adolfo Saldías, Estanislao Zeballos, etc.

Obviamente algunos de los nombres que anteceden no dan las características propias de esta generación, ya sea por su conformación ideológica, cuanto por su accionar político o intelectual. Sólo cronológicamente se los puede incluir en esta generación, pero su mención en ella sirve para demos-

trar que por encima de cualquier condicionante de época, de educación, cuna o intereses, las almas puras y rectas encuentran los caminos para elevarse sobre el medio que las rodea y servir lealmente al pueblo y a la Patria. Entre éstos corresponde señalar en primer término a Hipólito Yrigoyen y luego a Leandro Alem, Aristóbulo del Valle, Estanislao Zeballos como políticos, a Adolfo Saldías como historiador, a José M. Estrada y Pedro Goyena como profesores y legisladores.

Esta generación aprendió que la libertad individual era el valor supremo que el Estado debía defender y que el librecambio comercial era el sustento de toda política económica. Pero no advirtió, y cuando descubrió el sofisma ya era tarde, que esa libertad *era sólo privilegio de los fuertes* y en la Argentina los fuertes no eran precisamente los nativos; que el librecambio sólo servía para consolidar al capital extranjero y que los sagrados derechos y garantías solamente servían para amparar a las compañías extranjeras cuando buscaban eludir el pago de los impuestos nacionales o no querían someterse a las leyes justas de la Nación.

La ideología que adoptó esta generación fue reflejo de los sentimientos e intereses de la alta clase terrateniente a la cual en general pertenecía. Esta clase fue optimista y arrogante; su gobierno fue el gobierno de los selectos y de los *iluminados;* su ideal: el sufragio calificado; su dios: el progreso; su mesías: el hombre ilustrado.

Bajo su influjo Buenos Aires dejó de ser la gran aldea para transformarse en una urbe cosmopolita. Su optimismo se manifestaba en sus discursos y escritos políticos que anunciaban para 1930 un país de 50 millones de habitantes en medio de un ingenuo progreso constante y con mínimas inversiones.

La ciencia positivista fue otro rasgo saliente de esta generación, pero la misma no hizo más que re-

firmar su carácter extranjerizante, ya que la educación universitaria tenía que venir de París, Londres, Berlín, Bélgica, etc. El positivismo fue su filosofía. Augusto Comte influirá en ellos con su lema: *Orden y Progreso.*

El rasgo más característico de esta generación fue su carácter europeizante. Con harto complejo de inferioridad por su ascendencia hispánica e indígena sostendría la superioridad de la inmigración nórdica. Pero en realidad aprovechará la corriente inmigratoria del sudoeste europeo porque era útil para la explotación agraria que no requería mano de obra muy especializada.

La inmigración

Alberdi había sentenciado "gobernar es poblar", claro que por aquellos años lo que en realidad pretendía era "repoblar" pues soñaba con reemplazar a los criollos por civilizados anglosajones.

Así escribía en *Las Bases:* "Es utopía, es sueño, es paralogismo puro el pensar que nuestra raza hispanoamericana tal como salió formada de su tenebroso pasado colonial pueda realizar hoy la República representativa. No son las leyes las que precisamos cambiar, son los hombres, las cosas: necesitamos cambiar nuestras gentes incapaces de libertad por otras gentes hábiles para ello"... "Es necesario fomentar en nuestro suelo la población anglosajona". Más tarde agrega: "Con 3 millones de indígenas cristianos y católicos no la realizaremos ciertamente. No la realizaréis tampoco con el español puro, que es incapaz de realizarlo aquí o allá". De nuestros hermanos latinoamericanos opinaba: "Haced pasar el roto, el gaucho, el cholo, unidad elemental de nuestras masas populares por todas las transformaciones del mejor sistema de

educación: en cien años no haréis de él un obrero inglés, que trabaja, consume, vive digna y confortablemente". Parece que nuestro Alberdi estaba mal informado del modo en que vivía un obrero inglés por aquel entonces, en que lo hacía en las condiciones de mayor miseria, producto de las primeras etapas de la revolución industrial y que provocaron el surgimiento del socialismo y del marxismo en un desesperado intento de defensa contra el liberalismo anglosajón.

Pero en vez de los nórdicos rubios de ojos azules, llegaron las masas del sudoeste europeo, producto de las tensiones sociales que se vivían en esa región de Europa. Llegó mano de obra escasamente calificada y analfabeta, que echó por tierra con la utopía de Alberdi y Sarmiento y que este último reconoce en su libro *Armonías y desarmonías de las razas de América*.

Esta corriente inmigratoria sería utilizada por los positivistas hombres del 80, quienes la emplearían para la explotación agraria.

Estas hombres que llegaron pletóricos de esperanzas para "hacerse la América" se encontraron con un destino de proletarios, sin tener tierras, ni capital propio para trabajar. Con sus penurias y sudores, fruto de la explotación de que fueron objeto, se amasó la fortuna de la oligarquía terrateniente.

Por proteger a estos contingentes de inmigrantes se sancionó la ley 817 del año 1876 bajo el gobierno de Nicolás Avellaneda. Para burlarla las agencias de inmigrantes trajeron al país no a colonos, es decir inmigrantes a los cuales se les garantizaba la tierra, sino peones, es decir mano de obra sin especialización. Nuestros liberales vieron en el inmigrante sólo mano de obra barata, no importaba su condición y dignidad de hombre.

Estos contingentes de inmigrantes cruelmente

explotados, o volvían a su país —lo que hicieron muchos— o se dirigieron a la pampa húmeda comenzando a crear la concentración de población en esta región del país. Esto permitió contar con mano de obra abundante, hecho que la burguesía terrateniente bonaerense aprovechó, desarrollando un sistema de explotación agropecuaria extensiva de acuerdo a las necesidades del comercio internacional.

El Proyecto del 80

Ha sido común en estos últimos años escuchar distintas voces que han ensalzado el inexistente *Proyecto del 80,* presentándolo como el paradigma de la lucidez y capacidad políticas, generador de un explosivo desarrollo económico y social, luego despilfarrado por las generaciones siguientes hasta nuestros días.

Pero tales afirmaciones, vertidas con ligereza o mala intención, carecen del sustento de un sereno y objetivo estudio histórico y por más que se las enfatice y se les quiera dar el carácter de artículos de fe para las generaciones presentes, no resisten el embate de una crítica que maneje con un mínimo de acierto nuestra problemática histórica.

Para empezar aclaremos que si por Proyecto del 80 imaginamos una serie de pautas que regularon el desarrollo económico, social, político y cultural del país, presididas por una escala de valores determinados y válida para todo el cuerpo social y que contara con el consenso mayoritario nacional, tenemos que apresurarnos a decir que tal cosa no existió, ni creemos que pudiera siquiera pasar por la mente de los líderes políticos de aquel entonces.

Tan complejo instrumento de gobierno de utópica realización aun en nuestros días, no podía se-

ducir a los hombres del 80, más preocupados en hacer que en planear a largo alcance.

Pero si pensamos en una serie de medidas de gobierno de gran coherencia ideológica, tomadas por un grupo gobernante sólidamente unido por intereses comunes, entonces sí podríamos hablar del *Proyecto del 80*. Porque a pesar de las diferencias que pudiera separar a roquistas, pellegrinistas, católicos liberales, ex rosistas y urquicistas, tenían en común su adhesión al credo positivista en boga en Europa, manto con el cual se cubría el liberalismo decadente ante el avance de las nuevas ideas revolucionarias, marxistas, anarquistas y socialistas.

Creían firmemente en la dicotomía sarmientina *Civilización y barbarie,* identificando a esta última con lo español y lo criollo. Sus intereses económicos estaban centrados en la posesión de la tierra como medio de producción agropecuaria, en la exportación de tales productos y en la importación de manufacturas. Superaban en ilustración a la generación precedente.

El lema comtiano *Orden y Progreso* fue la bandera de su accionar. *Progreso* era el elemento dinámico del lema, debiendo ser acelerado para que cada etapa una vez agotada, impulsara otra nueva sin solución de continuidad. Para ellos significó crecimiento, modernización y secularización. *Orden* era la parte estática de la consigna y consistía en crear las condiciones de tranquilidad en las cuales debía encontrarse el pueblo para permitir la proyección lineal del progreso sin pausas, ni retrocesos que pusieran en peligro la grandeza del país.

Esta tremenda coherencia ideológica y práctica terminó por formar una casta que dominó férreamente el país y generó una Argentina, la llamada del 80, que modernizó sus estructuras dentro de un modelo de desarrollo agrario dependiente, a remolque de los intereses británicos.

La segunda mitad del siglo XIX trae el triunfo del capitalismo industrial y con ello el aumento de la demanda de materias primas. La mejora en los transportes —barcos a vapor y ferrocarriles— permiten el traslado de millones de inmigrantes que con sus brazos van a satisfacer la creciente demanda de mayor producción.

Paralelamente se multiplicaron los Bancos en su doble función de control y de crédito.

En ese mundo en progreso y cambio se inserta la Argentina a través de la expansión de su producción agropecuaria produciéndose entonces el fenómeno de un extraordinario crecimiento en su economía. Para ello fue preciso conquistar la pampa húmeda, expulsando al indio; someter todo el territorio nacional a la voluntad del gobierno central suprimiendo las rebeliones provincianas; los Remington para unos y las prebendas para otros fueron eficaces medios para estos logros. Indios y gauchos fueron sacrificados en beneficio del sistema. La producción se orientó hacia el mercado internacional en un crecimiento hacia fuera, sin el correlato de un crecimiento hacia dentro.

Se construyeron puertos para recibir los grandes buques procedentes de Europa que venían ávidos de llevarse nuestra riqueza y traernos manufacturas. Multiplicáronse los ferrocarriles en función de ese comercio exportador-importador, con lo cual se agudizó la desintegración del país en beneficio de la pampa húmeda. Los campos conocieron el alambre, y el ganado se mestizó para satisfacer el gusto europeo. La agricultura avanzó vertiginosamente.

Claro que los fletes marítimos, los ferrocarriles y los frigoríficos eran del capital extranjero.

Los inmigrantes llegaron presurosos para sumar su esfuerzo a tanta euforia económica. Ya no venían a "poblar el desierto" como se dijo hasta 1880, ahora

eran mano de obra barata y abundante para volcar a la producción masiva de productos agrícolo-ganaderos. No hubo interés en otorgarles la propiedad de la tierra que laboraban. El inmigrante tuvo destino de arrendatario o de peón y cuando pudo se volvió a las ciudades del litoral. Así no hubo lugar para la formación de una clase media campesina, cuyo ahorro sabiamente reinvertido en el país hubiera permitido formar el capital básico para un paralelo desarrollo industrial.

El progreso encandiló a la casta dirigente, y no era para menos. Todo parecía tan fácil, sólo se trataba de pedir a Dios que fuera criollo y mandara oportunas lluvias. De ahí que la riqueza generada se derrochara en palacios, monumentos y lujo a la europea. Así surgió la cosmopolita Buenos Aires que mostró su esplendor en los fastos del centenario.

Esta expansión económica no podía generar desarrollo. Algunos lo vieron, Vicente López, Pellegrini, pero sus tibias voces pronto callaron cuando sus ideas chocaron con sus intereses económicos. Era preciso crear un mercado interno, invertir capitales para desarrollar la industria nacional y comunicar las provincias entre sí, integrando al país; había que poner en marcha todas las potencialidades efectivas de la Nación.

Pero una actividad así habría equivalido a querer empuñar el timón, olvidando que previamente se debían cortar las amarras que nos unían al Imperio Inglés, y la casta gobernante no estaba para eso.

Sin una política externa independiente, esperando todo de las exportaciones agrícolo-ganaderas, y con una oligarquía que no reinvertía sus excedentes en forma adecuada al interés nacional, el modelo del 80 no podía ir muy mejos.

La guerra europea del 1914-1919 puso fin a la ilusión del progreso indefinido y continuo de los po-

sitivistas del viejo mundo y marcó para nuestro país el principio del fin del modelo agroexportador dependiente.

El roquismo

El 19 de diciembre de 1877 moría Adolfo Alsina, jefe del Partido Autonomista, provocando el más grande duelo popular hasta entonces conocido. Este contradictorio hombre público, furioso antiurquicista, terminó siendo gestor de la candidatura del propio Urquiza para un segundo mandato que no llegó a concretarse. De unitario de la primera hora finalizó levantando el pendón de los caudillos tantas veces aborrecido. Fue fundador del Partido Autonomista y hombre fuerte del gobierno de Avellaneda, desde su puesto de ministro de guerra. El acuerdo celebrado entre su partido y los nacionalistas de Mitre dio como resultado las presidencias de Sarmiento (1868-1874) y de Avellaneda (1874-1880). Su muerte dio fin a ese acuerdo y abrió el camino a las aspiraciones del general Julio A. Roca quien justamente lo sucedió en el cargo de ministro de guerra.

Roca vio la oportunidad y se dispuso a consolidar su prestigio político. Para ello puso en marcha su plan de "la conquista del desierto", que no había encontrado eco en Alsina cuando Roca colaboraba con aquél en el ministerio de guerra.

Este plan reproducía esencialmente el que había ejecutado Rosas en su campaña al desierto, pero buscaba arrebatar a los indios los territorios del sur hasta llegar al Río Negro.

En abril de 1879 Roca inició la marcha durante la cual sometió o exterminó a los indios de la Patagonia. Eligió correctamente el momento para su campaña ya que Chile que había manifestado pretenciones sobre los territorios patagónicos estaba

en ese momento ocupado en la guerra contra Bolivia y Perú.

De esta forma Roca logró dos objetivos: incorporar vastas extensiones de tierra a la colonización agropecuaria y ocupar efectivamente la Patagonia, sin arriesgar un conflicto armado con Chile, que en ese momento nos superaba en preparación militar. De más está decir que esto se tradujo en un formidable prestigio para él siendo aclamado como "conquistador del desierto".

Habilísimo político Roca supo sumar detrás de él los intereses de los grandes terratenientes (a los cuales obsequió 20.000 leguas arrebatadas a la indiada), y los intereses del comercio y el capital extranjero. Unió en su derredor a los gobernadores del interior en la famosa *Liga de gobernadores*, quedándole sólo por conquistar a Buenos Aires. Para ello impulsó la sanción de la ley de federalización de la ciudad de Buenos Aires, proyectada por el presidente Avellaneda, terminando de esta forma con el enfrentamiento entre la Nación y la Provincia de Buenos Aires (1880).

Inútil fueron los esfuerzos de Alem, Mitre, Tejedor y Sarmiento para evitar el ascenso de Roca al poder. Con la Capital Federal en la mano pudo unir a los terratenientes bonaerenses con los del interior, amalgamando sus intereses con los del capital extranjero en continuidad con la política iniciada por Mitre.

Durante su gobierno (1880-1886) reinó la paz. Autonomistas de Tejedor y nacionalistas de Mitre se deshicieron y surgió con fuerza incontenible *el partido oficial único*, dirigido por el mismo Roca desde el gobierno: el Partido Autonomista Nacional, mientras los gobernadores eran manejados como títeres por la astucia y habilidad de *El Zorro*, como se lo apodó.

Con la llegada de Roca al poder se consumó el

crecimiento agropecuario dependiente. El programa del Partido Autonomista Nacional preveía lograr la industrialización del país, pero la tenencia y explotación de la tierra en pocas manos distorsionó e imposibilitó el cumplimiento de dicho programa. A esta concentración de la tierra en pocas manos contribuyó —como hemos visto— la campaña al desierto del mismo Roca.

Así se quebró la posibilidad de realizar un desarrollo con capitales nacionales e independientes al estilo de Estados Unidos, donde la división de la tierra en parcelas permitió la capitalización de la granja, derivando dicha renta hacia las ciudades en las cuales se invertía en las nacientes industrias.

El programa económico del Partido Autonomista Nacional se concretó finalmente en la importación de capitales y mano de obra extranjera para aplicarlos en especial al sector agroexportador.

Durante su gobierno se consolidó la oligarquía agropecuaria, base y sostén de su accionar como gobernante, oligarquía que siguió siendo el soporte de los restantes gobiernos hasta la aparición del yrigoyenismo.

La Argentina liberal y dependiente había encontrado en Roca su conductor más brillante.

El intento de suplantación cultural y el conflicto con la Iglesia

Pero el programa político no era sólo económico.

La aplicación de una política liberal laicista que buscó suplantar la base cristiana de la cultura nacional, en función de lo cual se sancionaron las leyes de matrimonio y registro civil y la ley de enseñanza laica (la famosa ley 1420) provocaron la airada reacción de los laicos y católicos y de toda la Iglesia. El choque entre el gobierno y el catolicis-

mo alcanzó gran vibración llegándose a perseguir a los más apasionados opositores. Juan Manuel Estrada fue por eso destituido del rectorado del Colegio Nacional Buenos Aires, pronunciando al dejar la cátedra su famoso discurso en el cual expresaba: "Vosotros creéis en la justicia. No esterilicéis esa fe sagrada y noble de la primera edad. ¡Servidla, mis jóvenes amigos, con abnegación, con sacrificio, con virilidad!"

"Sea éste mi último consejo y mi última lección. Os la doy con mi palabra, os la doy con mi persona. Y contad conmigo en todos los terrenos y en todos los teatros de donde no hay fuerza humana capaz de arrojarme, ¡porque tengo una voluntad de hombre libre y una bandera sacrosanta! *De las astillas de las cátedras destrozadas por el despotismo, haremos tribunas para enseñar la justicia y predicar la libertad.*" [1]

Este intento de reemplazo de nuestra raíz cultural cristiana y católica por otra basada en la ideología positivista y en el utilitarismo protestante anglosajón, destinado a subordinar todos los valores al mero valor económico, fue una de las metas expuestas por Alberdi y proclamada por Sarmiento. La generación del 80 acelera el proceso liberal en función de su ideario que proclamaba la conquista de la riqueza nacional, pero que debía ser puesta al servicio de sus intereses particulares, identificándolos con los de la Nación. Los sucesivos gobiernos liberales siguieron estas líneas de pensamiento y acción, que aún hoy practican, como es posible comprobar.

Para concretar este objetivo se trajeron maestras y profesoras norteamericanas y se promovió la inmigración, buscando traer al país especialmente a

[1] José M. Estrada: *Discursos clásicos argentinos* (Ed. Estrada), 1946, tomo II.

rubios sajones de ojos azules, en un intento por cambiar la sangre y el color de la piel de nuestro pueblo. Los rubios sajones nunca arribaron, vinieron sí, grandes masas de latinos católicos que frustraron el intento. Pero también llegaron muchos latinos y minorías de diversas culturas europeas con fuerte espíritu de crisis religiosa, que se encontraron con un medio oficial liberal y anticatólico. Centradas todas sus expectativas en el progreso material, se sumergieron entonces en la indiferencia religiosa y en el culto a los valores iluministas y positivistas, formalizando de hecho una alianza cultural con la oligarquía. Esto ocurrió principalmente en las zonas de inmigración urbana. Gran parte de nuestra clase media o pequeña burguesía profesional proviene de estos inmigrantes y de ahí su desvalorización de lo nacional y de lo católico, juntamente con la sobrevalorización de lo extranjero, su apego a los logros materiales, y la permanente imitación de pautas y actitudes de la clase alta y rechazo de lo popular.

La custodia de nuestra raíz cultural hispana, americana y cristiana quedó entonces en manos de aquellas masas de inmigrantes latinos católicos y criollos pobres que mezclaron sus sangres asumiendo el ser nacional, expresándose a través de formas de religiosidad popular que han recogido expresiones devocionales nativas mezcladas con otras propias de los inmigrantes y que han hecho su aporte a nuestra religiosidad y a nuestra conciencia nacional al preservar la fe de los ataques del liberalismo arreligioso, impuesto desde la mitad del siglo pasado por las logias masónicas sometidas a Inglaterra.

Las inversiones extranjeras

La década del 80 hasta la crisis de 1890, o sea la primera presidencia de Roca y la de Juárez Cel-

man, marca los momentos de mayor auge de las inversiones extranjeras, las que vuelven a repuntar durante la segunda presidencia de Roca. Básicamente las inversiones eran de origen inglés.

En esta etapa el capital inglés pasó a controlar monopólicamente los sectores claves de nuestra economía, de acuerdo con el proceso de concentración económica y financiera que se produce en Europa después de la crisis de 1873.

En 1875 las inversiones británicas en la Argentina se calculaban en 23 millones de libras, de las cuales el 56,2 % correspondían a bonos y deuda pública, el 28,6 % a inversiones en ferrocarriles y el resto a bancos, tranvías, carnes, minas, telégrafo, etc. En total representaba el 80 % de toda la inversión extranjera.

INVERSIONES INGLESAS

Año	*Millones de libras*
1890	174
1900	190
1913	1.555

En el mismo año 1913 las inversiones francesas llegaban a 400 millones de dólares y las de los Estados Unidos a 39 millones de dólares.

Después de la crisis de 1890 las inversiones extranjeras decrecen, pero se mantiene el ritmo de expansión del área sembrada y la *introducción del frigorífico* lleva al mejoramiento en los campos y al mestizaje de los ganados.

La orientación de las inversiones británicas hacia ferrocarriles, títulos de la deuda pública, empréstitos y frigoríficos se debía a que el sostén del aparato agroexportador estaba dado por el control de los ferrocarriles, que permitían colocar en puerto

la materia prima y los alimentos almacenados, necesarios para abastecer el mercado británico.

El trazado de los ferrocarriles permitía a los capitales ingleses la colocación de sus manufacturas en el área de mayor consumo.

Esto provocó la imposibilidad de la industrialización del interior del país pues no podía competir en costos y calidad con los productos extranjeros. La forma de abanico del trazado ferroviario, con su vértice en Buenos Aires, contribuyó a crear el macrocefalismo en derredor de la ciudad-puerto.

Las inversiones inglesas en frigoríficos contribuyeron a controlar la materia prima desde su fuente misma de producción y la carencia de buques propios para transportarla cerró el negocio de las carnes en manos de los ingleses que se hicieron cargo, en su beneficio, de los fletes y seguros correspondientes. *Nosotros poníamos las vaquitas, el buen Dios criollo el sol y la lluvia para que creciese el pastito, y los ingleses hacían el negocio.*

De 1881 a 1885, un porcentaje que oscilaba entre la cuarta parte de las exportaciones a la mitad se dedicaban al pago de servicios financieros.

El país era *totalmente dependiente* y como tal la crisis europea del año 90 habría de golpearnos duramente, acompañada por factores internos como la inflación monetaria y la enorme especulación, especialmente en el costo de las tierras.

El gobierno de Juárez Celman

La realización del proyecto económico de la generación del 80 resultó en apariencia beneficiosa para el país. A su influjo surgieron vías férreas, líneas de tranvías, empresas de gas de alumbrado, puertos, edificios públicos, etc. La Argentina creció globalmente en su economía y se convirtió en una gran potencia agrícola.

Pero este desarrollo era desigual y totalmente dependiente del capital británico, lo que lo hacía extremedamente vulnerable a los vaivenes de las economías europeas.

El país recibió empréstitos entre 1881 y 1885 por valor de 150 millones de pesos oro y entre 1886 y 1890 se llegó a 666 millones de pesos oro; lo que señala un fuerte endeudamiento con el paralelo incremento de los servicios de la deuda pública. Agreguemos a esto un notable aumento de la emisión monetaria, que llegó a los 2.000 millones de pesos oro en el período 1885-1900, unido a una gran especulación sobre tierras y acciones en empresas ferroviarias cuyos tendidos de vías no se concretaron. Todo lo cual da un claro panorama de los factores que llevaron a una depreciación de nuestra moneda del 250 % en el lapso comprendido entre 1886 y 1889.

Como corolario de males nuestro balance de pagos en el período 1880-1889 tuvo saldos fuertemente deficitarios.

BALANCE COMERCIAL EN PESOS ORO
PERIODO 1880-1889

Año	*Exportaciones*	*Importaciones*	*Saldos*
1880	58.769.416.—	45.903.315.—	+ 12.866.101.—
1881	57.938.272.—	55.705.927.—	+ 2.232.345.—
1882	60.388.939.—	61.246.045.—	— 857.106.—
1883	60.207.976.—	80.435.282.—	— 20.227.852.—
1884	68.027.836.—	94.056.144.—	— 26.026.308.—
1885	83.879.100.—	92.221.969.—	— 8.342.869.—
1886	69.835.841.—	95.408.745.—	— 25.573.204.—
1887	84.421.820.—	117.352.125.—	— 32.930.305.—
1888	100.111.903.—	128.412.110.—	— 28.300.207.—
1889	90.145.355.—	164.569.884.—	— 74.424.529.—

Fuente: Gonzalo H. Cárdenas, obra citada.

Este cuadro demuestra que el dinero que llegaba a través de créditos o empréstitos, sólo servía para cubrir los saldos negativos de la balanza comercial, y pagar los servicios de la deuda pública.

Entre 1885 y 1889 las importaciones crecieron en su valor casi un 70 %. Muchas de ellas fueron artículos suntuarios y otros productos que hubiéramos podido elaborar en el país, tales como aceite de oliva, baldosas, azúcar, cerveza, vinos, etc. No se confunda el lector, no estoy hablando de 1976-1982. Cualquier parecido con la actualidad NO ES CASUALIDAD.

La crisis que en los años finales de la década afecta a Inglaterra, produciendo una fuerte contracción en su industria lanera, repercute duramente en nuestro país cayendo las exportaciones de lana y desequilibrando la balanza comercial al no producirse una paralela contención de las importaciones, las cuales paradójicamente aumentan. Se agrava así, la de por sí, difícil situación nacional debido al alto endeudamiento y a la especulación dasatada ya durante la presidencia del general Roca y acelerada bajo el gobierno de su concuñado Juárez Celman.

La crisis del 90

Juárez Celman estaba imbuido por el *dogma positivista del progreso indefinido*, con el presupuesto básico de la no injerencia estatal en la economía. Así al fundamentar la privatización del Ferrocarril Andino, que construyera Roca, dice en su primer mensaje al Congreso en 1887: "La venta del Andino ofrece un particular interés, porque corresponde no sólo a una conveniencia económica del momento sino también a la doctrina que la administración actual profesa". Y más adelante continúa: "La acción

del gobierno es indispensable como inicial allí donde ningún interés particular puede llevar a cabo obras de cierta magnitud, pero esa necesidad se hace discutible desde que aparecen datos opuestos".[1]

Un año después rinde cuenta de lo realizado y expresa en el mensaje al Congreso: "Al enviaros mi primer mensaje confieso en verdad que alguna vacilación agitaba mi espíritu temiendo que un programa nuevo entre nosotros y en parte contrario a las ideas admitidas, causara alguna sorpresa y recelando pudiera llevarlo a cabo en los términos en que iba expuesto. Ahora a los doce meses de aquella época puedo deciros con entera satisfacción: El programa está realizado."

"Las obras públicas que se hallan en manos del gobierno han sido entregadas con evidentes ventajas a la industria privada en cumplimiento de vuestras leyes, de mis promesas y de mis esperanzas. Los ferrocarriles Central Norte y Andino han sido enajenados; la sección construida de la prolongación del primero ha sido arrendada y se halla adjudicada la explotación de las obras de salubridad a uno de los exponentes que se presentó en condiciones excepcionalmente ventajosas".[2]

Así con absoluta impudicia Juárez Celman cuenta la entrega del país a los banqueros extranjeros.

En ocasión de discutirse la enajenación de las obras de salubridad de la ciudad de Buenos Aires, Aristóbulo del Valle, al oponerse en el Senado decía: "¿Es posible que haya gobiernos que puedan decirle al parlamento de su país: Es necesario que ustedes vendan estas obras, que entreguen a la especulación la salud y la vida pública porque yo me siento incapaz e impotente para administrar lo

[1] Luis V. Sommi: *La Revolución del 90* (Ed. Monteagudo), 1948.

[2] Luis V. Sommi: obra citada.

que otros han administrado?" Luego continuaba: "¿Cómo es que le va a convenir a la Nación enajenar unas obras que los primeros cinco años van a reclamar 10 millones y a producir en el mismo período 14 o 15 millones?"[1]

Pero la venta que más conmovió a la opinión pública fue la del Ferrocarril Oeste, realizada en momentos en que el rechazo a la política juarista era generalizado, por lo que se lo consideró como un acto de arrogante desprecio hacia la mayoría del país.

Aun cuando se pretendió encubrir a los verdaderos destinatarios de la venta haciéndose aparecer como comprador a una titulada "Compañía del Ferrocarril Oeste de Buenos Aires", todo el mundo sabía que los verdaderos compradores eran el grupo financiero inglés que encabezaba el Ferrocarril del Sur y del que participaba la casa Baring Brothers, del cual el Oeste era su duro competidor e impedía su expansión monopólica como lo prueban los constantes choques de intereses que había entre ambos por cuestiones de jurisdicción.

El Ferrocarril Oeste había sido el primer ferrocarril argentino —el de la legendaria *Porteña*— y fue fundado por capitales nacionales. Posteriormente pasó a poder de la Provincia de Buenos Aires. Su venta realizada siendo gobernador de la provincia Máximo Paz, en abril de 1890, significó el comienzo de la formación de los grandes monopolios ferroviarios que organizaron la política del transporte de tal forma que concentraron todo el flujo comercial hacia y desde Buenos Aires, aislando al interior y el litoral e impidiéndole al país toda forma de desarrollo armónico e integrado.

Eliminado virtualmente el Estado, como competidor en la explotación ferroviaria, la voracidad

[1] Luis V. Sommi: obra citada.

del capital extranjero no tuvo barreras, dominando y determinando nuestro proceso de desarrollo económico y social en función de sus intereses y de los del Imperio Británico. Pues como dice Ricardo M. Ortiz en su *Historia económica de la Argentina:* "La explotación ferroviaria no constituye en efecto un simple sistema de transportes. Ella se conecta con todos los resortes de la economía nacional, interfiere todas las actividades, estimula o aplasta las que satisfacen o contrarían sus fines, orienta el mercado exterior, es decir, decide la ubicación y extensión de actividades de sus puertos. Constituye en suma el más poderoso reactivo para lograr un desarrollo independiente; y esto es lo que se proponía impedir el tejido que las empresas en formación realizaban sobre las llanuras de la zona litoral".

Los hombres que desde 1880 a 1890 tuvieron en sus manos los destinos del país —Roca, Juárez Celman y sus equipos de gobierno— siendo hombres del interior, sin embargo cerraron el camino a su crecimiento, provocaron la concentración económica y demográfica en derredor del puerto de Buenos Aires e impidieron nuestro desarrollo independiente. Nos legaron en cambio esta Argentina desintegrada y dependiente que hoy tenemos.

Pero sigamos con el gobierno de Juárez Celman. Fue justamente su política de graciosas concesiones ferroviarias la que mejor contribuyó a aumentar la inflación e impulsar la especulación que siempre es corrupción. Nuevamente Aristóbulo del Valle desde el Senado impugnaba esta política diciendo: "En cuanto a la política económica que el señor Ministro de Hacienda manifiesta respecto a las concesiones de ferrocarriles, que abre la más ancha puerta que jamás se abriera a todas las pretenciones de los concesionarios ávidos de garantías de la Nación, con las cuales se hace fortuna en 24 horas, el señor Ministro sabrá la res-

ponsabilidad que arroja sobre el Poder Ejecutivo, a quien representa en este momento."[1]

Cada adicto al gobierno era un feliz poseedor de concesiones para hacer ferrocarriles, "aunque fuera en la luna", como decía el diputado Escalante.

Otro foco de peculado fue *"la ley de Bancos garantidos"* por la cual *se facultaba a cualquier entidad bancaria e emitir billetes,* cubriendo ciertas formalidades que en teoría garantizaban dichas emisiones. Resultado: *el país fue empapelado con una moneda absolutamente envilecida.*

La tierra era objeto de preferente demanda y de lógica especulación, dice Balestra en su libro *El Noventa.* "Los diarios publicaban páginas enteras de remates de tierras: ésa era la lectura predilecta, casi exclusiva del público. Se estaba en el punto máximo de la curva ascendente iniciada en 1880. En adelante sólo podría detenerse o declinar pero nadie lo preveía, ni siquiera quería imaginarlo".

En Buenos Aires el metro cuadrado de tierra se vendía en el Pilar a $ 5 en 1886 y a $ 21 en 1889. En San Cristóbal, a $ 2 en 1886 y a $ 13 en 1889. La tierra improductiva que valía $ 400 la legua llegó a $ 10.000.

En la Bolsa a diario se jugaban fortunas aunque, como también señala Balestra: *"Las operaciones son pura tiza,* según la frase del día. Se juega a las diferencias, se hace con locura la cotización de la locura. A diario se hacen diferencias de 40 a 50 puntos que enriquecen o arruinan. Pero nadie quiebra. La confianza y la fiebre mantienen el globo inflado."

[1] Luis V. Sommi: obra citada.

El unicato

Políticamente el Presidente era la expresión espuria de una camarilla política que, teniendo a Roca por jefe, había catapultado a la Presidencia de la República a su concuñado, buscando con ello asegurarse, al fin de su mandato, la propia reelección. Este grupo era la expresión política de la oligarquía que dominaba la tenencia de la tierra, el comercio exterior y el control financiero del país, aliado a los banqueros internacionales, fundamentalmente ingleses.

Su elección había significado el perfeccionamiento del fraude político, donde el pueblo era convidado de piedra a la hora de la expresión de la soberanía popular, y la Constitución, un libro que decía lo que *no respetaría* esta oligarquía enquistada en el gobierno del país. Eso sí, se garantizaba el derecho al voto a todo ciudadano, más allá de la muerte, ya que no había muerto que no dejara de votar puntualmente en los comicios.

No existía representación de la minoría, se elegía en lista única. La oposición debía ganar alguna provincia para obtener representación, la única posible era Buenos Aires. Teniendo a Córdoba por base esta camarilla oligárquica dominaba al país, cualquier insurrección era inmediatamente sancionada con la intervención federal.

A este sistema se lo bautizó sabiamente *El unicato*. Balestra lo define así: "El presidente había sido proclamado jefe único del partido gobernante: a las facultades de la Constitución se le sumaban las del caudillo. Lo que no podía hacer constitucionalmente como presidente, tal como elegir gobernadores de provincia y miembros del Congreso, lo podía hacer como *único*... En el parlamento transformadas las representaciones en dádivas presidenciales, dejaban de ser deberes a cum-

plir altivamente para convertirse en mercedes a retribuirse con sumisiones; cuando no, en ocasiones de enriquecimiento... hasta hubo quienes se llamaron *incondicionales;* menos por el deseo de serlo que en son de desafío a los adversarios".

Comienza la crisis

Hacia 1888 se sintieron los primeros crujidos que preanunciaban el derrumbe, pero Juárez Celman y la camarilla oligárquica seguía creyendo en el progreso indefinido que conduciría a una Sociedad casi perfecta. El dogma positivista de Comte había calado hondo en esta oligarquía que vio en él, la justificación filosófica para sus ansias de riqueza, aunque para satisfacer sus intereses debieran condenar al país a la dependencia y al pueblo a ser paria en su propia tierra.

En julio de 1888 el oro produjo una brusca alza, pero el diario de Mitre *La Nación* le restó importancia a este síntoma. A fines de 1889 ya no son síntomas, sino claras tendencias. La crisis comienza en el sector financiero y arrastra a la producción deteniendo el crecimiento y bajando el consumo. En enero de 1890 el mismo diario *La Nación* expresaba: "En los momentos más álgidos, los bancos restringieron los créditos y se produjo un principio de pánico en la Bolsa. Era tal la nerviosidad, que los valores mobiliarios parecían atacados del *mal de San Vito.* Los papeles pasaban de mano en mano como una brasa".

Los títulos de la deuda pública cayeron en forma alarmante. La tierra comenzó a perder valor vertiginosamente. Las cédulas hipotecarias de la Provincia de Buenos Aires que en 1887 se cotizaban a 98, en 1890 caen a 58. Las acciones del Banco de la Nación pasan de 347 pesos en 1889 a 105 en 1890.

Las acciones de la Bolsa van de 265 pesos a 28. El oro sube velozmente, de 175 pesos pasa a 260.

Pero quien más sufre la crisis, como siempre, es el pueblo trabajador cuyos sueldos están congelados, mientras la inflación avanza incontenible. Estallan huelgas: zapateros, ferroviarios, panaderos, cocheros, etc. *El Nacional* del 12 de marzo de 1890 describe la miseria en las calles de Buenos Aires, de la siguiente manera: "El espectáculo de la miseria toma cada día formas más repugnantes en las calles de Buenos Aires, sin que las autoridades ni las sociedades de caridad de la Capital adopten medida alguna, ahí están tendidas en las veredas, sucias, mugrientas y haraposas, despidiendo hedores nauciabundos, infinidad de mujeres turcas con tiernos hijos en los brazos que apenas tienen aliento para llorar. En las primeras horas salen de su posilga donde han pasado la noche mezclados entre perros escuálidos y sarnosos y recorren las calles de la ciudad y se detienen en las puertas de los hoteles para recoger de los cajones de basura el alimento del día, un pedazo de carne roída por los gusanos u otros restos repugnantes de pestífero hedor... llevando muchas de ellas a las bocas de sus débiles hijos ese alimento nocivo; otras ofrecen sus pechos secos y descoloridos que los niños se esfuerzan en chupar en vano". [1]

La desocupación agrega su cuota de desesperación. La crisis se ahonda día a día, y se produce un crac en la Bolsa. Cierran los bancos El Nacional, de La Provincia y el Hipotecario. No se pagan las obligaciones vencidas, el crédito desaparece. Fortunas amasadas al calor de la especulación y los negociados más inverosímiles desaparecen en un día. Los suicidios de los beneficiarios fáciles del régimen

[1] Gonzalo H. Cárdenas: obra citada.

se multiplican. En ese marco de referencia se produce la revolución del 26 de julio de 1890.

La crisis del 90 en la Argentina se inserta en el proceso de crisis mundial que involucraba a Gran Bretaña y Alemania, como siempre ocurre a los países dependientes, de estructura colonial como el nuestro. Las consecuencias fueron calamitosas. Y si bien Juárez Celman no podía evitar la crisis, su política empeoró la situación ya que todo el aparente esplendor económico, era nada más que eso, *aparente*, pues se sustentaba en un proceso de especulación financiera, no cimentado en un desarrollo auténtico de las fuerzas productivas, que por el contrario habían sido desalentadas en aras del beneficio de los sectores terratenientes, financieros y del capital británico.

Para agravar aún más la situación del país las reservas de oro salieron raudas hacia las arcas de los banqueros de la City. ¡Primero había que salvar sus intereses, luego estaban los de la Nación! ¡Patriotismo liberal!

Así nuestro país cumplió escrupulosamente con las obligaciones que tenía con los banqueros ingleses, aunque ello no sirvió para impedir que la casa Baring Brothers quebrara igual, pero por insolvencia de otros clientes, jamás de nosotros. *Para un buen gobernante liberal argentino no hay nada más sagrado que las deudas con los bancos ingleses.*

Basta que veamos lo que pasó durante la guerra de las Malvinas o ahora con la deuda externa. Que haya hambre o desocupación, que esté el país al borde del colapso económico, ¡no importa! Lo primero es pagar religiosamente *los intereses* de esta deuda, aunque el pueblo ignore en razón de qué ha alcanzado tal magnitud. No interesa si para pagarla contratamos *nuevos créditos a la tasa mayor del mundo* y tenemos que prendar nuestras reservas

de oro. Todo vale, con tal de que los banqueros duerman tranquilos.

Para asegurar ese sueño está el sudor de los asalariados argentinos. Esto ocurrió en 1890, esto ocurre en 1983, nada ha cambiado. Mientras nos gobiernen los liberales todo seguirá igual, o peor.

Como vemos la crisis de 1890 mucho tiene de semejante con la actual crisis socioeconómica que soportamos.

Aquellos prohombres de 1890 —cuyo modelo aún ahora insisten en vendernos— eran *cultos, distinguidos, sabios* igual que Martínez de Hoz, los Alemann, Alsogaray, Diz, Wehbe, etc.; en fin todos los próceres liberales actuales. Tanto que si algún inefable periodista actual hubiera vivido en aquel entonces, también hubiera dicho que integraban un *gabinete de lujo.*

En el 80 existía el *unicato,* que hacía y deshacía sin rendir cuentas a nadie y la voz del pueblo era campana de palo; desde 1976 tenemos el *unicato militar* que será cuatripartito (La Junta Militar más el Presidente) pero que en eso de no rendir cuentas a nadie de lo que deshacen no creo que Juárez Celman les pudiera pisar el poncho. Y en cuanto a los derechos del pueblo...

También como en aquel entonces, en 1976 nos hablaron de una futura Argentina *estable, moderna y progresista,* y como en 1890 estamos en la ruina económica, con miles de desocupados, con ollas populares en las iglesias convertidas en comedores de necesitados, con más de 60 bancos quebrados, con récores mundiales de inflación, con una moneda que prácticamente no existe (ni siquiera se la toma en cuenta en el país, todo se calcula en dólares, el propio gobierno muchas veces se expresa con el *patrón dólar),* el peso argentino, ahora reducido por 10.000, sólo sirve para pagar a los asalariados.

Entre 1880 y 1890 no existió ayuda crediticia para los agricultores, hombres de campaña o quienes ilusoriamente querían levantar una industria, pues eso no interesaba a los banqueros extranjeros. En 1976 hasta la fecha, 1983, todos aquellos que pretendieron apostar al país y tomaron créditos para invertir mejorando sus industrias, buscando nuevos mercados, modernas tecnologías o quisieron tecnificar sus labores agropecuarias, es decir producir más y mejor, fueron fagocitados por el sistema financiero, obra maestra de Martínez de Hoz y "sus muchachos" destinada a empequeñecer el país y entregarlo inerme a la rapacidad de las multinacionales.

Entre 1880 y 1890 el ocio reemplazó al esfuerzo creador; la deshonestidad, a la honradez; el vicio, a la virtud. Desde 1976 los venales, los corruptos, los *ilícitos* se pavonean en los despachos oficiales desde la Casa Rosada, pasando por los ministerios nacionales y provinciales, hasta los bancos y gerencias de empresas nacionales y privadas. Nunca tuvo tanta vigencia aquel tango de Discépolo, *Cambalache*, que no en vano intentaron prohibir.

Por último, tanto en 1890 como en 1983 vienen gobernando los liberales, de allí que la semejanza no tenga nada de casual.

La Revolución del 90

En la misma se manifiestan tres tendencias: *El Partido Republicano*, desprendimiento del Partido Autonomista de Alsina. Entre sus principales figuras encontramos a Alem, Aristóbulo del Valle, Bernardo de Irigoyen y aunque aún no en primera línea a Hipólito Yrigoyen. Estos critican el fraude, la inmoralidad, la dependencia económica, pero no tienen un programa concreto de sustitución del orden imperante.

Los católicos liberales encabezados por Estrada y Goyena, también critican el fraude, la inmoralidad y fustigan enérgicamente las reformas religiosas del Partido Autonomista Nacional, pero no cuestionan la dependencia económica.

Y por último participan también *los mitristas*, desplazados por Roca, quienes piden mayor pureza electoral, pero están identificados con el orden económico impuesto por el unicato.

El 13 de abril de 1890 la *Unión Cívica* (Multipartidaria de aquel entonces), convoca a un gran acto en el Frontón de Buenos Aires (hoy Córdoba, entre Libertad y Cerrito), 10.000 personas invaden la cancha y otros tantos quedan en la calle. Inicia los discursos Mitre, quien pide "moralizar la vida pública, encaminar al país por las vías constitucionales... y fundar un gobierno de todos para todos". No ha sido una gran arenga como se esperaba. Don Bartolo siempre prudente teme a la pueblada. Siguen otros oradores y luego le toca el turno a Alem; se lo aclama y dice: "El pueblo donde no hay vida política es un pueblo corrompido y en decadencia, o es víctima de una brutal agresión. La vida política forma esas grandes *agrupaciones*, que llámeseles como éstas *populares*, o llámeseles *partidos políticos*, son las que desenvuelven la personalidad del ciudadano, le dan conciencia de su derecho y el sentimiento de la solidaridad de los destinos comunes". Más adelante agrega: "Pero para hacer buena política se necesitan grandes móviles... en una palabra, patriotismo... Pero con patriotismo se puede salir con la frente altiva, con la estimación de los conciudadanos, con la conciencia pura, limpia y tranquila, pero también con los bolsillos livianos".

Estimado lector: Este discurso no fue dicho en el acto de la Multipartidaria del 16 de diciembre de 1982. No, fue dicho el 13 de abril de 1890. ¿Es posible? Sí, es posible. Tiene tanta vigencia que parece

increíble que hayan pasado casi 100 años.. Alem fue ovacionado. ¡Permiso, don Leandro!; desde éste mi presente, me sumo a esa ovación que sería la misma que hoy recibiría si así le hablara al pueblo.

A Alem le sigue Aristóbulo del Valle y luego José Manuel Estrada. El gran tribuno católico expresa: "Vengo a asociarme... con mi notoria divisa de ciudadano católico, en esta solemne asamblea convocada en días aciagos cuando de las libertades constitucionales sólo queda una sombra irrisoria, y la miseria de las masas populares, y las angustias de una sociedad amenazada de la ruina, muestran cuán fugitivos son los triunfos de aquellos hombres *cuyo Dios es el vientre y olvidan que pueblo e individuos viven, no sólo de pan, sino de verdad y de justicia...* Señores: otras generaciones han presenciado cataclismos e infortunios. ¡A la nuestra ha tocado la triste suerte de contemplar la vergüenza argentina! Soportad que os lo diga: Quiero desahogar mi corazón en el del pueblo". Más adelante expresa: "¡Veo bandas rapaces, movidas de codicia, la más vil de todas las pasiones, enseñorearse del país, dilapidar sus finanzas, pervertir su administración, chupar su sustancia, pavonearse insolentemente en las más cínicas ostentaciones del fausto, comprarlo y venderlo todo, hasta comprarse y venderse unos a otros a la luz del día!" Continúa luego: "*¡Bendita sea la adversidad que desacredita oligarquías corrompidas y corruptoras, y disipa los sueños enervantes de los pueblos!...* Queremos ante todo restaurar las instituciones políticas, recobrar nuestros derechos y abrir campo legítimo a nuestras controversias y nuestras luchas... Lograremos juntos el derecho de discutirlas y el poder de resolverlas. Ese derecho y ese poder son nuestros y nos han sido arrebatados en un salteamiento político sin igual en la historia y encaminado al salteamiento financiero que nos arruina y, ¡gracias a Dios!, nos despier-

ta para no volver a dormir. ¡Ciudadanos! ¡Si tenemos en las venas sangre ardiente de argentinos, y merecemos vivir a la sombra de una bandera que no flameará sobre generaciones poltronas ni sepulcros de cobardes!" [1]

¿Sería posible describir en forma más exacta la actual situación que nos agobia y a las minorías oligárquicas con los grupos militares que las apoyan y que encaramadas en el gobierno han llevado a la destrucción de nuestro país, hoy en 1983? Con toda seguridad que no. Fue un discurso formidable que nos mueve a reflexionar sobre nuestra responsabilidad, ante lo que ocurrió y ocurre en nuestra Patria, ya que en nuestra cómoda cobardía puede estar la clave de ello. También es de rescatar para nuestra reflexión la afirmación de Estrada cuando señala que la brutal expresión de concupiscencia y venalidad de la oligarquía corrompida puede resultar una bendición que permita el formidable despertar del sentimiento nacional en el pueblo.

Volvamos a nuestra historia. Luego de 6 horas de discursos se organiza una manifestación que llega a la Plaza de Mayo y al pie de la Pirámide se hace la desconcentración. ¡No lector! insisto, no estoy relatando el acto de la Multipartidaria de diciembre de 1982. No confundir. Tanto es así, que en el momento de la desconcentración se produce la gran diferencia que impide confundir ambos actos. El 13 de abril de 1890 la policía no mató a nadie, no hubo gases (no se habían inventado), ni palos, ni se agredió a los periodistas que sí ya los había. No hubo un comunicado del gobierno echándole la culpa de los desórdenes a unos señores subversivos que nadie vio y que la policía no pudo detener, ni identificar con nombre y apellido. Y bueno... alguna diferencia tenía que haber, no en vano pasó tanto

[1] José M. Estrada: obra citada.

tiempo y no es lícito impedirle a los liberales que se perfeccionen en sus métodos represivos frente a la protesta popular.

Después de tan exitosa reunión la oposición presiona sobre el gobierno y se pone en marcha la conspiración que termina expresándose en la revolución del Parque.

El gobierno bajo la influencia del vicepresidente Pellegrini trata de ganar tiempo y descomprimir la situación política. Se produce la renuncia del gabinete y se forma otro en donde los "amigos del Presidente" están en minoría, pero la tozudez de Juárez Celman y su empecinada defensa de la camarilla oficialista le quita espacio de maniobra a Pellegrini y finalmente estalla la revolución.

La Revolución del 90 tiene como líder civil a Leandro N. Alem y como jefe militar al general Manuel J. Campos, mitrista. El propio Mitre al ver que la revuelta es imparable, prudentemente se embarca hacia Europa. Cuando las papas queman el bueno de don Bartolo se dedica al turismo. Luego cuando todo pase, él volverá en triunfo.

La revolución estalla el 26 de julio. El general Campos ha sido puesto preso el 18, pero el día de la revolución poco antes de las 4 de la madrugada un oficial le da el santo y seña revolucionario "Patria o muerte" y le dice que está libre. Así, de forma tan sospechosa, Campos puede hacerse cargo de la jefatura militar del movimiento. Su actitud pasiva que mucho tiene que ver con la derrota militar de la revolución pone serias dudas sobre la verdadera posición de Campos, máxime teniendo en cuenta la entrevista que éste tuvo con el general Roca durante su prisión, la tarde del 25 de julio, víspera de la revolución. Finalmente después de tres días de enfrentamiento los revolucionarios capitulan. Pero como dice el senador oficialista Pizarro en la sesión

del día 30: *¡La revolución está vencida, pero el gobierno ha muerto!*

Juárez queda solo, los íntimos de ayer se alejan subrepticiamente. Como dice José María Rosa: "El Unico en el apogeo, era también Unico en las responsabilidades".

Esto también tiene un matiz de diferencia con la actualidad. A la hora del despilfarro, los negociados y el enriquecimiento ilegítimo, una pequeña minoría rapaz se apresuró a declarar su derecho exclusivo; pero a la hora de asumir responsabilidades y pagar las cuentas, la misma minoría, por boca del Presidente de la Nación, pretende dividir deudas y responsabilidades por 28 millones de argentinos, y entonces proclama muy suelto de cuerpo: "el que esté libre de culpa que tire la primera piedra". Creo que no van a alcanzar las piedras de la Argentina, si cada uno de los que carecen de culpa quieren cumplir con el deseo presidencial. En esto también se perfeccionaron nuestros liberales actuales.

La renuncia de Juárez Celman.
Presidencia de Pellegrini

¡Ya se fue! ¡Ya se fue! ¡el burrito cordobés! Así cantando, el pueblo porteño manifestaba su alegría por la renuncia de Juárez Celman el 6 de agosto de 1890.

Pellegrini antes de aceptar la presidencia recurrió a un grupo de banqueros y les pidió 10 millones para... (sí, lector, acertó) para pagar a Londres, porque en el Banco Nacional no había ni un peso. Como todo buen gobernante argentino su primera preocupación era pagar a la banca de Londres, no fueran a quebrar nuestros buenos amigos ingleses, tan necesitados como andan siempre de oro y plata, debido a las grandes obras de beneficencia que con-

tinuamente van haciendo por todo el mundo, listos siempre a sacrificarse con sus filantrópicas logias masónicas por la democracia y la libertad, como hemos podido verificar últimamente durante la guerra de las Malvinas.

Pellegrini consiguió en un periquete 16 millones. Entonces fue Presidente. ¡El país está salvado!, dicen que exclamó. Cobraban los ingleses, se acababan los problemas.

Pero no fue tan fácil la cosa.

Pellegrini nombró ministro de Hacienda a Vicente Fidel López. De ideas económicas más o menos nacionalistas quería imponer medidas proteccionistas. Pellegrini pretendía contratar un empréstito externo para pagar las deudas; finalmente pudo convencer a López y elaboraron un plan no muy coherente: Empréstito en oro para pagar deudas, más emisión monetaria y política proteccionista, además de economías presupuestarias.

Se emitió por 60 millones de pesos para salvar al Banco Nacional, al Hipotecario y al de la Municipalidad de la Capital. Pero cuando Victorino de la Plaza, comisionado por Pellegrini, llegó a Londres para gestionar el empréstito, se encontró con la novedad de que *se le exigía previamente se ayudara a la casa Baring*, para lo cual se le pidió que entregara 50 de los 60 millones emitidos, *convertidos en oro*. Inútil fue argumentar el descalabro que tal medida provocaría en la Argentina: el cierre de Bancos, la suba del oro, etc. El siempre filantrópico Rothschild se condolió mucho por lo que en Argentina iba a suceder, pero sin previa entrega de los 50 millones no habría empréstito.

Resultado, *el oro llegó a Londres como se pedía, el Banco Nacional tuvo que ser liquidado, el Banco Provincial se salvó penosamente* tras sucesivas moratorias que llegaron hasta 1904, el stock metálico del país quedó agotado.

Luego vino el empréstito que se dio en las condiciones más deprimentes para el país. Algo similar a las actuales exigencias en que se pacta con el Fondo Monetario Internacional. ¡Sí! en la Argentina, bajo los gobiernos liberales, todo lo que pueda ocurrir, ya pasó.

La situación se hizo particularmente difícil, la caída de los bancos oficiales arrastró a otros particulares, cerrando varios de ellos. La carestía de la vida en incesante aumento y la falta de trabajo pesaron duramente sobre las espaldas de las clases populares. Y como en 1874, con Avellaneda, *ahorrando sobre el hambre y la sed de los trabajadores argentinos* se fue cumpliendo con los compromisos internacionales de la Nación.

Extraña paradoja, en la Argentina los que tienen que pagar la deuda externa del país contraída por la oligarquía opulenta son siempre aquellos que menos tienen, mientras que los que más poseen se dedican a seguir creando dichas deudas y luego a la hora de los sacrificios brillan por su ausencia. Por supuesto que tienen argumentos, gastados, pero repetidos: *sin rentabilidad no hay empresa y sin empresa no hay trabajo*. Resultado, ellos *siempre están a la hora de sacar, nunca a la de poner.*

Como Dios aprieta pero no ahorca, las cosechas de 1890 y 1891 fueron excelentes, lo que originó una balanza comercial favorable, situación que se mantuvo en los años siguientes. Esto unido a las restricciones a las importaciones y las economías en el presupuesto, introducidas por López hizo que en 1892 ya se considerase superado el momento peor de la crisis.

Nace la Unión Cívica Radical

La Unión Cívica como se llamaba a la conjunción de fuerzas políticas que participaron de la revolución del noventa comenzó a prepararse para las elecciones presidenciales de 1892. A principios de 1891 una convención en Rosario proclama la fórmula Mitre - Bernardo de Irigoyen. Mitre, que por entonces seguía su vida turística por Europa está en el cenit del prestigio político.

¿En base a qué? Difícil explicarlo. Quizá por una de esas extrañas paradojas de la idiosincrasia argentina tan afecta a dejarse deslumbrar por los oropeles, por lo externo, por el brillo, olvidando frecuentemente que "no es oro todo lo que reluce". Mitre era eso, puro brillo de fantasía y nada de noble metal en el contenido.

Como militar, un desastre. Como historiador, plomífero. Como traductor, ¡pobre Dante! Como poeta, mejor olvidarlo. Como orador, el de las grandes frases vacías de contenido. Como político, quien destruyó al Paraguay y abrió las puertas del país de par en par a la colonización británica y como ya se señaló quien llevó a cabo el proyecto unitario de 1824 que Rivadavia no pudo cumplir. FUE EL CONSTRUCTOR DE LA ARGENTINA LIBERAL. Y por sobre todo un mimado de la fortuna, que supo vender siempre bien su imagen. En términos actuales diríamos, un gran gerente de relaciones públicas de sí mismo.

Sea por lo que fuere, lo cierto es que su prestigio brillaba alto y garantizaba a los cívicos contra cualquier maniobra del gobierno. Quien no lo aceptó fue Hipólito Yrigoyen, quien le dice a del Valle: "¿cómo quiere que yo me haga mitrista?, sería como si me hiciese brasileño", en clara alusión al acuerdo que existió entre Mitre y Brasil en la guerra contra el Paraguay.

Enterado de su candidatura, Mitre regresó al país siendo recibido apoteóticamente. Habló a la multitud y dijo que "deberían pacificarse los espíritus y unir a los argentinos" (ya en aquel entonces nos querían unir, esto tampoco es nuevo).

Roca toma nota de estos propósitos unificadores y le ofrece apoyar su candidatura, pero eliminando a Bernardo de Irigoyen de la fórmula y reemplazándolo por José Evaristo Uriburu.

Mitre acepta, nunca titubeó demasiado cuando de sacrificar a los demás se trató, pero Leandro Alem y los suyos rechazan el acuerdo con el régimen. La revolución y el partido se habían hecho para terminar con el régimen y no para pactar con él. Alem lanza un manifiesto donde expresa: "no aceptaremos compromisos de ningún género que importen la continuación del régimen funesto".

Se produce entonces la división de la Unión Cívica. Los mitristas forman la Unión Cívica Nacional. Alem y sus partidarios la Unión Cívica Radical, utilizando el mote de *radicales* que le ponen los mitristas *por su intransigente oposición al acuerdo.* Los católicos liberales de Estrada y Goyena se adhieren a la Unión Cívica Radical.

La firme actitud de Alem empantanaría el acuerdo Roca-Mitre y finalmente Mitre renuncia a su candidatura. ¿No sería esto en última instancia lo que *El Zorro* buscó al ofrecer su apoyo a Mitre? Conociendo la astucia de Roca es lícito pensarlo. Eliminado Mitre, el ala joven del Partido Autonomista Nacional lanza el nombre de Roque Sáenz Peña.

La propuesta de los *modernistas* gana rápido apoyo. Roca se asusta, eso le puede enajenar el manejo del partido. Contrataca; convence a Luis Sáenz Peña de que la Patria requiere su sacrificio en esa hora difícil. Este *santo varón* —padre del joven Roque Sáenz Peña e íntimo amigo de Bernardo de

Irigoyen, el candidato de la Unión Cívica Radical— acepta, dejando su tranquilo puesto en la corte para "sacrificarse en aras a la tranquilidad del país".

La elección es el 10 de abril. El 2 de abril cuando los cívicos radicales dan los últimos toques a un acto a realizarse el día 3, el presidente Pellegrini decreta sorpresivamente el *estado de sitio* con el argumento de haberse descubierto *"una conspiración que excede en barbarie a todo lo que hasta hoy ha presenciado la República"* y encarcela a todos los dirigentes cívicos radicales.

El día 10, con los dirigentes y candidatos radicales presos y sus locales cerrados, se hace la elección en la que, lógicamente, gana en todos lados, menos en Mendoza, el candidato del régimen, Luis Sáenz Peña.

El régimen había triunfado una vez más, pero lo que nadie podía suponer era que con el nacimiento de la Unión Cívica Radical y desde su mismo vientre e inserto en ella, por ahora en forma oscura y sin aparente relieve, surgía una nueva figura política: *Hipólito Yrigoyen,* a la vez que el régimen iniciaba una larga y lenta agonía. *La Argentina nacional, aparentemente enterrada en Caseros, resucitaría con el futuro caudillo radical.*

Capítulo VIII

LA LENTA AGONIA DEL REGIMEN OLIGARQUICO

Durante los 24 años que median entre el triunfo electoral de Luis Sáenz Peña y la asunción al poder por parte de Hipólito Yrigoyen, el régimen oligárquico liberal —formado entre 1862 y 1890— insensiblemente fue deslizándose por un plano inclinado, que lo llevó a su agotamiento final en 1916.

En ese año, frente a la pujanza incontenible del yrigoyenismo, debió entregar el gobierno. Este movimiento popular, nacido desde el mismo seno del régimen, representó EN ESTE SIGLO LA PRIMERA EXPRESION DE LA ARGENTINA NACIONAL Y POPULAR, que los prohombres de la oligarquía creían definitivamente enterrada después de Caseros.

Esplendor y ocaso de la oligarquía terrateniente

La concentración de la propiedad de la tierra en pocas manos fue el factor que permitió al sector de terratenientes rurales pesar poderosamente en la vida nacional. Hemos visto cómo este grupo realizó una política de alianzas con el capital extranjero —básicamente inglés— con el cual se unió por una sólida red de intereses comunes, desarrollando una política económica basada en el libre comercio y tenazmente opuesta a todo intento de desarrollo de los sectores básicos de la industria y lógicamente a cualquier intento de reformar el régimen de tenencia de la tierra.

Aldo Ferré señala con acierto que mientras en los Estados Unidos "la base de la democracia y de

las mayores oportunidades para el hombre común... se apoyó en el proceso de expansión de la frontera hacia el oeste y el acceso relativamente amplio a la propiedad de la tierra por los trabajadores independientes", en Argentina se realizó una política totalmente contraria.

Así mientras en la década de 1860 se consumaba en la zona pampeana argentina el proceso de apropiación de la tierra en pocas manos, los Estados Unidos aprobaban la *Homestead Act* en 1862, manifestando el presidente Lincoln su deseo de dar acceso a la tierra al hombre común dispuesto a trabajarla. Este solo hecho señala una clara diferencia entre ambos países y en esta diferencia hay que buscar el también diferente destino que ellos han tenido partiendo no obstante de similares bases de desarrollo. Nada tienen que ver las supuestas superioridades raciales, religiosas o culturales, como los liberales han querido inculcar al pueblo argentino a partir del agotamiento de su modelo agroexportador dependiente en 1930.

La expansión agropecuaria y la distribución del ingreso

Al influjo de excepcionales condiciones para el desarrollo agropecuario y a la posibilidad de seguir incorporando tierras en la región de la pampa húmeda, la expansión fue acelerada. La superficie sembrada en 1875 era de 340.000 hectáreas, en 1900 de 600.000 hectáreas, en 1913 llegó a 20 millones de hectáreas y al fin del ciclo en 1929 a 25 millones.

Las exportaciones también crecieron vertiginosamente. Entre 1875 y 1900 se registró un aumento anual acumulativo del 3,8 % y del 5 % entre 1900 y 1929 (según datos de Aldo Ferré, en *La economía argentina).*

A esta expansión de la agricultura se suma el aumento de las exportaciones de lana y luego al aparecer el frigorífico, la de carnes. Entre 1902 y 1905 inician sus actividades 5 establecimientos frigoríficos, entre ellos el Swift (La Plata) y el Wilson (Avellaneda). De este modo comienza el auge de las carnes congeladas cuya exportación pasa de 25 mil toneladas en 1900 a 370 mil en 1914, exportándose también carnes enfriadas.

Esto provoca que, entre 1895 y 1914, el stock de vacunos aumente en más de 4 millones de cabezas. Entre 1895 y 1930 el aumento fue de 11 millones de cabezas. Se introducen entre 1895 y 1914 en las cabañas argentinas 18.000 sementales vacunos, por un valor de 4,5 millones de pesos oro, ello para adecuar nuestras carnes al refinado gusto inglés.

Pero toda esa riqueza, ¿a dónde fue a parar?, ¿al pueblo? Con seguridad, no. Veamos.

Siguiendo a Ferré vemos que: "el 70 % del ingreso bruto del sector agropecuario era poseído por no más del 5 % de la población activa en el sector, siendo así que en términos nacionales alrededor del 2 % de la población recibía el 20 % del ingreso bruto del país".

Por otra parte la falta de tierra disponible para trabajar provocó por un lado un bajo nivel remunerativo de la mano de obra rural, y por otro, al concentrarse en las ciudades grandes masas de inmigrantes, también se produjo un efecto depresivo sobre las remuneraciones de los asalariados de la industria y el comercio. Consecuentemente esta concentración de mano de obra en las zonas urbanas provocó altas tasas de desocupación, las que oscilaron entre el 5 % para las épocas de bonanza al 20 % en las de crisis. *O sea un país rico y un pueblo pobre.*

Esta falta de poder adquisitivo de los asalariados también se tradujo en un bajo nivel de consu-

mo interno, que no permitió el desarrollo del sector manufacturero —carente por otra parte de créditos bancarios— y fomentó, por el contrario, el incremento de las importaciones de bienes de consumo e inversión suntuaria. Es decir todo lo opuesto de lo que requiere una política que tienda a un proceso de desarrollo independiente.

Hemos señalado ya, que la política ferroviaria se realizó por parte de las empresas inglesas en función de sus intereses imperiales y no del desarrollo integrado del país.

Entre 1857 y 1914 las líneas ferroviarias llegaban de 10 km. a 33.350 km. Todas las zonas del país quedaron integradas con Buenos Aires excepto la Patagonia. Pero el ferrocarril a la vez que anuló las distancias, anuló también la barrera que éstas significaban para la defensa de las economías regionales frente a la invasión de los productos importados, suprimiendo también el tráfico interregional. Esto arruinó definitivamente las primitivas economías del interior.

Sólo algunas explotaciones agropecuarias se beneficiaron por no tener competencia con el comercio internacional. Fue el caso de la caña de azúcar de Tucumán y Jujuy, los viñedos de Cuyo, el algodón y tanino del Chaco, la yerba mate de Misiones y las frutas del Valle del Río Negro. Pero se originaron en las respectivas regiones formas de explotación inhumana de los trabajadores, como las conocidas de los *mensúes* misioneros, los cosechadores de la caña de azúcar en Tucumán o de los hacheros en los quebrachales chaqueños. Al mismo tiempo en otras provincias se producen casos de involución económica tales como en La Rioja, Santiago del Estero o Salta de la que aún hoy no se han recuperado.

En las provincias beneficiadas por el ferrocarril se formaron rápidamente grupos oligárquicos que

monopolizaron la producción y el comercio del vino, el azúcar, el quebracho o el algodón, por medio de préstamos bancarios del capital imperial inglés. Estas oligarquías provinciales dominaron las situaciones en sus provincias y se unieron a los terratenientes de Buenos Aires en su proyecto dependiente, subordinado al capital inglés.

Quedó de esta manera configurada una Argentina liberal, oligárquica, agrícolo-ganadera, sometida a los monopolios extranjeros que eran dueños de sus transportes, del comercio exterior, de los bancos, de las casas de seguros, de las usinas de energía, de las comunicaciones telefónicas, etc., y debía comprar a ellos los productos industriales que no le dejaban elaborar.

Este proceso se completó con una intensa acción de colonización cultural para cerrar el ciclo del sometimiento.

Se gesta la resurrección de la Argentina nacional y popular

Todo este proceso de entrega y sometimiento del patrimonio y la conciencia nacionales produjo lentamente la reacción de aquellos que no aceptaron el destino de factoría que se le había impuesto al país, ni estaban dispuestos a soportar en silencio las injusticias, los atropellos, la venalidades y corrupción que el régimen imponía a la Nación.

Ningún pueblo, como ningún hombre, renuncia graciosamente a ser libre, dueño de su propio destino. Ni aun en aquellos momentos en que la esclavitud se presentaba como un hecho fatal, determinado por un nacimiento, nunca los esclavos renunciaron definitivamente a obtener su libertad. Ello porque Dios creó al hombre esencialmente libre y en esa vocación a la libertad está fundamentada su

dignidad, dignidad que proviene de ser imagen de Dios, hijo de Dios y por eso igual a todo hombre y señor de este mundo.

Nuestro pueblo, de profunda cultura cristiana no podía ser la excepción. Explotado y oprimido por una *oligarquía herodiana*, buscó evadirse de esa humillante situación a que se lo condenaba y con él al país. Sacó de sí mismo las fuerzas que pusieron en marcha la recuperación de la dignidad nacional aglutinando las fuerzas sociales nacionales que desde distintos sectores concurrieron en el común anhelo de dar fin a este estado de cosas.

Por más que la combinación de los intereses del imperialismo inglés y la oligarquía agroexportadora local dominaban la política nacional tratando de mantener sus privilegios, ahogando todo intento de protesta y *procurando evitar el desarrollo de las fuerzas económicas y sociales internas*, la propia dinámica de los adelantos técnicos introducidos en el país: ferrocarriles, frigoríficos, fomento de la agricultura, inserción de la Argentina en el comercio mundial, inmigración, etc., terminaron por crear condiciones para que se afianzara la corriente popular que deseaba realizar un proceso de desarrollo autónomo. Aun dentro de la oligarquía dominante se alzaban voces reclamando un cambio de política y exigiendo se dieran pasos en busca de una mayor industrialización y la consideración de la situación social del país de forma de quebrar el esquema dependiente. Joaquín V. González, Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña son ejemplos de ello, aunque no tuvieron éxito.

Aun en medio de la avasallante prosperidad de los años 80, había numerosos sectores que no participaban de la misma o lo hacían en mínimo porcentaje. Comenzaron entonces a hacer oír su voz de protesta y así estallaron las huelgas obreras por

mejores condiciones de trabajo y mejores salarios, teniendo que ser reprimidas con violencia.

Los colonos, comenzando por los de Esperanza en Santa Fe, también iniciaron movimientos reclamando el pago en oro de sus cosechas ante la inflación creciente. Extranjeros, la mayoría de ellos aspiraban a participar en el gobierno de los municipios.

A la clase obrera y los colonos se agregaron la incipiente burguesía industrial y la pequeña burguesía urbana, la peonada rural y hasta sectores terratenientes, excluidos de los privilegiados y cerrados círculos del poder oligárquico y del capital extranjero. Todos ellos conformaron el movimiento revolucionario del 90 y aunque el régimen superó momentáneamente la crisis y retuvo el control exclusivo del Estado, el proceso no se detuvo, más aún, se intensificó al tomar conciencia estos sectores de su propia fuerza y de la posibilidad de ir modificando la situación existente.

Los 24 años siguientes a la revolución del 90 vieron gestarse lentamente el retorno de la Argentina nacional y popular y cómo también Hipólito Yrigoyen se iba convirtiendo en el gran caudillo del pueblo. Bajo sus banderas, hechas de intransigencia y acción revolucionaria fue apareciendo un vasto movimiento formado por la pequeña y mediana burguesía urbana y rural y una juventud cuyos integrantes eran la primera generación de los inmigrantes que con su duro esfuerzo, habían contribuido a cimentar el progreso material de la Nación.

A poco andar, el presidente Luis Sáenz Peña comprobó que era en realidad un prisionero de Roca. Sáenz Peña quiso independizarse del tutelaje y entregó la jefatura de su gobierno a Aristóbulo del Valle. Este ofrece un cargo en el gobierno a Hipólito Yrigoyen quien lo rechaza. Comienza allí con su política intransigente. Nada con el régimen, aun-

que quien le ofrezca el cargo sea un hombre muy cercano a la Unión Cívica Radical. Además está preparando el levantamiento en armas de la Provincia de Buenos Aires, su baluarte. El 30 de julio de 1893 se produce el levantamiento en toda la provincia. El 6 de agosto ya tiene 8.000 hombres. El 9 llegan a La Plata en medio del júbilo popular. El 10 renuncia Aristóbulo del Valle y lo reemplaza Manuel Quintana. Se interviene a la Provincia de Buenos Aires y se manda al general Bosch a reprimir. Yrigoyen no lucha. Se terminó la revolución del 93. *Ha sido un movimiento popular, democrático y pacífico* donde la juventud tuvo un rol protagónico.

Esto terminó pero el conspirador empedernido que es Yrigoyen preparará otra reacción popular.

En setiembre será Alem el que lanza un nuevo levantamiento que también fracasa. En febrero de 1894 los radicales ganan las elecciones en Buenos Aires pero no pueden hacerse cargo del gobierno porque los *cívicos* se unen a los *vacunos* (nombre popular de la Unión Provincial, conservadores) y lo impiden. El 22 de enero de 1895 renuncia Sáenz Peña, lo suplanta José Evaristo Uriburu su vicepresidente. Con él Roca recobra su control del gobierno.

Al término del gobierno son candidatos en firme para integrar la fórmula oficialista del Partido Autonomista Nacional, que era decir la fórmula ganadora, Roca y Pellegrini. Roca era la más clara expresión del régimen y por lo tanto odiado por el grueso del pueblo y aún más por sus opositores políticos. Pellegrini de carácter más franco y abierto, aunque también resistido, era considerado como el mal menor.

Pellegrini —quizá por una enfermedad que lo aquejaba— rechaza su postulación y apoya a Roca. El 12 de octubre de 1898 asumía Roca su segunda presidencia. Todas las provincias menos Corrientes y Buenos Aires, eran dominadas por los hombres

del Partido Autonomista Nacional que respondían a Roca.

Al asumir la Presidencia la cuestión de límites australes con Chile estaba al rojo vivo, se hablaba de guerra en ambos lados de la cordillera. En febrero de 1899 Roca y su colega chileno Errázuriz se entrevistan en el Estrecho de Magallanes para sellar la amistad argentino-chilena. Posteriormente en 1901 se agrava nuevamente la situación firmándose en 1902, los Pactos de Mayo por los cuales ambos países se comprometieron a someter al arbitraje de la Gran Bretaña sus diferencias y limitar la compra de armamentos.

En julio de 1901 se produjo el rompimiento de Pellegrini con Roca, debido al proyecto de consolidación de la deuda exterior en un solo empréstito por 453 millones de pesos oro. Roca pidió a Pellegrini que estaba en Europa, que se encargara del trámite. Al volver éste con el proyecto se produjo una gran campaña en contra del mismo, aduciéndose que vulneraba la soberanía al aceptarse que países extranjeros controlasen la renta nacional como garantía del empréstito.

La casa de Pellegrini fue apedreada. Roca ante la violenta oposición al proyecto lo retiró del Congreso dejándolo solo a Pellegrini.

La Presidencia de Roca se desarrolló sin grandes alternativas. La república oligárquica vivía horas de esplendor, el país parecía ser cada vez más rico. La doctrina positivista que practicaba el Presidente y sus amigos demostraba tener razón, el progreso indefinido era el destino de la Nación. Se pronosticaba que 50 millones de argentinos vivirían, al promediar el siglo en uno de los principales y más respetados países del mundo. *Sólo hacía falta seguir siendo amables súbditos del Imperio Inglés como hasta entonces.* Además para calmar a algunos agitadores obreros descontentos —¿descon-

tentos de qué, si todo estaba tan bien?— se había sancionado la "muy democrática y liberal ley 4.144" llamada ley de residencia, por la cual se podía expulsar del país a los agitadores extranjeros de ideas avanzadas.

Al terminar Roca su mandato pareció que Pellegrini tenía el camino libre hacia la presidencia, máxime teniendo en cuenta el paso atrás que había dado en 1898 para dejar lugar a Roca. Pero no fue así. Una vez más *El Zorro* sacó a relucir sus habilidades y con una elegante zancadilla —en una convención de notables— dejó fuera de concurso a Pellegrini, imponiendo a Quintana, que no era hombre del partido oficialista, pero sí abogado de las compañías inglesas, cosa por cierto más importante que aquélla.

Las veleidades industriales de Pellegrini habían sido ratificadas por éste en 1902, desde su banca del Senado, acusando a Roca de querer "la reforma de algunas partidas de la tarifa de avalúos, al solo efecto de arruinar ciertas fábricas, obligarlas a cerrar sus puertas y poner en la calle a tres o cuatro mil obreros, y todo para favorecer a algunos importadores de mercaderías extranjeras".

También se había expresado a favor de la pureza del sufragio diciendo: "El voto electoral no es sólo el más grande de nuestros derechos, sino el más sagrado de nuestros deberes. Es el voto lo único que levanta y dignifica al ciudadano y que hace grande y respetable al pueblo". Al pedir en el Congreso la amnistía de los revolucionarios de 1905 se preguntaría con amargura: "¿Y quién nos perdonará a nosotros?... Sólo habrá ley de olvido, sólo habrá ley de paz, el día que todos los argentinos tengamos iguales derechos, el día que no se les coloque en la dolorosa alternativa de renunciar a su calidad de ciudadanos o de apelar a las armas para reivindicar sus derechos despojados". Eran demasiadas *cosi-*

tas como para tener tranquilos a nuestros buenos protectores ingleses y no era cuestión de arriesgar el prestigio y felicidad del país porque "al gringo Pellegrini" se le ocurriera andar haciéndose el radical.

Tras un intento de Roca de imponer a Marco Avellaneda como vicepresidente, finalmente José Figueroa Alcorta acompañó a Quintana en la fórmula presidencial, la cual juró el 12 de octubre de 1904.

El país vivía un clima oprimente. El fraude y la corrupción ya escandalizaban hasta a los mismos representantes del régimen.

La Prensa del 3 de enero de 1904 decía: "El país no está en condiciones electorales y no lo está porque la oligarquía ha cerrado la vía del comicio". ¡Qué tiempos, aquéllos! *La Prensa hablando de oligarquía.* ¿Cómo? Los liberales de la generación del ochenta no eran democráticos? ¿Y la Constitución Nacional?

Roque Sáenz Peña como candidato a senador en 1903 decía: "Las provincias no eligen a los gobernadores, los gobernadores no eligen a los ministros, ni los ministros a los funcionarios; la República Argentina tampoco puede darse un Presidente... el Congreso se integra bajo las órdenes que imparte el general Roca. Un pueblo que no delibera, que no piensa, que no puede votar ni darse gobiernos propios, no es un pueblo; será una tribu vestida a la europea".

A todo esto el Partido Radical se había reorganizado en 1903, tras quedar prácticamente disuelto en 1898. Hipólito Yrigoyen desde hacía 5 años preparaba una revolución en forma lenta, paciente y meticulosa como era su forma de actuar, aunque en el momento de la acción fuera impreciso. Es en esta conspiración donde pone de relieve sus dotes de conspirador nato y sus virtudes esenciales: su idealismo, la rigidez de sus principios, su capacidad ex-

traordinaria para atraer a los hombres que llegan a venerarlo.

Finalmente, el 4 de febrero de 1905, ha de estallar la revolución varias veces postergada. Hay sublevaciones en Buenos Aires, Rosario, Mendoza y Córdoba, se lucha en varios lugares del país, pero en Buenos Aires la revolución ha sido delatada y fracasa. Después de algunos días de lucha Yrigoyen da orden de rendirse a todos sus partidarios.

La revolución ha sido derrotada militarmente, pero como la del 90, en los efectos que produce ha triunfado. La aureola política de Yrigoyen crece, se habla de él como del *apóstol de la libertad.*

Pellegrini retorna de Europa y en carta pública sobre la revolución de 1905 dice: "Es notorio que he hecho norma inflexible de toda mi carrera política condenar y combatir las revoluciones como medio de modificar o mejorar nuestros hábitos políticos y que he condenado especialmente la del 4 de febrero último; pero si soy radical en este principio él no impide reconocer que se coloca a los ciudadanos en una situación desesperada, si por una parte se les priva de todos sus derechos y se les cierran todos los recursos legales y por otra se les priva del último y supremo recurso de la fuerza. Comprendo que situaciones como la existente en la Provincia de Buenos Aires o la que acaba de crearse en Santa Fe, son capaces de hacer vacilar hasta convicciones tan profundamente arraigadas como la mía".

Ya en su banca de diputado que acaba de ganar y presintiendo su muerte hace su gran *mea culpa,* describiendo la situación que vive el país. Dice en medio del asombro de todos: "Es ésta en verdad, y sin pasión, la situación actual; yo no hago responsable de ella a ningún partido ni a ningún hombre público, porque la responsabilidad la tenemos todos, y, por lo que a mí toca, asumo la parte que

me corresponde". Y refiriéndose a la ley de perdón que habrá de tratarse a continuación pronuncia aquellas palabras tremendas que conmueven al régimen: "¿Y quién nos perdona a nosotros?" Ese interrogante que plantea Pellegrini, sintiéndose ya moribundo, tiene una fuerza tan grande que parte de la franqueza de quien ya se siente más allá de esta vida y entonces la sinceridad de su palabra exime de cualquier comentario.

Todavía, el 11 de abril, al pedir la amnistía para los revolucionarios civiles de 1905, pero negándola para los militares que habían participado en dicha revolución, pronunciaría estas formidables palabras que habrían de ser proféticas, como los hechos luego lo demostraron: *"No es admisible en ningún caso bajo ningún concepto, sin trastornar todas las nociones de organización política, equiparar el delito civil al delito militar,* equiparar al ciudadano, al soldado. Son dos entes absolutamente diversos. El militar tiene otros deberes y otros derechos, obedece a otras leyes, tiene otros jueces, viste de otra manera, hasta habla y camina en otra forma. El está armado: tiene el privilegio de estar armado en medio de ciudadanos desarmados, a él le confiamos nuestra bandera, a él le damos la llave de nuestras fortalezas, de nuestros arsenales; a él le entregamos nuestros conscriptos y le damos autoridad para que disponga de su libertad, de su voluntad, hasta de su vida... Y toda esta autoridad, *todo este privilegio se lo damos bajo una sola y única garantía, bajo la garantía de su honor y su palabra...* No, señor Presidente, no podemos equiparar el delito militar al delito civil... Sarmiento decía una vez repitiendo palabras que San Martín pronunciara con relación a uno de los brillantes coroneles de la Independencia: *El ejército es un león que hay que tenerlo enjaulado, para soltarlo el día de la batalla".*

"Esa jaula, señor, es la disciplina, y sus barro-

tes son las ordenanzas y los tribunales militares, y sus fieles guardianes son el honor y el deber. *¡Ay de una Nación que debilite esa jaula, que desarticule esos barrotes, que haga retirar esos guardianes, pues ese día se habrá convertido esa institución que es la garantía de libertades del país y de la tranquilidad pública, en un verdadero peligro, en una amenaza nacional!"* [1]

Esto no lo ha dicho un subversivo de 1976, esto lo ha dicho Carlos Pellegrini. Si los argentinos no hubiéramos olvidado estas sabias palabras con seguridad no hubiéramos vivido estos 53 años de inestabilidad política y quizás no estaríamos inmersos en la tremenda crisis actual, viendo en algo tan simple y lógico, como el respeto a la ley civil por parte de los militares, la panacea que nos saque de nuestros males y que devuelva a la institución militar a su función verdadera, la que nunca debió abandonar, la que decía Pellegrini, "garantía de libertades del país y de la tranquilidad pública".

Pellegrini murió en julio de 1906. A la muerte de Mitre, Quintana y Pellegrini se sumaría, en este trágico 1906, la de Bernardo de Irigoyen. Sólo quedaba Roca entre las grandes figuras del régimen. Estaba en Europa, volvió en 1907 a buscar la tercera presidencia. Pero la situación había cambiado. El presidente Figueroa Alcorta no le respondía, y habría de enfrentarlo auspiciando la candidatura de Roque Sáenz Peña. Los radicales reclaman la utilización del padrón militar y la intervención de 14 provincias. Figueroa no acepta. Los radicales se abstienen. Se habla de otra conspiración de H. Yrigoyen. En setiembre de 1910 se entrevistan Sáenz Peña e H. Yrigoyen; Sáenz Peña le ofrece a los radicales dos ministerios. Yrigoyen no acepta, *"Abra las urnas al pueblo"* exigió, y aseguró no estar conspirando.

[1] J. M. Rosa: obra citada.

La ley electoral. El voto secreto y obligatorio. El fin del régimen

El 12 de octubre de 1910 asume Sáenz Peña la presidencia. Su programa fundamental: asegurar el voto libre. Se propuso lograrlo a través de 3 leyes. La primera de enrolamiento militar se aprobó en julio de 1911 y la segunda, la del padrón electoral, el 19 de julio, debiendo vencer la resistencia del Congreso. Faltaba la del voto secreto y obligatorio.

Con gran parsimonia la trata el Congreso. Se debe llamar a sesiones extraordinarias. Gran expectativa. Comienza el debate en Diputados, la mayoría de la comisión aconseja la aprobación. Marco Avellaneda se opone. Dice: "Es inocua, antidemocrática e inconstitucional..." (sí, leveron bien; no es un error de imprenta). El debate es largo, todos quieren decir algo. El Presidente presiona a los diputados para obtener el voto favorable. Finalmente se vota, 49 a favor y 32 en contra (24 de noviembre). Llega ahora el turno del Senado. Tampoco tiene apuro. Finalmente el 30 de enero de 1912 se logra quórum. Al llegar el momento de la votación el resultado es afirmativo, aun para la cláusula más discutida, la del voto obligatorio, que resulta aprobada por 10 contra 8. Ahora, en 1983, algunos hablaron de quitarlo. Estos liberales pierden el pelo pero no las mañas, aún siguen discutiendo la ley del voto secreto y obligatorio.

La Nación se ilusiona: "El sistema adoptado a empeñosa iniciativa del Poder Ejecutivo no podrá aplicarse".

Al sancionar su ley Nº 8871, Sáenz Peña pronunció su famoso *"Quiera el pueblo votar"*.

El pueblo lo escuchó y le hizo caso, desde entonces *nunca más los liberales ganaron una elección libre y sin fraude*. Sólo mediante el fraude electoral

o el golpe militar, al cual se encaramaron tras provocarlo, pudieron acceder al gobierno. *El 26 de febrero de 1912 el régimen oligárquico se suicidó.*

A partir del momento en que entra a regir la ley de Sáenz Peña el radicalismo quiere ir a las elecciones y sus dirigentes tratan de convencer a Yrigoyen para levantar la abstención, la gran bandera del caudillo sostenida por tantos años.

Yrigoyen se niega a romper la abstención, pero las presiones son muy grandes. Trata por todos los medios de mantenerla, pero al fin es vencido por sus correligionarios que ante la posibilidad, ahora cierta, de llegar a posiciones de gobierno no quieren perder la oportunidad.

El 31 de marzo concurren a las elecciones en Santa Fe y ganan abrumadoramente. Repiten el triunfo en la Capital, donde se disputa una banca de senador, candidatura a la cual rehúsa Yrigoyen, aunque un año después, en marzo de 1913, son derrotados en la Capital por los socialistas.

En octubre de ese mismo año enferma Sáenz Peña, pide licencia de dos meses y asume el vice, Victorino de la Plaza. Esta licencia la debe prorrogar por dos veces, la oposición al Presidente ha crecido dentro del oficialismo debido a la ley electoral y se aprovecha su enfermedad para tratar de conseguir su renuncia. *La Prensa* y *La Nación* arrecian en su campaña pidiendo la misma.

Sáenz Peña pide licencia "sin término". El Senado rechaza el pedido. Diputados no acepta la decisión del Senado y otorga lo pedido por el Presidente. Vuelto al Senado, en revisión, el Presidente de dicha Cámara desempata y se aprueba la "licencia sin término".

El 1º de agosto de 1914 había estallado la primera guerra mundial y el 6 del mismo mes muere el presidente Roque Sáenz Peña. Asume Victorino de la Plaza, se pretende influir sobre él para que cam-

bie la ley electoral. Pero este anglófilo colla no acepta, se mantendrá la ley como está sancionada.

Eso significa entregar el gobierno a los radicales, todo el país lo sabe, el régimen vive sus últimas horas. LA ARGENTINA NACIONAL Y POPULAR, RESUCITADA, ASOMA NUEVAMENTE EN EL HORIZONTE.

Capítulo IX

LA ARGENTINA NACIONAL Y POPULAR TIENE NUEVO ROSTRO: HIPOLITO YRIGOYEN

Así, entre dudas, miedos y resignación de los conservadores que ven cómo el régimen termina, se acerca la fecha de las elecciones.

Se reúne la convención radical. ¿Quién puede dudar de que el único candidato posible sea Yrigoyen? Todo el país ya lo ha proclamado. Se vota por mero formalismo. Casi por unanimidad don Hipólito Yrigoyen es proclamado candidato a la Presidencia de la República. Se le comunica la decisión. No acepta. Manda su renuncia a la convención. Renuncia por lealtad a los principios que siempre sustentó, basando su actitud en su reiterado rechazo de las funciones públicas, incompatibles con el apostolado de su credo cívico-político: "el de la restauración de la vida moral y cívica de la Nación". Supo elevarse sobre lo material para proclamar la superioridad de lo espiritual. ¡Eso dicho a una sociedad enferma de positivismo y materialismo! ¡Qué ejemplo para todos los tiempos!

La Convención rechaza la renuncia. Una multitud abandona el recinto de las deliberaciones y va a la casa del caudillo a pedir a gritos su presencia. El 17 de octubre del 45, el pueblo, llenando Plaza de Mayo también pedirá a gritos: "Queremos a Perón". En ambos casos el pueblo había encontrado a su líder y a gritos le exigía asumiera el liderazgo que le otorgaba. Cuando los pueblos ungen a un líder, a éste sólo le queda el camino de aceptar. Es el momento en que se produce la comunicación de la masa popular con su conductor, es el momento en que nace esa sintonía que los une indestruc-

tiblemente. Los liderazgos son irrenunciables e intransferibles. Sólo el pueblo otorga el liderazgo y es como el orden sagrado de los sacerdotes católicos, sólo se extingue con la muerte, para refluir a su fuente que es el pueblo, que lo guardará en su seno hasta que aparezca otro merecedor de una nueva unción.

A la noche los delegados lo entrevistan. Nueva negativa. Insisten. Sin él en el gobierno no habrá partido, dejará de existir. Yrigoyen vacila, finalmente exclama: "¡Hagan de mí lo que quieran!"

Yrigoyen sabe que su triunfo en las urnas encierra una trampa. Llegará al gobierno condicionado por la estructura legal del poder que sus principios le impiden romper. Para terminar con el régimen debería llegar por la vía revolucionaria que intentó sin éxito, pero que es la única que le podía asegurar un poder real. Lo sabe, pero se doblega ante la imposición del partido.

Finalmente llega el día de la elección. Ganan los radicales (339.332 votos, el 48,64 %), pero sin embargo no tienen la totalidad de electores que se necesitan. En varias provincias ha habido fraude. Dependen de los electores de Santa Fe, radicales disidentes. Tras intensas gestiones éstos apoyan a don Hipólito: *¡Yrigoyen es Presidente!*

El hombre

—¡Mire! ¡Ahí viene, ya se ve la carroza!

—Y viene de pie, de frac y galera alta.

—Bueno, siquiera esta vez no anda con esos trajes pasados de moda y siempre oscuros y con la galerita ladeada.

—¡Qué porte!, ¡qué alto que es!

—No parece que tuviera 64 años. Pero los tiene, aunque eso sí, con muy buena salud.

—Su rostro tiene algo de enigmático, es impasible.

—A algunos le recuerda a Rosas.

—Dicen que tal vez tenga un parentesco, siquiera fuera ilegítimo.

—¿Lo escuchó hablar?

—No, habla poco. Pero me han comentado que su voz es grave y su forma de hablar suave, sin estridencias y también que quien lo escucha, aunque llegue mal predispuesto, difícilmente salga sin ser partidario suyo.

—Hablar con él es difícil, *¿no?*

—Y..., sí..., son tantos los que quieren hacerlo, que hay que esperar mucho. Don Hipólito nunca habla con muchos al mismo tiempo. De a uno por vez. Eso sí las entrevistas con él son largas, nunca tiene apuro. Tampoco le gustan los discursos.

—¿Es cierto que es enemigo de las fiestas?

—Seguro. Nunca anda de francachelas. Tampoco fuma, ni bebe, ni juega. Es muy austero en su vida. Y eso que tiene un buen pasar. Se dedica a la invernada de hacienda. Creo que tiene tres campos.

—¿Es cierto que en la crisis del 90, cuando nadie pagaba sus deudas, ni los que no tenían, ni los otros, él cumplía puntualmente sus compromisos bancarios?

—¡Claro! Jamás se le ocurriría dejar de cumplir una obligación. Es un hombre de principios.

—Pero, ¡qué lenta que avanza la comitiva!

—Sucede que la multitud ha roto la escolta de granaderos y cuesta abrirle el paso.

—¡Pero mire! ¡La carroza la viene tirando el gentío, han desenganchado los caballos!

—Igual que a Rosas.

—¡Es una lluvia de flores la que cae de los balcones!

—¡Cómo aplauden y victorean, están todos como locos!

—Nunca vi una multitud igual, ni cuando el jubileo de Mitre.

—Los árboles y las columnas de alumbrado están cubiertas de gente.

—Esto es un mar humano.

—La policía, el ejército y los guardias han desaparecido, está solo y sin custodia.

—¿Y para qué quiere todo eso?, está entrando a la Casa de Gobierno en brazos del pueblo. ¡Quién mejor para custodiarlo, que nosotros, Juan Pueblo! ¿No es cierto amigo?

—Tiene razón, ¡vamos tras de él!

Posiblemente así, dos argentinos hablaban mientras *el viejo —el apóstol*, para sus partidarios—, el gobernante más popular que hasta ese momento conociera la Argentina, llegaba a la Casa Rosada. Seguro que entre la multitud andaría Fierro, muy contento con su guitarra, recordando su profética estrofa: *"hasta que llegue un criollo / en esta tierra a mandar"*. Ahora sí era realidad, había llegado.

Sus ideas

Un idealista, un místico. Fue hombre de pocos principios pero muy sólidos, a los cuales se aferró toda su vida irreductiblemente. En medio de la inmoralidad generalizada, el fue un GIGANTE MORAL DE LA POLITICA ARGENTINA.

Siguiendo en esta descripción de su persona a su más brillante biógrafo, Manuel Gálvez, señalamos que su formación filosófica parte del krausismo, teoría que aparece por España cerca del año 1850, introducida desde Alemania por Julián Sanz del Río. En 1875 se edita en Madrid el libro de Carlos Cristiam Krause: *Los mandamientos de la Humanidad (1781-1832)*.

El krausismo es una doctrina "ecléctica, mezcla

de racionalismo, idealismo y espiritualismo", que recoge aportes de distintas escuelas de la filosofía clásica alemana (Kant, Fichte, Schelling, Hegel). Se parece más a una ética con algo de panteísmo. "Todo no es Dios, pero todo está en Dios", dicen. La moralidad es la bandera del krausismo, que se adapta muy bien a la personalidad de Yrigoyen, reservada, plena de exaltaciones morales y de sentimientos de justicia y reparación.

También el lenguaje hermético de Yrigoyen proviene de esta fe krausista adoptada en su juventud. Los krausianos españoles hablan mal y escriben peor, empleando "vocablos absurdos y feos", dice Manuel Gálvez.

Así, Yrigoyen hablará de las "patéticas miserabilidades" o las "simbolizaciones orgánicas" o "el pedestal de las tradiciones redentoras". Formas estrambóticas de expresarse que se han hecho célebres.

Supo crear la mística para mantener el espíritu rebelde del radicalismo. Así utilizó vocablos capaces de galvanizar la pasión popular en pos de ideales siempre incumplidos, evitando ese desgaste y *achanchamiento* que trae el poder. Existía la *Causa*, que eran los puros, que eran los mitos de la revolución moral que proclamaba, y que traían aparejada la *reparación nacional* que venía a realizar. Contra ello, se levantaba el régimen, los corruptos, el estado de cosas existentes, con el cual era imposible pactar.

El yrigoyenismo —prefiero mencionarlo así y no como Partido Radical pues veremos cómo ambos discurren por cuerdas separadas— es más un sentimiento que un programa. Su bandera: *el sufragio secreto universal y obligatorio*, es para ese momento un principio revolucionario pues incorpora a los sectores populares a la mesa de las decisiones nacionales de la cual habían estado excluidos. Su voto, cuando se lo necesitaba, se lo compraba; y si no ac-

cedían a la compra, se les impedía votar mediante la violencia y el fraude.

Además de su prédica moral, en Yrigoyen, van apareciendo otros valores que informan su ideario político, unos más claros, otros embrionarios.

Su sentido de lo argentino y rechazo de lo extranjero, de lo europeizante. Un antiimperialismo claramente definido. El paçifismo que es esencial en su actitud personal y acorde con sus ideales krausianos y con los valores cristianos que profesa. El hispanoamericanismo, que deja el plano de lo retórico para pasar al terreno de las iniciativas concretas, trayendo un cambio notable en la política exterior argentina. Un sentimiento obrerista, alejado del espíritu de la lucha de clases del marxismo, vivido como sentido de igualdad y fraternidad humana. Su antiliberalismo y antiiluminismo que lo emparenta con el Partido Federal de Rosas, estableciendo una continuidad histórica que luego se habría de prolongar con el peronismo.

Y al igual que con su antecesor Rosas y su continuador Perón surge, entre el caudillo y la masa fanatizada que lo sigue, una *relación de mutua subordinación que crea el mito* en el que se encarnan los anhelos más profundos de las masas populares.

Y cuando hablo de *esa mutua subordinación* no estoy descalificando a esa relación masa-caudillo, como hacen los seudointelectuales que todo lo inmolan en el altar del racionalismo y en ello incluyo a comunistas, socialistas, liberales de diverso signo y aun a muchos que dicen pertenecer al campo nacional. Para todos ellos —en última instancia liberales de derecha, izquierda o con disfraz de populares— la democracia de masas es bárbara. Se parece demasiado a esos ríos de montaña que bajan arrasando todo a su paso. Prefieren una democracia serena como un río de llanura, donde sin sobre-

saltos, ellos los demócratas con diploma, pueden guiarla por caminos *civilizados*. Nada de movilización popular, ni de conductores carismáticos, mejor son las élites pensantes, los cenáculos ilustrados, dirigiendo, regulando e interpretando los anhelos populares.

El caudillo, con su fuerza convocante y movilizadora de las energías populares, les repugna, porque altera el equilibrio entre cantidad y calidad con que sueñan dirigir la sociedad reservándose, lógicamente, el papel protagónico. Destruye el caudillo con su arrastre popular el poder de las minorías selectas y con ellas a la base dirigente.

De ahí el feroz odio que generó Yrigoyen —como antes Rosas y luego Perón— entre estos círculos de detentores exclusivos del pensamiento político, cualquiera fuera su signo ideológico.

Gobierna Yrigoyen. La Argentina nacional y popular otra vez en el poder

Han pasado 64 años de la caída de Rosas. Justamente la edad de Yrigoyen, que nació el 12 de julio de ese mismo año 1852. La Argentina nacional aguardó esos 64 años, pacientemente, desesperanzadamente muchas veces. La Argentina liberal, después de Caseros creía haber enterrado definitivamente el proyecto popular nacional y autónomo. Los liberales de *la generación organizadora* de Mitre, Sarmiento, Avellaneda y sus sucesores, la llamada generación del 80 con su credo positivista, con Roca, Juárez Celman, Pellegrini y la oligarquía vacuna que habían engendrado, parecían haber impuesto definitivamente su proyecto dependiente, elitista y extranjerizante y así lo creyeron a pie juntillas. Los *civilizados* habían exterminado a los *bárbaros*.

Pero no era sí, la Argentina nacional afloraba

nuevamente. Ahí estaba expresada en ese desborde popular. Se identificaba en el rostro de Yrigoyen y reclamaba tras años de persecuciones, miseria, destierro y olvido, su derecho a protagonizar su revolución nacional que era ahora la revolución radical.

La oligarquía se asustó. Siempre se asusta del pueblo, por algo será... Los diarios *serios* recordaron enseguida a los montoneros. Los ojos celestes e inquisidores del dictador de Palermo parecían retornar desde la historia, aterrando a los hombres de *pro* del régimen. Los capitalistas extranjeros también se intranquilizan, la *chusma* radical en la calle no les augura nada bueno. El pueblo nunca fue su amigo, sino su víctima. Por las dudas mandaron al embajador británico a visitar a Yrigoyen para recordarle la costumbre de los presidentes argentinos de consultar con el gobierno de Londres el futuro gabinete: *"Es una costumbre que el señor embajador debe dar por terminada"* fue la respuesta. Era por otra parte, la respuesta lógica del primer presidente argentino elegido por el auténtico voto popular y no por los jefes de la masonería dependiente de Londres.

Yrigoyen llegaba al gobierno, libre de compromisos que trabaran la realización de su programa moralizador y reparador. Pero *la oligarquía le había entregado el gobierno, pero no el poder,* que retenía a través del control del aparato institucional del Estado, ya que de 14 provincias, 11 estaban en las manos fraudulentas de hombres del régimen. Además no contaba con la mayoría en la cámara de diputados (sólo 45 radicales contra 70 opositores) y en el senado había nada más que 4 senadores radicales, pero uno solo realmente leal.

En verdad para poder ejecutar la obra para la que el pueblo lo había votado y que él quería realizar firmemente, se debía cerrar el Congreso y llamar a nuevas elecciones nacionales en todos los distritos

asegurándose la plena aplicación de la ley del voto secreto y obligatorio. Así se podría barrer a los representantes ilegítimos, hijos del fraude, y que ocupaban indignamente bancas en el Congreso o que dominaban las situaciones provinciales.

Hasta se le sugirió que no jurara ante una Asamblea Legislativa, plena de títulos viciados de legalidad, y lo hiciera ante el pueblo, en la Plaza de Mayo.

Pero Yrigoyen, el principista irreductible, no se animó a dar el paso, que no era otra cosa que llevar a la práctica lo que él había sostenido en sus 25 años de lucha. Este fue su error capital y lo que impidió, quizás, el triunfo definitivo de la Argentina nacional.

Cuando la oligarquía vio que Yrigoyen no les daba el golpe de gracia, pensaron que el león no era tan bravo como lo pintaban y recuperando inmediatamente sus fuerzas se aprestaron entonces a domarlo.

De víctimas pasaron a victimarios. De impúdicos violadores de la moral, se transformaron en catones incorruptibles que se atrevían a censurar y llenar de insultos al presidente y sus ministros. No hay mayores vocingleros de la moral, que los inmorales.

El primer motivo de ataque fue la integración del gabinete. Formado por hombres *sin apellidos ilustres;* viejos luchadores radicales, provenientes de la burguesía provinciana, eran poco o nada conocidos, no tenían grandes títulos académicos. ¡Horror!, ¿desde cuándo gobiernan los plebeyos? ¡Maestros de escuela, abogaditos y medicuchos sin predicamento, empleados! ¡Era el fin de la República! Y comenzaron las pullas, los chistes, la campaña de desprestigio que luego utilizarían también con Perón, durante sus tres gobiernos. Eso tiene de aburrido la oligarquía: se repite, carece de imaginación, le falta creatividad, reitera una y otra vez la misma conducta, iguales métodos, similares esló-

ganes. Pero los hombres del movimiento nacional tampoco aprendemos y nos dejamos atrapar y mentalizar por estos planes reiterativos de manifestar la opinión pública.

El régimen no se rinde

La intervención a Buenos Aires desata las iras del régimen, que demuestra que pasado el pánico inicial está dispuesto a dar batalla.

A los diputados conservadores —*orejudos*, según la jerga popular— se les unen los socialistas y los demócratas progresistas. Esto puede parecer extraño, pero en realidad es lógico, ya que estos dos últimos sectores eran la izquierda consentida, unos, y la oposición tolerada, los otros, formando todos parte del régimen. El enemigo real era Yrigoyen.

La intervención de Buenos Aires durante el receso del Congreso indigna a los honorables diputados y senadores hijos del fraude. Se prepara la batalla. Yrigoyen no asiste a la inauguración de las sesiones, caso único en nuestra historia. Envía un breve mensaje. En junio se rechaza la intervención.

Llega al Congreso un nuevo mensaje del Poder Ejecutivo. Califica al régimen "como el más falaz y descreído de que haya memoria en los anales de las naciones". Critica a los gobiernos de Mitre, Sarmiento, Avellaneda y a los que siguieron, considerando al gobierno radical como *"el primer gobierno legítimo que ha tenido el país"*. Lo que es rigurosamente cierto.

Gran indignación en el Parlamento que se considera insultado y acusa al gobierno de *blasfemar de toda la historia patria.* El único senador fiel a Yrigoyen contesta: *"No es la tiranía que comienza, es la tiranía que acaba"*.

El proyecto aprobando la intervención a Buenos

Aires tiene curso en el Senado, prudentes los senadores no se animan a irritar al Ejecutivo, no vaya a ser que venza sus escrúpulos y cierre el Congreso. Habrá nuevas intervenciones, muchas de ellas para reparar vicios de legitimidad en sus gobernantes, otras para solucionar cuestiones de enfrentamientos entre los poderes locales, como en el caso de Tucumán.

En el segundo semestre de 1917, el Congreso lanza una campaña de interpelaciones ministeriales. Se busca ridiculizar a los ministros, hombres sin fogueo parlamentario, enfrentándolos con diputados *cultos, insolentes e irónicos*, brillantes en la oratoria, mucho menos en las ideas y las intenciones.

Todos los diarios opositores —menos *La Epoca*— se suman a la campaña, ridiculizan a los ministros y les ponen mote. Pero Yrigoyen se endurece y limita el derecho de la Cámara para llamar a los ministros. Entonces se recurre a rechazar los proyectos del Poder Ejecutivo o no considerarlos. Así fracasan los proyectos del *Banco Agrícola, del fomento de la exploración petrolera y de la formación de la marina mercante*. El senado por su parte, niega el acuerdo para el nombramiento de funcionarios. Es la guerra total contra Yrigoyen. Todo vale. Que el país se paralice y se perjudique, nada importa. Por otro lado ¿cuándo le importó el país a los hombres del régimen? Les importaron *sus* negocios, y si éstos coincidían con los intereses de la Nación, bueno, mejor así.

La neutralidad

La primera guerra mundial estaba en pleno desarrollo. Se enfrentaban Inglaterra, Francia, Italia y luego los Estados Unidos, contra Alemania, Rusia y sus aliados.

Yrigoyen desentendido de las querellas europeas mantenía una rígida posición neutralista. Alemania al ver bloqueado su comercio por la flota inglesa puso en marcha un bloqueo submarino sin restricciones, que abarcaba grandes extensiones del Atlántico Norte. Ante esta situación Yrigoyen contesta que "ajustará su conducta, como siempre, a los principios y normas fundamentales del derecho internacional". Los Estados Unidos, a su vez, anuncian su ruptura diplomática, e invitan a los neutrales a imitar tal conducta. Brasil lo hace. Yrigoyen se niega y ante la presión del embajador yanqui Stimson le contesta que para ello necesita un *casus belli* (un hecho de guerra) cosa que Alemania no ha producido. ¡Gran indignación del contubernio conservador-socialista! ¡Tan unidos ambos en la defensa de los intereses de la Gran Bretaña!

En abril, un pequeño velero de bandera argentina, el *Monte Protegido* cargado de lino, es hundido por un submarino alemán. No hay víctimas. Estalla otra vez la tormenta. Conspicuos ciudadanos adhieren a la causa anglófila. Jóvenes *patriotas* atacan comercios alemanes. Hay manifestaciones con gritos e insultos al Presidente. Se canta *La Marsellesa*, ¿también en aquel entonces?; a Perón se la cantarían muchas veces. Se lo compara nuevamente con Rosas. Correcto, también Rosas no se dejó someter a los anglófilos. El gobierno argentino presenta una protesta. El embajador alemán Luxburg, días después, pide audiencia y da satisfactorias explicaciones. Fue un error. No hubo víctimas, los daños materiales serán indemnizados, la bandera argentina, desagraviada por la escuadra imperial. Nunca Alemania había dado semejantes satisfacciones —que le ha negado incluso a los Estados Unidos llevando a éste a declarar la guerra— y lo hace con nuestra pequeña Nación accediendo a todo lo solicitado por ésta en su protesta. Formidable éxito

de Yrigoyen, debido a su política neutral y altiva. Unos lo reconocen, otros lo minimizan, los más piden la declaración de guerra a toda costa.

Sólo cinco naciones iberoamericanas mantienen la neutralidad: Argentina, Paraguay, El Salvador, Méjico y Venezuela. Yrigoyen, con respecto a los aliadófilos que van desde los conservadores a los socialistas e incluso a muchos hombres de su partido dice: *"En lo íntimo está el espíritu de dependencia, rendido de antemano por sujeción a intereses o bien por una idea de inferioridad, fruto de de una política sin fe, ni principios".*

Su fe hispanoamericana

Mientras sus enemigos siguen con una alaraca belicista, él pone en marcha una brillante y positiva idea, claro que demasiado audaz para aquellos tiempos y circunstancias. Reunir en Buenos Aires una conferencia hispanoamericana de países neutrales, donde estos países puedan reafirmar su auténtico carácter de soberanos, su sentido de pertenencia a un tronco común que los impulsa hacia la unidad y su independencia de los intereses que despedazan a Europa y que les son ajenos.

En su invitación al gobierno de Colombia expresa que la convocatoria del Congreso es para "afirmar la emancipación de nuestros pueblos en cuanto a su política exterior" agregando "que esta parte del mundo pueda hacer sentir que si toma una decisión es por su propia voluntad libre, o que si no la toma, o se divide en opiniones, tiene razones suyas, propias, que le dan respetabilidad".

En Washington el presidente Wilson se entera alarmado de la iniciativa, llama al embajador argentino para preguntarle qué se propone el gobierno de su país. El embajador Rómulo Naón, nom-

brado por Roque Sáenz Peña, se disculpa de la iniciativa y reitera *en nombre propio* las amistosas intenciones hacia el panamericanismo.

Los yanquis se mueven y presionan a los gobiernos hispanoamericanos advirtiéndoles que los Estados Unidos no aprueban la reunión. Resultado, sólo los delegados de Méjico arriban a Buenos Aires. No importa, el gesto está hecho, él no tiene la culpa que haya un solo Yrigoyen gobernando Hispanoamérica. Pero habrá más gestos en este sentido.

En mayo del año 1919 ordena al buque de guerra argentino *9 de Julio*, que al hacer escala en el puerto de Santo Domingo ocupado por entonces por los Estados Unidos, no salude al pabellón yanqui que allí flamea, sino al dominicano. Al llegar el crucero no hace los saludos de práctica, las autoridades van al barco a preguntar qué sucede. El capitán contesta que tiene órdenes de saludar solamente a la bandera dominicana y como no la ve se abstiene de todo saludo. En la ciudad se enteran de estas palabras y unos patriotas dominicanos enarbolan una precaria bandera de su país. Entonces, las 21 salvas de los cañones argentinos la saludan. Esta era la Argentina de Yrigoyen que así entendía la solidaridad iberoamericana.

Cuando los uruguayos le piden armas para defenderse de una supuesta invasión de colonos alemanes de Santa Catalina (Brasil) contesta: "Tenga la más absoluta seguridad el pueblo amigo que mi gobierno no le venderá armas, sino que el ejército argentino cruzaría el Río de la Plata para defender la tierra uruguaya".

Tiene un claro sentido americanista y también un profundo reconocimiento para nuestra raíz hispánica y así declara fiesta nacional el 12 de Octubre, reconociendo "una herencia inmortal que debemos afirmar y mantener con jubiloso reconoci-

miento", elementos éstos básicos para la revalorización de la conciencia nacional que tiene en él un lúcido impulsor.

Nuevo triunfo diplomático

Se produce un nuevo hundimiento por parte de los submarinos alemanes, ahora es el *Toro*. Tampoco hay víctimas, los náufragos son recogidos.

Inmediata reclamación argentina. Además de las indemnizaciones y satisfacciones ahora se reclama "libre paso a los barcos argentinos". Alemania no puede acceder a esta exigencia, pues sería una excepción que otros reclamarían. Es la ruptura o la guerra. Mientras en la calle todo es griterío. Alemania aduce que el *Toro* llevaba contrabando de guerra (carnes y grasa). Yrigoyen no acepta, eso es comercio argentino regular; no le importa la declaración de Londres de 1909, pues son convenciones que le son extrañas.

Alemania contesta y ante la sorpresa de todos se allana a todo lo solicitado por el gobierno argentino, incluso se ordenará a la flota imperial respetar a los buques argentinos pese a la orden de bloqueo. Formidable triunfo de nuestro pequeño país que tiene un gigante por gobernante.

Los Estados Unidos dispuestos a obligar a entrar en guerra al gobierno de Yrigoyen publican unos cables secretos de la embajada alemana en la Argentina y la cancillería de Berlín. En ellos se leen expresiones injuriosas para el canciller Pueyrredón, simpatizante de los aliados, que a duras penas acompaña a Yrigoyen en su decidida y terca actitud neutralista. Se lo llama *notorio asno anglófilo* (algo de razón tienen los cables). El gobierno argentino entrega sus pasaportes al embajador alemán. Pero los enemigos de Yrigoyen encuentran

allí una nueva causa para pedir la declaración de guerra.

Las Cámaras de Diputados y Senadores lo solicitan. Notorios radicales se suman al coro aliadófilo. Yrigoyen tercamente sigue diciendo: No. Federico Pinedo —aquel que comenzó como diputado socialista y terminó como prohombre conservador y máximo exponente de los servidores del capital extranjero— atribuye esta actitud a que "de todos los gobernantes argentinos fue el menos conocedor del mundo exterior *en este país* (no dice: *nuestro* país, sino *este* país, subconscientemente acepta que no lo siente como propio) donde los mejores espíritus se jactan de poseer una cultura cosmopolita que los ha emancipado de la barbarie indígena y del atraso colonial", con lo cual le rinde sin quererlo un gran homenaje: es nomás el criollo que soñó Fierro. También viene la escuadra norteamericana y hasta un crucero inglés, pero el resultado fue tan negativo como el que obtuvieron Inglaterra y Francia contra Rosas.

Todo el país reclama la ruptura: los diarios, los partidos políticos, el parlamento, los intelectuales. El pueblo yrigoyenista calla y apoya a su líder, pero al fin también gana la calle y se manifiesta por la paz. Hasta *La Prensa* y *La Nación* deben admitir la existencia de una fuerte corriente antibelicista. Nuevamente Yrigoyen tenía razón, porque sabía auscultar la conciencia popular.

La guerra terminó y no nos sobrevinieron ninguno de los males que presagiaban, ni nos quedamos solos, ni dejaron de comprar nuestros productos; por el contrario, demostramos al mundo —como en tiempo de Rosas— que las conductas serviles no son causadas por presiones internacionales imposibles de resistir, sino que se es servil cuando se quiere ser servil.

Terminada la guerra se forma la llamada Socie-

dad de las Naciones. Nos representan el canciller Honorio Pueyrredón y Marcelo Torcuato de Alvear. Sus instrucciones son terminantes: Sostener la previa admisión de todas las naciones en la Sociedad, incluso Alemania, y la igualdad de todos los países participantes en la dirección del organismo. Nuestros delegados vacilan, no están de acuerdo con la propuesta, temen la reacción de los poderosos del mundo, Inglaterra y Francia.

Los telegramas van y vienen. Yrigoyen insiste terminantemente. No adherimos a una sociedad de vencedores sino de naciones. Si no se aprueba la moción la orden es retirarse.

Pueyrredón pronuncia su discurso sosteniendo la tesis de Yrigoyen: la igualdad absoluta de las naciones, el arbitraje obligatorio, la Corte Internacional de Justicia. En Ginebra no lo pueden creer. ¿Quién osa decir que Inglaterra es igual a Nicaragua o a Liberia? La propuesta fue rechazada obviamente. Los delegados argentinos, disgustados con Yrigoyen, no tuvieron más remedio que retirarse. Antes trataron vanamente, sobre todo Alvear —el francés—, de convencer al caudillo de todos los males y la vergüenza internacional que tal gesto traería para la Argentina. El servilismo siempre estuvo muy difundido en el mundo, si no la cosa no sería tan fácil para los opresores.

Nos hemos detenido muy especialmente en la política exterior del gobierno de Yrigoyen, pues fue en este aspecto donde obtuvo los logros más notables, los cuales refirmaron que la soberanía era para él, un concepto de profundo contenido, que llevó a la práctica con coherencia, audacia e imaginación. En el plano de la política internacional fue donde menos pudo hacer el régimen para trabar su obra, y la Argentina tuvo, como en tiempos de Rosas, una clara y definida actitud.

Su política económica

Yrigoyen encontró un país carente de combustible, maquinarias y materias primas industriales; con todo, a favor de la guerra iniciada en 1914 que dificultó el abastecimiento desde el exterior, se produjo un considerable impulso de la producción industrial produciéndose el desarrollo marginal de una serie de pequeñas y medianas empresas en diversos ramos industriales.

Este desarrollo manufacturero encuentra su expresión en actividades industriales tales como la fabricación de cerveza, jabón, cigarrillos, galletitas, fideos, etc. También alcanzan auge los talleres de confección de prendas de vestir. Otro rubro donde se multiplica la pequeña industria nacional es la fabricación de materiales de construcción, implementos agrícolas y reparación de material ferroviario.

Pero una vez terminado el conflicto se reanudan las importaciones, sin que el gobierno radical atine a tomar medidas de promoción y protección de nuestra incipiente industria nacional, lo cual revela la falta, por parte del mismo, de una estrategia de desarrollo económico autónomo.

El gobierno, aunque logró introducir cambios sociales, influido por los intereses de la poderosa clase terrateniente no intentó desarrollar una política industrialista, siendo la historia de las tarifas aduaneras claro ejemplo de ello. Esta es un área a la cual Yrigoyen no le había prestado atención y de hecho aceptado el modelo agroexportador de la oligarquía, sin advertir la importancia capital que tenía en cualquier búsqueda de una auténtica independencia nacional. Quizá su propia condición de ganadero, aunque su explotación rural fuera de envergadura modesta, le impedía dar al problema del desarrollo industrial su exacta dimensión.

Y esto parece ser así ya que sus principales iniciativas en el terreno económico durante su primer gobierno se centran en el área de la explotación rural y del comercio exterior. Así presenta el Poder Ejecutivo al Congreso proyectos relativos a la creación de la Marina Mercante Nacional y a la expropiación de buques de ultramar con matrícula nacional. El primero fue rechazado, y el segundo se redujo permitiendo formar una pequeña flota de sólo 7 barcos y 2 petroleros.

Otro proyecto fue la solicitud de aprobación para un convenio con Inglaterra, Francia e Italia en el cual se fijaban precios mínimos al trigo y otros cereales, en base a los cuales dichos países se comprometían a comprar 2.500.000 toneladas. También fue rechazado. A las compañías exportadoras no les gustó esta intromisión que presagiaba un intento de nacionalizar el comercio exterior de granos. Ya hemos hecho mención del proyecto de Banco Agrícola, también rechazado. Podemos recordar, además, el de préstamos para compra de semillas por parte de los colonos o el de fomento de la explotación petrolera, todos los cuales corrieron igual suerte.

Es evidente la falta de una política económica coherente y decidida que acompañara a su intento de modificación de la estructura política oligárquica del país, y por lo tanto es falso adjudicarle una política industrialista de la que evidentemente careció.

Los conflictos obreros

La inclinación de Yrigoyen por los obreros se manifiesta por la profusa legislación que produce en ese campo. Siguiendo a Manuel Gálvez podemos enunciar las siguientes: "Suprime a los obreros del

Estado el descuento que se hace a toda la administración; establece el sueldo y salario mínimo; aumenta los sueldos menores de 300 pesos. Se preocupa de la vivienda del trabajador, impide el aumento de los alquileres. Prohíbe el embargo de sueldos, salarios, jubilaciones y pensiones. Impone la jubilación de los ferroviarios. Reglamenta el trabajo a domicilio; establece la obligación de pagar a los obreros en moneda nacional; propone la jubilación de los obreros de las empresas particulares; modifica la ley de descanso dominical; instituye las 8 horas de trabajo, el contrato colectivo, la conciliación y el arbitraje. Propone un Código de Trabajo que no es tratado por el Congreso".

Apenas asume el gobierno, debe soportar una larga serie de huelgas. Los obreros, antes reprimidos duramente por la oligarquía —para la cual la miseria, la angustia y el dolor de los pobres no existía o no era digna de tenerse en cuenta pues era subversiva—, encuentran en Yrigoyen un gobernante que los entiende; considera la justicia de sus reclamos, que nunca van más allá de pretender ser tratados y vivir como seres humanos, y busca protegerlos.

Seguros que el caudillo radical no lanzará contra ellos a la policía brava; apelan a la huelga, el único medio que tienen para hacer valer sus derechos contra el duro corazón de los capitalistas. Las huelgas se hacen numerosas, trabajadores del puerto, panaderos, fosforeros, frigoríficos, ferroviarios, etc.

El gobierno vigila, pero no reprime. Por primera vez en la historia del país entra en la Casa de Gobierno una delegación de obreros en representación de compañeros en huelga. Yrigoyen los recibe como haría con políticos, financistas, militares o embajadores. Claro, ¿por qué no?, si son hombres iguales en dignidad a todos los demás, o en muchos casos

más dignos, porque no han amasado fortunas a costa del hambre de otros argentinos y de los intereses del país. ¡Demagogo!, le gritan. ¡Ojalá hubiera habido muchos demagogos como él en la Rosada! El país habría sido muy distinto.

Un día lo entrevistan unos graves *señores*, representantes de la Bolsa, la Industria y el Comercio. Le vienen a pedir que ponga fin a la situación para ellos disolvente, que emerge de la ola de huelgas. Sobre todo de los ferroviarios que entre los males que han producido se encuentra el enflaquecimiento por escasez de forraje de los toros traídos a la Exposición Rural. Realmente algo dramático. Por supuesto no le dicen que a los obreros les rebajaron los sueldos con el pretexto del aumento del precio del carbón que los mismos ingleses, dueños de los ferrocarriles, traían de su tenebrosa isla. A la vez que les rebajaban el sueldo, les aumentaban las horas de servicio. Qué enflaquezcan los obreros no importa, total siempre son más baratos que los toros de raza.

Yrigoyen que conoce todos los detalles de la situación, lo que decían y lo que callaban, pide una solución para remediar el problema. Los capitalistas vacilan, finalmente uno propone: Los marineros y maquinistas navales a manejar los trenes y el ejército a vigilar las vías. ¿Qué tal? No... ¡si los liberales de ahora tuvieron brillantes maestros!

Yrigoyen serenamente, pero con gesto grave, contesta: "¿Es ésa la solución que ustedes traen al gobierno de su país? ¿Es ésa la medida que vienen ustedes a proponer al gobierno que ha surgido de la entraña misma de la democracia, después de 30 años de predominio y de privilegio?" Y continúa: "Entiendan, señores, que los privilegios han concluido en el país, y que de hoy en más, las Fuerzas Armadas de la Nación no se moverán sino en defensa de su honor y de su integridad; no irá el

gobierno a destruir por la fuerza esta huelga, que significa la reclamación de dolores inescuchados".

Luego expresa: "Cuando ustedes me hablaban de que se enflaquecían los toros en la Exposición Rural, yo pensaba en la vida de los señaleros obligados a permanecer 24, 30 horas, manejando los semáforos para que los que viajan, para que las familias, puedan llegar tranquilas y sin peligros a los hogares felices; pensaba en la vida y en el régimen de trabajo de los camareros, de los conductores de trenes, a quienes ustedes me aconsejan que los sustituya por la fuerza del ejército, obligados a peregrinar a través de las dilatadas llanuras en viajes de 50 horas, sin descanso, sin hogar".[1]

Aún hoy al leer estas palabras uno se siente impresionado.

¡Qué lástima que este noble destino que imaginaba Yrigoyen para las Fuerzas Armadas, pocos años después fuera ignorado por los conductores de la institución militar e irrumpieran en la vida civil del país para apañar, salvo el honroso lapso de 1945 a 1955, la injusticia, la inmoralidad, la entrega del patrimonio nacional, la concupiscencia, el fraude; todo lo que ha sufrido el país y el pueblo desde el desgraciado 6 de setiembre de 1930, en que echando al viejo caudillo del poder abandonaron la tradición de honor sanmartiniana para convertirse en guardia pretoriana del privilegio y del poder económico!

Llegamos a enero de 1919. Huelga en los talleres metalúrgicos de Vasena. Los obreros ocupan la fábrica y se niegan a abandonarla. El ejército es enviado a desalojarlos, hay un tiroteo, 4 obreros muertos, muchos heridos, incluso soldados. La FORA y la UGT, las dos centrales sindicales, declaran la

[1] Manuel Gálvez: *Vida de Hipólito Yrigoyen* (Ed. Eudeba), 1973, pág. 299.

huelga general. El entierro de los obreros origina grandes disturbios con incendios, siendo quemada incluso la iglesia del Sagrado Corazón, hay barricadas y asaltos.

Se forma la Liga Patriótica Argentina que se ocupa de matar a *rusos*, o sea inmigrantes judíos. La revuelta dura varios días hasta que el ejército impone el orden y la FORA levanta la huelga.

Entre octubre de 1920 y diciembre de 1921 se producen las huelgas de la Patagonia. Ellas son originadas en las miserables condiciones de vida de los peones rurales de Santa Cruz. Allí los terratenientes trataban a los peones como *cosas*, no como seres humanos.

Es sabido que las grandes fortunas de los "primeros pobladores de la Patagonia" —título que se aplicaban a sí las *ilustres familias* de los Menéndez, los Braun, los Suárez, los Hobbs, los Petterson, los Stubenrauch y muchos otros—, se hicieron sobre la base del exterminio sin piedad del indio patagónico, onas y tehuelches, por cuya cabeza pagaban dinero a los *cazadores de indios*.

Ese exterminio quedó documentado fehacientemente por esos formidables misioneros salesianos, cuya anónima labor nunca se terminará de agradecer, quienes fotografiaron una cuadrilla de *cazadores de indios* y la publicaron en un álbum editado en 1907 por la Sociedad Salesiana en la Tipografía Salesiana de Turín.

Estas familias, exterminado el indio y reemplazado por ovejas, explotaron sus inmensos latifundios bajo verdaderas formas de esclavitud, las que originaron estas huelgas que fueron violentas, igual a la violencia contra la cual reaccionaban.

La primera terminó con un acuerdo entre peones y patrones mejorando las condiciones de trabajo, a través del laudo del gobernador Iza en favor de la Sociedad Obrera de Río Gallegos. Dicho

laudo contó con el visto bueno del teniente coronel Benigno Varela, enviado al frente del 10º de caballería a restablecer el orden. El no cumplimiento del laudo por los patrones de la Sociedad Rural desató un nuevo conflicto, más violento que el anterior, donde unos 2.000 hombres se movilizaron levantando banderas rojas en todo el interior del territorio. Enviado nuevamente por Yrigoyen a poner orden, Varela, impulsado por los estancieros que preparan artísticamente la escena cerrando el comercio en señal de luto por los horrores anarquistas, se lanzó a la represión, sin admitir ningún pacto con los obreros rebeldes. Nunca se supo la cifra de los muertos. Se ha calculado en 1.500, sobre un total de 7.000 habitantes para todo el territorio.

La *semana trágica* y los *hechos de la Patagonia* son dos baldones que caen sobre el gobierno de Yrigoyen y resultan contradictorios con su actitud obrerista y humana. Sin duda la Revolución Rusa de 1917 había impactado fuertemente su espíritu, propicio a ver grandes conspiraciones. Aquel acontecimiento le hizo temer que tras estas acciones violentas estuviera la mano de agentes del maximalismo ruso, y de ahí su represión violenta para evitar lo que tal vez vio como el preludio de una revolución social.

La izquierda e Yrigoyen

Los socialistas fueron tan feroces opositores a Yrigoyen como la oligarquía conservadora. Es que Yrigoyen representaba al país real, la Argentina nacional y popular que desbordaba sus cauces teóricos, los cuales juzgaban el proceso argentino desde su óptica europeizante. Yrigoyen era la incultura, era la barbarie argentina, el caudillismo que no encajaba en sus esquemas de servil imitación de

sus maestros europeos, aunque éstos nada supieran ni tuvieran que ver con nuestra realidad dependiente, pues justamente escribían y pensaban desde la óptica de los países colonialistas.

Los socialistas argentinos fueron la izquierda de los liberales del régimen del cual formaron parte. Así Federico Pinedo en 1919, siendo diputado por el socialismo, expresaba en el Parlamento: "Representamos la tendencia más en concordancia con la civilización cosmopolita y, más que todo, con la civilización europea. Somos el factor más indicado para impedir el predominio de los elementos indígenas que hoy vuelven a pesar en la política argentina, desenterrados por la práctica inconsciente del sufragio universal".

Pensando así, podía pasar luego a las filas conservadoras sin violencias ideológicas, como hizo.

A los socialistas sólo les importó socavar el poder de Yrigoyen y para ello hasta se opusieron a sus leyes obreras, como hicieron con la ley de jubilación ferroviaria. Según ellos, cuando dictaba decretos que se traducían en *mejoras obreras,* lo hacía por *demagogia;* cuando reprimió en la *semana trágica,* clamaron que era un monstruo *capitalista.*

Por otra parte su máximo exponente, Juan Bautista Justo, siempre se opuso al desarrollo industrial del país, siempre fue librecambista, así como Inglaterra era proteccionista fronteras adentro. A ambos le interesaba proteger el nivel de vida del trabajador inglés. Juan B. Justo lo hacía en función de la solidaridad internacional socialista, y para defender al consumidor argentino. Claro que así el país sólo tenía un destino: la dependencia. Pero esto no le importaba, aceptaba ese destino como beneficioso para el país; sus tesis eran compartidas por la Sociedad Rural.

La izquierda marxista en la Argentina —no olvidemos que Carlos Marx maduró sus libros en

Inglaterra— siempre ha estado en el campo de la dependencia. A los obreros que pedían por Perón el 17 de octubre, los comunistas los llamarían *lumpemproletarios*. Su incapacidad para entender y aceptar lo nacional es proverbial. Quizá éste sea un beneficio que nos otorga Dios.

Lisandro de la Torre, tenaz opositor. Un liberal confundido

Lisandro de la Torre fue un implacable opositor al caudillo radical, producto de un enfrentamiento con éste, que databa de 20 años atrás cuando llegó a batirse a duelo con Yrigoyen, agraviado por la negativa del mismo a concurrir a un encuentro con Alem, que de la Torre había organizado procurando mediar entre tío y sobrino, en ese momento enfrentados. Esto, que consideró un desaire, se transformará en un odio enfermizo que lo precipitará a un duelo a sable contra Yrigoyen y luego a renunciar al radicalismo.

Lisandro de la Torre es un enemigo temible por el odio que lo motiva y por su talento innegable.

Pero en su oposición a Yrigoyen, también hay mucho del credo liberal que abraza y que le impide aceptar al movimiento popular que protagoniza aquél.

El está imbuido de la visión europea del liberalismo, para la cual ésta es la ideología de la burguesía nacida en su lucha contra el absolutismo monárquico en la Europa de 1789, 1830 y 1848 y que rescata los derechos individuales y las libertades públicas, conduciendo paralelamente un proceso de crecimiento industrial nacional por medio del proteccionismo, para luego lanzarse a la expansión internacional en el marco de la segunda revolución industrial, acompañando el surgimiento

del imperialismo. Y si bien este desarrollo se consigue en parte explotando a la clase obrera, no puede dejar de reconocerse su rol positivo en la modernización y desarrollo fundamentalmente de Inglaterra y Francia.

En ese marco de referencia, el liberalismo aparece lógicamente como progresista. Pero cuando el liberalismo se trasplanta a nuestra América, como al Asia y al Africa, ya no es más progresista. Porque aquella burguesía que en sus países de origen fue progresista, para poder continuar con su desarrollo económico necesitaría expandirse colonialmente, y así como la antigua democracia griega —salvando las distancias— se fundamentó en la esclavitud, las naciones centrales de Europa y los Estados Unidos han pagado el sistema democrático, del cual se vanaglorían, con la explotación de los países coloniales, hoy subdesarrollados. Incluso las clases obreras de estos países han sido y son socios en la explotación, porque sin la misma no podrían sostener su bienestar.

Alberdi en sus *Bases* creyó en esta visión europea del liberalismo. Creía que con la libertad de comercio, palabra, pensamiento, reunión, etc., se abrían los cauces a una auténtica democracia. Su modelo: los anglosajones, con sus postulados de constante progreso y logro de la libertad absoluta. Toda la intelectualidad latinoamericana fue aprisionada por este esquema idílico del liberalismo; educar para la libertad, pedía Echeverría. Descreían de los movimientos populares nacionales que, al rechazar su ideario liberal, eran conceptuados como bárbaros; y entonces dejaban de lado la lucha por la emancipación para sustituirla por la servil imitación de las democracias adelantadas. Pero cuando la política liberal comenzó a mostrar sus resultados, la libertad dejó de existir, pocos

inmigrantes se hicieron ricos y nuestras masas nativas fueron exiliadas en su país.

Entonces la masa de inmigrantes y sus descendientes, que no lograron el bienestar esperado, se unieron a los hijos del país, a quienes ya habían peleado contra el liberalismo de los unitarios, para luchar por derechos conculcados y el mínimo bienestar necesario para vivir como hombres, enfrentando a la oligarquía terrateniente y a los agentes del imperialismo extranjero.

Esta es la esencia del movimiento yrigoyenista, antiliberal, popular y nacional, que hombres como de la Torre no podían aceptar porque aún no habían podido romper con sus ataduras liberales que les impedían ver que, envuelta en las ropas de esa doctrina, venía a nuestro país el imperialismo opresor, que —como sanguijuela— succionaba nuestra economía y buscaba destruir la conciencia nacional.

Lisandro de la Torre, al igual que los socialistas y los comunistas atados a doctrinas europeas, no alcanzaron a percibir, como no lo perciben aún hoy muchos intelectuales progresistas y muchos hombres que abrazan sinceramente la doctrina liberal, *que no puede haber hombres libres en países que no son libres, que las luchas por la liberación de las naciones latinoamericanas son previas a todo proceso de transformación social y que dichas luchas no tienen posibilidad de éxito si no se encarnan en la causa popular. Sin pueblo no hay izquierda, ni revolución, ni liberación posible.*

Lisandro de la Torre, que es liberal pero no entreguista, enfrenta en la década siguiente a los intereses monopólicos de los frigoríficos extranjeros que esquilman al país. Al sentir su impotencia y comprender la falacia que encierra su credo liberal, termina suicidándose.

Mientras tanto, en su enconada oposición a Yrigoyen lo atacará en el Parlamento acusándolo de

delator, farsante, ambicioso y cobarde, para concluir diciendo: "El país no puede soportar más; y los propios radicales que no pertenecen a su grupo familiar, o al tipo de los sectarios impenetrables a toda compasión, tampoco pueden soportar más. ¿Durará seis años este desquicio, que ha sumido en la inquietud y la miseria a la inmensa mayoría de la Nación?"

Este duro e injusto ataque le hace mucho mal a Yrigoyen.

El yrigoyenismo y el Partido Radical

En 1891, cuando surge la Unión Cívica Radical, comienza la resurrección de la Argentina nacional y popular, dada por muerta por los liberales luego de Caseros.

Este despertar de la conciencia nacional es aún impreciso, como uno cuando despierta de un largo sueño y le cuesta incorporarse a la realidad que lo rodea. Pero poco a poco, a sus filas irán llegando los nativos, últimos herederos de los postreros levantamientos montoneros del Chacho, Felipe Varela y López Jordán, hombres a los que *la Patria les dolía* —como quería el poeta— *como una herida abierta.* A ellos se van sumando los hijos de los inmigrantes, para los cuales el *hacerse la América* fue una quimera; y que buscan modificar un presente injusto y participar en la elaboración de un futuro más promisorio.

Los sectores nativos traerán sus vivencias nacionales, producto de una historia dolorosa; los descendientes del aluvión inmigratorio se acriollarán en ese contacto con lo nacional y han de aportar sus ancestrales ansias de progreso y justicia.

La Argentina nacional, enriquecida con este aporte de la corriente inmigratoria latina, se pondrá

nuevamente en marcha levantando sus banderas de soberanía, independencia y justicia, en pos del caudillo radical que las interpreta y las simboliza.

Pero junto a este movimiento popular en marcha llegan también los *doctores* del radicalismo, para quienes todo se reduce a lograr un poco más de moralidad administrativa y elecciones limpias a fin de lograr acceder ellos a los cargos públicos que apetecen. Nada de personalismos, ni de movilización popular, ni de lucha antiimperialista; eso rompe los moldes liberales que hay que mantener incólumes, ya que son la esencia del ordenamiento legal que asegura orden, progreso y seguridad para sus intereses. Para esto no es necesario el pueblo, que tiene que votar por ellos cuando sea el momento y luego volver a sus casas; educarse y trabajar en orden, para que ellos, los *instruidos y civilizados*, le edifiquen su futuro bienestar.

Evidentemente eran dos posiciones totalmente dispares y que no podían comprenderse ni conjugarse. Las dos Argentinas coincidían bajo la misma bandera, y no era posible. Sus objetivos y sus rumbos los llevaban a distanciarse.

Sólo el magnetismo de Yrigoyen podía unir algo tan heterogéneo, aunque precariamente.

Y si bien —como señala José M. Rosa— algunos de los *doctores* siguieron al caudillo (Pueyrredón, Oyhanarte, Caballero, Elpidio González y algunos más) aunque a remezones, los más (Crotto, Lencinas, Pelagio Luna, Laurencena, etc.) se alejaron. Otro pequeño núcleo (Gallo, Melo, Becú, Barroetaveña) lo enfrentó bajo la acusación de personalismo.

Alvear, al volver de Europa, sería la figura detrás de la cual se agruparían estos sectores *intelectuales* del radicalismo, que recibirían el mote de *azules* o *galeritas*.

El intermedio alvearista

Así entre huelgas, duras disputas en el Congreso, ataques feroces de la prensa, legislación social, éxitos diplomáticos y tenaz enfrentamiento con el régimen; entre el odio frenético de sus opositores de fuera y dentro del partido y el amor sublime del pueblo, va llegando a su fin el gobierno de Yrigoyen.

En marzo de 1922 se reúne la Convención Nacional del radicalismo, debe elegir al sucesor de Yrigoyen. Este no ha pronunciado hasta entonces palabra alguna acerca de quién prefiere para sucederle. Parece ser que Saguier tiene cuatro quintas partes de la Convención a su favor. Pero Yrigoyen dice que no. Habla con cada uno de los convencionales para indicarles su preferencia por Alvear.

Alvear, que se ausentó del país al asumir Yrigoyen, es casi un desconocido para el partido de ese momento. Radical de la primera hora, estuvo en el Parque, y con Alem e Yrigoyen en el momento del nacimiento de la Unión Cívica Radical; participó en la revolución del 93 y parece ser que no mezquinó su abultada fortuna cuando de financiar al partido en momentos difíciles se trató. Lo cierto es que no era del agrado de los convencionales, pero don Hipólito habló y el hombre será el candidato, acompañado por Elpidio González, amigo leal de Yrigoyen. Alvear acepta desde París, donde se halla, por telegrama en el cual no menciona a Yrigoyen.

Se produce un primer cisma: aparece la Unión Cívica Radical principista, con la fórmula Laurencena - Melo.

Alvear no vuelve de Europa; sin embargo, gana con 450.000 votos contra 230.000 del segundo. Elegido Alvear, *La Nación* se apresura a felicitarse por su éxito, "después del eclipse sufrido bajo el providencialismo de los últimos años"... ¡Por algo será!

Antes de volver a Buenos Aires, Alvear visita a Inglaterra, Francia, Italia y España, para ratificar que "los lazos que nos unen a los grandes países civilizados se mantienen incólumes".

Yrigoyen comprobará de inmediato que Alvear no precisa someterse a sus consejos. A pocos días de asumir se conoce la lista de ministros, que no ha consultado con él. De dicha lista sólo uno es amigo de Yrigoyen; los cinco civiles restantes, enemigos desde años en el radicalismo; los militares que integran el gabinete son ajenos al partido. El de Guerra, general Agustín P. Justo, en el futuro será mala palabra para los radicales.

El de Alvear no será un gobierno que continúa su política, será otra cosa. Habrá que volver a luchar dentro y fuera del partido.

El 12 de octubre entrega la banda y el bastón presidencial a Alvear. De allí en más, arrebatado por la multitud, será llevado a la Plaza de Mayo y y luego de un vano intento de salir en auto deberá encabezar una impresionante manifestación que lo acompaña hasta la casa de su hermano, pues en la suya —*la cueva del peludo*, la llaman sus adversarios— no puede entrar por la multitud que también allí lo espera.

El grito de *¡Yrigoyen! ¡Yrigoyen!* atronaba por todos lados junto a las invocaciones de *Padre de los pobres, Apóstol de la libertad, Defensor de la Patria*. Es la apoteosis popular, sólo comparable a la que lo acompañó cuando llegó a la Casa Rosada. Seis años de gobierno no había socavado el fervor popular, era tan o más querido que cuando asumió.

El pueblo es así, no sabe de ingratitudes con quienes le son leales pues no tiene bienes, ni intereses a los que un gobernante popular pueda afectar en su gestión. Sólo quiere ser respetado y amado, para devolver ciento por uno ese amor y ese respeto.

Yrigoyenistas contra alvearistas

Enseguida comienzan los enfrentamientos entre los partidarios de Yrigoyen y aquellos adversarios suyos que cerraron filas tras de Alvear. El estilo de gobierno de éste es totalmente opuesto al del viejo caudillo; concurre a las carreras, los socios del Jockey Club lo ovacionan; los ministros van al Parlamento a dar cuenta de su labor, Alvear lee sus mensajes al Congreso y "habla de gobernar con los más aptos"; los conservadores aplauden, el radicalismo hace buena letra con los liberales; las multitudes ya no están más en la Casa Rosada, retiro y soledad como en los buenos tiempos. *La Nación* y *La Prensa,* encantadas con el nuevo Presidente. En febrero de 1923 los radicales pierden la elección de Senador de la Capital, el candidato alvearista es derrotado por el socialista.

Nueve senadores radicales *antipersonalistas* votan con los hombres del régimen para recortar las atribuciones del Vicepresidente, fiel yrigoyenista.

La división del partido es un hecho. De un lado, el pueblo con su líder y los fieles dirigentes yrigoyenistas. Del otro, los disfrazados de radicales andan del brazo con los hombres del régimen, son abogados de las empresas extranjeras, tienen sonoros apellidos, cuentan con el apoyo del gobierno de Alvear y se han puesto un nombre que los caracteriza: *antipersonalistas;* creen en la democracia impersonal liberal, sus leyes sacrosantas, y en el pueblo: ¡sólo el día del comicio!

El antipersonalismo es antiyrigoyenismo, está no sólo contra el caudillo, sino —y es lo más grave— contra su obra. Demuelen su legislación social; los ferroviarios son rebajados de categoría para pagarles menos, se suprime el salario mínimo de los trabajadores estatales. Alvear veta la ley que establece los pagos de salario en moneda nacional; en

los ingenios, yerbatales y quebrachales seguirá corriendo el vale. Se ingresa en la Liga de las Naciones, lo que echa por tierra la altiva posición nacional de Yrigoyen. ¿Alvear impulsa esto? Quizás no. Deja gobernar a los ministros, él se dedica a los agasajos, fiestas, inauguraciones, recibo de embajadores. Presidente decorativo, bien a la europea.

La reacción liberal está en su apogeo. Este es un período muy particular de nuestra historia: bajo el nombre de un partido perteneciente a la Argentina nacional y popular gobernó la Argentina liberal. Muy parecido a lo acontecido con Urquiza, que bajo el lema federal entregó el país a los unitarios liberales.

A fines de 1923 ingresa al gabinete Vicente G. Gallo como ministro del Interior. Con su llegada al gobierno, el enfrentamiento entre yrigoyenistas y antipersonalistas se agrava.

Los dos partidos quedan bien definidos. Uno liberal formalista, amigo del régimen (los antipersonalistas). El otro popular, personalista, principista (los yrigoyenistas).

En setiembre de 1924, tras turbulentas elecciones en la Capital, se divide el comité porteño en dos conducciones paralelas. Tamborini, antipersonalista, acusa a Yrigoyen de querer transformar al partido "en un rebaño dócil". El mismo Tamborini, en 1946, encabezará la fórmula de la Unión Democrática, contra Perón, nadie le puede negar coherencia al hombre. En las elecciones de consejales capitalinos, a fines de ese año, ganan los socialistas con 57.100 votos; segundos, los yrigoyenistas con 55.000 votos; mientras las antipersonalistas obtienen sólo 35.700 votos sufriendo una grave derrota.

Llegamos a 1927, un año antes del llamado a elecciones para suceder a Alvear. Los antipersonalistas eligen su fórmula: Leopoldo Melo y Vicente A. Gallo, fórmula que será apoyada por los conser-

vadores en un Frente Unico, o sea el *contubernio* como lo llamarán los yrigoyenistas. Alvear ha influido en dicha elección.

Tienen a su favor enormes sumas de dinero, el favor oficial y una situación económica próspera. El fin de la guerra trajo una reactivación de la economía mundial, que alcanzó verdadera euforia antes de precipitarse en la crisis de 1929.

Si bien la reactivación industrial argentina se había detenido y volvíamos a importar el grueso de los artículos manufacturados que necesitábamos, esos años permitieron llamarnos con justicia "el granero del mundo", y se pensó que ése sería nuestro destino, conduciéndonos a una prosperidad creciente y sin límites. La Argentina agroexportadora dependiente vivía sus momentos de mayor esplendor; veamos algunas cifras:

SUPERFICIE SEMBRADA
(En Hectáreas)

Provincias	*1914*	*1921*	*1929*
Buenos Aires	485.000	420.000	685.000
Santa Fe	263.000	242.000	335.000
Entre Ríos	76.000	98.000	140.000
Córdoba	277.000	242.000	353.000
La Pampa	97.000	96.000	133.000

Fuente: José M. Rosa, *Historia Argentina*, tomo X, pág. 272.

EVOLUCION DEL STOCK GANADERO VACUNO

Años	*Millones de cabezas*
1914	25,8
1922	37,0
1930	32,2

Fuente: R. Ortiz, *Historia económica de la Argentina*, pág. 389.

EXPORTACIONES DE PRODUCTOS AGRICOLAS
(En millones de toneladas)

Años	*Trigo*	*Maíz*	*Lino*	*Avena, cebada, centeno*	*Total*
1910/14	2,1	3,2	0,7	0,6	6,6
1915/19	2,4	2,2	0,6	0,6	5,8
1920/24	3,7	3,5	1,2	0,6	9,0
1925/29	4,2	5,5	1,6	0,8	12,1

Fuente: R. Ortiz, *Historia económica de la Argentina*, pág. 431.

Sin embargo, la prosperidad que estas cifras sintetizan era aparente pues graves dificultades subyacían.

La mayoría de la tierra apta estaba bajo cultivo y por ello cualquier aumento de la agricultura debía hacerse a expensas de la ganadería, y cualquier aumento de producción debía provenir de un aumento de capital realizado sobre las mismas áreas bajo cultivo. Para mantener el ritmo de crecimiento hubiera sido necesario transferir al sector industrial los incrementos de inversión, lo cual no se hizo. La oligarquía terrateniente siguió invirtiendo parte de sus ganancias —las que no sacaba al exterior— en las explotaciones agrícolas y ganaderas, aunque el rendimiento marginal del capital fuera cayendo. La crisis mundial del año 1929 terminaría con el esquema agroexportador dependiente y habría de comenzar la larga etapa de la inestabilidad institucional y el retroceso económico del país, ligado a un proyecto perimido.

Yrigoyen vuelve al poder

En enero de 1929, el gobierno de Alvear demostrará su total abandono de las banderas yrigoyenistas. Las tropas yanquis invaden a la pequeña Nicaragua. Un patriota, el general Sandino, lucha contra el invasor con un puñado de héroes. Se va a reunir un Congreso Panamericano en La Habana. Todos en América esperan la palabra y la acción del gobierno argentino, donde manda el partido de aquel que ordenó negar el saludo a la bandera estadounidense en Santo Domingo. Pero ahora gobierna Alvear, del mismo partido, pero diferente. Dirá: "Nicaragua está muy lejos, ningún argentino se interesa por ella". El representante argentino en el Congreso sostuvo la tesis yrigoyenista sobre la igualdad entre las naciones: "los hombres deben ser sagrados para los hombres, y los pueblos para los pueblos". El gobierno argentino lo obliga a renunciar.

Por más dinero que la oligarquía invierta en la fórmula Melo - Gallo, la misma no avanza. Nadie duda en el país del triunfo de Yrigoyen. Sólo con dinero no se puede vencer al pueblo. Alvaro Alsogaray lo sabe. ¿Se acuerdan de Nueva Fuerza?

La oligarquía se desespera. Otra vez la chusma en el poder. Melo alguna vez habla de "la encrucijada alevosa del cuarto oscuro", como calificaban al comicio los adversarios de la ley Sáenz Peña.

El general Agustín P. Justo, ministro de Guerra, es la última esperanza del régimen oligárquico. La logia militar General San Martín que maneja el ministro, trata de montar un golpe para evitar las elecciones, pero aún no estaba maduro en el ánimo de las Fuerzas Armadas —pese a los llamados de Lugones, quien hablaba de *la hora de las espadas*— la decisión de irrumpir en la política argentina como un partido más, claro que con los cañones in-

cluidos, los que les iba a dar en el futuro alguna *pequeña* ventaja.

Entonces sólo queda esperar, y resignarse a ver al *peludo* presidente otra vez. Salvo que la espera no iba a ser larga. Pronto los militares se convencerían de que su papel no era el fijado por la Constitución, brazo armado de la Patria para la defensa de su soberanía, sino brazo armado de la oligarquía para la defensa de los intereses de ésta y el sometimiento del pueblo.

Un mes antes de las elecciones y ante una agresión armada a una columna radical, Yrigoyen resuelve dar por terminada su campaña electoral.

Seis días antes de la elección es proclamado candidato aunque ello era innecesario, no había otro posible para la Argentina nacional y popular.

Mientras sus adversarios recorren el país, él no ha pronunciado ni un discurso, ni una proclama. Permanece en silencio. Se vota y éstos son los resultados:

Yrigoyen - Beiró: 838.583 votos y 245 electores.
Melo - Gallo: 414.026 votos y 71 electores.
Bravo - Repetto, socialistas: 64.985, sin electores.

Ganó en todos los distritos, menos en San Juan donde se abstuvo. Antes de asumir muere el vicepresidente electo Beiró y lo reemplaza Enrique Martínez. El 12 de octubre de 1928 asume el cargo. SERIA LA ULTIMA VEZ, HASTA NUESTROS DIAS, EN QUE DOS PRESIDENTES CIVILES ELEGIDOS POR EL VOTO DEL PUEBLO SE TRANSMITIESEN EL MANDO.

Yrigoyen tenía 76 años. La verdadera Argentina nacional y popular está de nuevo en el poder y espera mucho de él, le dará todo lo que pueda, pero no será suficiente; sus enemigos son poderosos y están dispuestos a todo. La Argentina liberal, de ahora en más, no reparará en medios para imponer su proyecto dependiente, elitista y oligárquico.

El país va a entrar en la etapa más trágica de su historia, que aún vivimos en toda su dramaticidad.

El pueblo en la calle aclamó a Yrigoyen como en 1916, pero sin los desbordes de aquella vez. El dispositivo militar desplegado por Alvear lo impidió y además la edad de Yrigoyen lo hubiese hecho peligroso. Al salir al balcón a saludar al pueblo, que vivaba su nombre, tuvo una suerte de premonición. Cuenta Manuel Gálvez, que dirigiéndose a un allegado dijo: "Este mismo pueblo, antes de 3 años, me arrojará del poder". Sus voces interiores que le presagiaron su destino de líder popular, también le advirtieron de su caída.

El segundo gobierno de Yrigoyen en nada se parece al primero. La vejez agrava sus defectos. Su lentitud en resolver los problemas y la desconfianza que se apodera de él hacen que todo lo quiera leer cuidadosamente y meditar, desde asuntos importantes hasta las más rutinarias designaciones. Las charlas con sus visitantes son eternas y así las audiencias se demoran y surge la famosa *amansadora,* donde desde los pedigüeños hasta los ministros pasan largas horas, cuando no días, esperando ser recibidos. Es lógico deducir que con este método, la acción de gobierno se hace morosa y por ende ineficiente.

Petróleo para los argentinos

Uno de los temas principales de su segundo gobierno fue el del petróleo. En 1927 los radicales yrigoyenistas habían conseguido hacer aprobar en la Cámara de Diputados un proyecto de nacionalización del petróleo, que incluía la expropiación de los yacimientos a los particulares. Tras difícil debate consiguieron aprobar la nacionalización, pero

no la expropiación. El Senado mandó el asunto a comisión y no lo trató.

En la campaña electoral de 1928, los yrigoyenistas usaron este tema como arma principal bajo el lema *El petróleo para los argentinos*. Teniendo ahora la mayoría en Diputados pudieron sacar la expropiación que no habían logrado en 1927. Vale la pena hacer notar que los socialistas se opusieron, defendiendo a las empresas privadas. Llegado al Senado, el proyecto corrió igual suerte que el anterior: el fondo de un cajón en la comisión respectiva.

Había que esperar al 7 de setiembre de 1930, cuando en las intervenidas provincias de San Juan y Mendoza tendrían lugar elecciones y era probable que los yrigoyenistas las ganaran; entonces tendrían 4 senadores más que le darían la mayoría en el Senado y por ende la posibilidad de aprobar definitivamente aquellos proyectos.

Claro que eso nunca ocurrió, ya que el 6 de setiembre era depuesto el gobierno radical yrigovenista por un golpe militar. Por eso la asonada militar, más allá de otras motivaciones, tuvo siempre mucho olor a petróleo.

A este olor contribuyó también la negociación entre el Gobierno Nacional y la sociedad soviética *Yuyamtorg*, que preveía el intercambio de nafta rusa por toros de pedigree y tanino. Este convenio significaba la posibilidad de liberarse de la *Standard Oil* (norteamericana) y la *Royal-Dutch* (británica) en lo referente a la provisión de nafta, ya que la producción argentina, en aquel entonces, sólo cubría un 50 % del consumo.

El proyecto comercial también se empantanó en la morosidad del trámite gubernativo y estuvo a la firma el 8 de agosto de 1930, pero no se produjo nunca. Depuesto Yrigoyen, ¿qué pudo pasarle a la Yuyamtorg? Lógicamente fue acusada de *actividades comunistas* y cancelada su personería. La Stan-

dard Oil y la Royal-Dutch siguieron con el monopolio de la nafta importada.

¿Por qué será que en la Argentina a tantas cosas se las puede acusar de comunistas para descalificarlas, y por el mote de capitalistas no se descalifica a nadie?

Yacimientos Petrolíferos Fiscales, durante el gobierno de Yrigoyen, siguió siendo dirigida por el general Enrique Mosconi, quien había sido nombrado por Alvear. Durante los ocho años de su gestión llevó la empresa a un grado de desarrollo extraordinario, a pesar de la renuencia del Congreso para aprobar las leyes que en materia petrolera éste proyectaba.

En el año 1922 la explotación fiscal fue de 343.910 m^3 y en 1928 fue de 811.931 m^3. En 1925 inauguró la destilería de La Plata, en medio de una lucha tremenda contra los trusts internacionales.

Mosconi sostenía en 1930: "Sin monopolio del petróleo es difícil —diré más, imposible— para un organismo del Estado, vencer en la lucha comercial a las organizaciones de capital privado".

Mosconi también fue víctima de la morosidad del segundo gobierno de Yrigoyen que no proveía las vocalías en su directorio, ni cubría las vacantes administrativas, así como demoró su proyectado convenio con Rusia —como hemos visto—, pieza clave en su lucha contra los poderosos intereses petroleros yanquis y británicos.

El fin del yrigoyenismo

Es imposible demostrar qué grado de importancia tuvo el tema del petróleo en la caída de Yrigoyen, ya que este tema se mezcla con las fallas del propio gobierno, que hicieron mucho para justificar su caída allanando con ello el camino a sus enemi-

gos. Pero no me atrevería a sostener —como lo hace José M. Rosa— que las empresas petroleras yanquis no tuvieron nada que ver en su caída.

Creo que tuvieron que ver. En todo caso, aprovecharon las falencias del gobierno para apresurar el golpe antes de que las leyes a sancionarse hicieran más visible su accionar.

La senilidad de Yrigoyen, la ineptitud y falta de escrúpulos del clan que lo rodeó alejándolo de muchos de sus honrados colaboradores y la pavorosa crisis económica mundial del año 1929, hicieron el resto. Todos estos factores negativos fueron hábil, tenaz e insidiosamente aprovechados por su acérrimo enemigo, el régimen oligárquico, con la ayuda de los socialistas. Entre todos desataron una desenfrenada ofensiva opositora a la cual el gobierno yrigoyenista no supo ni pudo dominar.

Una sucesión de derrotas electorales fue el acicate que encontraron los elementos del régimen para presionar sobre algunos jefes del ejército, Justo y Uriburu, procurando decidirlos sin esperar a que por vía de estas derrotas electorales el gobierno quedara en minoría en las cámaras y se produjese así su rectificación de los errores que pudiera cometer o en su defecto su definitiva derrota.

Eso hubiera sido lo lógico y leal por parte de estos señores que recitaban el credo liberal y pedían la vigencia de la Constitución y la democracia. Pero eran meras palabras, como siempre. *Ellos querían la destrucción de la Argentina nacional y popular. Querían otro Caseros.*

Por eso rezaban su credo democrático vociferando: "Muera el peludo", "la renuncia de Yrigoyen o la guerra necesaria" o "a las armas, a la muerte". Siempre que gobernó el pueblo llamaron a la *guerra santa.* Para ellos el pueblo sólo tiene dos opciones: sometimiento o muerte. Lo hicieron cada vez que derrocaron a un gobierno popular.

El 6 de setiembre de 1930 impulsaron al ejército a irrumpir en el escenario político argentino y lo siguieron haciendo en estos últimos 53 años, cada vez que el pueblo los repudió en las urnas. Porque desde 1916 a la fecha, ellos y su perimido proyecto liberal fueron rechazados por la voluntad popular cuando ésta se pudo expresar libre y democráticamente en un comicio. Entonces quedaron atrapados en un dilema de hierro: *Fraude o golpe militar.* No tuvieron, ni tienen, ni tendrán otra alternativa para arribar al poder. *Su proyecto siempre fue minoritario y sólo mediante la fuerza pueden imponerlo al país.*

Capítulo X

LA SEGUNDA RESTAURACION LIBERAL (1930 - 1945)

El 6 de setiembre de 1930 comienza un ciclo de nuestra historia aún no cerrado, que se ha caracterizado por la irrupción del poder militar en el quehacer político nacional y consecuentemente el fin de la estabilidad institucional.

Estas sucesivas interrupciones del sistema constitucional por parte de las Fuerzas Armadas que llegaron incluso a modificar *per se* las normas constitucionales y aun a establecer ordenamientos legales prevalentes sobre aquéllas, demostraron sin embargo que puestas a gobernar resultaron tan incapaces de superar las crisis de todo tipo que han aquejado y aquejan a la Nación como los gobiernos civiles que derribaron.

Es que estas sucesivas crisis en medio de las cuales se ha desenvuelto la vida del país desde hace casi medio siglo y que cada día lo alejan más y más de su destino de grandeza, no son sólo crisis de hombres o de equipos gobernantes, lo son fundamentalmente de estructuras.

La Argentina se había desenvuelto dentro de un marco estructural diseñado por la generación del 80, que el yrigoyenismo no había alcanzado a romper. Pero a partir del año 1930 las condiciones mundiales que viabilizaron, en el aspecto económico, aquel proyecto liberal, caducaron al influjo de la crisis mundial de los años 1929-1930. Esa Argentina que basaba sus sueños de progreso indefinido en la exportación de los productos agropecuarios que generosamente producían sus ubérrimas llanuras de la pampa húmeda, *ya no sería más posible.*

Por otra parte, aquel modelo no contemplaba

la vigencia del voto secreto y obligatorio, que permitió a partir de 1916 la expresión política de vastos sectores populares antes marginados de toda injerencia en el quehacer nacional.

El modelo liberal de la generación del 80 fue un típico ejemplo de desarrollo capitalista dependiente, que por cierto no tenía en cuenta las aspiraciones de progreso social de los sectores populares. No fue, pues, extraño que éstos al poder influir con sus votos en la elección de los gobernantes se decidieran por aquellos que —como Yrigoyen—, apartándose del modelo liberal tomaron en cuenta sus aspiraciones y entrevieron otros rumbos para el país.

Por último, Gran Bretaña entró a partir de la crisis del año 1929 en el ciclo declinante de su poder imperial, con lo cual los beneficios de jugar al satelismo británico se hicieron nulos, *de forma que el modelo del 80 caducó completamente.*

Era evidente la necesidad de reformar el modelo de país; todo había cambiado. En lo interno existían nuevas condiciones: el otorgamiento de poder político a los sectores populares y su consiguiente capacidad de exigir que se tomaran en cuenta sus aspiraciones; el surgimiento de una incipiente industria, en azoroso pero constante aumento; la formación de una fuerte clase media que no encontraba cauce en los perimidos marcos del antiguo modelo; el agotamiento de las posibilidades de incorporar nuevas tierras pampeanas al proceso productivo por estar todas en explotación, con lo cual el modelo agroexportador perdía su elemento dinámico interno.

En lo externo las condiciones eran en extremo cambiantes, la crisis de 1929 arrasó con un ordenamiento internacional basado en el patrón oro y dio fin al constante aumento del volumen de las exportaciones mundiales, las que habían crecido entre

1870 y 1929 a un ritmo del 3 % anual. Los más perjudicados fueron lógicamente los países exportadores de productos primarios, ya que no sólo vieron reducido sus volúmenes físicos de exportaciones, sino también vieron caer la relación entre los precios de los productos primarios que exportaban y los industriales que tenían que importar.

Pero desgraciadamente no se encaró la crisis con la lucidez y el patriotismo que las horas difíciles exigen a los hombres públicos. Se prefirió obsecadamente anteponer los intereses de clase a los superiores de la Nación. A la imaginación y la audacia, que permitiera transitar nuevos caminos, se las reemplazó por la mediocridad y el satelismo internacional, haciéndose creer a las Fuerzas Armadas que todavía el modelo era el ideal, que la culpa de la crisis la tenían los gobiernos populares.

Cincuenta y tres años después de aquel golpe militar el país aún no ha salido de aquella crisis institucional que, sin quererlo ni imaginarlo, provocó el general Uriburu al derrocar al presidente Yrigoyen.

Los militares interrumpen nuestra vida institucional

Haremos un breve resumen de las consecuencias y características de esta irrupción, por la cual tan alto costo ha pagado, paga y tendrá que pagar la Nación. El cuadro siguiente está inspirado en uno similar que trae Darío Cantón, en su libro *La política de los militares argentinos: 1900-1971*.

PRESIDENTES ARGENTINOS (de 1930 a 1983)

Presidente	*Año y forma de llegar al poder*	*Año y forma de reemplazo*
Señor H. Yrigoyen	1928 Elecciones libres	1930 Golpe militar
General J. F. Uriburu	1930 Golpe militar	1932 Presidente constitucional
General A. P. Justo	1932 Elecciones fraudulentas	1938 Presidente constitucional
Doctor R. M. Ortiz	1938 Elecciones fraudulentas	1940 Enfermedad y muerte
Doctor R. J. Castillo	1940 Disposición constitucional	1943 Golpe militar
General P. Ramírez	1943 Golpe militar	1944 Golpe militar interno
General E. J. Farrel	1944 Golpe militar interno	1946 Presidente constitucional
General J. D. Perón	1946 Elecciones libres	1952 Reelección
General J. D. Perón	1952 Reelección	1955 Golpe militar
General E. Lonardi	1955 Golpe militar	1955 Golpe militar interno
General P. E. Aramburu	1955 Golpe militar interno	1958 Presidente constitucional
Doctor A. Frondizi	1958 Elecciones con proscripciones	1962 Golpe militar
Doctor J. M. Guido	1962 Golpe militar y procedimiento constitucional [1]	1963 Presidente constitucional

Presidente	*Año y forma de llegar al poder*	*Año y forma de reemplazo*
Doctor A. Illia	1963 Elecciones con proscripciones	1966 Golpe militar
General J. C. Onganía	1966 Golpe militar	1970 Golpe militar interno
General R. Levingston	1970 Golpe militar interno	1970 Golpe militar interno
General A. A. Lanusse	1970 Golpe militar interno	1973 Presidente constitucional
Doctor H. Cámpora	1973 Elecciones libres	1973 Renuncia
Señor Raúl Lastiri	1973 Procedimiento constitucional [2]	1973 Presidente constitucional
General J. D. Perón	1973 Elecciones libres	1974 Muerte
Señora M. E. Perón	1974 Procedimiento constitucional	1976 Golpe militar
General J. R. Videla	1976 Golpe militar	1981 Presidente nombrado por Junta Militar
General R. Viola	1981 Nombramiento Junta Militar	1981 Renuncia ante Junta Militar
General L. F. Galtieri	1981 Nombramiento Junta Militar	1982 Renuncia ante Junta Militar
General R. Bignone	1982 Nombramiento Junta Militar	

[1] Era Presidente provisional del Senado.

[2] Por renuncias del Presidente, Vice y Presidente provisional del Senado. Era Presidente de la Cámara de Diputados.

A lo largo de estos 53 años el país ha tenido 5 gobiernos militares: de 1930 a 1932, de 1943 a 1946, de 1955 a 1958, de 1966 a 1973 y desde 1976 hasta ahora. En total, 22 años de gobiernos militares y 31 de gobiernos más o menos constitucionales. En el lapso 1932 a 1943 los gobiernos de Justo y Ortiz-Castillo fueron sólo formalmente constitucionales pues triunfaron en elecciones fraudulentas. Entre 1962 y 1963 gobernó Guido, que era Presidente del Senado al ser depuesto Frondizi por los militares, y en 1958 y 1963 se eligieron presidentes estando proscripto el peronismo.

Pero si tomamos el período 1955 hasta la fecha, en 28 años hubo 17 años de gobierno militar y sólo 9 de gobiernos civiles, no considerando como tal al de Guido, por lo expuesto anteriormente, lo que indica un aceleramiento a la intervención militar y también una permanencia de mayor tiempo en el poder después de cada golpe.

Resumiendo: desde 1930 hasta la fecha tuvimos 5 presidentes electos libremente —Yrigoyen, Perón las 3 veces y Cámpora—; 4 presidentes surgidos de elecciones con fraudes o proscripciones de partidos —Justo, Ortiz-Castillo, Frondizi e Illia—; 2 presidentes por procedimiento constitucional de reemplazo —Guido y Lastiri—; mientras se produjeron 6 golpes militares, y varios más de carácter interno, que encumbraron a 12 presidentes *de facto* militares. Podemos agregar que desde el 12 de octubre de 1928, la Argentina no presencia el que hoy sería extraño ritual de ver a un presidente civil constitucional entregar la banda a su sucesor, otro presidente civil constitucional, ya que el militar Justo trasmitió el poder al civil Ortiz, y la última vez que un presidente constitucional entregó el poder a otro presidente elegido por el pueblo fue Perón a sí mismo en 1952, y era militar.

Finalmente, digamos para cerrar esta reseña de

nuestras vicisitudes políticas de estos últimos 53 años, que en ese lapso pasaron por la presidencia de la Nación 25 presidentes, de los cuales 9 fueron civiles y 16 militares, correspondiendo un promedio de 2 años con 1 mes en el cargo. Terminaron su mandato constitucional solamente el general Justo (1932-1938) y el general Perón en su primera presidencia (1946-1952). Todo un récord (del cual debemos estar agradecidos a nuestros militares).

Todos los golpes militares derrocaron a gobiernos nacidos de la voluntad popular —aunque ésta no fuera en algunos casos plenamente expresada debido a proscripciones impuestas, justamente, por regímenes militares—. Uno solo de esos golpes derrocó a un gobernante producto del fraude, fue el golpe de 1943 que depuso a Castillo.

En todos los casos, los argumentos fueron más o menos similares: ineptitud, corrupción, demagogia, vacío de poder, agregándose alguna vez, circunstancialmente, cercenamiento de las libertades públicas. En todos los casos se anunció que *era el último golpe armado*, que de ahí en más reinaría el orden, la paz, el progreso y la felicidad para todos los argentinos. También se habló de la nueva y gran Argentina que surgiría resplandeciente de grandeza. En todos los casos, menos en uno, estas promesas no se vieron reflejadas en la realidad y el fin de cada golpe fue un llamado a elecciones, acompañado de seguridades de respeto a la autoridad constitucional de ellas surgidas, y nuevo golpe militar.

Siempre acompañando a cada golpe llegó un equipo de expertos economistas liberales con su mágica receta para emparchar el viejo modelo agroexportador sin preocuparse por lo viejo y absoleto que estuviera. Siempre el fracaso fue el fin del intento. Siempre el pueblo, tras sufrir sus consecuencias, los repudió en las urnas a ellos y sus planes.

El país estuvo a punto de surgir pujante y moderno la única vez que ellos fueron dejados de lado y en su lugar se puso la imaginación y la audacia en búsqueda de un nuevo modelo. Esta fue la etapa 1946-1955. Infelizmente el proceso se frustró por falta de autocrítica y se volvió a reiniciar hasta nuestros días, el ciclo tedioso y angustiante.

Comienza la inestabilidad institucional: 6 de setiembre de 1930

Una pequeña fuerza de 1.500 hombres bastó al general Uriburu para desalojar del poder al presidente Yrigoyen. Componían la misma los cadetes del Colegio Militar y tropa del Palomar, el resto del ejército permaneció neutral viendo con indiferencia la caída del anciano líder demostrando cuán socavados estaban en la institución militar el sentido de lealtad y el deber de respeto y sostén de la autoridad civil.

Un pequeño grupo de oficiales intentó respaldar al gobierno civil en Campo de Mayo y Liniers, pero sus esfuerzos sólo lograron evitar pronunciamientos favorables al golpe y de ningún modo significaron un enfrentamiento militar con la columna rebelde.

Resultó así evidente que los errores del gobierno en el manejo de la cosa pública, unido a la eficiente y virulenta crítica de sus opositores, complementada con la calumnia que encontró en el diario *Crítica* su más tenaz y eficiente difusor, habían logrado debilitar profundamente la fe y el respeto de la institución militar en el gobierno constitucional.

La medida que restó al presidente Yrigoyen toda posibilidad de resistencia frente al embate golpista fue, sin duda, la desdichada decisión del mismo de rechazar el consejo de su ministro de Guerra ge-

neral Dellepiane. El 2 de setiembre, junto con la autorización para arrestar a los oficiales que conspiraban, el general le solicitó una inmediata reorganización del Gobierno con la eliminación de ciertos ministros y funcionarios que por ineptitud y venalidad comprometían su imagen. Esta negativa originó la renuncia del Ministro y dejó al Presidente frente a sus enemigos.

Pero en este decaimiento del prestigio de la autoridad civil ante los ojos de los militares también tuvo mucho que ver la prédica de sectores nacionalistas, entre los que se destacó el poeta Leopoldo Lugones —éste ya en el año 1924 proclamó la llegada de *la hora de las espadas*—, los cuales veían en el ejército el único camino para la superación de los problemas nacionales. Influía en ellos la doctrina del último de los ideólogos de la derecha, Charles Maurras, quien sostenía un orden temporal fundado en dos pilares básicos: el poder militar y el poder clerical.

Esta prédica continúa a lo largo de la década del 30 y fue llevando a los cuadros de oficiales del ejército al convencimiento de su destino mesiánico en el devenir de la Patria. Un civil que enseñaba sicología en el Colegio Militar, el doctor Juan R. Beltrán, llegó a sostener: "El militar es, dentro de nuestro medio social, el elemento más puro, más incontaminado... El militar es la permanente esperanza del país y la más bella realidad actual de nuestra democracia". No es de extrañar entonces el sentimiento despectivo nacido en muchos oficiales hacia los políticos, gobernantes y civiles, así como la facilidad con que se reclutan voluntades dispuestas a sumarse a los siempre latentes proyectos de interrupción del orden institucional.

Por último, en esta reseña de hechos que llevaron a crear las condiciones propicias para el primer golpe militar de este siglo, no podemos dejar de se-

ñalar las infantiles actitudes de Yrigoyen, quien en su afán de premiar a los oficiales que le habían sido fieles en sus intentos revolucionarios de los años 1893 y 1905, violó el reglamento militar dejando de lado a otros oficiales en condiciones reglamentarias de ascender para ubicar en su lugar a ex revolucionarios y concediendo pensiones al margen de dicho reglamento. De este modo Yrigoyen aceptaba como válido para los militares anteponer sus ideas cívicas a su deber militar de obediencia, justificando así —sin quererlo— las intervenciones militares futuras. Todas y cada una de las violaciones reglamentarias fueron rigurosamente documentadas por el diario *La Nación* en sus artículos publicados entre julio de 1929 y setiembre de 1930, como forma de socavar los sentimientos de deber de los militares hacia su Presidente.

Resumiendo: hacia setiembre de 1930 todo estaba listo para poner término a 70 años de ininterrumpidas sucesiones del orden institucional. Un líder viejo y enfermo, rodeado de una corte de incapaces y corruptos y sólo sostenido por el amor de su pueblo; una oposición tenaz y exacerbada dispuesta a deshacerse por cualquier medio del aborrecido caudillo; los intereses externos anhelantes de terminar con los intentos de romper con los lazos de dominación que hacía el gobierno; un ejército que no confiaba en las soluciones civiles, que tenía resentimientos contra el anciano Presidente y que comenzaba a verse —a sí mismo— como la última opción salvadora de la Patria. Sólo faltaba quien se decidiera a asumir la responsabilidad histórica de la quiebra institucional; ése fue el general Uriburu.

Uriburu era un ferviente admirador del ejército alemán, habiendo recibido entrenamiento en Alemania en el lapso anterior a la primera guerra mundial. Esto determinó que en 1922 fuese desechada

su candidatura al Ministerio de Guerra en el gabinete de Alvear, para no incomodar con sus tendencias germanófilas a los países aliados, vencedores de Alemania en dicha guerra. Entre 1923 y 1926 actuó como Inspector General del Ejército, el cargo más alto de la jerarquía militar. Durante este tiempo se desempeñó como asesor suyo el general Wilhelm Faupel, quien encabezó a un grupo de oficiales alemanes expatriados que realizaron tareas de asesoramiento en distintas unidades de nuestro ejército. En 1929 pasó a situación de retiro.

Las actividades del general Uriburu tendientes a organizar el golpe contra el gobierno del presidente Yrigoyen comenzaron a principios de 1930 utilizando en ellas el gran prestigio que tenía en los medios militares. Su admiración hacia la escuela militar prusiana tenía un trasfondo ideológico y fue su mayor problema en los prolegómenos del golpe militar ya que dificultaba su entendimiento con el general Justo, el cual también tenía su golpe en marcha. A Justo sólo le interesaba derribar a Yrigoyen para volver luego al juego electoral con los partidos liberales, esperando capitalizar, él mismo, dicho proceso a través de su candidatura presidencial; a Uriburu, en cambio, le preocupaba la reforma del sistema liberal. No creía ni en el voto popular, ni en la acción de los partidos políticos, pretendiendo establecer un sistema a la usanza del fascismo que estaba por ese entonces en boga.

La necesidad de unificar la acción para asegurar el éxito del golpe llevó a Uriburu a efectuar algunas concesiones políticas, más formales que reales, y logró así tras largas negociaciones encabezar la asonada militar. En estos esfuerzos por unificar ambos golpes tuvo mucho que hacer el capitán Juan D. Perón, enrolado inicialmente en el grupo de Uriburu, y fundamentalmente los tenientes coroneles Sarobe y Descalzo.

Tras solucionar estos problemas, sólo quedó al general Uriburu encabezar su reducida columna militar, que más parecía una comitiva que una fuerza revolucionaria, encargada de desalojar a un gobierno legalmente constituido. Su paseo militar, iniciado en los albores del día 6 de setiembre, terminó en la Casa de Gobierno sin mayores sobresaltos (salvo un breve tiroteo en la Plaza del Congreso), desalojando de ella al vicepresidente Martínez, en quien el día anterior había delegado el mando Yrigoyen por razones de salud. *Una larga y azarosa etapa, que aún aguarda su fin, había comenzado en el país.*

La presidencia de Uriburu

Fue éste un período de 17 meses de gobierno *de facto*, en el cual ninguno de los propósitos enunciados al asumir el mando se cumplieron. Durante el mismo se gobernó bajo el estado de sitio y la ley marcial; suspendidas las garantías constitucionales se pudo impunemente fusilar, deportar, torturar y detener a opositores y sindicalistas. Por cierto esto resultó incompatible con la promesa de "respetar la Constitución" y promover "la concordia y unión de todos los argentinos", hecha por el nuevo gobierno al jurar el 8 de octubre.

Volvieron al tapete viejas figuras representativas de un ayer que el país había sepultado con una avalancha de votos a partir de 1916. Así integraron el gabinete personajes que habían desempeñado funciones públicas antes del primer gobierno de Yrigoyen, representantes de la Sociedad Rural y personeros de empresas extranjeras. Sus edades sobrepasaban los 60 años, con excepción de Matías Sánchez Sorondo, ministro del Interior.

En lo económico, sólo se dedicó a obtener un empréstito de 53 millones de dólares para pagar

los servicios de la deuda externa, mientras se atrasaban los sueldos de la administración nacional. El país vivió en la penuria económica, mientras el hambre y la desocupación fueron compañía obligada de los sectores populares. Eso sí, como siempre ocurrió en circunstancias similares, *se ahorró sobre el hambre y la sed del pueblo argentino para pagar al acreedor extranjero* —según la vieja fórmula de Avellaneda—, pero nada se hizo que lesionara o siquiera amagase lesionar el interés de los grupos detentadores del poder económico y mucho menos si éstos eran del exterior.

No se perdió un instante en desmontar todo el andamiaje de medidas económicas que el presidente Yrigoyen había comenzado a levantar, buscando caminos que nos condujeran a aflojar los lazos de dependencia económica que nos ataba al capitalismo inglés y norteamericano. Entre esas medidas señalemos la anulación del convenio con Rusia para importar 250.000 toneladas de petróleo anuales a cambio de productos agropecuarios, dejando a salvo con esta anulación el monopolio yanqui de importación.

En lo político, a poco de andar y viendo que el régimen ofrecía sólo rigor policial y vetustas restauraciones políticas, el país comenzó a poblarse de reclamos. Los distintos partidos políticos que con mayor saña habían combatido a Yrigoyen, tales como los socialistas, socialistas independientes y antipersonalistas, estaban de vuelta de su fervor revolucionario y reclamaban el retorno a las prácticas electorales con el doble propósito de repartirse el botín electoral del yrigoyenismo —vana esperanza— y de evitar que Uriburu y su grupo de asesores nacionalistas encontrara la forma de cristalizar sus anunciadas reformas constitucionales para imponer un sistema corporativo. Los fieles a Yrigoyen, por su parte, conspiraban provocando alzamientos

en Córdoba y Buenos Aires y otro conato bajo la jefatura del general Severo Toranzo, pero en todos los casos sin éxito.

Para calmar esta agitación el ministro del Interior ideó un plan de elecciones escalonadas, que esperaba le diese el triunfo a su Partido Conservador, ya que creía que desaparecido el viejo caudillo de la escena política y con un poco de policía brava el pueblo arrepentido volvería a las tiendas del *viejo y glorioso conservadorismo.'* Así no encontró idea mejor que iniciar su escalada electoral por Buenos Aires. La elección se realizó el 5 de abril de 1931 y significó una estrepitosa derrota para el oficialismo, ya que la Unión Cívica Radical obtuvo la victoria por 218.780 votos, contra 182.742 del Partido Conservador. Honorio Pueyrredón encabezaba la fórmula radical y Antonio Santamarina la conservadora. La Unión Cívica Radical desde entonces consideró a esta fecha como uno de sus fastos más notables.

El resultado electoral no sólo provocó la caída del Gabinete, sino que afectó a la figura presidencial en la medida en que el general Uriburu jugó su prestigio al éxito del comicio, al expresar en un manifiesto publicado días antes que "la victoria radical nos retrotraerá a la época prerrevolucionaria y habrá hecho inútil y estéril a la revolución". El pueblo con su voto demostró que esto último era lo que pensaba de la revuelta de Setiembre.

Lógicamente, el gobierno anuló la elección y comenzó a buscar quién lo salvara del desastre al cual se encaminaba su gestión. Una de las figuras buscadas fue Lisandro de la Torre, amigo de Uriburu, pero el líder de la democracia progresista, acérrimo enemigo de Yrigoyen, no quiso jugar su prestigio a una causa perdida. Poco después, en mayo de 1931, Marcelo Torcuato de Alvear llegó al país desde su dorado retiro en París. De inmediato Uriburu llamó

a su viejo amigo de la época de la revolución del 90, para proponerle a cambio de la benevolencia del gobierno hacia los radicales, el repudio público hacia el gobierno de Yrigoyen. Alvear no aceptó, ya que no podía en esas circunstancias pretender liderar a la Unión Cívica Radical y abjurar públicamente de quien era, sin duda, el númen del radicalismo.

El 25 de mayo se produjo otro hecho que contribuyó a enajenar voluntades al gobierno, aunque éste creyera lo contrario. Iniciando el desfile militar de la fecha y previo al paso de las tropas, desfilaron unos 10.000 miembros de la Legión Cívica, agrupamiento civil que recibía instrucción militar en los cuarteles los domingos por la mañana, teniendo un cierto número de oficiales regulares para ayudar a organizarla dentro del sistema militar. Con esta agrupación se pretendió imitar a las milicias fascistas italianas.

Los radicales, mientras tanto, preparaban otro golpe para junio, que organizaban entre otros los tenientes coroneles Cattáneo y Pomar. El general Justo al saberlo les infiltró gente adicta y consiguió tomar el comando del golpe, a pesar de la oposición de Cattáneo y Pomar. Una vez logrado esto, dispuso postergar las operaciones hasta conocer el resultado de las elecciones que el gobierno había convocado para el día 8 de noviembre con el fin de bloquear la conjura en marcha, cuya existencia conocía.

¿Por qué Justo obró así? Para presionar sobre el presidente Uriburu y así vencer sus resistencias a dejarle libre el camino hacia la presidencia. Uriburu, aislado y jaqueado por todos los flancos, persistía aún en sus propósitos de reformas constitucionales y así lo manifestaba a las Fuerzas Armadas cuando en la cena de camaradería anual realizada el 7 de julio señalaba: "Pero no retornaremos a la

normalidad engañosa que hasta el 6 de setiembre permitió todos los excesos..., sino a la que estará garantizada con las reformas que constituyen el programa de la revolución".

Sin embargo Cattáneo y Pomar no aceptan la postergación y buscan continuar el movimiento. Finalmente, el 2 de julio Pomar toma el regimiento 9 de Infantería de Corrientes y con él la Ciudad, lanzando una proclama contra el Gobierno Nacional. No encuentra mayor eco militar y debe huir al Paraguay.

Este fallido golpe tuvo efectos no deseados por sus autores. Sirvió de pretexto al gobierno nacional para perseguir al Partido Radical, cerrando sus locales, clausurando sus publicaciones y llevando a la cárcel y obligando al exilio a sus principales dirigentes, incluido Alvear. Permitió además excluir de las elecciones de noviembre a quienes hubieran ocupado cargos en el gobierno de Yrigoyen, incluso bancas legislativas, a quienes hubieran participado de conspiraciones contra la revolución y a quienes se hubieran solidarizado con el régimen depuesto. De hecho esto significó la exclusión total de la Unión Cívica Radical. El decreto fue dado a conocer el 24 de julio de 1931. Todo lo cual en definitiva abrió el camino de la presidencia al general Justo.

Así llegamos a la elección de noviembre. Justo era uno de los candidatos apoyados por la *Concordancia*, heterogéneo conglomerado de grupos políticos integrado por el Partido Demócrata Nacional (nueva versión del Partido Conservador), los socialistas independientes y los radicales antipersonalistas, llevando como candidatos a la vicepresidencia a Julio A. Roca —hijo del ex presidente— por los demócratas nacionales, y a Nicolás Matienzo por los radicales antipersonalistas. En caso de triunfar Justo, sería su vice aquel que obtuviera más votos de los dos, por eso se la llamó *la fórmula*

bígama. Se le oponía la fórmula de la *Alianza Civil* integrada por Lisandro de la Torre y Nicolás Repetto apoyados por los partidos Demócrata Progresista y Socialista.

Los radicales, que habían proclamado a Alvear y Güemes, quedaron afuera, pues Alvear fue impugnado con el argumento de no haber transcurrido un período completo desde su presidencia, y Güemes por aplicación del decreto del 27 de julio.

Triunfó, como era de esperar, el binomio Justo - Roca por 606.526 votos, contra 487.955 de Lisandro de la Torre - Repetto, quienes fueron votados por muchos radicales. Pero el fraude funcionó a la perfección, excepto en Santa Fe donde ganó la Alianza Cívica.

Retorna la Argentina liberal. Gobierna Justo. Se consolida la dependencia

El 20 de febrero de 1932 asumía la presidencia de la República el general Agustín P. Justo. A partir de ese momento se inicia aquel trágico período de la historia argentina que con toda justicia fuera llamado por ese periodista valiente y patriota que fue José Luis Torres, *la década infame.*

Con Justo, arriba al gobierno el primer militar de carrera desde Julio A. Roca (1880-1886 y 1898-1904), elegido dentro de los marcos constitucionales, aunque en comicios signados por el fraude y por la proscripción de las fuerzas que encarnaban la voluntad de la mayoría popular: el Partido Radical.

Justo, hombre astuto y político pragmático, trató siempre de emular la política roquista, plagada de sutiles maniobras. El halago, la persuasión, la amenaza o la mano dura fueron alternativas de las que se valió para ganarse amigos, doblegar oposiciones o reducir a los intransigentes.

Desde el comienzo de su gestión el nuevo Presidente dio signos inequívocos del carácter que tendría la misma, siendo una prueba clara la composición de su gabinete.

Dejando de lado los ministros de Guerra y Marina, puestos en mano de oficiales y profesionales, el resto de los cargos ministeriales fue confiado a hombres de la oligarquía política tradicional, cuyos antecedentes los señalaban como conservadores o radicales unidos por el común denominador de su oposición activa al yrigoyenismo y a Uriburu, cuando comprendieron que éste no pensaba restaurar a la vieja guardia liberal, que el pueblo había repudiado a través de su apoyo sin claudicaciones al anciano líder derrocado.

Entre estas designaciones, una sin embargo significaba una excepción. Era la del ministro de Agricultura, Antonio de Tomaso. Hijo de inmigrantes, militante del Partido Socialista, hasta que en 1927 se separó del mismo para formar el Partido Socialista Independiente, representaba el *toque popular* con el cual siempre los sectores oligárquicos pretenden simular una actitud no clasista.

En este gabinete había una figura que tuvo gran ascendiente sobre el Presidente hasta que falleció en 1938 desempeñando su cargo. Se trataba del general Manuel Rodríguez. Este militar representaba el tipo de oficial profesional, había adquirido notoriedad por el discurso que pronunciara en su carácter de presidente del Círculo Militar en julio de 1931, en presencia del general Uriburu con motivo del banquete de camaradería del Ejército y la Armada. En dicha ocasión sostuvo que las Fuerzas Armadas "no consentirán sostener dictaduras", ni hacer caso omiso de las leyes, ni impedir el pronunciamiento de la voluntad popular. Este discurso se tomó como una advertencia de la opinión de las Fuerzas Armadas al general Uriburu.

El general Rodríguez tenía una antigua relación de amistad con el presidente Justo, lo que en gran medida determinó que se convirtiera en asesor principal y de gran influencia sobre él. Obviamente fue en el terreno militar donde se convirtió en un eficaz ejecutor de la política presidencial, consistente en restaurar la disciplina castrense, y al mismo tiempo en desembarazarse de aquellos oficiales que extremaban la actitud opositora.

Justo siempre prefirió la adopción de los métodos indirectos para tratar los problemas castrenses: la promesa de ascensos, primero; el traslado a cargos de escasa importancia, después, y por fin el arresto y el retiro para los recalcitrantes, tales los medios de que se valió para consolidar su apoyatura militar. Militares yrigoyenistas y uriburistas fueron los destinatarios de esta política. Muchas veces también ensayó el enfrentamiento entre ambos sectores, para descubrir y eliminar a los más tenaces opositores castrenses.

La política económica de Justo

El país atravesaba, al asumir Agustín P. Justo, una grave crisis económica, causada por la crisis mundial de los años 1929-30 y por la mala administración de las finanzas nacionales que realizara el gobierno de Uriburu, inepto y vacilante.

El fundamento de nuestra economía, el sector agropecuario, tambaleaba ante la caída de los precios internacionales, a lo que se unía la adopción de medidas proteccionistas por parte de los países industrializados, lo que nos exponía a la pérdida de los mercados tradicionales, básicamente el inglés. Como lógica consecuencia de la crisis, la desocupación aumentaba día a día, y los bancos enfrentaban

agudos problemas al estar muchos de ellos al borde de la quiebra.

El sector público no estaba en mejor posición. Privado el gobierno de sus fuentes de ingresos tradicionales se desenvolvía en la penuria financiera atrasándose en los pagos a proveedores y empleados, jaqueado además por una pesada deuda interna y externa.

Para hacer frente a estos problemas, el gobierno de Justo aplicó una serie de medidas encuadradas dentro del recetario del liberalismo económico aferrándose a esquemas económicos perimidos y consolidando los lazos de la dependencia con el Imperio Británico que entraba en su ocaso. Por ineptitud o frío y antinacional cálculo de intereses no se vio —o no se quiso ver— que todo un sistema económico había entrado en crisis.

Dentro de las medidas económicas con que el gobierno de Justo enfrentó la crisis, analizaremos tres de ellas, justamente aquellas que levantaron las mayores voces de censura, por la implicancia que tenían para el futuro del país, al conceder a intereses extranjeros —predominantemente británicos— privilegios que lesionaron el honor y los intereses nacionales. Ellas fueron:

a) El tratado Roca - Runciman,

b) La creación del Banco Central,

c) La Corporación de Transportes.

El tratado Roca - Runciman

La crisis económica de los años 1929-30 indujo a los países a establecer barreras proteccionistas. El Imperio Británico —el primer país europeo en aplicar el proteccionismo, así como luego sería el campeón del libre cambio— no fue ajeno a este

movimiento. La Conferencia de Ottawa, realizada a mediados de 1932, al establecer la necesidad de que Inglaterra efectuara sus compras preferentemente en sus dominios, provocó el pánico en la oligarquía ganadera argentina y en sus representantes y amanuenses, la clase política gobernante. Ello motivó el rápido envío de una misión que negociase el mantenimiento del acceso de las carnes y cereales argentinos al mercado británico. Encabezó la misma el vicepresidente Julio Argentino Roca (h) y lo acompañaba el doctor Guillermo Leguizamón, abogado-jefe de todos los ferrocarriles británicos existentes en la Argentina. Este personaje había sido distinguido por la Corona Inglesa con el título de *Sir*. Cuesta imaginarlo con estos antecedentes defendiendo los intereses argentinos en Londres.

El resultado de esta misión fue el tratado Roca-Runciman, por el cual el país otorgó elevadas concesiones a los intereses británicos a cambio del dudoso privilegio de seguir vendiendo nuestros productos agrícolas al mercado inglés.

Estas concesiones estuvieron constituidas básicamente por:

a) Protección a la venta de productos británicos en la Argentina, inclusive frente a la competencia de los nacionales;

b) Uso preferencial en la utilización de las divisas extranjeras en poder del Gobierno Nacional para el envío de remesas a Gran Bretaña;

c) Garantía a los frigoríficos extranjeros sobre el monopolio de las exportaciones de carnes argentinas;

d) Compromiso de trato favorable para los inversionistas británicos en los servicios públicos.

Los defensores de tan inicuo pacto han sostenido en su imposible defensa, que a la Argentina no le

quedaba otro recurso que la firma del mismo para no perder el único mercado posible para su producción agraria en esa época. Podemos responderles que la culpa de que fuera Inglaterra el único mercado la tenía la misma oligarquía, y además si el país necesitaba vender su producción agropecuaria a los ingleses, no era menos cierto que éstos no podían prescindir de nuestros cereales y nuestras carnes.

Por lo tanto, las condiciones de la negociación no eran tan desfavorables para nuestro país si hubiera existido real interés en defender las conveniencias nacionales. Este tratado fue simplemente un acuerdo entre Gran Bretaña y la Sociedad Rural Argentina avalado por el Gobierno Nacional, por el cual la primera aseguraba a los ruralistas la compra de sus productos a cambio de tener el férreo control del proceso de desarrollo argentino.

La creación del Banco Central

La legislación bancaria y en especial la creación del Banco Central significó otro avance —y por cierto fundamental— en el dominio por parte de Gran Bretaña de los resortes básicos de la economía argentina, en este caso de la moneda y el crédito.

El proyecto de creación del mismo corresponde a sir Otto Niemeyer, experto británico en finanzas, el cual elaboró un reglamento orgánico ampliamente favorable a los intereses británicos, contando con la asesoría del argentino Raúl Prebisch quien realizó correcciones formales al proyecto.

Aprobado por el Parlamento en 1935, resultó la contrapartida finaciera del pacto Roca - Runciman. De esta forma nuestro país no sólo vendía productos agropecuarios a bajos precios, sino que adopta-

ba una estructura financiera que servía a los intereses del capital británico.

El Banco Central quedó constituido como una entidad en la cual resultaban accionistas los bancos privados y el Estado. Su presidente y vice debían ser ciudadanos argentinos, designados por el Presidente de la República con aprobación del Senado, *extraídos de una lista propuesta por los bancos accionistas*. Como además en su directorio tenían mayoría los intereses de los bancos privados y se garantizaba la representación en el mismo a los bancos extranjeros que actuaban en el país, resultaba que el organismo que tenía la orientación del crédito, que determinaba la paridad monetaria y la emisión del circulante, quedaba en manos extranjeras. O sea que los ingleses tenían el manejo de los instrumentos necesarios para controlar y regular el total de la actividad productiva.

La creación del Banco Central, con las enormes prerrogativas conferidas, significó entregar la suma del poder económico nacional a una *sociedad particular con predominio extranjero*. Como elemento de juicio que corrobora plenamente lo antes expresado, se transcriben las atribuciones que el art. 3 de la ley 12.155 de su creación le otorga, lesionando gravemente la soberanía nacional:

a) *Concentrar reservas suficientes para moderar* las consecuencias de las fluctuaciones en las exportaciones y las inversiones de capitales extranjeros sobre la moneda, el crédito y las actividades comerciales a fin de mantener el valor de la moneda;

b) *Regular la cantidad de crédito* y de los medios de pago, adaptándola al volumen real de los negocios;

c) *Promover la liquidez* y el buen funcionamiento del crédito bancario y aplicar *funciones de ins-*

pección, verificación y régimen de los bancos, establecidos en la ley de Bancos;

d) Actuar como agente financiero y consejero del gobierno en las operaciones de crédito interno o externo y en la emisión y atención de los empréstitos públicos.

Y como corolario de todo esto, el art. 35 otorgaba al Banco Central —entidad privada— una facultad indelegable de la Nación. Dice así: "Durante todo este período para el cual ha sido constituido, *el Banco tendrá el privilegio de la emisión de billetes, y no podrá hacerlo* —agrega— *ni el Estado Nacional*".

Cuesta pensar que el Parlamento argentino haya podido aprobar esta monstruosidad jurídica y antinacional.

No en vano Lisandro de la Torre dirá en el Senado: "El miembro informante decía ayer: *El gobierno inglés quiere o el gobierno inglés no quiere...*, y eso que el gobierno inglés quiere o no quiere se refiere a cosas que pertenecen a la República Argentina y debieran ejecutarse por el gobierno argentino... No podrá decirse que la Argentina se haya convertido en un dominio británico, porque Inglaterra no se toma la libertad de imponer a los dominios británicos semejantes humillaciones. Inglaterra tiene respeto de esas comunidades, más respeto que por el gobierno argentino. No sé si después de esto podremos seguir diciendo: *Al gran pueblo argentino salud*".

La acerada oposición de Lisandro de la Torre sólo recibió murmullos como respuesta. Todo se votó como Gran Bretaña quería. *Lisandro de la Torre se mataría años después, cuando comprobó que su credo liberal en Argentina equivalía a sometimiento.*

Pero la ley 12.155 no vino sola, la acompañaron

la ley 12.156 por la que se creó el Instituto Movilizador, a través del cual el Estado se hizo cargo de los quebrantos sufridos en sus negocios por los bancos particulares; la ley 12.157 y 12.158, las cuales introdujeron reformas a las leyes orgánicas del Banco de la Nación y del Hipotecario Nacional adecuándolas a las nuevas directivas; la ley 12.159, llamada ley de Bancos, consolidó el nuevo sistema, y la ley 12.160 de organización de todo este vasto engranaje de dependencia destinado a someter la economía nacional a las directivas de la metrópoli imperial.

El tratamiento parlamentario de tan fundamental medida merece un párrafo aparte. El Poder Ejecutivo envió las leyes al Senado el 18 de enero de 1935. Al día siguiente se propuso su tratamiento de inmediato reputándose ser conocidas por la Comisión parlamentaria respectiva, y con *inocente candidez* fueron aprobadas a tambor batiente. En Diputados la oposición pudo hacer algunas revelaciones al país; sin embargo, sus propósitos de análisis fueron desechados por la sumisa mayoría. Fueron negadas informaciones imprescindibles para dictaminar en tan grave materia, vital para los destinos del país.

El ministro de Hacienda doctor Pinedo, uno de los mayores responsables de la entrega del país a la voracidad del capital internacional y que actuara en los gobiernos de Justo, Castillo y Frondizi, manejó desde bambalinas todo el trámite parlamentario venciendo con argumentos y dádivas todos los pruritos de conciencia.

La Corporación de Transportes

Habíamos señalado que entre la serie de concesiones que otorgó el Gobierno argentino como con-

secuencia de la firma del tratado Roca - Runciman, figuraba el tratamiento favorable para los inversores británicos en los servicios públicos.

Con relación a los ferrocarriles, el Gobierno de Justo mantuvo los mismos en manos británicas sin afectar los privilegios que habían obtenido por medio de la ley 5.315, conocida como ley Mitre por haber sido el ingeniero Emilio Mitre su autor. Los reclamos y proyectos sobre nacionalización de aquéllos no fueron escuchados, como no podía ser de otra manera, teniendo en cuenta los compromisos y orientación ideológica del gobierno.

Donde en cambio sí innovó fue en el transporte urbano. Cumpliendo los compromisos contraídos, el gobierno de Justo presentó al Congreso un proyecto por el cual se integraba un *holding* llamado *Corporación de Transportes*, en el cual debían integrarse la totalidad de los transportistas metropolitanos. Cada transportista, la Municipalidad de Buenos Aires y el Gobierno Federal recibían acciones proporcionales al capital aportado a la Corporación. Los organismos gubernamentales en realidad capitalizaban impuestos aplicados a las empresas transportistas, cuya recaudación se suspendería.

La Corporación tenía el monopolio de todos los transportes metropolitanos, garantizándoseles un beneficio del 7 % sobre el capital.

Por encima de los argumentos del gobierno —que pretendió justificar esta medida por razones de mayor eficacia en los servicios—, surgió claramente su intención real, que no era otra que salvar la crítica situación por la que atravesaba la Compañía Anglo Argentina de Tranvías —obviamente de capital inglés— la cual, jaqueada por la eficacia de los pequeños transportistas individuales con sus pequeños colectivos, hacía varios años que perdía pasajeros y ganancias.

Pretender que concurriera en una misma em-

presa —dotándolos de acciones según su capital— fuerzas económicas tan dispares como los pequeños transportistas particulares, dueños únicos de sus vehículos y la poderosa Compañía Anglo, era como poner juntos en una jaula a un león hambriento con un indefenso cordero. Como no podía ser de otra manera, en el manejo del *holding* formado predominaría el gran capital inglés, destruyendo a su competencia, los colectiveros. A éstos no les quedó otro camino que optar entre convertirse en socios minoritarios de una empresa que no podían controlar o perder su único bien, sus vehículos, expropiados por razones de utilidad pública.

El propio Estado Mayor del Ejército opuso serios reparos a la ley de Coordinación de Transportes, lo mismo que el Centro Naval y numerosas instituciones de distinto carácter, pero todo fue en vano: el capital inglés podía más.

Como resultado de tan inicua ley se fortaleció el monopolio ya desfalleciente, el pueblo soportó pésimos servicios y el país vio impotente cómo otro servicio público caía en manos del capital monopólico extranjero para su usufructo implacable.

Esta ley fue votada en 1936 por un Congreso dominado por una mayoría servil y antinacional; en realidad no se aplicó en su totalidad hasta 1942, durante el gobierno del doctor Castillo, en gran parte debido a la formidable resistencia que levantó en todos los sectores del quehacer nacional.

Otros aspectos del sometimiento económico: Las concesiones eléctricas

Este fue uno de los más escandalosos negociados en una época de negociados. La prórroga de los convenios de electricidad con la CHADE (Compañía Hispano Americana de Electricidad) y la

CIADE (Compañía Italo Argentina de Electricidad) envolvió por igual a los radicales y al gobierno conservador.

La CHADE era filial de SOFINA, trust internacional con asiento en Bruselas, de la cual dependían entre otras las siguientes empresas de servicios públicos de la Argentina: Compañía Primitiva de Gas, Compañía de Gas de La Plata, Compañía Exploradora de Gas de Bernal, Compañía Americana de Inmuebles y Créditos, Sociedad de Electricidad de Rosario, Compañía General de Tranvías (de la cual dependían a su vez: Compañía de Tranvías Anglo, Compañía de Tranvías Limitada y CATITA). SOFINA se encontraba bajo la protección de la diplomacia inglesa ya que sus principales directores estaban vinculados al Imperio y sus intereses.

En 1936, ante el deterioro de la situación española, SOFINA pensó en transferir la CHADE de Madrid, donde tenía su sede, a Buenos Aires y para que no se interpretara como un gesto inamistoso hacia España se pensó en presentar la cosa como una imposición de la autoridad argentina que obligaba a la nacionalización de la empresa.

Al efecto, y según probaría el informe de la Comisión Investigadora presidida por Rodríguez Conde, en las oficinas de la CHADE se redactó un proyecto de ordenanza que luego fue presentado por concejales radicales —en agosto de 1936—, en el cual se intimaba a la Compañía a nacionalizar su personería jurídica. Fue la ordenanza 7749.

Se eliminó entonces de su nombre la H y quedó CADE (Compañía Argentina de Electricidad). Empero, como esto obligaba a la Compañía a pagar un impuesto de sellos por la transferencia de empresas en la ley de presupuesto para 1937 presentada al Congreso Nacional se incluyó el art. 48 que eximía del mismo a las sociedades extranjeras de servicios públicos que se nacionalizaran entre el 1º de enero

de 1936 y el 31 de enero de 1937. La única era la CADE.

El paso siguiente de la CADE fue obtener la prórroga del contrato de concesión de los servicios eléctricos. El mismo había sido otorgado por una ordenanza del año 1907, y como era por 50 años, vencía el 31 de diciembre de 1957. La CIADE no tardó en sumarse al pedido de prórroga solicitando el mismo beneficio para su concesión que votada en 1912 vencía en 1962. Fue así como 21 años antes del vencimiento del contrato de la CADE y 26 del de la CIADE, el Consejo Deliberante, en una maratónica sesión que duró más de 27 horas, aprobó el 23 de diciembre de 1936 los proyectos presentados por la bancada radical haciendo lugar al pedido de las empresas. Fueron las ordenanzas 8028 y 8029.

La propuesta fue en principio desechada por la Comisión de Servicios Públicos del Consejo Deliberante. Pero posteriormente ingresó un proyecto de ordenanza firmado por todos los ediles radicales insistiendo en las prórrogas y demás modificaciones contractuales solicitadas por las empresas concesionarias. La resistencia que levantó en el seno de la Unión Cívica Radical fue vencida por la compra de conciencias realizada por la CADE, llegándose al enfrentamiento entre el Comité de la Capital —que se oponía al proyecto— y los ediles y Alvear quienes lo apoyaban y propiciaban.

Estas ordenanzas establecieron la prórroga de la concesión de la CADE hasta el año 1982, con opción a 25 años más o sea hasta el año 2007, y la de la CIADE hasta 1987 con opción hasta 2012. Además se acordó la devolución de los fondos de reinversión y previsión fijados por el art. 2 de las primitivas concesiones y que ascendían a $ 87.499.811 para la CADE y 25.677.765 para la CIADE. Quedó asimismo sin efecto la cláusula por la cual al término de la concesión las instalaciones pasaban a la

Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires gratuitamente, reemplazándosela por otra en la cual al término de las concesiones la Municipalidad compraría las Empresas a un precio a convenir.

El radicalismo a partir de estas ordenanzas se vio envuelto en la atmósfera de peculado y corrupción que rodeaba todos los actos del oficialismo. Pero los herederos de Hipólito Yrigoyen, al traicionar el legado del gran caudillo popular, mostraron al pueblo que la Unión Cívica Radical ya no representaba al sentir de las mayorías nacionales, comenzando a madurar las condiciones que harían factible el surgimiento de un nuevo movimiento popular.

El Petróleo

No podía escapar este vital elemento a la voracidad del capitalismo internacional. Así, desde su nacimiento en 1922, YPF fue el blanco de los ataques de los consorcios ingleses y yanquis. El gobierno de Yrigoyen, aliado a la corriente nacionalista del Ejército, expresada entre otros por el general Mosconi, dio un formidable impulso a la explotación de la riqueza petrolera, un elemento liberador de nuestra economía.

Ya en los debates de 1927/28 chocaron las tendencias del nacionalismo económico de los yrigoyenistas con las proclives al liberalismo económico de alvearistas y conservadores. La ley de protección del petróleo nacional fue aprobada por la Cámara de Diputados y rechazada por el Senado donde el yrigoyenismo no tenía mayoría, según hemos visto.

La lucha entre YPF y los consorcios internacionales no sólo se dio por la posesión de los ya-

cimientos, sino también por el control de la importación y comercialización.

Durante el gobierno de Uriburu se autorizó la instalación de surtidores en la Capital Federal por parte de la empresa Energina (inglesa) y Wico (yanqui). Los socialistas durante el gobierno de Justo consiguieron que se obligara a devolver los surtidores a la Municipalidad, pero el intendente Naón vetó la ordenanza.

El proyecto de la ley orgánica de YPF, presentada durante el gobierno de Justo, planteó el tema de la importación de petróleo. La cláusula que permitía a YPF la importación —introducida por el diputado Julio A. Noble— fue rechazada por el Senado, igual que la que establecía la presencia en el Directorio de un director elegido por el personal.

La ley 12.161 significó la respuesta del neoliberalismo económico a los planteos del nacionalismo económico yrigoyenista. Por esta ley se puso *en pie de igualdad* a YPF y a las empresas privadas extranjeras. Sin embargo, al manejar éstas el negocio de la importación, pudieron limitar la acción del ente estatal en el mercado por medio de la política de precios, al aceptar YPF trasladar al mercado argentino el precio FOB internacional, abandonando el costo nacional, eje de la política del general Mosconi.

Todo se confirma al analizar el período 1931/42 donde podemos ver que en el mismo el 70 % del consumo nacional de petróleo estuvo en manos de empresas extranjeras, correspondiendo el 48 % al que se extraía en el país y el 22 % al que se importaba. Al fin del período el capital de YPF no alcanzaba los 800 millones, en cambio las ganancias de la Standard Oil y la Royal Dutch entre 1937/45 llegaron a $ 344.322.513 o sea casi la mitad del capital acumulado por YPF en su existencia hasta ese momento.

El abandono del costo nacional y el traslado al mercado interno argentino del precio FOB internacional, fue una de las consecuencias más negativas de los convenios firmados en agosto y diciembre de 1936 entre YPF y las empresas privadas petroleras y que significaron ligar el ente estatal al cartel local argentino que imponía condiciones similares al cartel internacional, producto de los acuerdos entre las grandes corporaciones en Achnacarry en 1928. El beneficio obtenido por las empresas privadas es fácil de entender si tenemos en cuenta que la extracción del petróleo argentino se hacía a menor costo que el precio internacional FOB sobre el puerto de Houston, en Texas. De esta forma, YPF sacrificó su capacidad para desarrollar una política nacional en oposición a los *trust* como en época del general Mosconi.

FORJA: Un bastión en la lucha por la emancipación nacional

El 29 de junio de 1935 fue fundado FORJA, movimiento cuya sigla significaba Fuerza Orientadora Radical de la Joven Argentina. Su proclama inicial, como un grito de guerra, decía en su frente:

Somos una Argentina colonial,
queremos ser una Argentina libre.

Entre sus fundadores se encontraban Jauretche, Fleitas, Ortiz, Pereyra, Ramírez García, Dellepiane, Del Mazo, Manzione (más conocido como Homero Manzi). Luego se incorporaría una de sus principales figuras, Scalabrini Ortiz.

Ellos pertenecían a la Unión Cívica Radical y luchaban en el seno del partido por mantener enhiestas las banderas del yrigoyenismo, frente a una

conducción claudicante. Al abandonar el radicalismo la abstención electoral, se convencieron de la necesidad de formar una herramienta apta para luchar por la plena soberanía nacional, dentro de un contexto latinoamericano, denunciando al imperialismo británico, dueño de las posiciones claves en el país. Esta tarea de esclarecimiento de la conciencia nacional tenía por objeto tomar la Unión Cívica Radical y convertirla en eje dinámico de un gran movimiento nacional.

La formidable tarea de concientización que realizó este pequeño movimiento —sus adherentes nunca pasaron de 2.000— se caracterizó por abandonar la retórica y la discusión dogmática para centrarse en aspectos concretos de la realidad nacional. Con fuerza, con precisión, con cifras y documentos, con veracidad, con valentía, FORJA impuso un estilo en la vida política argentina dando al movimiento nacional sus banderas y sus verdades, que aún hoy perduran.

Por eso podemos decir que FORJA fue un triunfo increíble de un grupo de jóvenes —lo mejor de la generación de 1930— que sin medios económicos, cercados por el silencio de la prensa *seria*, tuvieron que recurrir al proselitismo casi individual para trascender, y lo consiguieron. La conferencia, el acto público, la oblea, el periodismo independiente, las propias publicaciones entre las que se destacaron los cuadernos de FORJA, hoy inhallables, fueron sus armas. Y por sobre todo, un inmenso amor a la Patria.

A través de un camino de sacrificio y de humildad fueron forjadores del mañana. Cuando en 1945 surge el movimiento peronista, FORJA se disuelve; *había encontrado a quien entregar las banderas del viejo Yrigoyen.*

Radicalismo versus yrigoyenismo

Durante gran parte del período justista, el radicalismo permaneció en la abstención electoral. Durante los dos primeros años se conspiró desde las filas radicales para derrocar a Justo, pero luego del fallido intento de 1933 que costó la prisión a numerosos dirigentes, inclusive Alvear, aunque éste no lo apoyó ni alentó, decreció la actividad revolucionaria del radicalismo y comenzó a abrirse paso en sus cuadros dirigentes la aspiración de volver a las luchas electorales.

Alvear encabezaba la línea concurrencista que era tenazmente resistida por los yrigoyenistas, para quienes tal actitud implicada legitimizar al gobierno surgido del fraude. El oficialismo estaba interesado en el cambio de actitud radical, ya que mediante ella se podía dar un carácter totalmente legal a las leyes entreguistas —creación del Banco Central, reordenamiento bancario, coordinación del transporte, etc.—, condición exigida por los intereses extranjeros para la absoluta seguridad de sus inversiones. En la sesión de la Convención Nacional de la Unión Cívica Radical del 2 de enero de 1935, sólo 30 delegados sobre 140 defendieron el legado de Yrigoyen, el resto claudicó levantando la abstención.

Ahí se cortó el cordón umbilical que unía a ese movimiento nacional y popular que era el yrigoyenismo con la Unión Cívica Radical, su aparato político. En adelante la Unión Cívica Radical se convertiría en un partido político liberal más, cómplice de todas las felonías del régimen, mientras el pueblo abandonado, escarnecido y hambriento guardaría en su corazón el recuerdo y las banderas del viejo caudillo radical, aguantando hasta que viniese otro "criollo en esta tierra a mandar", como dijera Martín Fierro. Este criollo tardó 13 años en

llegar, pero cuando llegó el pueblo de inmediato lo reconoció y a él le entregó el recuerdo y las banderas reivindicatorias de Yrigoyen. Fue el 17 de octubre de 1945.

Apenas 15 días después de la decisión de la Convención Radical, el gobierno envió al Senado los proyectos de ley emergentes del acuerdo de Londres, que diera origen al Pacto Roca-Runciman. El *Estatuto del Coloniaje* —como lo llamara Jauretche— alcanzó así valor legal.

La vuelta del radicalismo a las luchas electorales sólo sirvió para que el gobierno ajustase los mecanismos del fraude. Al radicalismo tan sólo se le dejó ganar Córdoba, donde asumió la gobernación Amadeo Sabatini, y en la Capital Federal donde obtuvo la mayoría del Consejo Deliberante. En los demás distritos triunfó el oficialismo y el secuestro de libretas, el robo y sustitución de urnas, la persecución policial, el voto cantado y otras *delicias* de los conservadores y sus aliados antipersonalistas y socialistas independientes, fueron prácticas corrientes en cualquier elección que realizó. Era el *fraude patriótico*, como cínicamente lo bautizaron sus creadores y ejecutores, mediante el cual, una clase dirigente sin votos repudiada por el pueblo se mantuvo en el poder envuelta en una atmósfera de peculado, corrupción y entrega del patrimonio nacional. *Era la Argentina liberal que imponía su proyecto de sometimiento al pueblo que lo repudiaba.*

De esta manera se va desarrollando la presidencia de Justo, cuyo final encuentra al país relativamente recuperado en el económico, pero con un pueblo irremisiblemente pobre. Justo tenía el manejo del proceso político en la medida suficiente para poder determinar a su sucesor. Si su muerte prematura no lo hubiera eliminado, el general Manuel Rodríguez, su ministro de Guerra, hubiera sido el

candidato de Justo a la sucesión presidencial; pero muerto él, ningún militar gozaba de la confianza del Presidente, lo que hizo que dirigiese su mirada hacia los civiles.

Parecía lógico buscar un candidato que con antecedentes radicales pudiese lograr algún concenso en la masa de votantes. Leopoldo Melo, el más destacado de los antipersonalistas, aparecía como la figura de mayor realce, pero Justo prefirió al ministro de Finanzas, Roberto M. Ortiz, pensando tal vez en que éste continuaría con mayor fidelidad su política y le allanaría más fácilmente el camino a una segunda presidencia.

Sin embargo Ortiz ya estaba signado fatalmente debido a una avanzada diabetes, lo que lo haría un candidato inconveniente. Este hecho era desconocido por Justo, quien sólo tomó conocimiento del mismo durante la campaña electoral, al sufrir Ortiz un desmayo y cuando era muy tarde para volver atrás.

Ortiz, hijo de inmigrantes vascos, había adherido a la Unión Cívica Radical desde su época de estudiante, ocupando bancas en el Consejo Deliberante y la Cámara de Diputados. En 1928 y vinculado al sector antipersonalista había sido ministro de Obras Públicas de Alvear.

Como vicepresidente lo acompañó Ramón S. Castillo, impuesto por el magnate azucarero Robustiano Patrón Costas, presidente del Senado, al ver bloqueadas por el presidente sus propias ambiciones. Castillo era un ex juez oriundo de Catamarca y que representaba a las camarillas conservadoras que mediante el fraude dominaban todas las provincias norteñas.

Como dato significativo de la forma en que se manejaban las designaciones para los más altos cargos públicos, señalaremos que la candidatura de Ortiz fue anunciada en un banquete de la Cámara de Comercio Británica, donde se lo homenajeaba, ma-

nifestando el presidente de dicha institución el agrado con que el comercio inglés vería su designación para la presidencia de la República, cosa que Ortiz agradeció emocionado.

Las elecciones se realizaron dentro de un fraude escandaloso. Alvear - Mosca, la fórmula radical, obtuvo 814.852 votos, contra 1.097.430 de la concordancista Ortiz - Castillo.

Ortiz intenta su reivindicación histórica

El 20 de febrero de 1938 asumió el gobierno de Ortiz. Era el primer civil que volvía a gobernar desde la deposición de Yrigoyen. Se propuso, al igual que Sáenz Peña, utilizar el fraude que lo había encumbrado a la presidencia para dar al pueblo la posibilidad de expresar su voluntad mediante comicios libres y limpios.

En lo económico no introdujo ninguna variante en la política entreguista del justismo, y ello fue lógico pues estaba vinculado al capital inglés al que había servido como abogado de los ferrocarriles y la Unión Telefónica.

Fue entonces en el terreno político donde pretendió introducir cambios a la política de su antecesor, los cuales afectaban toda la estructura de poder del sistema en la medida en que éste no podía subsistir si a la voluntad popular se la dejara expresar libremente. El fraude era elemento esencial e insustituible de la política liberal conservadora.

Durante dos años debió preparar Ortiz su proyectada depuración de las prácticas electorales. Para ello tuvo primero que asegurarse suficiente apoyo en el Ejército dominado por los elementos justistas. Eficaz colaborador en esta tarea fue el general Márquez, su ministro de Guerra, quien con habilidad y paciencia fue socavando la influencia

de Justo en los cuadros de oficiales del Ejército. Cuando consideró Ortiz que estaba suficientemente respaldado por oficiales que habían dado pruebas inequívocas de adhesión a los principios constitucionales, dio comienzo a su reforma política.

El primer paso fue la intervención a Catamarca —provincia natal del vicepresidente Castillo— en febrero de 1940, por prácticas fraudulentas en la elección de gobernador en diciembre de 1939. Nombró interventor al general (RE) Rodolfo Martínez ordenándole preparar nuevas elecciones, en las que fueran "resguardadas y garantidas las libertades para todos los electores". Al designar un militar en retiro, Ortiz desnudó sus intenciones de apoyarse en las Fuerzas Armadas para asegurar el libre ejercicio de sus derechos al pueblo. Esto dio origen a ataques del diario *La Prensa*.

Pero la prueba de fuego de su proyectada reforma política la debería cumplir en la provincia de Buenos Aires, templo del fraude conservador. En esta provincia se debían celebrar elecciones de gobernador el 25 de enero de 1940. El gobierno nacional por intermedio del ministro del Interior, Diógenes Taboada, advirtió al gobernador bonaerense, Manuel Fresco, que el acto debía celebrarse respetando la libre expresión de la voluntad popular. Esto significaba para los conservadores entregar la provincia al radicalismo y con ello resignar toda esperanza de triunfo en la futura elección presidencial. Ni Fresco ni los conservadores estaban dispuestos a tamaño sacrificio político por satisfacer las ambiciones de honestidad electoral del Presidente.

Por otra parte, estaba por verse si la audacia presidencial de intervenir Catamarca era capaz de repetirse en la inatacable Buenos Aires.

Se realizaron las elecciones y el fraude campeó en todo su esplendor. Ortiz no actuó, pareció no

atreverse con el santuario conservador. El domingo siguiente, nuevas elecciones, ahora para renovar el Congreso, en Buenos Aires y otras 8 provincias. Nuevos fraudes en la provincia bonaerense, aunque en menor escala. Cuatro días después se conocía el decreto de intervención a Buenos Aires a pesar de las presiones de Justo en defensa de Fresco. El Presidente, apoyado por los mandos militares, cumplía su palabra de respeto a la voluntad popular.

La presencia durante los primeros días de un militar en actividad en la intervención, el coronel Cassinelli, ratificaba la decisión del Ejército de apoyar al Presidente en sus esfuerzos por el saneamiento de las prácticas políticas.

Los conservadores, alarmados por la firme decisión presidencial de inmediato comenzaron a atacar al Presidente, mientras los radicales lo rodeaban destacando su virtud cívica y valor moral.

Pero todo habría de durar muy poco. El 3 de julio, Ortiz debía solicitar licencia al agravarse su diabetes al extremo de afectar su vista. Su presidencia prácticamente había terminado y con ella el hálito de esperanza que había llevado al pueblo descreído.

Y todo quedó como estaba

El 4 de julio de 1940 asumió interinamente la presidencia Castillo. Poco después se agitaba la opinión pública ante el escándalo del negociado de las tierras del Palomar, resultando específicamente imputado el ministro de Guerra general Márquez, a raíz de la compra de tierras adyacentes al Colegio Militar a precios inflados. El asunto llegó a salpicar al enfermo presidente Ortiz, quien envió su renuncia al Congreso el 22 de agosto. Dos días después la Asamblea Legislativa la rechazaba por 170 votos

contra 1. A fin de ese mes de agosto, el gabinete presentó su renuncia y Castillo designó uno nuevo en el cual el general Márquez —absuelto finalmente por la Cámara de Diputados— fue reemplazado por el general Tonazzi, amigo de Justo.

En diciembre y enero hubo elecciones en Santa Fe y Mendoza, el fraude volvió a imperar en todo su esplendor consagrando a los candidatos de la Concordancia en medio de las protestas de los radicales.

Mientras tanto, desde el 1º de setiembre de 1939 el mundo ardía envuelto en el horror de la segunda guerra mundial. Los ecos de la misma también llegaron a nuestras playas influyendo en el quehacer político interno.

Se enfrentaban en ella dos grupos de países imperialistas y colonialistas que buscaron definir por las armas sus aspiraciones de predominio en la distribución del mundo y sus áreas de producción. Lógicamente —no es correcto simplificar excesivamente los conceptos— también jugaron su papel factores políticos, sociales y culturales, que precipitaron el conflicto mundial. Así se enfrentaron, por un lado, Gran Bretaña y Francia sumándose posteriormente Rusia y Estados Unidos, y por el otro Alemania, Italia y Japón. Los primeros países eran conocidos como *los aliados* y los segundos como *el Eje*.

El gobierno argentino había proclamado su neutralidad en el conflicto, pero durante la presidencia de Ortiz, vinculado éste a los intereses británicos, manifestaba su inclinación hacia los aliados, posición compartida por los sectores liberales. En cambio, la mayoría de los oficiales del Ejército mostraba sus simpatías por los países del Eje.

Castillo, luego de asumir el mando, buscó apoyo para neutralizar el tutelaje que Justo trataba de tener sobre el nuevo gobierno, siendo figura clave

de la estrategia justista el ministro de Guerra Tonazzi. Ese apoyo lo consiguió en los sectores nacionalistas, firmes partidarios del Eje, con lo cual su política internacional necesariamente tendió a acentuar el neutralismo.

La entrada en la guerra por parte de los Estados Unidos complicó la política neutralista de Castillo, ya que los norteamericanos exigían a la Argentina que cumpliendo los pactos interamericanos, como ya lo habían hecho los demás países de América, rompiera relaciones con los países del Eje. Aunque Inglaterra alentase la neutralidad argentina que le aseguraba su abastecimiento alimenticio.

Un problema que preocupó a los sectores militares fue la provisión de armas, máxime teniendo en cuenta que los Estados Unidos proveyeron generosamente de ellas a Uruguay y Brasil. A partir del 22 de agosto de 1942, el desequilibrio armamentista se intensificó a favor del Brasil pues en dicha fecha este país declaró la guerra al Eje, siendo entonces equipado por los norteamericanos con los más modernos equipos bélicos.

La inferioridad militar en que quedó la Argentina frente a su tradicional adversario significó una seria amenaza para su seguridad, por lo que, ante la negativa de los Estados Unidos a proporcionar equipos militares mientras no se rompiese relaciones con las potencias del Eje, el gobierno argentino procuró conseguirlas en Alemania, único proveedor sustituto posible. Al efecto se hicieron negociaciones vía la embajada argentina en Madrid, pero con resultado negativo, ya que Alemania no estaba en condiciones de proveerlas y además necesitaba una Argentina neutral ubicada en la retaguardia de los norteamericanos y no podía arriesgarse a que el envío de armamento sirviera de pretexto a los planes yanquis para intervenir militarmente en nuestro país.

Esta política de neutralidad, tercamente sostenida por el gobierno de Castillo, junto con la creación de la marina mercante en base a buques italianos y alemanes a los que la guerra había sorprendido en nuestro puerto, fueron los hechos más destacables de este período.

A todo eso el pueblo presenciaba ajeno e indiferente la disputa entre *aliadófilos* y *germanófilos*, o sea entre quienes presionaban de todas las formas posibles para forzar al gobierno a entrar en la guerra al lado de las potencias anglosajonas y los que apoyaban entusiastamente la política neutralista gubernamental. Lo que sí le preocupaba al pueblo era la afligente situación económica que golpeaba duramente los humildes hogares de obreros y empleados, en los cuales la desocupación y el hambre resultaban huéspedes asiduos. Por otra parte, siendo el fraude político y la corrupción administrativas formas habituales de la acción del gobierno y del régimen imperante, el pueblo carecía de toda posibilidad de participación en la cosa pública, y presa del desaliento hacía lo único que podía hacer: subsistir.

El principio del fin de la década infame

La muerte de Ortiz y Alvear en mayo y julio de 1942 respectivamente y la de Justo en enero de 1943, libró de obstáculos el camino de Castillo y le permitió consolidar su poder, estando en condiciones de decidir su sucesión presidencial a principios de 1943; ésta iba a ser precisamente la causa de su derrocamiento.

La guerra inicialmente favorable a las potencias del Eje, a partir de 1942 había comenzado a cambiar su curso, concretamente después de los triunfos aliados en Midway, El Alameín y Stalingrado. En

los meses iniciales de 1943, la derrota del Eje parecía cada vez más posible. Castillo comprendió entonces que un candidato excesivamente comprometido por sus inclinaciones germanófilas sería una pesada carga para el país en la posguerra que se avecinaba. Esto unido al favor que le debía por haber sido quien lo había colocado en la vicepresidencia en la fórmula de 1937, hizo que se decidiera por el salteño magnate del azúcar Robustiano Patrón Costas, presidente provisional del Senado. Patrón Costas, sin ser un proaliado neto, tenía por lo menos la ventaja de no poder ser tildado de germanófilo.

Sin embargo, su proyectada designación levantó descontento en amplios círculos de las Fuerzas Armadas que desconfiaban que su llegada a la presidencia terminase con la política de neutralidad. Por otra parte, su candidatura no contaría con ningún favor popular, por lo cual sólo la máquina del fraude podría ponerlo en la Casa Rosada. Esto significaba la perspectiva, poco grata, de mezclar nuevamente al Ejército en una elección fraudulenta, futuro previsible que, por cierto, no halagaba la imaginación de los mandos militares.

El descontento en las filas del Ejército fue canalizado por un grupo de oficiales que se dio a la búsqueda de un camino alternativo al fraude.

Se crea el GOU

El 10 de marzo de 1943, se reunieron en el hotel Conte, ubicado frente a la Plaza de Mayo, un grupo de oficiales quienes fundaron el GOU (¿Grupo de Oficiales Unidos?). Los tenientes coroneles Miguel A. Montes y Urbano de la Vega se habían esforzado por convencer a otros oficiales acerca de la necesi-

dad de organizarse para poner en ejecución sus ideas.

El coronel Perón había sugerido la formación de la logia. Perón había regresado al país en 1941 desde Italia donde estaba en misión, siendo destinado a Mendoza hasta 1942, cuando se lo había trasladado a Buenos Aires entrando entonces en contacto con Montes y de la Vega. Junto con estos oficiales, participaron en los trabajos previos a la formación del GOU el coronel Emilio Ramírez y los tenientes coroneles Aristóbulo Mitelbach y Arturo Saavedra, entre otros. La designación del general Pedro P. Ramírez como ministro de Guerra, en los últimos meses de 1942, había favorecido a este grupo de oficiales pues a través del mismo lograron, los futuros componentes del GOU, importantes cargos en la estructura del ejército.

Conocida la decisión de Castillo respecto a la candidatura de Patrón Costas, el GOU comenzó a moverse para frustrar la misma. Así se adoptó la decisión de realizar en setiembre un movimiento militar si Castillo insistía en dicha nominación. El general Ramírez conocía las actividades del GOU, pero nada hizo para evitarlas.

La Unión Cívica Radical fue informada del proyecto del grupo militar y propusieron sus dirigentes llevar al general Ramírez como candidato presidencial en su fórmula. El 26 de mayo hubo una reunión entre Ramírez y dirigentes radicales donde se ofreció a éste la candidatura, pero él mismo dio una respuesta ambigua.

Castillo se enteró de la reunión y decidió pedirle la renuncia a su ministro de Guerra. El 3 de junio hizo preparar el decreto dando por terminadas las funciones de Ramírez. Esta decisión presidencial precipitó los hechos.

Al enterarse los oficiales del GOU del propósito de Castillo se reunieron apresuradamente, decidien-

do realizar el golpe militar. Como necesitaban un general para encabezarlo, buscaron a Rawson —Comandante de la caballería— quien a su vez hacía tiempo que planificaba su propio golpe. Arturo Rawson aceptó, y sólo restaba convencer al coronel Elbio Anaya —Jefe de Campo de Mayo— y así tener todo listo para derrocar al Presidente.

Lo que olvidaron, quizás en el apuro del tiempo, fue resolver qué harían una vez dueños de la Casa Rosada y quién ocuparía el gobierno. Este olvido facilitó la unidad de acción, pero traería luego lógicos desencuentros.

En las últimas horas del mismo 3 de junio, todo estaba listo para iniciar la marcha sobre la Casa de Gobierno. La Marina había sido neutralizada. El tiempo que le restaba a Castillo para lucir la investidura presidencial se contaba por horas. La Argentina liberal se encaminaba a un nuevo cono de sombra, pero ni lo imaginaba. La época de las masas populares estaba por iniciarse. La clase obrera iba a irrumpir en el escenario político nacional y a un líder excepcional se le acercaba la hora de su destino histórico. ¿Quién hubiera podido intuir tan formidables cambios en la vida política, económica y social del país? Y sin embargo estaban muy próximos.

Capítulo XI

UN DIA COMO OTROS, DISTINTO A TODOS

La revolución del 4 de junio de 1943

En una mañana gris, un primer viernes del mes de junio de 1943, a las 5,25 hs., las tropas de Campo de Mayo —principal guarnición del país— iniciaron su marcha sobre Buenos Aires con el fin de derrocar el gobierno del presidente Ramón S. Castillo. Los generales Rawson y Ramírez encabezaban el movimiento. La columna militar no encontró mayores inconvenientes en su marcha, salvo un tiroteo al pasar frente a la Escuela de Mecánica de la Armada. A la tarde de ese día la quinta edición de *Crítica* en un título catástrofe a 8 columnas anunciaba al sorprendido país: "Un movimiento militar triunfó"; y más abajo: "Formóse una Junta Militar". Era el 4 de junio de 1943.

Sin imaginarlo, siquiera, los protagonistas del hecho de armas comenzaron a escribir el primer renglón de un largo y sin duda apasionante capítulo de la historia argentina, cuyo punto final se pondría el 1º de julio de 1974 con la muerte de Juan Domingo Perón, el carismático caudillo que surgiera del seno de dicho movimiento militar para liderar por 30 años a las masas populares argentinas.

Escaso público se congregó frente a la Casa Rosada para aplaudir a las tropas, y los que lo hicieron dieron por sentado el carácter liberal del golpe militar, pero los hechos habrían de desmentir tales supuestos. Los estribillos de "Argentinos sí; nazis no" y "Democracia sí; fascismo no", con los cuales saludaban a las tropas denotaban la filiación aliadó-

fila de esos pequeños grupos y reflejaban la disputa que envolvían a los sectores dirigentes del país.

El general Rawson, designado en principio Presidente de la República, no se pudo mantener ni 24 horas en el poder —no llegó ni a jurar— y fue reemplazado por el general Pedro P. Ramírez.

La proclama del gobierno militar indicaba claramente el momentáneo compromiso entre los sectores aliadófilo y progermánico del Ejército; señalaba como fines del mismo poner término a un sistema que a través de "la venalidad, el fraude, el peculado y la corrupción, ha llevado al pueblo al escepticismo y a la postración moral, desvinculándolo de la cosa pública". Más adelante y sin anunciar la ruptura de la neutralidad decía que se lucharía "por hacer efectiva una absoluta, verdadera y leal unión y colaboración americana en cumplimiento de los pactos y compromisos internacionales".

El gabinete formado para acompañar al presidente Ramírez fue la primera desilusión de quienes creyeron que el golpe venía a cambiar un estado de cosas. La presencia en el mismo como Ministro de Hacienda de Jorge Santamarina —beneficiario principal de muchas maniobras económicas del gobierno destituido— o del vicealmirante Galíndez —hombre al servicio de uno de los mayores monopolios del mundo, la Electric Bond and Share Company—, demostraba la absoluta falta de deseos de cambio.

Entre los desilusionados estaban los hombres de FORJA, quienes en conocimiento de los prolegómenos revolucionarios adherían al golpe, esperando de él un cambio que permitiera levantar en el país nuevamente las banderas del viejo Yrigoyen: la dignidad, la soberanía y la independencia económica.

Al poco tiempo de su establecimiento, el gobierno militar fue cayendo en el desprestigio por su inacción y por absurdas e infantiles medidas tales

como el intento de revalidar un hispanismo integrista que llevó al extremo de cambiar las letras a los tangos para borrar de ellas las *palabras groseras*, o sea el lunfardo. El ingenio popular se burló despiadadamente de esta y otras torpes medidas.

Para peor, el vuelco de la guerra en contra de las potencias del Eje fue privando al movimiento militar de su contenido real. El 25 de enero de 1944, la intensa presión internacional de los países aliados, fundamentalmente de los Estados Unidos, obligó al rompimiento de relaciones con Alemania y Japón. En febrero renunciaba Ramírez y asumía la Presidencia el general Edelmiro J. Farrell.

Surge Perón

El coronel Juan Domingo Perón, a quien se le atribuye la proclama revolucionaria del 4 de junio, se desempeña en los primeros días del golpe militar como jefe de la Secretaría de Guerra, siendo Ministro del ramo el general Farrell.

En noviembre de 1943, Perón es designado Secretario de Trabajo y Previsión, organismo creado por su iniciativa y que reemplazaba al Departamento Nacional del Trabajo. Esta era una oficina estatal que teóricamente se ocupaba en el control del cumplimiento de las leyes sociales vigentes, por cierto muy escasas, y de los problemas laborales que se suscitasen. En la práctica, poco o nada cumplía de su cometido, y los obreros mal podían apelar a ella en busca de protección a sus siempre cuestionados derechos.

La creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión significó para Perón hallar el medio que lo pusiese en contacto con los sectores populares, hasta entonces simples espectadores del quehacer nacional.

Este mero acto administrativo no tuvo ninguna

trascendencia pública, nadie intuyó que esta nueva Secretaría, aparentemente una dependencia burocrática más, a cuyo frente se ponía un oscuro coronel, tendría por destino ser punto de encuentro entre las masas populares y un hombre destinado a cambiar el curso de la historia nacional y liderar por 30 años al pueblo argentino.

El ascenso de Farrell a la Presidencia de la República catapultó a Perón a las máximas jerarquías del gobierno. Amigos y compañeros de armas, resultó lógico que Farrell lo transformase a Perón en su brazo derecho, a favor del prestigio que éste tenía entre sus compañeros del GOU. Así, rápidamente se sucedieron los nombramientos: primero Ministro de Guerra, en reemplazo de Farrell al asumir éste la Presidencia; luego, vicepresidente de la República, ambos con retención de la Secretaría de Trabajo y Previsión, la cual, lúcidamente, no quiso cambiar por honores o entorchados. El político de excepción ya se perfilaba.

La guerra seguía su curso cada vez más favorable a los aliados, ya no quedaba duda de su desenlace. La ruptura de relaciones no había bastado, se exigía la declaración de guerra. Al país se le había tendido un cerco diplomático y económico. Los Estados Unidos imponen la decisión, gallardamente resistida por la Argentina durante 5 años; en caso contrario, se ampliaría el bloqueo económico y además el país quedaría fuera de la Conferencia programada en San Francisco que daría origen a las Naciones Unidas, lo que significaba quedar fuera del concierto mundial de naciones en la ya próxima posguerra.

Finalmente el gobierno militar cede. El 27 de mayo de 1945 se declara la guerra a Alemania y Japón, adhiriendo al Acta de Chapultepec. El acto de humillación nacional cayó sobre el gobierno de Farrell, pero éste no tenía la responsabilidad sino

que era el corolario fatal de una política defendida tozudamente a través de los años de guerra y que contaba con el aval de la mayoría del pueblo argentino. Las circunstancias mundiales se habían vuelto en su contra, pero ella no había sido sino la continuación de la actitud de Hipólito Yrigoyen en la primera guerra mundial y que éste, en otro contexto internacional, había podido sostener gallardamente.

Por otra parte, es bueno señalar que la simpatía sentida por grandes sectores del Ejército por Alemania se basaba, en gran medida, en la admiración con que veían la eficacia profesional de los ejércitos de la Wehrmacht. A ello se sumaba la prédica nacionalista que recalcaba nuestra sumisión a Inglaterra y los vicios de las prácticas democráticas en nuestro país, con lo cual no había causa para sentir mucho afecto por ellas.

Todo esto conducía a un esquema simplista, que consideraba a todo enemigo de Inglaterra como aliado potencial de la Argentina. Además el nazismo adquiere hoy otra dimensión a la luz de sus crímenes en los campos de concentración y otras prácticas aberrantes, pero estos aspectos recién fueron conocidos por el mundo después de 1945. •

El año 1945

Estamos en pleno año 1945, año tremendo, año singular en la vida argentina, que habría de signarla con un hecho relevante: *La irrupción de las masas populares como factor de poder en el quehacer nacional.* Sin su conocimiento profundo y sin su interpretación cabal, es imposible comprender los 30 años siguientes de la historia argentina, entender nuestro presente, ni intuir ni influir en el porvenir que, acuciante, nos desafía con sus enigmas.

La Argentina del 45 era una Argentina sin TV, sin transistores, sin Coca-Cola y que iba a estremecerse, como todo el mundo, con el crimen atómico de Hiroshima y Nagasaki.

Al iniciarse ese año, Perón se ha convertido en el motor y nervio del gobierno militar. El ha salvado al movimiento de Junio que marchaba sin rumbo, al darle un contenido, haciendo hincapié en lo social a la vez que facilitando el desarrollo de una conciencia industrial en el país, rompiendo viejos esquemas de los intereses agroexportadores que desalentaban y obstaculizaban todo intento de crear una infraestructura manufacturera que modificase el panorama productivo.

Al influjo de la guerra y del bloqueo económico al que los Estados Unidos nos sometía, que cortó la corriente de productos elaborados extranjeros, desde 1942 en adelante comenzaron a surgir prácticamente de la nada multitud de industrias que suplieron las necesidades de la población en los más variados ramos antes abastecidos desde el exterior.

Así los argentinos resultamos capaces de la noche a la mañana de fabricar telas, productos químicos, aparatos para el hogar, accesorios y repuestos para automóviles y ferrocarriles. Este espontáneo desarrollo industrial fue la mejor confirmación de que el atraso en que se hallaba la industria argentina era sólo producto de los intereses de la clase gobernante ligados a la conveniencia y la estrategia del Imperio Inglés.

Perón desde el gobierno militar alentaba estas actividades con diversas medidas, tales como: creación del Banco de Crédito Industrial —hoy Banco de Desarrollo— que como su nombre lo indicaba estaba destinado a establecer líneas de crédito especiales para la industria con el objeto de favorecer su desarrollo, apoyo a Fabricaciones Militares, me-

didas de fomento de distinta índole para la instalación de nuevas plantas industriales. Inclusive se instauró el día de la industria.

Esta acertada política vio cristalizados sus esfuerzos cuando el 11 de octubre de 1945, en los Altos Hornos de Zapla en Jujuy, dependientes de Fabricaciones Militares, saltó la primera colada de hierro en la historia del país. La Argentina moderna e industrial estaba en marcha.

La labor de la Secretaría de Trabajo y Previsión

Pero la tarea más trascendente de Perón fue realizada desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. En abril de 1943 el Departamento Nacional del Trabajo informaba en su memoria que "en general, la situación del obrero argentino se ha desmejorado, a pesar del auge industrial. En tanto se logran descomunales ganancias, la mayoría de la población se ve forzada a reducir su nivel de vida y la distancia entre éste y los salarios aumenta continuamente". En dos años la situación habría de revertirse.

Perón, desde su puesto de Secretario de Trabajo y Previsión, estableció la extensión del régimen jubilatorio a más de 2 millones de trabajadores, antes sin protección en su vejez. Se aprobaron varios estatutos para diversos gremios, entre ellos el del *peón de campo;* éste sobre todo provocó las iras de la oligarquía ganadera que se sintió afectada en sus —para ellos— intangibles derechos de disponer de los peones de sus estancias como si fueran cosas y no hombres. Desde ese momento en más, hubo una relación laboral con obligaciones y derechos mutuos que ambas partes debían respetar.

Se establecieron feriados obligatorios, en los

cuales el obrero debía recibir su salario como si trabajara. Se crearon los Tribunales del Trabajo, dándose origen a la Justicia Laboral. Se otorgaron diversos aumentos de sueldo. Se legisló sobre prevención de accidentes y vacaciones pagas, así como también sobre licencia por enfermedad e indemnización por despido y muerte.

El corolario de esta notable tarea reivindicadora en el orden social fue el decreto 33.302/45 del 20 de diciembre, por el cual se estableció el *sueldo anual complementario,* comúnmente llamado *aguinaldo.* Esta medida fue enérgicamente resistida por los sectores patronales, acompañados en la protesta, créase o no, por varios sindicatos que eran manejados por los socialistas o los comunistas; claro que esta protesta *seudosindical* era sólo a nivel de dirigentes, pues obviamente los obreros no les respondían.

Conviene señalar que este decreto no fue firmado por el coronel Perón, pues el 20 de octubre se había hecho cargo de dicha Secretaría de Trabajo y Previsión el coronel Mercante; pero el pueblo sabía perfectamente quién era su inspirador, cosa que por otra parte señaló el mismo Mercante.

Deliberadamente dejamos para el final la mención del decreto sobre asociaciones profesionales, verdadero génesis del movimiento obrero organizado en nuestro país. Hasta ese momento era por demás incipiente la organización obrera sindical. El primer intento de organización obrera en la Argentina data del año 1891, en que bajo el signo del *proletariado internacional* se realiza el primer Congreso Constituyente de la Federación de Trabajadores de la República. Luego de una larga serie de intentos de nuclear a los trabajadores en una Central obrera única, fracasados por sucesivos enfrentamientos entre anarquistas, comunistas y socialistas, quienes se disputan el predominio en la con-

ducción del movimiento obrero, en 1930 —el 27 de setiembre— se unifican los distintos sectores, ante el peligro que significaba el gobierno militar de Uriburu; surge así la Confederación General del Trabajo (CGT).

En el momento de producirse el golpe militar de 1943, existían dos centrales obreras: la CGT Nº 1 y la CGT Nº 2, además de otras dos menores. Cuando se crea la Secretaría de Trabajo y Previsión está por estallar una huelga general contra el gobierno militar, que había tomado torpes medidas represivas contra los obreros y sus organizaciones.

La nueva actitud del coronel Perón cambia el panorama y comienza el acercamiento entre él y los dirigentes gremiales. Al comienzo éste es sumamente difícil por el recelo que despierta su condición de militar. Pero a medida que se suceden las decisiones de la Secretaría amparando a los obreros y sus organizaciones y en tanto se va ampliando el campo de sus derechos, esa frialdad se revierte comenzando la confianza a ganar el ánimo de los líderes sindicales.

A pesar de ello muchos sindicalistas encerrados en sus convicciones ideológicas —anarquistas, socialistas y comunistas— rechazan al insólito Coronel que con su preocupación por los problemas sociales se evade de sus esquemas principistas. Y no sabiendo compatibilizar éstos con la realidad, siempre cambiante, prefieren oponérsele aun a riesgo de perder su ascendiente en las huestes obreras.

Rápidamente la unidad sindical se va concretando en derredor de la CGT Nº 1 que absorbe a las otras y finalmente queda dueña de la situación, ya sin aditamentos. Los dirigentes que se oponen a esta unidad obrera son barridos por la acción de otros dirigentes, muchos de ellos de la segunda línea de las organizaciones sindicales, y por la propia acción del coronel Perón que hábilmente los aísla desha-

ciéndose finalmente de ellos. Estos, en su desesperación y su despecho, terminarán aliándose a la oligarquía ganadera y a los liberales de toda marca contra el pueblo y su líder.

También aparecen nuevos dirigentes, productos de la formación de nuevas agrupaciones sindicales que agremian a trabajadores antes sin representación gremial.

En 1943 había unos 80.000 obreros agrupados en sindicatos. En 1945 llegaban a 500.000. Entre los nuevos sindicatos podemos mencionar a Madereros, de la Construcción, Vitivinícolas, FOTIA, etc. A principios de 1945, en forma silenciosa, ya estaba formada y crecía más y más, una nueva fuerza destinada a transformar el mapa político, social y económico de la Argentina: *El movimiento obrero organizado.* Pronto entraría en acción.

El año 1945 avanzaba velozmente. La oligarquía ya había advertido que Perón era su enemigo y por cierto muy peligroso, hacia él embicaría sus cañones. Diatribas, insultos, calumnias de todo tipo, eran elementos diarios de su arsenal. Pero fundamentalmente utilizó el chiste descalificador, en cuanto ataca al destinatario en su moral privada o pública, conducta, capacidad intelectual, atributos físicos y cualquier otra faceta que pueda convertirlo en el hazmerreír público. Esto había sido ya ensayado contra Yrigoyen con buen resultado, y con Perón y Farrell fue perfeccionado al máximo.

El ocio, privilegio de las clases pudientes, da las condiciones propicias para elaborar esta técnica de lucha política y social, que encuentra en la clase media y núcleos seudointelectuales —siempre dispuestos a receptar las pautas de conducta de la clase alta— la polea transmisora para su difusión en el seno de la sociedad.

Durante todo el gobierno peronista esta técnica estuvo en uso, ensañándose con distintas figuras del

equipo de gobierno: Perón y muy especialmente Eva Perón. Así, burlándose de las formas, en realidad tratan de detener los procesos de fondo que son su preocupación verdadera.

Prolegómenos del 17 de octubre. Llega Spruille Braden

Pero no sólo se recurrió a este artero ataque para desprestigiar a Perón con vista a su eliminación, sino que todo motivo, real o inventado, era bueno para reclamar, denunciar, agitar, movilizar, crear intranquilidad; en fin, dar la imagen de descontrol y caos propicios a golpes de mano. Ya lo habían hecho en 1930, ahora lo repetían en el 45.

Haciendo realidad la máxima de que "todo enemigo de mi enemigo es mi amigo", pronto hallaron un aliado inmejorable. En mayo del 45 llegó al país Spruille Braden, embajador de los Estados Unidos, vinculado a los más nefastos grupos monopólicos norteamericanos, como los que tenían en sus manos la explotación del cobre en Chile o de la explotación bananera en Centroamérica. Este ridículo personaje, prototipo del gángster norteamericano con que nos *obsequiara* el presidente Truman, fue —durante los 4 meses que permaneció en el país— el virtual jefe de la oposición a Perón.

Durante su estadía en la Argentina realizó la más variada gama de actividades, pero ninguna vinculada con la misión que le compete de representante extranjero ante un país soberano. Continuos banquetes y agasajos daban pie a discursos y declaraciones donde atacaba sin muchos ocultamientos al gobierno militar. Además, se convirtió en el coordinador de la oposición e instaba a muchos oficiales a la acción para derrocar a Perón.

En agosto, fue llamado a Washington para des-

empeñarse como secretario adjunto del Departamento de Estado a cargo de los Asuntos Latinoamericanos. Antes de partir pronunció un burdo e insolente discurso, en ocasión del homenaje que se le rindió en el Plaza Hotel, ante unas 800 personas que, según la crónica de *La Prensa*, representaban todos los círculos culturales, diplomáticos y sociales. En el mismo, sin nombrarlo directamente, atacó y ridiculizó al gobierno argentino, entre los aplausos y aclamaciones de los presentes, supuestamente ciudadanos argentinos, cultos y civilizados.

Desde su nuevo puesto en Norteamérica, tal cual lo había prometido, siguió su lucha contra Perón. Por su inspiración, el Departamento de Estado publicó el famoso *Libro Azul*, en vísperas de las elecciones de febrero del 46. En el mismo se acusaba al gobierno militar y a muchos militares —entre ellos a Perón— de concomitancia con las potencias del Eje. Perón habría de contestar fulminantemente este ataque con el eslogan que le dio muchos miles de votos al concientizar ideológicamente al pueblo: *Braden o Perón*.

Mientras la oposición lo atacaba con todo su poder, Perón desde el gobierno respondía organizando a los obreros, atacando a sus enemigos con discursos y arengas donde les enrostraba sus falencias y peculados, el olvido en que habían dejado al pueblo y la postración de la Patria desde 1930 en adelante. Utilizaba los recursos de la radiofonía en trasmisiones en cadena para difundir su palabra, hecho que por primera vez se realizaba en el país. Además, por medio del estado de sitio, reprimía a los más belicosos de sus adversarios, muchos de los cuales emigraron a Montevideo, más por buscar notoriedad que por real persecución.

En medio de un clima de gran tensión, la oposición proyectó realizar una gran marcha de repudio al gobierno. Se la llamó la *Marcha de la Constitución*

y la Libertad, consistiendo en una marcha entre Plaza del Congreso y Plaza Francia, a lo largo de la Avda. Callao. La manifestación constituyó un gran éxito para la oposición. La policía fijó en 60.000 personas la concurrencia. Sus organizadores hablaron de 500.000.

En ella desfilaron desde comunistas como Rodolfo Ghioldi o Ernesto Giudice a conservadores conspicuos tales como Saavedra Lamas, Antonio Santamarina o Joaquín de Anchorena; desde socialistas como Alfredo L. Palacios a radicales antiyrigoyenistas como Ernesto Sanmartino o Gabriel Oddone, sin olvidar algún catedrático de nota, como por ejemplo Ricardo Levene. Lógicamente, contó con la ineludible presencia de Braden, ya próximo a partir de regreso a los Estados Unidos y como no podía ser de otra forma, se cantó numerosas veces *La Marsellesa* en un claro signo de alienación cultural.

Esta manifestación se realizó el 19 de setiembre y a partir de allí se precipitaron los hechos que tuvieron su eclosión el 17 de octubre.

El 17 de octubre de 1945

El país había quedado dividido en dos bandos irreconciliables, que se enfrentaban sin dar ni pedir tregua. Por un lado, se alineaban los partidos políticos liberales, desde conservadores a comunistas, la Universidad y los estudiantes, la oligarquía ganadera, los empresarios, la intelectualidad en su mayoría, parte de las Fuerzas Armadas, grupos de católicos liberales, casi toda la prensa y las radios. Todo este conglomerado reclamaba la plena vigencia de la Constitución y el llamado a elecciones, pero su objetivo fundamental era la defenestración de Perón.

Del otro lado se ubicaban la clase trabajadora, los sectores mayoritarios de la Iglesia, algunos intelectuales, el nacionalismo, unos pocos industriales y el diario *La Epoca* que dirigía el radical yrigoyenista Eduardo Colom. Estos apoyaban al gobierno y fundamentalmente a Perón, alzando su figura con vistas a la futura contienda electoral. Contaban a su favor con el aparato gubernamental.

La división era tan tajante que incluso las familias se dividían, según sus integrantes militaran o simpatizaran en bandos opuestos. *En el año 1945 no hubo neutrales ni indiferentes a la cosa pública en el país.* Y sin embargo, a pesar del encono y el ardor con que se defendían las posiciones o se atacaba al adversario; a pesar de que las pasiones al rojo vivo encendían los ánimos y se fustigaba sin piedad ni ecuanimidad al rival; a pesar de que todo recurso fue bueno para herir, descolocar o sacar ventajas sin consideraciones éticas, morales o, simplemente, de buen gusto; a pesar de que no se respetó ninguna regla de juego; a pesar de que las estructuras políticas, económicas y sociales vigentes se quebraron, iniciándose una profunda transformación en la Argentina; a pesar de todo ello, el año 45 fue un año casi incruento.

Se agitaban las pasiones, se alzaban los puños, se gritaban los insultos, pero esta sociedad, tremendamente dividida, no recurrió a la sangre para dirimir su enfrentamiento.

Pero volvamos a los hechos de 1945. Pasada la Marcha de la Constitución y la Libertad la euforia ganó a la oposición, aun a los más serenos. Así *La Prensa* titulaba al día siguiente a la misma: "Nunca hubo en Buenos Aires acto cívico más numeroso" y daba la noticia en 3 páginas. *La Nación* decía: "Fue un grandioso desfile", con el mismo espacio y dos hojas de fotos. Por su parte *Crítica* afirmaba:

"Medio millón de personas en la Marcha". Y así todos los demás diarios.

El gobierno pareció acusar el golpe, se manifiestan disensos en las Fuerzas Armadas y hay algunas renuncias. El bote parece hacer agua y algunos se apresuran a abandonarlo. El gobierno aumenta la represión en proporción directa a la audacia en alza de los opositores. El general Rawson prepara un golpe que es abortado el 24 de setiembre, pocas horas antes de su estallido. Esto desata una ola de detenciones, que no dura mucho, y los detenidos vuelven a la libertad, pero ahora aureolados por la corona del martirio. Hay censura en los diarios.

La detención de rectores y profesores universitarios dio pretexto válido a las universidades de todo el país para cerrar sus puertas, los estudiantes las ocupan, el gobierno intima su reapertura y no es acatado. Se exalta la *heroica* actitud estudiantil contra la dictadura. En Derecho se cuelga un cartel que anuncia: "El fin del Payaso". Finalmente la policía, el 5 de octubre, las reabre por la fuerza. Hay golpes, corridas y detenidos. Días después muere el estudiante Aarón Salmún Feijóo; el entierro del mismo se transforma, lógicamente, en una manifestación de repudio al Gobierno.

Nos acercamos al día y sus vísperas. El país arde, parece estar en los prolegómenos de una guerra civil. La oposición ve su oportunidad y redobla los ataques. El gobierno se debilita y vacila. Campo de Mayo —la principal guarnición del país— está contra Perón, entonces se presiona sobre ella para arrancarle un pronunciamiento. Es necesario un pretexto y éste surge. Se designa Director de Correos —un cargo secundario— a Nicolini, un funcionario sin relevancia vinculado a Eva Duarte; aspiraba al cargo el teniente coronel Rocco, jefe de una unidad de Campo de Mayo. Esta designación

se la interpretó como un desaire a la oficialidad de la guarnición.

El general Avalos —Jefe de Campo de Mayo— pide a Perón, antiguo amigo suyo, que quede sin efecto el nombramiento. Perón no cede. Se produce entonces una agria discusión. Avalos solicita a Perón que escuche a Campo de Mayo, Perón no acepta ir a la guarnición, pero sí conversar en el Ministerio de Guerra. El 8 de octubre —precisamente ese día Perón cumple 50 años— se realiza la reunión. Llegan los emisarios de Campo de Mayo. Son diez. Pero Perón convocó a Jefes de otras unidades de Buenos Aires y alrededores en número de cuarenta. Obviamente Campo de Mayo está en minoría. Se discute. Ante los cargos que se le hacen a Perón, el general Albariños, Jefe de la Segunda División de La Plata, dice: "Campo de Mayo no es el Ejército", y su opinión no es la de éste, resultando apoyado mayoritariamente. Los emisarios encabezados por Avalos se retiran.

Al conocerse el resultado de la reunión, la oficialidad de Campo de Mayo estalla, pide la renuncia de Perón. El día 9 de octubre, Campo de Mayo amanece listo para avanzar sobre Buenos Aires en apoyo de su pedido. Los oficiales adictos a Perón hablan de reprimir, Perón se niega. El presidente Farrell queda convertido en árbitro de la situación. A las 2 de la tarde llega a Campo de Mayo que lo aguarda, allí le imponen el retiro de Perón del gobierno. A las 4 de la tarde se le notifica a Perón la decisión que cuenta con el asentimiento del Presidente.

Al saberlo, Perón, de puño y letra escribe su renuncia que entrega al general Pistarini, uno de los emisarios, junto con su pedido de retiro del Ejército. Sus amigos que lo rodean, lo instan a pelear; él se niega, no quiere derramar sangre por defender una posición personal.

A las seis de la tarde Quijano, Ministro del In-

terior, anuncia el llamado a elecciones y la renuncia de Perón, la que atribuye a un compromiso de éste de hacerlo en el momento en que se convocase a elecciones. Era una hábil maniobra de Quijano para no disminuir la figura de Perón. La noticia estalla como una bomba, hay manifestaciones de alegría, choque entre grupos antagónicos con tiroteos y heridos.

Todo parece perdido para los partidarios de Perón; sin embargo, otra hábil maniobra de Quijano permite que el 10 de octubre Perón se despida del pueblo hablando desde los balcones de la Secretaría de Trabajo y Previsión —la cual funcionaba en el Consejo Deliberante— trasmitiéndose el acto por *la red oficial de broadcastings.*

El acto se anuncia solamente algunas horas antes de su realización y a las 19, hora fijada para su iniciación, una multitud de unas 10.000 personas cubre la calle Perú desde Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen) hasta la Diagonal Roca, superando aun estos límites. Allí Perón al despedirse de los obreros señala lúcidamente: "Pensamos que los trabajadores deben confiar en sí mismos y recordar que la emancipación de la clase obrera está en el propio obrero". Añadió más adelante: "Hay que tener fe en esa lucha y en el futuro. Venceremos en un año o venceremos en diez, pero venceremos".

La despedida de Perón indignó a la oficialidad de Campo de Mayo, volviéndose a plantear *la idea de matarlo* que ya se había planeado anteriormente por un grupo de oficiales. Se decide su detención. Avalos, que asumirá el Ministerio de Guerra al día siguiente, anuncia que a partir de ese momento todo cambiará exigiéndose la renuncia de todo el gabinete y eligiéndose otro *democrático.*

Mientras tanto la oposición, envalentonada con la caída de su peor enemigo, no tiene límites en sus exigencias. Ahora ya se habla de voltear al gobierno

militar y entregar el mismo a la Suprema Corte de Justicia, que le es totalmente adicta.

El viernes 12 de octubre comenzó a concentrarse frente al Círculo Militar donde sesionaban militares y marinos, un gentío que según *La Prensa* del día siguiente integraban un "público selecto de señoras y señoritas de nuestra sociedad y caballeros de figuración social, política y universitaria..." El público seguía creciendo, se improvisó un almuerzo al aire libre, se cantó varias veces el Himno Nacional e innumerables veces más —de más está decirlo—*La Marsellesa*, se pidió a voz en cuello la entrega del gobierno a la Corte, se atacó al Ejército con insultos y aun en las vías del hecho —casi linchan a un militar— y por fin esta *democrática* jornada terminó con una refriega con núcleos nacionalistas y la policía.

El mismo día Farrell decidió detener a Perón tratando de satisfacer las exigencias militares por un lado y por otro de sustraerlo a la posibilidad de un atentado. Su destino sería Martín García. En la madrugada del sábado 13 es embarcado hacia allí.

A su vez los miembros de la Junta Coordinadora Democrática, mezcla de todos los colores ideológicos opositores, entrevistaban al general Avalos para exigirle la entrega del gobierno a la Corte, pedido que desechó de plano. Aquí la oposición cometió un grave error, pues la embestida contra Perón se transformó en una embestida contra el Ejército como institución, lo cual llevó a éste a replegarse y defender a Farrell consolidando el gobierno y creando las condiciones posibles para la vuelta de Perón, jamás imaginada por los conspicuos líderes democráticos.

Ese sábado Farrell encargó al procurador general de la Nación doctor Juan Alvarez la formación de un nuevo gabinete. Este venerable caballero, de impecable vestimenta, se pasó cuatro largos días

en consultas, mientras en el país se desarrollaban vertiginosos los acontecimientos. Ya veremos en qué momentos entrega la lista de su gabinete.

A pesar del desaliento y el descontento que la caída de Perón produjo en sus adictos, la reacción popular se puso rápidamente en marcha. En ese sentido se movía el coronel Mercante acompañado por el capitán Russo, ambos colaboradores de Perón en la Secretaría de Trabajo y Previsión, y en menor medida Eva Duarte. Mercante convocó a dirigentes obreros a los cuales contó los hechos y se puso a organizar con los mismos la lucha por libertar a Perón. Así se estableció en principio el jueves 18 como fecha de una huelga general. Al conocerse sus actividades Mercante también fue detenido. De todos modos, el movimiento ya estaba en marcha y no se lo podría detener.

El lunes 15 la FOTIA, el sindicato de los obreros azucareros, declara la huelga en Tucumán. Comienzan a agitarse los obreros de la carne en Berisso, acaudillados por el dirigente gremial Cipriano Reyes. En Rosario la CGT local pide la libertad de Perón.

El aire se llena de rumores de huelga general para el día 18. Los sectores liberales están tranquilos. Perón está liquidado. Confían en que no se concretarán los conatos de huelgas. Para evitarlos cuentan con los *democráticos* dirigentes gremiales comunistas y socialistas que *controlan* al campo sindical. Mientras tanto, ellos seguirán hostigando al Ejército para obligarlo a entregar el gobierno a la Corte.

Perón mientras tanto está en Martín García. Por sus cartas dirigidas a Mercante y Eva Duarte, escritas los días 13 y 14 desde la prisión, parece creer terminada su carrera política. En ellas manifiesta que al otorgársele el retiro se casará con Eva Duarte y se irá a vivir a un lugar tranquilo. El des-

tino de poder y de gloria que le aguarda no es presentido.

Su salud es buena, pero para forzar su traslado a Buenos Aires indica al capitán médico Miguel Mazza, que lo va a visitar, que informe acerca de lo mal que le asienta el clima de la isla. Farrell accede al pedido y a pesar de la reticencia del Ministro de Marina, el almirante Vernengo Lima —junto con Avalos únicos ministros del gabinete—, Perón es trasladado al Hospital Militar donde llega a primera hora del día 17. Este es un nuevo y grueso error de sus enemigos.

La reunión del Consejo Confederal de la CGT

El martes 16 por la tarde, se reúne el Consejo Confederal de la CGT. Tema único: la huelga general. Largo debate, más de diez horas. Socialistas y comunistas tratan de evitar el paro, sostenían que los obreros no debían jugarse por un militar. Los dirigentes adictos a Perón replicaban, para volcar la mayoría, que la huelga no era para defender a Perón, sino para mantener las conquistas sociales amenazadas por la reacción patronal. Finalmente se vota. Por 21 votos contra 19 triunfa la moción de huelga. Libertario Ferrari, integrante del grupo FORJA, votando contra el mandato de su gremio, decide el resultado.[1]

Pero la resolución de la CGT declarando la huelga general para el día 18 no menciona para nada a *Perón;* se refiere sólo a las conquistas sociales amenazadas, se manifiesta en contra del estado de sitio y por elecciones libres, aumentos de salarios, etc. Esto señala el recelo que había para aceptar a Perón entre estos dirigentes; todavía no era el líder

[1] Félix Luna: *El 45* (Ed. Jorge Alvarez), 1969, pág. 336.

inigualable, pero pronto, pocas horas después, el pueblo rebasando a sus irresolutos dirigentes habría de consagrarlo plebiscitariamente.[1]

Las masas populares irrumpen en la historia nacional

Amanece el día. "Era un día como cualquier otro", dice Félix Luna, pero ese día como cualquier otro *fue distinto a todos*, porque en él ocurrió el hecho de masas más grande, más notable, en lo que va del siglo en nuestro país.

Un pueblo por su sola presencia y propia decisión, a través de una consigna transmitida de corazón a corazón, de mente a mente, como por un fenómeno telepático colectivo, decide ganar la calle para rescatar a un hombre al que ha ungido su líder y conductor, más allá de lo que este mismo hombre alcanza a intuir y de lo que nadie en el país puede esperar.

Son las primeras horas de la mañana en Avellaneda, Berisso y Ensenada. Nadie conoce aún la resolución tomada por la CGT, en la madrugada de ese día, resolviendo una huelga general para el día siguiente, pero los obreros deciden no entrar a las fábricas, y los que ya habían comenzado la labor la abandonan.

A las 7, la Av. Mitre en Avellaneda está llena de gente, hay gritos y banderas. La consigna corre: "Todos a Plaza de Mayo". ¿Quién la dio?, ¿quién la determinó? Nunca se sabrá. Quizá no fue nadie, tal vez fue la conciencia colectiva que se corporizó en un grito y un anhelo. Comienzan a pasar el puente del Riachuelo que luego la policía levanta. No importa, barcazas viejas, balsas hechas con tablo-

[1] Félix Luna, obra citada.

nes, cualquier cosa es buena para cruzar; luego los puentes vuelven a bajarse, ¿quién dio la orden?, tampoco se sabrá. Entonces una marea humana lo cruza.

Poco a poco, todo el corazón industrial suburbano se paraliza y comienza a movilizarse hacia Buenos Aires. Van entrando en la gran urbe, su destino: Plaza de Mayo, pero muchos de ellos no saben cómo llegar, no la conocen. Entonces suben a los tranvías que vienen de ella, dan vuelta los troles obligándolos a revertir su camino. Omnibus, colectivos y camiones corren igual destino, todo circula hacia la Plaza. Otros avanzan a pie en largas columnas que vivan incesantemente a su líder. *"Era el subsuelo de la Patria sublevada"*, la definirá genialmente Scalabrini Ortiz.

Rápidamente por la ciudad se corre la voz de lo que está pasando. Comienzan también a parar sus fábricas y talleres y nuevas columnas de obreros aparecen en los barrios. Pompeya, Villa del Parque, Villa Lugano, Mataderos, Devoto, toda la ciudad se moviliza. Al mediodía 15.000 o más personas están ya en la Plaza y la gente afluye cada vez en mayor número. Al promediar la mañana llegan las primeras columnas al Hospital Militar, algunos obreros ferroviarios entrevistan a Perón. Este, cauteloso, aguarda, no tiene idea cabal de la magnitud del movimiento.

El interior también se moviliza. Hay manifestaciones en Tucumán, Zárate, Salta, Córdoba. El país entero se agita y cunde el grito de "Queremos a Perón".

El gobierno no reacciona, no entiende lo que está pasando. Farrell se alegra de lo que está viendo. Avalos no atina a nada. Avanza el día y crece más y más la multitud, son ríos que corren a desembocar en el inmenso mar que es la Plaza, la cual se agita y se enfervoriza. Promedia la tarde, Avalos

quiere hablar —se han instalado parlantes—, la multitud ruge y no se lo permite. Se produce una intensa rechifla y luego un solo grito se eleva al cielo: *"Queremos a Perón"*, repetido hasta el hartazgo.

Aparecen los diarios de la tarde *Crítica, La Razón* y *Noticias Gráficas* que ignoran o minimizan lo que ocurre. Pero para algo servirán, serán antorchas para iluminar el momento del triunfo final.

Perón sigue en el Hospital Militar, aguarda. Mercante ya liberado, Quijano y Pistarini van y vienen de la Casa Rosada al Hospital Militar.

A las 20, Mercante conviene con Avalos, que éste entreviste a Perón.

A las 20,30, sucede algo increíble. El procurador general de la Nación Juan Alvarez, trae la lista ministerial. La integraban, entre otros, Jorge Figueroa Alcorta, Isidoro Ruiz Moreno, Alberto Hueyo, *ilustres* figuras con una larga trayectoria en contra de los intereses nacionales. Mientras el pueblo decidía protagonizar la historia, este personaje y sus amigos nada veían, ni entendían. Su lista recibió el lugar debido: algún cesto de papeles. [1]

Casi a las 21 se entrevistan Perón y Avalos, a solas. De regreso a la Casa de Gobierno, Avalos anuncia a Campo de Mayo telefónicamente que Perón hablará al pueblo desde los balcones de la Casa Rosada. Campo de Mayo recibe la noticia resignadamente, los sucesos han desbordado su capacidad de reacción.

El pueblo se exaspera, sigue pidiendo a Perón, por momentos amenaza con forzar las puertas de la Casa de Gobierno.

Perón duda, vacila. Pide más garantías. Es el dueño del poder que el pueblo ha conquistado para él, para ponerlo a sus pies, pero titubea. Otros

[1] Félix Luna, obra citada, pág. 422.

grandes líderes, como él, también titubearon angustiados en los instantes que preceden a la asunción del liderazgo popular.

No hay nada que hacer, no se puede jugar más con el pueblo impaciente. Se accede a todo lo que pide. Entonces Perón se decide. Es el momento supremo, cuando un líder debe optar por entrar en la historia en brazos de su pueblo o renunciar para siempre a la gloria del amor popular. A las 21,45 Perón llega a la Casa Rosada y se entrevista con Farrell que lo aguarda. Desde las 21 se está anunciando que Perón aparecerá en los balcones para hablar al país.

Son las 23.10, la Plaza de Mayo repleta de gente, desde hace muchas horas, de pronto... estalla. Un inmenso trueno retumba largamente y su sonido se proyecta a lo largo y ancho del país. Se produjo la comunión del líder y su pueblo. Ahí están, frente a frente. El pueblo enloquecido grita su nombre, él se deja mecer suavemente "por la más dulce música que sus oídos pudieran escuchar, la voz de su pueblo".

Fue el comienzo del diálogo, de ese primer diálogo al que siguieron muchos, diálogo que ni el tiempo ni la distancia pudieron acallar. Sólo la muerte, acreedora implacable, lo vino a cortar 30 años después. Así fue el 17 de octubre de 1945, día en que las masas populares argentinas se apoderaron de la historia.

Una historia como hubo muchas

Un adolescente había arribado a la plaza a eso de las 17 horas. Provenía de la Escuela Industrial Otto Krause distante pocas cuadras, donde estudiaba junto con otros hijos de obreros, como él. Sus ojos se paseaban por la multitud, asombrados.

Poco o nada entendía de lo que allí sucedía, pero sí intuía que algo grande estaba ocurriendo. Sabía de la prisión de Perón y de lo que éste comenzaba a significar para los obreros, porque su padre solía decir que "a este hombre no lo van a dejar seguir. Se ocupa demasiado de los pobres". Estuvo unos minutos allí y luego volvió a su hogar proletario. Contó lo que había visto.

Esa noche muy junto a sus padres, casi abrazados, pegados a la radio escucharon decir al Coronel: *¡Trabajadores!...* iniciando así aquel diálogo de 30 años. Cuando la voz de Perón se acalló, apagaron la radio y con una gran alegría y esperanza en el pecho se fueron a dormir...

Es innecesario decir que los protagonistas de esta pequeña historia éramos mis padres y yo.

Perón presidente

Tres millones y medio de ciudadanos varones fueron convocados, el 24 de febrero de 1946, para elegir a 376 electores, quienes luego eligirían reunidos en Juntas Electorales al Presidente y Vicepresidente de la Nación. También se elegirían 158 diputados nacionales, 14 gobernadores y 700 legisladores provinciales, los que luego designarían a 30 senadores nacionales. Era la elección más amplia y con mayor electorado que se hubiese realizado jamás en el país.

Concurrían a ella dos fuerzas electorales. Una de ellas, la Unión Democrática, estaba integrada por la conjunción de los partidos liberales: Unión Cívica Radical, Partido Socialista, Partido Demócrata Progresista, Partido Comunista, y sin integrarla pero apoyándola el Partido Demócrata. Además de algunos partidos menores y núcleos independientes. Esta coalición llevaba como candidatos presiden-

ciales a Tamborini - Mosca, de extracción radical, hombres del alvearismo y en su momento opositores a Yrigoyen. ¿Podía ser de otra forma?

La Unión Democrática levantaba las banderas de la "Libertad y la Democracia contra el Nazifascismo". Sus propuestas fueron casi exclusivamente políticas e institucionales. Nunca plantearon un rechazo o reforma al régimen imperante hasta 1943, por el contrario anunciaban su retorno al mismo, aunque mejorándolo en cuanto a sus vicios y corrupción. Pero el pueblo seguía siendo un convidado de piedra en las grandes decisiones nacionales.

Enfrentando a esta concepción liberal del país se alzaba una heterogénea y anárquica fuerza integrada por: el Partido Laborista, de reciente fundación, La Unión Cívica Radical (Junta Renovadora) disidentes de la vieja Unión Cívica Radical acaudillados por Hortencio Quijano, grupos nacionalistas, ex integrantes de FORJA disuelta el 15 de noviembre del 45 y grupos independientes. Sus candidatos presidenciales eran Perón - Quijano.

Las banderas que levantaban eran banderas de reivindicación social y política sostenidas por Perón, que ya asoma como un líder de excepción. Sus premisas significaban una no vuelta al pasado y una convocatoria a elaborar juntos el porvenir. El acento puesto fundamentalmente en lo social colocaba en un segundo plano a lo político motivando la adhesión de todos aquellos que veían reflejados sus problemas, necesidades y anhelos en los fogosos discursos del coronel Perón. Esos eran los sumergidos, los necesitados, los olvidados. Eran los *descamisados*. Eran... la mayoría del país.

Justamente, este mote de *descamisados*, que con intención insultante había utilizado el diario *La Vanguardia*, socialista, para aludir a las masas que habían protagonizado el 17 de Octubre, sirvió de símbolo a los peronistas que rápidamente lo adop-

taron para expresar sus luchas reivindicativas y de emblema de unión fraterna entre soldados de una misma causa. Sus enemigos al emparentarlos con los *sans-culottes* franceses, les regalaron su bandera.

Quedaron de esta manera enfrentados los partidos tradicionales formados por políticos experimentados, con sus viejas y siempre eficientes estructuras comiteriles, desparramados a lo largo y ancho del país, contando en la oportunidad con abundantes medios económicos que generosamente proveían los sectores de la alta burguesía. Es decir, la experiencia, la organización y el dinero. Y un Coronel sin pasado político, con poco dinero, menos organización y que si bien contaba con el apoyo oficial, su única carta de triunfo parecía ser la movilización popular.

Las dos Argentinas estaban frente a frente dispuestas a librar una nueva batalla en la larga lucha de sus enfrentamientos. El escenario: las urnas electorales; las condiciones: libre y democrática expresión del pueblo... En ese terreno y esas condiciones la Argentina nacional y popular es siempre imbatible.

El 24 de febrero se votó, y diez días después, al abrirse las urnas, éstas dieron su veredicto. Entre Braden o Perón, el pueblo había elegido a Perón; entre la Argentina nacional y la liberal, el pueblo había escogido la liberación y rechazado la dependencia.

Perón - Quijano: 1.487.886 votos (52,40 %), 304 electores.

Tamborini - Mosca: 1.207.080 votos (42,51 %), 72 electores.

Fue la *peor* elección de Perón en su vida política y le había dado la Presidencia de la República, dos tercios de la Cámara de Diputados y casi todos los

Senadores, los obtuvo en trece del total de catorce provincias.

Un nuevo proceso se iniciaba en la Argentina. La clase trabajadora iba a asumir un papel protagónico en el escenario nacional.

El criollo, que anunciara Martín Fierro, había nuevamente llegado "en esta tierra a mandar".

Capítulo XII

SIN GALERA Y SIN BASTON, ES EL PUEBLO DE PERON

El gobierno de Perón significó el acceso de las masas obreras al poder. Y esto fue lo que nunca le perdonó ni perdonarán los sectores liberales y oligárquicos del país. Se ha repetido que muchas de las conquistas sociales obtenidas bajo el gobierno de Perón por los obreros eran reconocidas por los patrones antes de la aparición del caudillo popular. Algunas sí. Había patrones que, por ejemplo, reconocían algún tipo de gratificaciones a fin de año a sus obreros. Pero una cosa es dar algo porque uno quiere y otra muy distinta *tener que hacerlo porque la ley lo impone*. En el primer caso es simple paternalismo, en el segundo es un derecho que se da a alguien que no lo tiene y que por lo tanto no queda supeditado a la dádiva graciosa de quien lo otorga.

¿Y desde cuándo los obreros y los peones del campo tenían derechos? A lo sumo podían tener aspiraciones, pero de ahí a poder golpear la puerta del patrón a *exigirle* el cumplimiento de una *obligación* que tenía hacia ellos, había mucha distancia.

Desde la izquierda intelectual se ha atacado a Perón sosteniendo que no afectó los intereses de los grandes grupos económicos porque no modificó las estructuras de poder de la Argentina, y ello es cierto. Con eso se pretende demostrar que no produjo ningún hecho revolucionario. Y uno se pregunta, ¿qué mayor revolución que aquella emergente de dar derechos a quienes carecen en absoluto de ellos?

Dar al obrero o al peón rural carácter de personas humanas, titulares de derechos aptos para exigirlos frente a los grupos económicos detentadores

absolutos del poder en la sociedad de entonces, significó una transformación tan grande para las relaciones de poder en la estructura social del país que, aún hoy, aquellos grupos económicos sueñan con suprimirlos o cercenarlos, siendo prueba de ello la acción desarrollada por la conducción liberal del *Proceso de Reorganización Nacional* instaurado en el país desde 1976.

Perón realizó una verdadera revolución social durante sus dos períodos de gobierno entre 1946 a 1955, colocando a la clase obrera en el centro de la toma de las grandes decisiones nacionales, lugar que nunca habían ocupado, continuando la tarea iniciada por Yrigoyen. Con éste irrumpen las clases medias en el escenario del poder político nacional y comienza el reconocimiento del valor de la dignidad humana de los trabajadores, aunque el régimen —al que respeta en demasía Yrigoyen— le impide avanzar más en este sentido.

Es posible afirmar que Perón es el continuador de las banderas de Yrigoyen, banderas que había dejado caer la Unión Cívica Radical desde que asumiera la conducción del partido Alvear, y a la muerte de éste en 1940 los dirigentes de la llamada *línea unionista,* los cuales enfrentaron a Perón aliados a la oligarquía, al socialismo y al Partido Comunista en la tristemente célebre *Unión Democrática.*

No en vano los hombres de FORJA disolverán su movimiento al advenimiento del peronismo cuando advierten que las banderas de Yrigoyen tenían nuevo abanderado.

Durante los 9 años del gobierno peronista las clases populares dejaron de ser parias en su propio país, dejaron de sentirse atadas a un destino opresor que no habían elegido, pero al cual el régimen liberal oligárquico las condenaba. Su único sostén era la esperanza en una justicia que nunca llegaba, pero esa esperanza contra toda realidad le permi-

tía tener una gran memoria histórica. Sabía que sus mayores horas de opresión siempre llegaron de la mano de unos señores que declamaban el liberalismo, en una jerigonza intelectual incomprensible, los cuales además señalaban como ejemplos a seguir, para alcanzar la felicidad, los modelos de otros países en donde anidaban todas las virtudes, mientras que en nuestra tierra tenían sus cuevas todos los defectos, los vicios y las incapacidades.

Por eso, el movimiento popular fue siempre antiliberal, antiintelectual y antieuropeizante. Por eso, aquel 17 de octubre el pueblo cantaba: "Alpargatas sí, libros no", porque para ellos —y con razón— la alpargata era el símbolo de su liberación y los libros de su opresión. La rima popular decía: "Sin galera y sin bastón, es el pueblo de Perón", haciendo una clara identificación de quiénes estaban en un campo y quiénes estaban en otro; dónde estaban los opresores y dónde estaban los oprimidos. Y si llamaban a Perón *el primer trabajador*, era porque le otorgaban el mayor título nobiliario posible, ser el primero entre ellos.

Perón les enseñó que una Argentina distinta era posible. Que el sometimiento no era un destino inmutable sino una realidad transformable. Que la soberanía no era un concepto vacío que sólo servía para los discursos patrióticos del 25 de Mayo y del 9 de Julio, sino un atributo factible de ejercer. Que la justicia social existía y no era sólo palabras que se podían leer en las encíclicas papales, sino una realidad concreta que podían disfrutar. Por eso, su adhesión inquebrantable en el tiempo; por eso, hoy en día la sola mención de los nombres de Perón y Eva Perón traen a la memoria de millones de argentinos el recuerdo de aquellos años de felicidad vividos, que las nuevas generaciones recogen a través de la transmisión oral de sus mayores manteniendo su poder convocante.

Veamos a grandes rasgos cómo fue esa época peronista.

En lo económico

Poco antes de asumir Perón su gobierno constitucional, el régimen militar *de facto* del general Farrell nacionalizó el Banco Central, recuperando para el país esta herramienta fundamental para el manejo soberano de su economía, cuyo origen y control por parte de los intereses extranacionales hemos visto.

Una de las creaciones más importantes en el área económica fue el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI) con el cual se nacionalizó el comercio exterior, pasando a manos del Estado las pingües ganancias que antes obtenían con la comercialización de nuestros granos y carnes las firmas internacionales que monopolizaban el mercado. Estos beneficios en adelante se emplearon en el desarrollo industrial de la Nación.

El IAPI no era una original creación de Perón —tenía antecedentes en los Estados Unidos, Canadá y Australia, justamente tres competidores en el campo de la producción agraria—, pero fue una de las creaciones más combatidas del gobierno peronista ya que afectaba los intereses de los grupos exportadores, con Bunge y Born a la cabeza, y por ello objeto de su inmediata disolución a la caída de Perón.

El IAPI al transformar al Estado en comprador único de nuestra producción había eliminado a los compradores internacionales, y si bien no los suprimió totalmente de las negociaciones de nuestras exportaciones, pues ellos tenían en sus manos gran parte del mercado externo, pudo defender el precio de nuestros productos, pues siempre quedaba el

recurso de no vender, cosa que no puede hacer el productor aislado. También pudo impedir que nuestra producción fuese utilizada para bajar los precios internacionales según la conveniencia de los grupos monopólicos extranjeros. Empleando el sistema de tratados bilaterales luchó contra esta práctica que tanto daño causó y causa a la economía de los países productores de bienes primarios, abriendo nuevos mercados y liberándonos de los compradores únicos.

Esta intensa tarea de promoción de nuestro comercio exterior *molestaba* a la oligarquía, como no podía ser de otra forma. Cuenta Jauretche que después de la revolución del 55 el embajador Miguel A. Cárcano luego de una de sus anuales estadías en la *season* londinense expresaba su satisfacción "porque ya no se veían en Europa esas bandas de tipos que andan comprando y vendiendo cosas".[1] Para Cárcano era deshonrosa la actividad comercial cuando se hacía por argentinos para la Argentina. Claro que si lo hacían los *gentlemans* ingleses, herederos de Drake, Cavendish y otros filibusteros famosos, era tarea honrosa.

El Banco Industrial, dedicado a otorgar crédito de habilitación o fomento con la simple garantía de la obra a emprender, también fue pieza maestra en el desarrollo industrial operado durante el gobierno peronista.

Fueron nacionalizados los servicios públicos: Los teléfonos de capitales norteamericanos, ampliándose sus servicios que pasaron de 17 millones de llamadas en 1943, a 50 millones en 1949; los servicios de gas, donde aumentaron los clientes de 216.000 en 1943 a más de 700.000 en 1951, mientras el precio del metro cúbico pasaba de $ 0,3694 en

[1] Arturo Jauretche, *Política y Economía* (Ed. Peña y Lilo), 1981.

1943 a $ 0,299 en 1952. Su nacionalización permitió desarrollar industrias conexas, como las fábricas de caños para el transporte de gas, significando además una importante fuente de ahorro de divisas.

La producción petrolera de YPF aumentó en un 73 %. También se fortaleció la Marina Mercante pasando de una capacidad de carga de 250.000 toneladas a 950.000 en 1950. Esta nacionalización de los servicios públicos, además de rescatar soberanía, sirvió para evitar el drenaje de divisas que salían en pagos de servicios financieros.

Pero la medida más famosa, la que provocó una ola de críticas, fue la compra de los ferrocarriles en su mayoría de capital inglés. Se tomó posesión de ellos el 1º de marzo de 1948, significando la decisión de romper con las ataduras externas que condicionaban nuestro desarrollo. Además se repatrió la deuda externa y se consolidó la Flota Aérea Mercante Argentina, luego llamada Aerolíneas Argentinas.

En toda esta labor de recuperar para el país los resortes fundamentales de su autodeterminación económica, se emplearon las libras que Inglaterra nos debía como pago por el abastecimiento alimenticio que hicimos de las Islas durante la guerra y que el gobierno inglés *declaró inconvertibles* en agosto de 1947, impidiendo su empleo fuera del área de la libra esterlina. Esto merece una mayor explicación, pues la literatura liberal esconde este hecho cuando critica la utilización de estos créditos en la recuperación de las herramientas básicas de una política económica independiente como hizo Perón.

Al impedir emplear estos fondos en otro mercado que no fueran Inglaterra y el Commonwealth —países integrantes del Imperio Británico—, quedaron limitadas completamente sus posibilidades de utilización. ¿Qué nos podían vender los ingleses

y sus colonias recién salidas de la guerra, como no fueran saldos de guerra? Pasarían casi cinco años antes de que, reconvertida su industria, Inglaterra pudiera estar en condiciones de ofrecer equipos industriales, que era lo que necesitábamos. Además dichos créditos quedaron afectados por los efectos de la devaluación de la libra esterlina con lo que inevitablemente iban a perder parte de su valor como moneda internacional.

La utilización que les dio Perón fue la mejor posible en esas circunstancias ya que permitió recuperar gran parte de nuestros servicios públicos, factor primordial de la injerencia extranjera en nuestra política económica, al tiempo que liberó cerca del 30 % del valor de nuestras exportaciones que se utilizaban para pagos de la deuda externa. Y si esto no es recuperar soberanía y trabajo a favor del país, que venga el buen san Pedro a decirnos qué es.

Esta política económica nacional significó afectar seriamente la relación de dominio que ejercía el capital británico sobre nuestra economía. El rescate de la soberanía nacional tuvo su punto débil en el mantenimiento del poder de la oligarquía terrateniente, tradicional aliado del capitalismo inglés, al no tocarse el sistema de propiedad de la tierra, de forma que permitiera controlar e impulsar planificadamente la producción agropecuaria.

En materia industrial el avance fue también notable, pues si bien a partir de 1930 comenzó un lento avance de la industria nacional que le permitió hacia 1942 duplicar su producción con respecto al año 30, fue indiscutiblemente durante la época peronista en que este avance industrial alcanzó su mayor expresión.

En los cinco años de la guerra (1940-45) se crearon 25.130 establecimientos fabriles nuevos y la población obrera entre 1935 y 1946 prácticamente

se duplicó acelerándose el proceso de concentración en derredor de Buenos Aires, al estar obviamente dicha población en su mayoría dedicada a trabajos industriales.

Este fenómeno no había sido advertido claramente por la oligarquía gobernante y de ahí su falta de respuesta, producto de su estupor, ante la irrupción de estos sectores el 17 de octubre de 1945 que significó el fin del sistema de poder basado en la alianza de la oligarquía terrateniente con el imperialismo británico.

El fuerte desarrollo industrial producido en la época peronista se fundamentó en un importante aumento del consumo interno y en la continuación e intensificación de la política de sustitución de importaciones en que se había tenido que embarcar el país, impuesta por el bloqueo que desde 1940 hasta 1950 impusieron los Estados Unidos a la Argentina en represalia por su negativa a participar de la segunda guerra mundial, negativa que sólo cedió en 1945, tres meses antes de la rendición de Alemania, ante la amenaza de dejarla fuera del nuevo ordenamiento internacional si no cumplía con el entonces humillante acto de declarar la guerra a países ya prácticamente vencidos. A pesar de tener que someterse a esta exigencia todavía la Argentina fue tratada con condiciones económicas más rigurosas que las impuestas a los propios países derrotados. Esto duró hasta 1950.

Este hecho, generalmente ignorado, está bien documentado en una tesis presentada por Carlos Escudé en agosto de 1981 en la Universidad de Yale, titulada: "El eclipse argentino: el factor internacional en la declinación argentina posterior a la segunda guerra mundial". La revista *Todo es historia*, en su Nº 177 se hace eco de este trabajo reproduciendo parte del mismo.

Esta verdadera guerra económica buscó trabar

nuestras exportaciones y evitar nuestro aprovisionamiento de materias primas y productos básicos industriales, tales como combustibles, caucho, cobre, soda cáustica, soda solway, chapa, equipos para la extracción de petróleo, neumáticos, etc., lo que motivó que la Argentina debiera quemar maíz para hacer marchar sus fábricas y ferrocarriles mientras Europa padecía una cruel hambruna al fin de la guerra. El IAPI y los convenios bilaterales fueron dos de las principales armas con que Perón defendió al país en esta despiadada guerra económica desatada por los yanquis contra la Argentina.

La producción industrial llegó a niveles nunca logrados. La misma que en 1943 alcanzaba 6.000 millones de pesos, pasa en 1948 a 16.000 millones, ocupando 1.169.000 obreros contra 846.000 de 1943, mientras los salarios pagados saltaron a 4.750 millones en 1948 contra 1.220 millones en 1943. Es decir, que el ingreso salarial *per capita* de los obreros se había casi cuadruplicado pasando de 1.444,89 en 1943 a 4.063,30 en 1948. Los establecimientos fabriles se incrementaron de 85.000 en 1946 a 145.000 en 1954.

Aunque es de hacer notar que el mayor impulso lo recibió la industria liviana, no siendo igualmente promovida la pesada. Solamente sobre el fin de su gobierno Perón encara el desarrollo de la industria de base. Así, por ejemplo, en mayo de 1954 se concreta la compra en los Estados Unidos de una planta de laminación de chapas, al recibir en esa fecha el director de SOMISA, coronel Pedro Castiñeiras, la propiedad de la planta a cambio del pago de 9 millones de dólares; esta planta era parte de un proyecto de una planta integral de siderurgia para SOMISA.

El componente más caro de la misma, el alto horno para la producción de arrabio, se adquirió a través de un préstamo del Banco de Exportación c

Importación por valor de 60 millones de dólares en marzo de 1955, con lo que por primera vez en muchos años comenzó a tomar forma la planta siderúrgica soñada por el general Savio. La revolución que derrotó a Perón frenó nuevamente este proyecto y recién en mayo de 1961 la Planta General Savio, de San Nicolás, produjo su primera colada de acero.

En el terreno energético se comenzó a explotar el carbón de Río Turbio y se construyó el ferrocarril que une la mina carbonífera con el puerto de Río Gallegos. En materia petrolera se ubicaron nuevos yacimientos, pero la producción no creció en la medida necesaria para los cada vez mayores requerimientos, lo que obligó a aumentar la importación de petróleo siendo éste otro punto débil de la política económica. Se construyeron también los diques Ameghino y Nihuil (Mendoza) y se inauguró el gasoducto Comodoro Rivadavia - Buenos Aires, entre otras obras públicas.

Los aumentos de salarios, la fijación de precios máximos a los artículos de primera necesidad, unido al congelamiento del valor de los alquileres y de los arrendamientos rurales se tradujo en un gran aumento de la participación obrera, tanto urbana como rural, en el ingreso neto interno, el cual llegó a su punto máximo en 1952 con un 56,9 % para declinar posteriormente en forma drástica como ocurre actualmente.

La cuestión agraria fue uno de los temas más agitados de la campaña opositora que acusaba a Perón de quedarse con los ingresos del campo para subvencionar a la industria.

En realidad lo que Perón hizo fue impedir que la clase terrateniente siguiera aumentando su fortuna a expensas del esfuerzo de las capas más necesitadas de la población, y eso para la Sociedad

Rural, los frigoríficos, los exportadores, etc., era un pecado irredimible.

El área sembrada disminuyó entre 1935/36 y 1953/54 un 10 %, pero paralelamente el stock de vacunos pasó de 41 millones de cabezas en 1946 a 47 millones en 1954, con lo que hubo un desplazamiento en la agricultura en función de los mejores precios internacionales de la carne. O sea, lo contrario de lo que ocurre en la actualidad, de acuerdo a fenómenos cíclicos de la economía mundial.

El proceso expansivo de la economía peronista alcanzó su cenit en 1948 comenzando luego un proceso declinante en el que mucho tuvo que ver la sequía de 1949 y la más grande de este siglo en 1952. A partir de esa fecha el proceso económico agotó sus posibilidades de desarrollo. El gobierno modificó su estrategia económica sin alterar sus fundamentos básicos, buscando capear el temporal. Así trató de mejorar su relación con el capital extranjero y aumentó las exportaciones en base a dinamizar el sector rural, aunque sin mayor éxito en estos dos terrenos.

Paralelamente se restringió el crédito al sector privado, se buscó la reducción del gasto público y la contención en el aumento de salarios. Tratóse con dichas medidas de contener la espiral inflacionaria desatada que había llegado entre 1946 y 1949 a un 98 %. Esto se consiguió en parte, ya que entre 1949 y 1952 el aumento de la inflación fue del orden del 39 % y en el año 1953 ya estaba controlada pues llegó sólo a un 3,98 % anual.

Estas cifras que alarmaron en esa época, si las comparamos con lo ocurrido durante la revolución libertadora y el gobierno de Frondizi que la sucedió, quedan minimizadas ya que en el período 1956 y 1962 el costo de vida aumentó en el país el 323 %.

La política económica de Perón no siguió pautas doctrinarias en materia económica salvo la recu-

peración del manejo económico del país para los argentinos. Perón sintetizó los principios de su política económica y social en sus banderas de independencia económica y justicia social, y su derrocamiento no se debió en parte a tantos desbarajustes económicos, como se dijo, sino al intento de Inglaterra de recuperar el dominio económico sobre nuestro país.

Utilizó para ello a su eterna aliada la oligarquía terrateniente y aprovechó el desconcierto de sectores de clase media frente a actitudes autoritarias del gobierno, encontrando en el enfrentamiento con la Iglesia el elemento decisorio que impulsó y venció muchas resistencias de conciencia, enfrentamiento en el cual posiblemente mucho tuvo que ver la acción de la masonería internacional gobernada desde Inglaterra.

Pero más allá de metas incumplidas y errores cometidos, su política económica significó un serio esfuerzo por plasmar una economía dirigida por argentinos al servicio del interés nacional y en el marco del protagonismo popular cortando los lazos de la dependencia.

Los contratos petroleros

500.000 km² al sur de la Patagonia ocupaba el área que el gobierno peronista asignaba a la Standard Oil Company de California para explorar, extraer y exportar petróleo, según el convenio aprobado el 6 de mayo de 1955 y sometido de inmediato a la ratificación del Congreso.

El petróleo y gas extraído debían ser entregados a YPF hasta cubrir la demanda interna quedando el resto en disposición de ser exportado. El precio que pagaría por ese petróleo a la California era menor en un 5 % al pagado por la East Texas por

entregas similares. Este valor se pagaría en pesos argentinos. Finalmente le corresponderían a YPF el 50 % de las ganancias obtenidas por la empresa durante los 40 años que duraba el contrato.

Estos contratos se han hecho famosos y en ellos se ve el abandono de Perón de su modelo de desarrollo autónomo, sosteniéndose además que vulneraban el artículo 40 de la Constitución Nacional reformada en 1949.

Por empezar, era un contrato de servicio que no implicaba transferencia del dominio de la propiedad del subsuelo. El país seguía siendo dueño del mismo. Se aseguraba el autoabastecimiento para luego permitir la exportación del excedente.

Además YPF recibía la mitad de las ganancias que obtuviera la empresa. Así analizados no parecen tan terribles como se pintó, en especial por la bancada radical por boca de Frondizi quien luego como presidente de la República firmaría contratos tanto o más discutibles que éstos, con el agravante que ni siquiera los elevaría al Congreso para su aprobación.

Era evidente que a Perón le preocupaba liberarse del drenaje de divisas que significaba la importación de gran parte de nuestras necesidades de petróleo no cubiertas por la producción de YPF. Ya en 1953 hablando ante un grupo de dirigentes sindicales abogó por un tipo de contrato como éste, diciendo: "Si trabajan para YPF no perdemos absolutamente nada, porque hasta le pagamos con el mismo petróleo que sacan... ¿Cómo no va a ser negocio, si estamos gastando anualmente más de 350 millones de dólares para comprar el petróleo que necesitamos y que tenemos bajo tierra?" Argumento que nada tiene de descabellado y que hoy a 30 años de distancia tiene plena vigencia porque es un problema no resuelto.

Se sostiene que había cláusulas que no resulta-

ban aceptables. En el Congreso surgieron objeciones en la bancada peronista y por ello la Secretaría de Asuntos Económicos a cargo de Gómez Morales redactó una serie de enmiendas que luego fueron puestas a discusión con los representantes de la California.

Quiere decir que nada era definitivo y los contratos perfectibles, con lo cual se demuestra que no se trataba de una gigantesca entrega del potencial energético del país, que Perón realizaba para mantenerse en el poder, como se dijo. Sino en realidad de instrumentos económicos destinados a resolver un crónico problema del país que dilapidaba divisas necesarias para consolidar nuestro desarrollo autónomo entregándolas a las arcas de las compañías importadoras de petróleo.

Parece que estos contratos tuvieron bastante que ver con el derrocamiento de Perón porque liberaban al país de la tutela que en dicho terreno ejercían los intereses británicos. De ahí la participación de la flota inglesa armando a la Marina argentina en alta mar, de acuerdo con la denuncia del diputado radical Oscar Alende en el Congreso, quien entregó cintas magnetofónicas en las cuales se escuchaban conversaciones en inglés en la zona donde operaba nuestra flota. Lógicamente, dichas cintas se perdieron en la Argentina, pero parece que los norteamericanos tenían otras bien guardadas en su poder. Ellas demostraron la injerencia inglesa en la caída de Perón. Como en el caso de Yrigoyen, también aquí hubo olor a petróleo.

La dignificación de los descamisados

Pero sin duda su mayor mérito fue la elevación del trabajador a su plena dignidad como ser humano, defendiéndose y consagrándose sus derechos fun-

damentales: vida, salud, educación, vivienda, trabajo, antes permanentemente desconocidos o violados por el régimen oligárquico.

Escuelas, policlínicos, hogares de ancianos, centros de turismo social cubrieron el país. El sistema jubilatorio y de vacaciones pagas se extendió a todas las ramas de la actividad pública y privada. Se hicieron intensas campañas eliminándose enfermedades sociales, producto de las malas condiciones de vida, como la tuberculosis. También se erradicó el paludismo, mal endémico del norte argentino. Se construyeron más de 500.000 nuevas viviendas en todo el país. Se redujo el analfabetismo al 3 %. Se mantuvo el sistema de enseñanza religiosa optativa en las escuelas estatales primarias y secundarias. Apoyó la enseñanza privada al crear el aporte estatal para los docentes de las mismas, permitiendo así al pueblo enviar a sus hijos a ellas.

En el campo sindical surgió un movimiento obrero organizado poderoso que se nucleó en la CGT abarcando la sindicación a todas las ramas de la actividad productiva y de servicio, tanto privadas como públicas. Los trabajadores lograron amplia participación en el poder político del país, tanto a través de sus organizaciones como en el Parlamento. Es decir dejaron de ser parias, carentes de derechos, para ser protagonistas de su destino y de la historia.

Se formó la Confederación General Económica (CGE), agrupación patronal que estuvo integrada principalmente por pequeños y medianos empresarios nacionales y que desplazó a la Unión Industrial Argentina (UIA), tradicional refugio de las grandes empresas del capital internacional y nacional, ligados lógicamente a los intereses extranjeros.

Se creó el sistema de convenciones colectivas de trabajo, por las cuales se establecieron las condiciones de labor y los salarios para cada rama de la

actividad industrial y comercial, en discusiones entre empresarios y trabajadores en las comisiones paritarias bajo la supervisión de los representantes del ministerio de Trabajo.

Los trabajadores habían alcanzado en pocos años condiciones de vida, bienestar material y espiritual, que poco antes jamás hubiera soñado. Eso les hacía sentir —con justo derecho— una adhesión fervorosa e inquebrantable hacia este hombre que en tan poco tiempo había cambiado su destino de dolor y opresión por otro donde la felicidad y los deseos satisfechos eran una realidad que palpaban día a día. Esta felicidad y estos derechos reconocidos y respetados alcanzaron por igual a hombres, mujeres y niños que vivían en ambiente de regocijo y seguridad. Se les enseñaba, a la vez, a revalorizar el ser nacional demostrándoles que la felicidad no era un privilegio de pueblos escogidos de remotos lugares, ni venía hablada en inglés. También aquí, en esta Argentina que los liberales le enseñaban a denigrar y el peronismo a amar, se podían lograr niveles de vida dignos.

Evita

Junto con la admiración rayana en devoción a Perón fue surgiendo el amor a esa mujer singular que fue Eva Perón. Dotada con cualidades excepcionales de liderazgo, llegó casi a igualar el afecto que el pueblo profesaba a Perón. Evita fue el oído de Perón junto al corazón del pueblo, trasmitiéndole en cada diástole y sístole las apetencias, los sentimientos, las angustias, las dudas, que el pueblo peronista sentía. Cuando ella murió, con ella murió en gran parte el impulso revolucionario del gobierno peronista. Perón se había quedado sin el oído transmisor que le indicaba lo que el pueblo quería.

Las horas interminables que Evita pasaba en la fundación que llevaba su nombre, recibiendo uno por uno a cada hombre o mujer que le llevaban su gran problema para ellos y que Evita con una constancia y una paciencia inagotable iba a resolver, eran como los granos de arena, que de uno en uno no valen nada, juntos son un inconmensurable desierto... Estas interminables entrevistas daban a Evita la sensación exacta del sentir del alma popular que ella trasmitía a Perón.

Su muerte permitió a la corte de adulones, que durante su vida había mantenido alejada de su esposo, rodear rápidamente a Perón aislándolo de ese sentir popular tan imprescindible para él. Esa corte de adulones incapaces, en poco más de dos años, echó por tierra su gobierno y permitió la revancha liberal que agazapada aguardaba su momento.

Evita vivió la causa peronista como la más fiel y fanática militante. Hay quien dice que abrazó con ese fanatismo la causa peronista como expresión de revancha al verse rechazada por las altas capas de la sociedad argentina. Poco importa ello. Lo que sí importa es que su sentido del peronismo tenía un cariz revolucionario permanente, del que era la más ferviente y severa guardiana.

Fue apasionadamente amada y odiada con igual vehemencia. Sus *grasas*, como llamaban con particular crudeza al pueblo peronista, la idolatraban; los opositores y muchos adictos y funcionarios le temían. De ahí que enfrentara oposiciones en el seno mismo del peronismo a las que siempre, más que vencer, aplastó. Pero no pudo doblegar la resistencia de los militares cuando se proclama su candidatura a la vicepresidencia de la República en 1952.

Fue colíder con Perón del movimiento peronista. Es un caso único en la historia. Y a ella le deben las

mujeres la instauración en el país del voto femenino. Ni la cruel enfermedad que apagó su vida pudo hacerla amainar en su total entrega a la causa abrazada, permaneciendo en su puesto de lucha hasta que sus últimas energías la abandonaron. Hoy a 30 años de su muerte, su imagen y su recuerdo sigue convocando a muchos millones de argentinos.

La política internacional

Apenas asumió el gobierno, Perón reanudó relaciones con la Unión Soviética. Posteriormente el Congreso ratificó el acuerdo de Chapultepec que instauraba un pacto de defensa hemisférico. Con estas dos medidas contradictorias Perón parecía querer indicar su propósito de realizar una política internacional independiente al margen de la llamada *guerra fría* en que se encontraban empeñados los Estados Unidos y Rusia. Esta política, luego delineada con mayor decisión, Perón la llamó *Tercera Posición*, significando una actitud que rechazaba tanto el "individualismo capitalista, como el colectivismo comunista". Era una especie de neutralismo emparentado con la política internacional de Yrigoyen.

Buscó además aumentar la influencia argentina en Latinoamérica logrando apoyo para la Tercera Posición. Así visitó a Chile en 1953 firmando el Acta de Santiago, un intento de complementación económica. Similar documento firmó con el Paraguay, manteniendo muy cordiales relaciones con Vargas, presidente del Brasil, y Paz Estensoro, presidente de Bolivia. En su viaje al Paraguay procedió a devolver los tristes trofeos de la guerra de la Triple Alianza con dicho país. Buscaba con esta política de acercamiento con los países latinoamericanos, sobre todo con los limítrofes, crear condiciones para

una complementación económica del sur del continente. Esto no fue bien visto por los Estados Unidos que trataron de interferir tales propósitos por todos los medios.

También es de destacar el apoyo dado a España cuando en 1957 se la quiso aislar del mundo.

Es cierto que Perón debió ceder en muchos casos ante las presiones internacionales, fundamentalmente de los Estados Unidos. Ya hemos visto el bloqueo económico que este país sostuvo contra la Argentina hasta 1950. Estas presiones obligaron muchas veces al gobierno peronista a adoptar actitudes no siempre coherentes con sus postulados en esta materia, pero en todo momento trató de mantener una actitud independiente y de apoyo a los países subdesarrollados especialmente del continente americano, los cuales vieron en la política argentina un ejemplo para imitar. Una excepción a esta regla fue la relación con el Uruguay, convertido como en tiempo de Rosas en refugio de autoemigrados, que conspiraban abiertamente contra su gobierno. Mantuvo con el país oriental una tensa relación diplomática.

Pero lo más valioso de la política internacional de Perón fue la denuncia permanente de la acción imperialista y el señalamiento de la ruptura de la dependencia como un objetivo nacional a alcanzar, lo que permitió que dicho aspecto fundamental para nuestro proceso de liberación calara profundamente en el espíritu de las masas populares.

Una Constitución más social

La reforma de la Constitución Nacional fue uno de los actos más trascendentes del gobierno de Perón.

Dicha reforma fue decidida por el Congreso el

28 de agosto de 1948, siendo impugnada por la oposición radical aduciendo que en la votación no se había obtenido la mayoría de dos tercios sobre el total del Cuerpo que, según su interpretación de la ley, se exigía. Los peronistas sostuvieron que la mayoría de dos tercios requerida era con respecto a los miembros presentes. También fue motivo de impugnación el hecho de que la ley no fijara los artículos a reformar.

Igualmente los radicales concurrieron a la elección de diputados constituyentes, en la cual el peronismo obtuvo una holgada victoria.

Reunida la Convención Constituyente, la bancada radical abandonó el recinto al tenerse noticia de que entre los artículos a ser objeto de reformas figuraba aquel que se refería a la prohibición de la reelección presidencial. El retiro de los diputados radicales no afectó al quórum de la asamblea que continuó sesionando.

Se reformaron 56 de los 110 artículos de la Constitución. Las principales innovaciones fueron la inclusión de los derechos del trabajador, de la ancianidad, de la familia, de la educación y de la cultura. Además se proclamó la función social de la propiedad, precepto de profunda raíz cristiana y marcado carácter antiliberal. Asimismo se sancionó el artículo 40 que establecía la propiedad exclusiva del Estado sobre los yacimientos, subsuelos y fuentes de energía (es decir petróleo, gas y carbón): este artículo provocó un intenso debate dentro del propio gobierno peronista pues algunos sectores del mismo se oponían a su sanción, volcando las opiniones la decidida acción de Eva Perón a favor del mismo. Por último se estableció la elección directa de Presidente y Vicepresidente de la Nación y la posibilidad de su reelección.

La Constitución de 1949 señaló una marcada diferencia con la del 1853, abandonando el carácter

liberal de ésta, reemplazándolo por un fuerte contenido social, aunque mantuvo la existente estructura formal del gobierno. Fue sancionada el 11 de marzo de 1949.

Un gobierno autocrático

La mayor parte de las críticas al gobierno peronista se centran en la falta de respeto de las libertades públicas. Este hecho indiscutiblemente existió y lo que es peor en muchos casos en forma absolutamente innecesaria. Los medios de comunicación fueron paulatinamente monopolizados en manos del Estado, suprimiéndose la exteriorización por esas vías de las expresiones opositoras, quedando muy pocas expresiones independientes; un caso que se recuerda con insistencia es el cierre del diario liberal *La Prensa* y su posterior entrega justamente a la CGT.

Las actividades políticas y estudiantiles opositoras conocieron de la represión policial. En ese contexto se encuadra la desaparición del estudiante Bravo —militante comunista— y su posterior aparición denunciando torturas, o la muerte de un obrero gráfico durante el conflicto en el diario *La Prensa*. Dentro del marco de las restricciones a las críticas al gobierno peronista debemos mencionar el desafuero por la Cámara de Diputados del diputado opositor Ricardo Balbín y su posterior condena por desacato y prisión durante casi un año.

También se critica el montaje de un aparato de propaganda por parte del Estado que saturaba y asfixiaba toda expresión crítica; el culto a la personalidad de Perón y Eva Perón; la identificación de la doctrina peronista como doctrina nacional, con lo que disentir con la misma colocaba al disidente en la posición de traidor a la patria o *vendepatria*, como gustaba llamárselo.

En materia educativa la intervención del Estado fue en aumento llegando a convertirse, como vamos a ver, en motivo de fricción con la Iglesia Católica y uno de los elementos que desencadenaron el conflicto con ella. La Universidad estuvo permanentemente intervenida debido a su carácter de reducto de una actividad opositora constante por gran parte del estudiantado. En los niveles secundarios y primarios también se intensificó la actividad del Estado realizándose una intensa acción de adoctrinamiento, llegándose en la escuela primaria a establecer como texto de lectura el libro *La razón de mi vida*, de Eva Perón. Toda esta acción logró indisponer con el gobierno a gruesas capas de la clase media, especialmente a los sectores profesionales e intelectuales.

El gobierno de Perón fue autocrático, es inútil ocultarlo. Estaba en la esencia del sistema que giraba en derredor del líder indiscutible e indiscutido. Pero hay que coincidir que hubiera sido imposible intentar efectuar las transformaciones económicas y sociales realizadas sin la presencia de un Estado autoritario (fuerte) que impusiera coercitivamente medidas que afectaban grandes intereses económicos y que lógicamente se resistían a ceder parte de sus privilegios para permitir una más justa distribución de los ingresos.

¿O alguno conoce un proceso de este tipo que se haya realizado sin una fuerte presión por parte del Estado? ¿O no sabemos que los liberales, en toda nuestra historia han comenzado a conspirar interna y externamente en cuanto ha asumido un gobierno popular? ¿Rosas e Yrigoyen no tuvieron también que dedicar buena parte de su tiempo y su energía a luchar contra esta despiadada, pertinaz e inescrupulosa acción de las minorías liberales que pugnaban por derrocarlos?

Durante el gobierno peronista, tenemos que acep-

tar en honor a la verdad que, en muchos casos inútilmente, se cayó en actitudes restrictivas de las libertades públicas individuales, en arbitrariedades con la oposición, en actos de complacencia y adulonería, que ningún bien hicieron al gobierno y por el contrario contribuyeron a dañar su imagen. Menos aún es comprensible este paulatino endurecimiento del gobierno peronista, con una cada vez mayor restricción a las libertades públicas, cuando el apoyo popular era tan amplio y se consolidaba año a año.

Así vemos cómo se llega a duplicar en votos a sus adversarios que a pesar de unificarse tras las listas de la Unión Cívica Radical son abrumadoramente derrotados en las urnas. En 1951 en ocasión de presentarse a la reelección la fórmula Perón - Quijano obtuvo 4.580.000 votos contra 2.300.000 de la fórmula Balbín - Frondizi de la Unión Cívica Radical, votada por toda la oposición en una reiteración de la Unión Democrática de 1946. En este caso se obtuvo además la totalidad de los gobernadores y amplia mayoría en el Congreso. Estas cifras quedaron luego ratificadas en 1954 en la elección de un vicepresidente por muerte de Quijano, por la que resultó electo el contraalmirante Teissaire.

Sin embargo la segunda Presidencia marcó un recrudecimiento de estas innecesarias actitudes negativas de intolerancia ante las críticas al gobierno, cayendo sobre el país un pesado manto de silencio sólo quebrado por la monocorde voz de la Secretaría de Prensa y Difusión manejada por Apold, que en forma permanente informaba al país de los éxitos obtenidos por el gobierno en todos los terrenos, en una cantinela ridícula e insoportable. Esta conducta negativa del gobierno era alentada por la corte de adulones e incapaces que rodeaban a Perón desde el momento de la muerte de Evita, pocos días después de iniciar su segundo mandato.

Dentro de esta corte de verdaderos contrarrevolucionarios enquistados en el régimen se destacaban el contraalmirante Teissaire, luego elegido vicepresidente, miembro de la masonería internacional; el ministro de Educación Méndez de San Martín y el ministro del Interior y Justicia Borlenghi, oscuro personaje hasta esos momentos y cuya influencia, igual que los anteriormente nombrados, crece notablemente a partir de la muerte de Eva Perón. Estas figuras tienden un cerco en derredor de Perón, quitan al régimen su impulso revolucionario y empujan a Perón a cometer serios errores políticos, aunque no logran cortar el cordón umbilical que une al pueblo con su líder.

El enfrentamiento con la Iglesia

Entre los errores políticos más serios que inducen a cometer a Perón figura, sin duda, el enfrentamiento con la Iglesia Católica. Este señala el comienzo del fin del gobierno peronista.

A la muerte de Evita comenzó un proceso de burocratización del régimen peronista y la veloz pérdida de su empuje revolucionario. Se acentuó la búsqueda de la realización de un modelo corporativo que se traducía en la sucesiva agrupación de los principales sectores sociales en confederaciones que impedían todo otro nucleamiento al margen de las mismas.

A la CGT se fueron agregando la Confederación General Económica (CGE), la Confederación General de Profesionales (CGP) y la Confederación General Universitaria (CGU). Es decir, obreros, empresarios, profesionales, y universitarios quedaban encerrados en una red de organizaciones que controlaba de hecho el gobierno peronista a través de las conducciones de dichas confederaciones que le eran firmemente adictas.

Prácticamente la Iglesia era la única institución independiente al sistema desarrollado por el gobierno. Justamente fue la Iglesia la que a través de su propia organización dio respuesta a la creciente corporización de la sociedad. Así se multiplicaron las asociaciones de profesionales católicos, universitarios católicos, empresarios católicos, ateneos universitarios, etc.

Méndez San Martín, Teissaire y Borlenghi: Tres nombres para la conjura

Pero lo que más alarmó a la Iglesia fue la actitud anticatólica del ministro de Educación doctor Méndez San Martín, notorio ateo, enemigo de la Iglesia, quien buscó minimizar la influencia de la misma en el área educativa. Al servicio de tal fin organizó la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) en sus dos ramas, mujeres y varones, brindando a los estudiantes que adherían a las mismas una serie de beneficios, tales como instalaciones deportivas para la práctica gratuita de deportes y vacaciones. La rama femenina funcionaba en la quinta presidencial de Olivos.

Perón comenzó a dedicar muchas horas a "compartir con la juventud mi propia mesa familiar y mi descanso", como dijo. Estas actividades, por cierto no muy acordes con la investidura presidencial y con el liderazgo de un formidable movimiento popular, ponen de manifiesto cierto reblandecimiento en su actitud de lucha a la cual no era ajeno, seguramente, la ausencia de Evita. Nadie puede imaginar en vida de ella a Perón paseando por las calles de la ciudad en motoneta, cubierto con un deportivo gorrito y acompañado por un enjambre de jóvenes motonetistas.

A su creación de la UES, Méndez San Martín agregó un abierto ataque a la influencia de la Igle-

sia en la educación, comenzando por abolir la Dirección e Inspección de la Educación Religiosa en el ministerio a su cargo. Continuó denunciando a las escuelas católicas por mal uso de los subsidios públicos, los cuales suspendió. Terminando por abolir la enseñanza religiosa en las escuelas, que había sido implantada por el gobierno de la revolución de 1943, puesta como plataforma electoral en 1946 y convertida en ley por el Congreso en los comienzos de la primera presidencia de Perón.

La UES constituyó sólo el primer paso de un proyecto mucho más ambicioso: la creación de la Liga Estudiantil Argentina, compleja entidad que buscaba agrupar a todos los estudiantes secundarios del país sobre la base de la actividad deportiva. Se crearon miles de clubes en todo el país a fin de captar unos 4.000.000 de chicas y chicos de los 12 años en adelante. Este proyecto se puso en marcha con el Congreso organizado por la UES, en sus dos ramas, a cuya clausura —el 18 de noviembre de 1954— asistió Perón y pronunció un discurso donde se refería extensamente a los objetivos y métodos a emplear para la implementación de la liga.

Evidentemente la Iglesia no podía permanecer impasible frente a un avance tal sobre un campo que había sido siempre prioritario para ella y en el cual su influencia corría serio riesgo de ser casi totalmente neutralizada.

Otro elemento que enrareció las relaciones con el gobierno fue la creación del Partido Demócrata Cristiano, en el que Perón vio la mano de la Iglesia tratando de instrumentar una nueva realidad política opositora.

Creación del Partido Demócrata Cristiano

El Partido Demócrata Cristiano fue creado del 9 al 11 de julio de 1954, en la ciudad de Rosario. La reunión fue clandestina, pues la policía, enterada buscaba detener a los asistentes. Su Junta Promotora Nacional estuvo integrada por Juan T. Lewis, Carlos J. Llambí, Manuel Ordóñez, Salvador Busacca y Juan J. Torres Bas.

Las ideas demócratas cristianas tenían larga data en el país y se pueden rastrear en los albores de nuestra nacionalidad, siendo posible afirmar que están en el sustrato cultural de nuestro ser nacional. Sus principios fundamentales de democracia como forma de gobierno, basada en el derecho natural y el origen popular de la autoridad, opuesta a las doctrinas del origen divino del poder real, arrancan de las obras del jesuita Francisco Suárez (1548-1617).

Desde el nacimiento de la Patria, en 1810, hombres como Belgrano, el deán Funes, Gorriti, fray Cayetano Rodríguez, fray Justo Santamaría de Oro o Castro Barros dan a nuestra revolución el contenido cristiano opuesto a las doctrinas iluministas de Rousseau. La primera expresión política organizada de estas ideas se produce en 1920 al fundarse la Unión Democrática Argentina.

Posteriormente, en 1927, aparece el Partido Popular, fundado por el ingeniero Pagés que se presenta a elecciones municipales en la Capital Federal obteniendo una banca de concejal en 1932, para el mismo Pagés, con 2.263 votos; en 1934 obtuvo 9.086 sufragios. Posteriormente se disuelve en 1945.

Entre 1945 y 1954 existen grupos cívicos culturales en la Capital Federal, Rosario, Córdoba, Tucumán, Santiago del Estero y Provincia de Buenos Aires. Hasta que en la fecha señalada anteriormente

se produce la unificación de varios de ellos conformándose el Partido Demócrata Cristiano.

El momento elegido para su fundación no resulta, por cierto, el más feliz, ya que la tensa situación política existente en el país lo hace aparecer tomando posición contra el gobierno peronista, producto ello de que todos los grupos que participaron en su fundación estaban enrolados en la oposición, predominando netamente los sectores provenientes del ala liberal del catolicismo.

Este *pecado de nacimiento* fue luego remontado al duro costo de desgajes y enfrentamientos internos, con la aparición de la llamada *línea de apertura,* encabezada por Horacio Sueldo, que significó la búsqueda de su identificación con los sectores populares y su entronque en la línea nacional y popular.

Su nacimiento fue un elemento catalizador del enfrentamiento del gobierno peronista con la Iglesia, ya que como dijimos Perón vio en él un intento de la Iglesia de oponérsele políticamente, a lo cual le dio gran importancia como lo demuestra su *discurso del 10 de noviembre de 1954.* Restándole importancia al hecho, sin embargo en tres oportunidades se refiere a su fundación.

"Si quieren formar el Partido Demócrata Cristiano o Católico, a nosotros no nos importa... Vamos a ver cuántos votos sacan". Más adelante vuelve sobre el tema y expresa: "Aquí no hay organización del Partido Demócrata Cristiano. ¡Qué nos va a pelear él! Lo que aquí hay es la preparación de un clima para la alteración del orden público; eso es lo que hay y eso es lo que nos debe preocupar... para eso debemos proceder con toda energía". Sobre el final otra vez menciona la fundación del Partido Demócrata Cristiano y señala que se anda diciendo que él lo propugna. Lo desmiente al afirmar: "Yo he declarado abiertamente en varias ocasiones

que peronista hay un solo partido: el que forma nuestro movimiento".[1] Perón no solía dedicarle tanta atención a un tema que realmente no le preocupara.

La acción de Teissaire

Teissaire, que además de vicepresidente era titular del Consejo Superior Peronista, apoyó decididamente esta acción anticatólica y aparentemente la promovió. Potash, en su libro *El Ejército y la política en la Argentina*, trae testimonios de Gómez Morales según el cual Teissaire inducía a Perón a esta acción contra la Iglesia menospreciando los riesgos de la misma "pues nadie —decía— se siente ligado a los sacerdotes, el catolicismo del pueblo es sólo formal". Igualmente opinaba que en muchos hogares la imagen de la Virgen había sido reemplazada por retratos de Perón y Evita.

Teissaire, apenas estallado el conflicto, procuró eliminar la presencia católica del seno del partido. A tal efecto, el 17 de noviembre de 1954 el Consejo Superior Peronista, que presidía, sacó una resolución firmada por él en la cual incitaba a todo peronista a "denunciar a cualquier persona o entidad que por su conducta se convirtiera en motivo de perturbación pública", y además exigía que se vigilase "las actividades de todos aquellos elementos clericales infiltrados que por su posición agresiva aparezcan como enemigos y en particular a los infiltrados en nuestro partido".[2]

Con el mismo fin puso al frente de la Juventud Peronista, creada por 1954, a un hombre de su confianza, un tal *Gonzalito*, quien trató de alejar de la

[1] Diario *La Nación*, 11 de noviembre de 1954.
[2] Diario *La Nación*, 18 de noviembre de 1954.

conducción de la misma a aquellos sectores juveniles de tendencia nacionalista y católica que la integraban, reemplazándola por jóvenes adictos, no creyentes, que luego tuvieron activa participación en la quema de las iglesias.

Un tercer integrante del gabinete, el ministro de Interior y Justicia Borlenghi, aparece ligado también a esta acción contra la Iglesia. Aunque el mismo Gómez Morales testimonia los temores de éste sobre el riesgo que implicaba contrariar las convicciones religiosas populares. Borlenghi —único ministro que acompañó a Perón durante los dos gobiernos y sólo renunció meses antes de su caída— aparece claramente comprometido en la conjura contra la Iglesia.

El 18 de noviembre de 1954 pronuncia en la CGT un discurso de clausura de un curso de organización sindical. Historiando el desarrollo del movimiento obrero dice: "Los sindicatos socialcristianos nunca tuvieron un mayor desarrollo porque los obreros instintivamente lo rechazaron. Los obreros estaban acostumbrados a ver a los representantes del clero asociados a los poderosos y se preguntaban cómo venían a ocuparse de ellos, habiendo estado siempre aliados a sus explotadores".[1]

Luego afirma que mientras los sindicatos puramente obreros debían accionar como una secta secreta, los sindicatos socialcristianos tenían toda clase de facilidades y recibían contribuciones de los patrones para construir sus edificios.

Estuvo además involucrado en el sonado asunto de la *quema de la bandera argentina*, durante la manifestación que siguió a la procesión de Corpus el 11 de junio de 1955 y que se endilgó a los manifestantes, habiéndolo realizado, según se comprobó, la policía que dependía de él.

[1] Diario *La Nación*, 19 de noviembre de 1954.

La Iglesia trató a través de discretas gestiones de frenar este irracional ataque que venía a romper una tácita alianza que arrancaba desde el momento en que Perón peleaba el poder antes de las elecciones de 1946. Igualmente trató de influir para cambiar la conducta poco regular del Presidente con las jóvenes de la UES.

Todo fue en vano, la influencia de estos personajes resultó más poderosa y el 10 de noviembre de 1954 Perón, durante una conferencia de gobernadores, hizo público el conflicto haciendo alusión ante aquéllos a ciertas actividades de grupos políticos que estarían agitando al estudiantado y a la acción de organizaciones católicas que provocaban inquietud en los gremios y en las confederaciones económicas y de profesionales universitarios, inquietudes que son "provocadas —dice— precisamente por la intromisión de algunos hombres del clero".

Acusa a la Acción Católica Argentina de ser una "organización internacional" a la que "tenemos que observar y tener en cuenta". Sostiene que con la Iglesia no hay problemas, pues sus autoridades le han dicho que quienes actuaban así lo hacían en forma individual y no respondían a directivas de la jerarquía. En el mismo discurso menciona a tres obispos y a algunos sacerdotes como culpables de estas actividades. [1]

De ahí en más fue como una bola de nieve que crecía incontenible, a pesar de los esfuerzos redoblados de la Iglesia y de algunos sectores del gobierno para detener esta escalada de ataques. En ese sentido el episcopado sacó una Carta Pastoral donde recordaba a Perón sus reiteradas proclamas sobre la necesidad de la religión y moral cristianas, y su respaldo en la doctrina social de la Iglesia, además de su declarado respeto por las encí-

[1] Diario *La Nación*, 11 de noviembre de 1954.

clicas papales. Menciona también las manifestaciones de Perón al clausurar el primer Congreso de enseñanza religiosa.

En cuanto a las acusaciones contra los sacerdotes, pide pruebas para adoptar medidas conforme a derecho; sostiene que las organizaciones religiosas no actúan en el campo político y agrega: "En esta hora tan amarga... sufrimos por vuestro pueblo que es nuestro pueblo... Nos apena la preocupación por lo que puede sufrir la República Argentina".

A esto le sigue una Carta Pastoral que se lee en todas las iglesias donde recuerda que ningún sacerdote puede ni debe tomar parte en las luchas de los partidos políticos. En el caso de defensa de los principios fundamentales de la doctrina católica no se trata de oposición política, sino de defensa obligada del Altar.

Pero todo resulta inútil. En un acto en el estadio Luna Park, el 25 de noviembre, llueven los denuestos contra la Iglesia y sus ministros. El mismo Teissaire se refiere burlonamente a ella, acusándola de ingrata.

El 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción, una multitud desbordó la Catedral y cubrió gran parte de la Plaza de Mayo en un acto en donde lo religioso fue desplazado por lo político, ya que aparecieron por primera vez en los actos religiosos católicos conocidas figuras políticas, para las cuales hacer correctamente la señal de la cruz podía significar un problema más difícil de resolver que leer un jeroglífico egipcio.

El gobierno intensificó los ataques a la Iglesia en una actitud que parecía querer quebrar todos los puentes para impedir cualquier solución. Así de improviso y como agregado a otros temas se introdujo en el Congreso un proyecto de ley que estableció el divorcio.

Tan trascendente tema —que no había logrado

prosperar a pesar de los intentos del liberalismo laicista— fue aprobado en pocos minutos. La ley 14.394 que lo incluía fue refrendada el 22 de diciembre por el Poder Ejecutivo, a pesar del pedido de veto hecho por el episcopado. Paralelamente se autorizó le apertura de prostíbulos en todo el país por medio de un decreto que ponía en manos de los gobernadores tal decisión.

En mayo de 1955, la campaña alcanzó su culminación con una ley que declaraba la necesidad de la reforma de la Constitución para incorporar la separación de la Iglesia del Estado.

El 11 de junio, dos días después de la fecha debida —9 de junio— se celebró la tradicional procesión de Corpus Christi. Ese día era sábado y eso permitía mayor concurrencia de fieles. El gobierno no autorizó la procesión por las calles, como era costumbre desde siempre. El acto religioso debió realizarse en el interior de la Catedral. La multitud desbordó largamente la capacidad del templo y se desparramó por todo el ámbito de la Plaza de Mayo. Al término del acto religioso se encolumnó en absoluto silencio y agitando pañuelos por la Avda. de Mayo rumbo al Congreso.

Cuando la cabeza de la manifestación llegaba allí, gran parte de los manifestantes aún estaban en Plaza de Mayo. Era una columna compacta, que avanzaba lentamente a todo lo ancho de la Avenida de Mayo. En muchos balcones sus ocupantes también agitaban sus pañuelos: era la más grande manifestación opositora al gobierno jamás reunida. No había faltado nadie. Allí estaban todos, desde oligarcas conservadores a marxistas leninistas que de religión lo único que sabían era aquello que les había contado Marx. Nadie se excusó ni tuvo compromisos ese día; los católicos con seguridad estaban en minoría. A la oportunidad la pintan calva

y no podía dejarse pasar tal ocasión para manifestarse contra Perón.

El gobierno acusó el golpe respondiendo con la torpe imputación de la quema de la bandera argentina queriendo hacer aparecer a los católicos como ofensores del emblema nacional y de esa forma agitar los sentimientos nacionalistas del pueblo peronista. Pero la verdad es que nadie creyó en la patraña. El 12 de junio, grupos de choque de la Juventud Peronista atacaron la Catedral enfrentándose con jóvenes católicos que la defendían. Estos últimos fueron todos arrestados.

El día 14 se expulsó del país a los monseñores Tato y Novoa, organizadores de la procesión. El 16, el Vaticano excomulgaba a los integrantes del gobierno culpable de esa acción. Ese mismo trágico día 16 de junio estallaba un golpe armado contra el gobierno de Perón. Aprovechando un desfile aéreo que debía realizarse sobre la Casa Rosada como parte del desagravio a la bandera, que debía ser presenciado por Perón, se planeó bombardear la Casa de Gobierno con los aviones de la Marina y la Fuerza Aérea que participaran en el acto. Objetivo, matar a Perón. Mientras tanto efectivos de la Marina y civiles armados atacarían por tierra la sede gubernamental. Efectivos del Ejército al mismo tiempo se debían sublevar en el litoral, bajo el mando del general Bengoa.

Todo fracasó. Las condiciones meteorológicas no fueron propicias para la aviación. Bengoa no recibió el aviso del estallido y estaba en Buenos Aires en lugar de encontrarse en Paraná, sede de su comando. La Marina no coordinó bien sus movimientos.

Los que no faltaron a la cita fueron las víctimas populares. Enceguecidos por el odio y la frustración del fracaso, los pilotos, cobardemente ametrallaron a los militantes peronistas que convocados por la

CGT concurrían a la Plaza, desarmados, alentados sólo por el amor al líder. A estas víctimas del odio fratricida hay que agregar a las personas que se hallaban presenciando el desfile aéreo que fueron alcanzadas por las bombas lanzadas con la peor puntería imaginable.

Los hechos del 16 de junio son un baldón para sus autores, quienes usaron las armas —que les confió la Patria para defenderla de un ataque extranjero— contra civiles desarmados cuyo único pecado era ser peronista.

A la noche, activistas peronistas cometían otro acto de cobardía. Ante la indiferencia policial quemaron la Curia Metropolitana y su valioso archivo colonial y saquearon y quemaron los históricos templos de San Francisco, San Ignacio, Santo Domingo, además de las iglesias de Las Victorias, San Nicolás y La Merced, iglesias de la época hispánica y tradicional. Pero no pudieron hacer nada con las iglesias de los barrios porque el pueblo cristiano las defendía.

La conjura anticatólica había alcanzado su punto máximo.

Causas posibles del enfrentamiento con la Iglesia

La literatura existente sobre esta época ha pasado sobre este hecho, capital para la historia del movimiento peronista sin ahondarlo demasiado, casi soslayándolo, quedándose en la anécdota sin bucear en su contenido e intenciones.

Las interpretaciones que se han ensayado han sido en algunos casos tan ridículas como ver en la campaña contra la Iglesia un intento de evitar un enfrentamiento entre seguidores de Perón por su sucesión. Siendo Perón reeligible indefinidamente no se puede imaginar a alguien dentro del movimiento pretendiendo sucederlo.

Otra posición sostiene que es parte de una acción de distracción frente a los problemas económicos y políticos que el gobierno enfrentaba, tampoco es seria. En ese momento su poder era mayor que nunca, la oposición política estaba anémica y económicamente, aunque había problemas, la grave situación de 1952 había sido superada.

Quienes han visto como motivo del enfrentamiento la posición de la Iglesia como último obstáculo a vencer para tener el dominio total de la sociedad, se acercan más a la posible realidad. Por ahí deben haber andado los argumentos de Teissaire —al que vemos como inspirador de la conjura— para convencer a Perón de meterse en tal conflicto.

La más plausible explicación de esta actitud de Perón, casi inexplicable, pasa por la aceptación de un plan de la masonería internacional, la que a través de Teissaire influyó sobre él, aprovechando cierto cansancio que demostraba sentir —y al cual había hecho referencia en discursos— agobiado por una tarea enorme en cuya realización encontraba grandes obstáculos y casi ninguna colaboración.

Sus colaboradores sólo servían —salvo honrosas excepciones— para correr la maratón de las obsecuencias y adulaciones. Ya no estaba Evita atenta y vigilante para romper cualquier intento de cerco al poder.

Así fue posible la irrupción de estos tres personajes, totalmente oscuros en época de Evita, y que a su muerte irrumpen cercando al líder cansado que siente la soledad del poder y cuya voluntad empieza a flaquear. Sólo a un Perón claudicante puede uno imaginárselo aceptando un plan de este tipo, cuyo fino olfato político le tenía que advertir sobre sus enormes riesgos.

De estos tres personajes, dos participan de la conjura anticatólica, previsiblemente por razones de odio personal a la Iglesia. Me refiero a Méndez

San Martín ateo, y a Borlenghi antiguo dirigente sindical socialista, ya que ambos presentan claros antecedentes para justificar su animadversión hacia ésta.

Teissaire, como masón que era, parece ser la cabeza de la conjura. Lo cual resulta ratificado por su actitud a la caída de Perón, cuando se presentó por radio y televisión queriendo salvar su responsabilidad en todos los hechos que desembocan en el golpe militar de setiembre, acusando a Perón de desequilibrado. Ante tamaña traición, facilitada por el gobierno de la Revolución Libertadora, que le permitió usar los medios de comunicación para hablar al país, no es difícil encontrar el hilo conductor entre el ataque a la Iglesia y la larga mano de la masonería buscando tres objetivos en una especie de carambola a tres bandas:

a) Voltear al gobierno peronista, lo que interesaba sobre manera a Inglaterra y cuya participación en el golpe militar del 55 es notoria;

b) Reemplazarlo por un gobierno que restituyera a la Argentina su condición de país periférico dependiente;

c) Culpar de dicho resultado a la Iglesia Católica que aparecería como la instigadora y ejecutora de la caída de Perón, con lo cual quedaría enajenada la adhesión del pueblo con que siempre contó, fundamentalmente a través de la conciencia cristiana enraizada en las masas populares.

Esto último aparece como el objetivo básico del plan, ya que cortado aquel lazo entre la Iglesia y el pueblo, luego sería fácil producir el rompimiento de la cultura tradicional popular, de inspiración cristiana, por otra supuestamente neutra o laica, como quieren los liberales masónicos.

Es justamente esta tradición cultural cristiana, que alienta en la Argentina nacional, el mayor obs-

táculo que siempre encontró el imperialismo para someter definitivamente al pueblo argentino. De esta forma, la Iglesia resulta un verdadero antemural que protegió a la Argentina nacional y popular de su destrucción cada vez que el liberalismo la dio por muerta.

Los dos primeros objetivos se cumplieron, pero el fundamental no. La quema de las iglesias fue algo tan brutal y sacrílego, algo que impactó tan violentamente la conciencia cristiana del pueblo peronista, algo que lo llenó de horror hasta hacerle derramar lágrimas ante las imágenes quemadas, motivo de sus devociones más internas, que impidió que el objetivo de la masonería se cumpliese; por el contrario, produjo que un sentimiento de culpa se albergara en el alma popular.

Se podía ver en esos días a gente del pueblo visitando las ruinas, diciendo una y otra vez: *¡No! ¡No fuimos nosotros!* Y era cierto, el pueblo peronista no quemó las iglesias. Las imágenes de Cristo o de la Virgen quemadas o destrozadas no fueron su obra. Nunca hubiera podido serlo porque ello habría sido como destruir el refugio último donde el alma popular va en busca de esperanza, de ayuda o de consuelo cuando con harta frecuencia el dolor o la angustia la agobia. No, el pueblo peronista no quemó las iglesias, porque sabía que allí siempre encontró refugio para su dolor y esperanza ante la injusticia.

En eso se equivocó la masonería. No en vano Dios prometió que los hijos de la luz prevalecerían sobre los de las tinieblas. El pueblo no abandonó sus tradiciones cristianas. Por el contrario, al influjo del *aggiornamento* de la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II, robusteció su fe, y al sentirla más cerca de sus necesidades y sus luchas por la justicia, hoy es la mayor fuerza convocante del país, y miles de jóvenes peregrinan a Luján o dos millo-

nes de argentinos rodean al Papa en Palermo pidiendo con él por la paz y la justicia.

El fin del gobierno peronista

Los contratos petroleros, la creciente corporativización de la sociedad, el conflicto con la Iglesia, eran bastantes cuestiones acumuladas que fueron volcando muchas posiciones adictas a Perón en su contra.

Indiscutiblemente la cuestión religiosa fue el elemento catalizador del estallido y el que terminó por decidir a muchos dubitativos y alejar de las filas peronistas a muchos otros hasta entonces firmes seguidores.

En el discurso del 10 de noviembre —que ya mencionamos—, al decir: "El dirigente peronista debe ser más peronista que otra cosa ... debe descargar su conciencia de cualquier otro sentimiento que pueda ser superior al peronismo... si siente que es más otra cosa que peronista por honor y dignidad, debe renunciar inmediatamente", de hecho expulsó a muchos católicos del movimiento, los cuales ante la lealtad política y su credo religioso no dudaron en optar por este último.

Después de los hechos del 16 de junio parecía imposible que el gobierno pudiera seguir en el poder mucho tiempo más. El bombardeo de la mañana con sus mil o más víctimas y la quema de las iglesias por la noche crearon un estado de preguerra civil que se palpaba en el aire.

Perón trató de pacificar el país, llamó a la conciliación, proclamó que "la revolución peronista había terminado". Craso error, el movimiento peronista no podía renunciar a su esencia revolucionaria cuando aún había un proceso de cambio inconcluso. Había que rectificar rumbos, cambiar

hombres y actitudes, pero sin abandonar la mística revolucionaria que implicaba una movilización popular permanente. Había aún mucho por hacer hasta consolidar la Argentina nacional; los liberales estaban al acecho con sus fuerzas intactas listas para retornar vencedoras y destruir lo realizado, imponiendo nuevamente su modelo dependiente.

Abrió la radio a la oposición, se escucharon algunos brillantes discursos y de los otros. Nadie quería entender lo de la pacificación y desarme de los espíritus, por el contrario veían al caudillo popular debilitado, vacilante, y embestían para derribarlo. La oligarquía multiplicó sus esfuerzos. Rumores, chismes, panfletos, presiones sicológicas y morales sobre los militares, encendida defensa de la religión, etc. Todo valía para la Argentina liberal en pos de lograr su objetivo tanto tiempo esperado: derrocar a Perón.

Era imposible todo entendimiento. Perón hablaba de pacificación, los opositores de su derrocamiento.

El 31 de agosto Perón anunció su propósito de renunciar en nota elevada a las tres ramas del movimiento peronista. La CGT convocó a una reunión en la Plaza de Mayo y la huelga general hasta lograr desistiera de tal actitud.

A la tarde le hablaba al pueblo y pronunciaba aquellas terribles palabras que habrían de sellar su caída: "Con nuestra tolerancia exagerada, nos hemos ganado el derecho a reprimirlos violentamente. Y desde ya establecemos como una conducta permanente para nuestro movimiento: aquel que en cualquier lugar intente alterar el orden en contra de las autoridades constituidas, o en contra de la ley o de la Constitución, puede ser muerto por cualquier argentino... La consigna para todo peronista, esté aislado o dentro de una organización, es contestar a una acción violenta con otra

más violenta. Y cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de ellos".[1]

Este Perón de fines del 54 y 55 era realmente irreconocible, el político hábil, el conductor genial, el fino intuitivo, había dado paso a un hombre vacilante, exasperado, desconcertado, que parecía aconsejado por sus enemigos ya que cada paso que daba era en favor de éstos y aumentaba su propia debilidad y aislamiento.

A la cero hora del 16 de setiembre estallaba el complot militar, luego autotitulado *Revolución Libertadora*, o mejor dicho *Libertadura*, como el pueblo con acertado gracejo la bautizó.

Su jefe, el general Lonardi —un austero militar, católico ferviente—, tenía como primer objetivo la Escuela de Artillería en Córdoba que tomó a punta de pistola. Apoyado por grupos de civiles y por la aeronáutica local, luego de obtener la rendición de la Escuela de Infantería, se hizo dueño de Córdoba. A él se sumó el general Videla Balaguer, otro católico notorio, medalla de lealtad peronista, para el cual su fe religiosa fue más fuerte que su credo político, como le pasó a tantos argentinos en esos días.

La Marina también se subleva, la conjura quedó a cargo de oficiales, faltaba el jefe naval que asumiera el mando. Como no había otro, lo nombraron al contraalmirante Rojas, quien con anterioridad también había andado a los abrazos con los hombres del gobierno peronista. Así, un poco al azar, se convirtió en jefe de los marinos rebeldes.

El general Aramburu quiso sublevar a la guarnición de Curuzú Cuatiá, pero lo derrotan los suboficiales y logra salvarse saltando por una ventana.

La revolución no anda muy bien. Córdoba comienza a ser rodeada por tropas leales, igual que

[1] Diario *La Nación*, 1º de setiembre de 1955.

Puerto Belgrano. Es sólo cuestión de días y el golpe sería derrotado. La Marina de Guerra ataca depósitos de petróleo en Mar del Plata; en dicha acción —más estratégica que heroica— por lo menos demostraron mejor puntería que los aviadores que bombardearon la Casa de Gobierno el 16 de junio.

Más confiados en su eficacia, ahora Rojas amenaza con bombardear Dock Sud y la refinería de La Plata.

En forma sorpresiva, siéndole militarmente la situación favorable, Perón envía una nota al ministro de Ejército general Lucero, en la cual ofrecía trasladar al Ejército su mando a fin de llegar a un acuerdo. Se forma una Junta Militar con oficiales superiores para negociar con los rebeldes. Es el 19 de setiembre. La Junta discute si es o no una renuncia. Convenía considerarla una renuncia, así se terminaba todo. En realidad Perón ya los tenía medio cansados. Perón quiso retomar la conducción de la situación, pero era tarde. Ya los generales le habían aceptado la renuncia que nunca presentó, así que lo que mejor podía hacer era irse antes que llegaran los liberales. Es lo que hizo. Primero fue la embajada del Paraguay, luego la cañonera surta en el puerto, y por último el comienzo de su exilio de 18 años.

En la ambigua carta elevada al Ministro de Guerra, Perón hace alusión al precio demasiado cruento a pagar por aplastar el levantamiento. Sus críticos lo acusan de cobarde, ¿de qué no lo acusan? Es evidente que en medio de las pasiones y emociones que envolvían a la sociedad argentina, aun con la posible derrota del golpe militar, la situación no se iba a encauzar. Antes por el contrario, se haría más violenta. Por otra parte, el Ejército le iba a pasar una gruesa factura por haber salvado al gobierno. Así no iba a poder seguir gobernando. *Los únicos realmente fieles eran sus descamisados*

y el único armamento de ellos era el voto. Pero cuando hablan los cañones y las ametralladoras los votos callan.

Así, solo, traicionado y aparentemente vencido, abandonó el país. El gorilaje rugía en las calles de Buenos Aires. No sabía, ni siquiera imaginaba, que había echado a un odiado caudillo y había hecho nacer el mito popular más grande de la historia argentina.

Pensaron que nuevamente, como después de Caseros, el líder popular se iría al exilio y abandonaría a su pueblo. Se equivocaron. Perón no era el austero Rosas que se negó a volver al país a ponerse al frente del pueblo federal que lo aguardaba. Perón siguió luchando desde el exilio, y con más éxito cuanto más lejos y más tiempo pasaba. A su favor tenía la acción de gobierno de los liberales y la lealtad cada día más fuerte de sus descamisados y de los hijos de éstos.

Ahora la Argentina nacional y popular tenía un jefe que no renunciaba la lucha, ya no sería más derrotada.

Capítulo XIII

LA REVANCHA LIBERAL

Un pueblo rumoroso llena la Plaza de Mayo. El día es soleado, se parece a *los días peronistas* cuando el caudillo popular arengaba a los descamisados.

Pero en la multitud que cubre la Plaza no hay descamisados; éstos están en sus casas, tristes, se sienten desamparados. Ese día la Plaza le pertenece a otros, a la otra Argentina y a muchos que confundidos también están allí, pero pronto advertirán su error.

En el balcón, un austero militar, católico ferviente, siente que ha cumplido con una misión heroica, casi de cruzado. Siendo coherente con sus principios cristianos ha de proclamar: "Ni vencedores ni vencidos". Pero se equivocaba profundamente. En esa Argentina de setiembre de 1955 había vencedores que se disponían a ejecutar su venganza y vencidos que lucharían por no dejarse humillar. En esa Argentina conflictiva y conflictuada no había lugar para el proyecto de Lonardi que pretendía sanear errores y vicios, pero conservar la estructura básica que había montado el peronismo. Eso era lógico, ya que ni Lonardi ni su grupo de colaboradores eran liberales; por el contrario, provenían de las filas del nacionalismo, con marcadas simpatías a regímenes fuertes siendo el franquismo su modelo casi ideal. Los unía a los liberales sólo el deseo de echar del poder a Perón, pero por distintos motivos.

Ellos se fueron alejando del líder peronista porque su sentido aristocratizante y elitista de la política les hacía sentir una natural repulsa a la presencia popular en el quehacer nacional. Ellos pre-

tendían un peronismo sin dirigentes sindicales en los despachos oficiales o en el Congreso de la Nación, sin movilizaciones populares, sin bombos ni estribillos. O sea un peronismo con los sindicalistas en los sindicatos, el pueblo en su casa, y ellos gobernando. El estallido del problema con la Iglesia terminó de ponerlos contra Perón y junto a los liberales.

Pero esta unión habría de durar poco tiempo. El apuro por montar la revolución impidió que se tratase, entre los grupos conspiradores, un plan de gobierno donde hubieran surgido las discrepancias insalvables que los separaba. Una vez Lonardi en el poder el enfrentamiento entre liberales y nacionalistas fue inevitable.

Los nacionalistas pretendían, purgados los personajes más notorios del régimen peronista, mantener su estructura y volcarla en apoyo del gobierno revolucionario. Los liberales querían destruir el sistema peronista y restaurar la Argentina liberal y dependiente. Estaban cargados de odio, de resentimientos, campeaba en ellos el espíritu de revancha, les asqueaba todo aquello que fuera popular.

El pueblo, los humildes, los postergados de siempre, los condenados al sacrificio cuando los gobernantes lo piden para *salvar a la Patria*, lloraban la caída de su líder y temían por su futuro.

Echan a Lonardi

Sólo cincuenta días pudo gobernar Lonardi. Sus nobles intenciones naufragaron ante el aluvión revanchista liberal. Ellos querían saldar cuentas y no iban a permitir que les dejara escapar la presa. Pronto *las tablas de sangre de su Revolución Libertadora* inscribirían sus primeras víctimas. Hacía casi una década que aguardaban ese momento.

Mientras Lonardi trataba de ganarse el apoyo de los sectores populares, los liberales, con los cuales compartía el gobierno, ponían en marcha la venganza. Ocupaciones militares de barrios populares: Avellaneda, Berisso, Rosario... Leyes sociales desconocidas por *libertadores empresarios*. Prohibición de la palabra *peronista*. Ocupación de sindicatos por *sindicalistas libres* con apoyo de fuerzas militares, predominantemente de la Marina. Arresto de oficiales y civiles peronistas.

Buscando aislar a Lonardi, el próximo objetivo fue el ministro de Guerra general Bengoa, quien al renunciar el 9 de noviembre sostenía que únicamente los delincuentes debían de ser castigados, "debiendo privar los sentimientos de tolerancia para las ideas y sentimientos que no sean los nuestros".

Luego vino la creación de la Junta Consultiva, comisión asesora del gobierno integrada por representantes de los partidos políticos con marcado predominio liberal y con el contraalmirante Rojas a la cabeza, cuya misión era trabar la acción de Lonardi y asegurar la restauración del viejo régimen oligárquico liberal.

Por último, aprovechando una discusión acerca del nombramiento del nuevo Ministro del Interior, la decisión presidencial de nombrar a Luis María de Pablo Pardo, nacionalista, dio pie a los liberales para hacer de esto una cuestión vital y rechazar su nombramiento. Ante la firme postura de Lonardi de no dar marcha atrás y tomarle juramento el 12 de noviembre, se desató la crisis que terminó con la destitución de éste, al negarse a renunciar. Abandonado por algunos que creyó amigos como el ministro de Guerra Osorio Arana —mientras por primera vez en la historia un jefe del Regimiento de Granaderos a Caballos, en este caso el mayor Alejandro Lanusse, no defendía al Presidente como era su deber de honor, y por el contrario apoyaba su

destitución—, el general Lonardi era desalojado del gobierno. Cuatro meses más tarde moriría con la tranquilidad de conciencia de haber hecho todo lo posible por ahorrar horas de dolor a su país y al pueblo trabajador.

Llegan los gorilas

Cuando se anunció la asunción del mando por el general Aramburu, aquellos confundidos que estaban en la Plaza de Mayo el 22 de setiembre comprendieron su error y se separaron de la Revolución Libertadora. Hicieron bien, no tenían nada que ver con lo que vendría a partir de ese momento. El ascenso al gobierno del general Aramburu y la continuación en el cargo del vicepresidente contraalmirante Rojas significó el triunfo del revanchismo, el auge del odio, la entronización de la persecución como método de gobierno y el retorno en lo institucional, económico, cultural y social a la Argentina de la década del 30, o sea la forma más cruda de la Argentina liberal y dependiente. La *Comisión Nacional de Investigaciones*, formada para investigar *los horribles negociados* del régimen peronista, multiplicó allanamientos, detenciones y procesos en medio de una total arbitrariedad en sus actuaciones. Al cabo de tanto barullo, muy poco o nada pudo demostrar.

Otra creación de la Revolución Libertadora, la *Junta de Recuperación Patrimonial*, destinada a rescatar supuestas fortunas mal habidas confeccionó una interminable lista de personas y firmas comerciales interdictas, acusadas de irregular aumento de su patrimonio. Lo único que logró fue que muchas de esas fortunas cambiaran de manos.

Los sindicatos fueron todos intervenidos militarmente y la Marina se hizo cargo de la CGT. Se

declaró ilegal al partido peronista y se llegó a prohibir la publicación del nombre de Perón o cualquier símbolo, palabra o imagen que fuera sinónimo del movimiento. Mayor aberración imposible. Fueron proscriptos para ocupar cargos públicos todos los funcionarios del gobierno peronista desde 1946 y todos quienes hubieran sido dirigentes del partido. Lo mismo ocurrió con los dirigentes sindicales. Ni el cadáver de Evita fue perdonado en esta orgía del rencor, siendo substraído por una comisión militar y ocultado por espacio de 16 años. Lo aberrante del hecho exime de todo comentario.

Otra vez el proyecto de la dependencia

A la caída del gobierno peronista ninguno de los factores económicos denunciaba la existencia de una crisis, ni el valor de la moneda, ni la cotización de los productos agropecuarios, ni la recaudación fiscal, ni los índices de ocupación obrera, ni de crecimiento industrial. Nada, absolutamente nada justificaba la dramática afirmación del doctor Raúl Prebisch: "La Argentina atraviesa por la crisis más aguda de su desarrollo económico". Pero había sido llamado a diagnosticar sobre la situación económica y esta afirmación era el pretexto necesario para comenzar la tarea de demoler el sistema económico del gobierno de Perón de modo que se abriese paso al vasallaje imperialista. Los ingleses querían cobrar las bombas y espoletas con que habían surtido a la Marina Argentina y algo más.

Siguiendo los consejos de Prebisch se devaluó el peso, se desnacionalizaron los depósitos bancarios, se eliminaron los controles sobre el comercio, se suprimieron los cambios múltiples, la nueva paridad cambiaria fue de 18 pesos por dólar, contra los 5 y 7,5 anteriores. El Instituto Argentino de Promo-

ción del Intercambio (IAPI) fue liquidado, no podía ser de otra manera. Mediante *esta creación diabólica del tirano prófugo* se había exportado en 1954 el 32 % del maíz, en detrimento de las ganancias de Bunge y Born y sus acólitos. El Banco Industrial se transformó y dejó de estar al servicio de una política industrial nacional.

El resultado de estas medidas económicas fue el esperado, o sea una redistribución de ingresos del sector asalariado hacia los sectores del poder económico, principalmente los vinculados a la agroexportación. Como los precios internacionales de los productos del agro bajaron y el país había abandonado sus herramientas de defensa de los mismos —IAPI, Convenios bilaterales— y además aumentaron las importaciones de bienes de consumo y artículos suntuarios, comenzó el drenaje de divisas. Esto unido al aumento de los precios internos ante la libertad de comercio, determinó el aumento de la inflación que pagaron, lógicamente, los asalariados. Además al liberarse los arrendamientos rurales comenzó la expulsión de los arrendatarios. La venganza de propietarios y privilegiados estaba en marcha.

La acción sobre los sindicatos no paró en la ocupación militar de los mismos y la interdicción de sus dirigentes, según se dijo para *democratizarlos;* sino que continuó con la supresión de la ley sobre sindicato único y la limitación del derecho de huelga. Pero los obreros ahora sabían que su fuerza estaba en la organización. Los 10 años de gobierno de Perón les había abierto los ojos. Los sindicatos de 1956 nada tenían que ver con los de 1942. Estaban dispuestos a demostrar que podían y sabían luchar por sus derechos y lo hicieron. Las huelgas se multiplicaron a partir de 1956 y a pesar de detenciones y envío a la Patagonia de los

dirigentes sindicales, la resistencia continuó y el gobierno tuvo que andar con cautela.

En el orden internacional se abandonó totalmente todo atisbo de política independiente y de solidaridad con sus hermanos latinoamericanos. Las autoridades de la Revolución solicitaron su *ingreso al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial.* Se firmaron los *Acuerdos de Bretton Woods* rechazados por Perón. Se ratificó la carta de la OEA y hasta se llegó a proponer una especie de OTAN del Atlántico Sur.

Las tablas de sangre de los libertadores

El 9 de junio de 1956 bajo el mando del general Valle estalló una revuelta de la que participaban además el general Tanco, un grupo de oficiales en actividad y muchos civiles peronistas. El movimiento que era esperado por el gobierno obtuvo algunos éxitos al principio, logrando controlar el regimiento 7 de Infantería de La Plata, algunas emisoras del Interior, parte de la ciudad de Santa Rosa en La Pampa. En la Capital Federal, en cambio, los intentos de copar unidades militares fracasaron ante el alerta militar existente.

El golpe, por lo tanto, no alcanzó mayor importancia, pero en cambio fue reprimido con una crudeza sin precedentes en este siglo, en la Argentina.

Proclamada la ley marcial, se aplicaron procedimientos sumarios, fusilándose a supuestos sediciosos o simplemente sospechosos, entre los días 11 y 12 de junio, llegándose a 38 ejecuciones reconocidas, aunque hay datos que hacen subir estas cifras en varias decenas más.

Entre los fusilados figuró el jefe del movimiento general Valle. Estos fusilamientos no tienen otra explicación que el odio homicida de una clase do-

minante —la oligarquía liberal— que vio la ocasión de imponer su dominio por el terror, ya que no podía hacerlo por el convencimiento y el libre juego de las instituciones democráticas. Los militares fueron útil instrumento en sus manos, al igual que lo fuera Lavalle de Rivadavia y sus amigos. No otra explicación puede darse a estos hechos, ocurridos no en el ardor de una lucha, sino cuando ya se conocían los nulos resultados del levantamiento y su limitada repercusión.

El *tirano prófugo*, el *sanguinario dictador*, no aplicó tal rigor ni a los que cobardemente ametrallaban a sus descamisados el 16 de setiembre del 55.

Los nombres de Aramburu y Rojas, como el de Lavalle, quedarán por siempre marcados con sangre en la historia argentina.

Una democracia de minorías

Así entre asesinatos, revanchismo y sometimiento del país a los dictados de los poderes coloniales, fue pasando la Revolución Libertadora, mientras la resistencia peronista crecía día a día y respondía a la violencia de los *gorilas*, con su propia violencia hecha de bombas y sabotajes. El país se iba encaminando hacia días aciagos en que la sangre de muchas víctimas inocentes iba a ser el precio a pagar por todo el odio que se sembraba.

El gobierno revolucionario, vista su frustrante gestión que agravó males y trajo nuevos problemas, decidió comenzar el camino hacia la entrega a autoridades elegidas por el pueblo, o mejor, por una parte de él.

Pero primero quiso abolir la Constitución de 1949, y convocó a elecciones constituyentes, para lo cual carecía totalmente de atribuciones. Además, bajo este propósito declarado, se trataba fundamen-

talmente de ver las tendencias del electorado antes de llamar a elección de autoridades.

La Unión Cívica Radical estaba en manos de los sectores intransigentes que habían arrebatado la conducción a los unionistas en 1954. Durante las jornadas de junio y setiembre de 1955, sus hombres habían adoptado una actitud pasiva sin intervenir directamente en las actividades conspirativas. En cambio los unionistas habían estado en la primera línea, entre ellos Zavala Ortiz, que se ufanaba de haber planeado el ataque de la aviación naval a la Casa Rosada.

Bajo la conducción de Frondizi, la Unión Cívica Radical trató de captar a la masa peronista enarbolando muchas de sus banderas que no eran otras que las del yrigoyenismo. Esto provocó el rechazo de muchos radicales, que cegados por su antiperonismo no veían, ni ven aún, esta continuidad histórica entre ambos líderes populares.

A su vez el gobierno que esperaba entregar el poder a la Unión Cívica Radical ante el vuelco en su actitud se encontraba ante un dilema. La elección de constituyentes era un buen sondeo para ver qué sucedía, pero perjudicaba la estrategia de Frondizi. De ahí el rechazo de éste y su exigencia de elecciones nacionales.

Pero un hecho nuevo, aunque previsible, se sumó al complicado panorama. La Unión Cívica Radical, después de una tumultuosa Convención en Tucumán en noviembre de 1956, en la cual se proclama la fórmula presidencial Frondizi - Gómez, se dividió al no aceptar esta decisión los sectores opuestos a Frondizi y férreamente ligados al gobierno militar que hacían fe de su antiperonismo.

Llevado el pleito a la justicia, ésta decidió que las dos conducciones de la Unión Cívica Radical que coexistían se identificasen con un aditamento a la sigla original. Así surgieron la Unión Cívica

Radical Intransigente (UCRI) y la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP).

La elección de constituyentes se realizó el 28 de julio de 1957. El voto en blanco ordenado por Perón desde el exilio obtiene el primer puesto con 2.115.861 votos (24 %); UCRP: 2.106.524 (24 %); UCRI: 1.847.603 (21 %); Socialistas: 525.721 (6 %); Conservadores: 582.589 (6 %); Democracia Cristiana: 520.606 (5 %), era la primera elección en que participaba; Democracia Progresista: 263.805 (3 %).

La elección puso de manifiesto que la fuerza del peronismo era mucha y podía sobreponerse a la persecución y a las condiciones más desfavorables. El mito de Perón comenzaba a corporizarse. Perón desde Caracas afirmaba con razón que "el electorado peronista está hoy tan firme como en sus mejores tiempos".

Reunida la Convención Constituyente, la Unión Cívica Radical Intransigente la impugnó y sus convencionales (78) se retiraron el 20 de agosto. Las disidencias entre los que quedaron, la dejaron sin quórum a partir del 25 de octubre, aunque alcanzó a declarar nula la reforma del 49 y agregar el artículo 14 (bis).

El 15 de noviembre se llamó a elecciones generales para el 23 de febrero de 1958.

Las posibilidades de inmediato se polarizaron entre Balbín, candidato de la Unión Cívica Radical del Pueblo, y Frondizi, de la Unión Cívica Radical Intransigente. Balbín era apoyado abiertamente por el gobierno, al extremo que hombres de su partido integraban el elenco gubernamental, entre ellos el ministro del Interior Alconada Aramburú. Era la continuidad de la Revolución Libertadora. Frondizi buscó el voto peronista presentándose como claro opositor al gobierno militar y ofreciendo un programa antiimperialista, basado en un modelo de desarrollo que movilizara las potencialidades natu-

rales del país y pudiera devolver al pueblo niveles de bienestar alcanzados durante el peronismo y por entonces perdidos. Ponía el acento de su política económica en el autoabastecimiento energético y el impulso de la producción de acero, petroquímica y química pesada, o sea las industrias de base. Reafirmaba la autodeterminación en la política internacional ubicando al país dentro del campo occidental, llamando a la unión de los sectores populares para la realización de un programa para "veinte millones de argentinos".

Sabiendo que su éxito pasaba necesariamente por el apoyo del electorado peronista, buscó y obtuvo la decisión de Perón de ordenar a sus fieles seguidores votarlo. Perón con ello quizás buscó dos objetivos: por un lado, evitar la diáspora de sus adictos, máxime cuando habían comenzado a aparecer partidos neoperonistas (Unión Popular, Partido Blanco, Partido de los Trabajadores, etc.) que usaban su nombre y pretendían desarrollar su propia estrategia, actitud alentada por el gobierno militar para dividir al peronismo; por otro lado, apoyando a la Unión Cívica Radical Intransigente, ahora claramente opositora a la Revolución Libertadora, buscaba crear las condiciones para que los militares no dieran o anularan las elecciones, con lo que volcaría masivamente a la opinión pública en contra del gobierno militar.

Con este apoyo de Perón, la UCRI ganó la elección obteniendo 4.090.840 votos, o sea la suma de los propios más los votos blancos de la elección de Constituyentes; la UCRP: 2.624.454; la Democracia Cristiana: 289.245; y los Socialistas: 262.366 votos. Esta elección dio a la UCRI 133 de las 187 bancas de la Cámara de Diputados, el gobierno de todas las provincias y todas las bancas del Senado.

La reacción de los sectores *gorilas* fue de gran irritación intentándose anular la elección. Donde

había mayor histeria era en la Marina y sus allegados, que sentían se les escapaba de las manos el poder y su venganza quedaba trunca. De ahí los amagos continuistas, que el Ejército y la Aeronáutica no acompañaron. Aramburu lanzó su frase: "Ni un minuto antes, ni un minuto después", pero en realidad es el caso de preguntarse si era honesto en su aparente respeto a la voluntad popular. Podemos afirmar que no. Entregaría el gobierno, sí, pero reteniendo para las Fuerzas Armadas el control de su gestión.

De hecho las Fuerzas Armadas no volvieron a los cuarteles, hicieron sólo un pequeño repliegue para permitir que asumiera un gobierno civil con todas las formalidades aparentes de tal, pero el poder real de decisión seguía en manos de los mandos militares.

Capítulo XIV

AÑOS DE CAOS

El gobierno de Frondizi fue un gobierno tremendamente condicionado. Más de la mitad de los votos que lo encumbraran no le pertenecían. Las Fuerzas Armadas lo aceptaron a regañadientes y vigilaban su acción. En su propio partido existían dos alas antagónicas, por un lado los dirigentes de viejo cuño radical y por otro los que llegaban de la mano de Frigerio, la eminencia gris del gobierno. El programa económico que se proponía llevar a cabo tenía muy poco que ver con el anunciado en su campaña. Era evidente que por muy grandes dotes políticas que tuviera y a pesar de su astucia y habilidad para capear temporales y equilibrar cargas era por demás difícil avanzar.

Su gobierno fue afectado por más de 30 planteos militares, todos los cuales fue superando en base a negociaciones que implicaron rever decisiones tomadas o dejar por el camino a hombres que le habían sido fieles, es decir, dejar en cada caso jirones de su investidura. Llegó al extremo de aceptar como Ministro de Economía a un hombre que lo combatió acerbamente y estaba en las antípodas de su pensamiento, como fue Alvaro Alsogaray. Todo esto para retener un gobierno que cada vez fue menos de él y más de sus adversarios.

Su política económica

Es por demás conocido su modelo de desarrollo económico que ha recibido el nombre de *desarrollismo*, que propugna el desarrollo acelerado de

la infraestructura energética, de comunicaciones, transporte, la siderurgia, la celulosa, la química pesada, y las industrias de bienes de capital. Logrado lo cual se pasaría a la modernización del agro para aumentar su productividad.

Tan ambicioso programa y acelerada ejecución obligan a la pregunta: ¿con qué recursos se hará? La respuesta es: con la inversión extranjera, para lo cual hay que optimizar las condiciones para su concurrencia.

Alcanzado este desarrollo integral corresponderá extender sus beneficios a todas las capas de la población y regiones del país y a la vez producirán el despegue cultural.

De esta enunciación surge que, mientras este fabuloso despegue económico se produce, habrá capas sociales, zonas del territorio y áreas del quehacer nacional que deberán aguardar su turno para alcanzar los beneficios del desarrollo. Esto plantea no pocas dudas sobre el grado de dependencia del país con respecto a los capitales extranjeros invertidos, máxime cuando se sabe que vienen para hacer su negocio y servir sus intereses y no para producir procesos nacionales de liberación en los pueblos oprimidos.

Brasil, que puso en ejecución un plan de este tipo, es un claro ejemplo de ello. Hoy enfrenta una monstruosa deuda externa que no puede pagar, mientras su pueblo sigue sufriendo la marginación y la riqueza generada ha volado fuera de sus fronteras.

Durante los casi cuatro años del gobierno desarrollista se pusieron en marcha o se proyectaron obras que el país necesitaba y necesita. Hubo una alta tasa de inflación: 264,2 % para todo el período, pero la actividad económica fue intensa, incrementándose la producción industrial en un 10 %. Por lógica consecuencia aumentó el consumo de acero,

cemento y energía eléctrica, lográndose el autoabastecimiento petrolero. Además se puso en marcha el primer alto horno en San Nicolás, comprado durante el fin del gobierno peronista y recién puesto en funcionamiento en 1961.

Sin embargo hacia mediados de 1959 el gobierno se encontró ante una grave crisis económica que lo obligó a firmar un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional (FMI) por 329 millones de dólares para hacer frente a problemas de pagos con el exterior. Este acuerdo lógicamente lo obligó a adoptar recetas de política económica recesivas, como el Fondo impone siempre a los países subdesarrollados, las cuales frenaron la expansión económica.

Este proceso fue conducido por Alsogaray que había asumido la cartera de Economía y Trabajo a mediados de junio de 1959, decisión de Frondizi que siempre fue considerada incomprensible, vistas sus diametralmente opuestas posiciones ideológicas en materia económica. Alsogaray fue reemplazado por otro economista ortodoxo, representante del liberalismo económico, como Roberto Alemann, en abril de 1961, con lo cual es difícil de entender lo que realmente pretendió realizar Frondizi, en el terreno económico durante su mandato.

Los contratos petroleros de Frondizi

En julio de 1958 el Presidente anunció, en un mensaje titulado *La batalla del petróleo*, la implementación de una nueva política petrolera fundamentada en la celebración de contratos de perforación con empresas extranjeras para que las mismas extrajeran petróleo que debía ser entregado a YPF al precio que establecían los contratos. En algunos casos los riesgos de explotación eran a cargo

de las empresas y en otros se actuaba en áreas donde YPF ya había localizado petróleo.

Las principales objeciones fueron que dichos contratos no se elevaron al Congreso, ni fueron objeto de licitación pública, siendo concedidos directamente por el Presidente. Se respondió que ello se hacía para evitar un debate en el Congreso que demoraría su aprobación, argumento débil teniendo en cuenta la amplia mayoría legislativa con que contaba. Tampoco se explicó satisfactoriamente la falta de licitación en la adjudicación de los mismos.

Lo contradictorio de su actitud, por otra parte común a todo su accionar en el gobierno, es que había combatido enérgicamente los contratos petroleros que Perón elevó al Congreso poco antes de su derrocamiento, diciendo que tenían *la marca física del vasallaje.* En todo caso, la actitud de Perón fue más clara, pues había sometido aquellos contratos al conocimiento público a través de la discusión parlamentaria, mientras que en el caso de las concesiones otorgadas por Frondizi los términos de las mismas fueron desconocidos para el pueblo y producto de un claro acto de abuso de autoridad.

Tras cartón arregló la situación pendiente con la CADE y ANSEC por expropiaciones realizadas anteriormente y aún no resueltas. Con la CADE se formó una sociedad mixta, origen de la actual SEGBA, y con ANSEC se convino el monto a pagar por las expropiaciones, todo lo cual desató una verdadera tormenta política. De aquel Frondizi que escribiera *Petróleo y política*, poco o nada quedaba.

La oposición a esta política, que desmentía toda una trayectoria y además violaba la plataforma electoral ofrecida, originó el enfrentamiento con el vicepresidente Gómez, que finalizó con la renuncia del mismo luego de un oscuro episodio en el cual la honestidad y lealtad del Presidente no salió bien

parada. Con su eliminación, Frondizi cerró el camino a cualquier intento de reemplazarlo dentro de las normas constitucionales, cuidándose bien de no llamar a elecciones para cubrir el cargo.

La situación social

Las políticas recesivas adoptadas como consecuencia del acuerdo firmado con el Fondo Monetario Internacional, como no podía ser de otra forma, fueron muy negativas para el interés de los trabajadores, que se encontraron atenazados entre el aumento constante de los precios de los artículos de consumo y la limitación impuesta por el gobierno al aumento de sus salarios, los que sólo se podían otorgar en función de aumento en la productividad, lo que a su vez se hacía difícil de lograr debido a la constante retracción de la demanda, cerrándose así un círculo vicioso en medio del cual quedaban aprisionadas y sin salida las naturales apetencias de las clases trabajadoras por recuperar niveles de vida que habían conocido durante la época del peronismo y que cada vez se hacía más difícil de alcanzar.

Esta situación, unida a la resistencia obrera a permitir medidas económicas que según los sindicatos afectaban al interés nacional —como los contratos petroleros y la venta de empresas estatales, caso del Frigorífico Nacional en el barrio de Mataderos—, dieron origen a violentas huelgas.

La huelga producida por el personal del Frigorífico Nacional motivó la intervención del Ejército, con tanques, para derribar los portones del edificio que ocupaban los obreros. También podemos recordar la huelga de los ferroviarios que duró 42 días, motivando su movilización militar levantada por la mediación del arzobispo de Buenos Aires,

cardenal Caggiano. Los trabajadores petroleros agrupados en su sindicato, el SUPE, promovieron otro movimiento huelguístico contra los contratos petroleros, lo que provocó el decreto estableciendo el estado de sitio. También se declararon sucesivas huelgas en otros gremios; señalamos por su trascendencia la que abarcó a los docentes de las escuelas primarias y secundarias.

Toda esta agitación obrera unida a la acción de la resistencia peronista que continuaba actuando mediante atentados con bombas y sabotajes, obligó a Frondizi, bajo presión militar, a implantar el *Plan Conintes* (Conmoción del Orden Interno) que no era más que la reedición de un plan similar aplicado durante el peronismo, en momentos de gran agitación opositora, y que fuera duramente criticado por el mismo Frondizi en la Cámara de Diputados.

Como hecho positivo en su política social es justo mencionar la ley de Asociaciones Profesionales, que aseguró a los obreros el libre manejo de sus sindicatos, ley que desató oleadas de indignación entre los militares y los liberales.

En el terreno educativo implantó la ley de enseñanza libre que permitió quebrar el monopolio estatal impuesto por la ley 1420 en la enseñanza primaria y media, a la vez que facilitó la creación de universidades privadas. Esto también originó grandes enfrentamientos entre partidarios de uno y otro sistemas, traducidos en manifestaciones y actos públicos. En el ámbito universitario estatal se destacó el rectorado del doctor Risiere Frondizi, hermano del Presidente, por la libertad y alto nivel académico que imprimió en la enseñanza.

Frondizi no escapó aquí a sus marchas y contramarchas, originadas en sus intentos de desarrollar una política independiente, que lo llevó a grandes enfrentamientos con los militares. Abandonó la Tercera Posición de Perón y adscribió al país al bloque occidental, pero tratando de mantener cierta independencia con respecto a los Estados Unidos.

Buscó un acercamiento con Brasil y se reunió con el presidente Janio Quadros en Uruguayana, en abril de 1961. Los convenios firmados no fueron del agrado de los mandos militares pues recelaban del acercamiento al gobierno brasileño, cuyo titular era sindicado como izquierdista.

Viajó a los Estados Unidos, primer presidente argentino que lo hizo, y apoyó la *Alianza para el Progreso*, que planteara el presidente Kennedy. Pero un grave problema se produjo con motivo de su entrevista con el *Che* Guevara, en agosto de 1961, por aquel entonces Ministro de Industria del Gobierno de Fidel Castro. Los militares se enfurecieron y Frondizi tuvo que dar reiteradas explicaciones nunca del todo aceptadas. En enero de 1962, en ocasión de la VIII Reunión de Cancilleres, al plantearse la expulsión de la OEA del régimen de Castro, la Argentina se abstuvo junto con Brasil, Méjico, Chile, Bolivia y Ecuador.

Esta actitud desató otra tormenta de recriminaciones en las Fuerzas Armadas. Tras numerosas reuniones con los mandos militares, Frondizi finalmente se vio obligado a romper relaciones con La Habana en los primeros días de febrero.

Su caída

En marzo de 1962, se debían realizar elecciones en varias provincias para elegir gobernadores y también se renovaba parcialmente la Cámara de Diputados. La situación de la Unión Cívica Radical Intransigente era por demás comprometida, ya no podía contar con el apoyo de los peronistas claramente enfrentados con su gobierno. En la elección de 1960 el peronismo se había abstenido, pero ahora a través de varios partidos neoperonistas estaban dispuestos a participar de la elección, por más que Perón desde España aconsejara la abstención.

El principal problema era la Provincia de Buenos Aires. Un triunfo peronista allí era inaceptable para los militares, ya que se jugaba la elección de gobernador.

Para los jefes militares, los peronistas eran delincuentes que no pueden ocupar cargos electivos, ni de otra naturaleza sin desmedro de la dignidad nacional. ¿Piensan muy distinto ahora? Se habló de proscribir a los partidos neoperonistas, pero al final no se tomó la decisión.

Realizada la elección el 18 de marzo, la Unión Cívica Radical Intransigente resultó triunfadora en Entre Ríos, Corrientes, La Pampa, Santa Cruz y la Capital Federal. La Unión Cívica Radical del Pueblo ganó en Córdoba. Los partidos neoperonistas con candidatos propios, en Chaco, Misiones, Neuquén, Río Negro, Salta, San Juan, Tucumán y Jujuy, en esta última apoyando a un candidato Demócrata Cristiano. Pero además habían ganado en Buenos Aires imponiendo como gobernador a Andrés Framini, dirigente sindical del gremio textil. En total habían logrado la primera minoría con el 32 % de los votos, era la debacle total; otra vez los sindicalistas en el gobierno y nada menos que a cargo

de la Provincia de Buenos Aires, eso jamás lo podían admitir los militares.

La misma noche del 18 de marzo los secretarios militares pedían a Frondizi la intervención de las provincias ganadas por los peronistas y la proscripción del peronismo y todos sus emblemas y formas de actuación.

El 19, presionado por los militares y para salvar su gobierno, intervino las provincias donde habían ganado los peronistas. Había perdido el último girón de dignidad para retener un poder que ya no tenía.

La Unión Cívica Radical del Pueblo, que durante todo el gobierno frondicista había presionado sobre los militares buscando su derrocamiento, se unió a los liberales para solicitar su renuncia.

El ministro de Defensa Rodolfo Martínez propuso un plan para poner al Presidente bajo tutela militar. Parece increíble, pero se trató largamente este plan. Todo era posible frente a un hombre que había perdido su autoridad y prestigio.

El 28 de marzo los tres Comandantes en Jefe exigieron la renuncia al Presidente. Se negó. Fue detenido y llevado a Martín García, adonde también habían llevado alguna vez a Yrigoyen y a Perón.

Los liberales rugían de alegría, otra vez eran dueños del gobierno.

Frondizi durante su mandato nunca representó a la Argentina popular y nacional, baste recordar que Alsogaray y Roberto Alemann fueron sus ministros de Economía. Pero tampoco era expresión de la Argentina liberal. Ambas lo combatieron por distintas causas. Fue un intento híbrido que bajo el enunciado de una modernización del país ejecutó recetas liberales mezcladas con medidas inspiradas en la sana doctrina de la autodeterminación nacional. Siempre dentro de un modelo de desarrollo

industrial dependiente, producto de un esquema económico neocapitalista.

Quizá si hubiera podido gobernar sin tantos condicionamientos y sobre la base de un poder real y y propio, su indiscutible inteligencia pudo haber señalado al país un rumbo más preciso. Pero no era ése el momento adecuado para políticas que soslayasen el enfrentamiento profundo del país. Las dos Argentinas se enfrentaban con ferocidad y no había lugar para términos medios. Quien lo intentara estaba destinado al fracaso, y él fracasó.

Casi una guerra civil

Cuando el senador José María Guido llegó a la Casa Rosada poco faltó para que tuviera que tocar el timbre buscando a alguien que quisiera abrirle la puerta, tal era la soledad que en ella reinaba. Pocos minutos hacía que había jurado ante la Corte Suprema en su carácter de vicepresidente primero del Senado, asumiendo la vacante presidencial producida por el derrocamiento de Frondizi.

En tanto, los militares que habían estado de acuerdo en deponer al Presidente, y en nada más, trataban de aunar criterios para designar al nuevo Jefe de Estado. Generosa y desinteresadamente el general Poggi, Comandante en Jefe del Ejército, se ofreció para cubrir la vacante que había contribuido a crear. Pero no había total acuerdo entre las tres armas y como ya habían pasado casi 24 horas y el asunto no se decidía, se animó y se largó no más hacia la Casa Rosada. "El mundo es de los audaces", se debe haber dicho; pero al llegar, con gran sorpresa y mal disimulado disgusto, encontró ocupado el famoso sillón. Moraleja: nunca dejes desocupado mucho tiempo el sillón de Rivadavia o al llegar alguien lo habrá ocupado.

El bueno de don Guido había llegado a Presidente presionado por sus amigos, quienes así trataron de evitar el nuevo arribo al gobierno de los militares. No poco esfuerzo les costó, pues Guido se negaba tercamente, quizás temiendo convertirse en compañero de Frondizi en Martín García. Pero finalmente aceptó y así llegó a Presidente por un descuido de los militares que no se habían acordado de él, pero del que sí se había acordado el astuto Frondizi. Antes de asumir el cargo, Guido debió comprometerse con los militares a anular las elecciones del 18 de marzo y a ser ferozmente antiperonista y anticomunista, aceptado lo cual ya pudo disfrutar del cargo.

Esto que parece una comedia de enredos, sucedió en nuestra sufrida Argentina y terminada la comedia, comenzó la tragedia.

A Pinedo —aquel socialista de los años 20, luego conspicuo conservador— le entregaron la cartera de Economía. En sólo dos semanas que estuvo en el cargo proyectó sobre el país por largo tiempo la secuela de sus descabelladas decisiones, que si bien empobrecieron al conjunto de la Nación, sirvieron para enriquecer a sus amigos alertados de los cambios económicos que pensaba realizar. Así ordenó al Banco Central retirarse del mercado cambiario produciéndose una brusca oscilación en la cotización del dólar que pasó de $ 82 a 150, con lo que provocó un colapso económico que arrasó la industria y el comercio, quitó poder adquisitivo a la población, produjo caídas en la Bolsa e inundó el país de documentos incobrables.

Lo suplantó Alvaro Alsogaray, con quien lógicamente las cosas no mejoraron mucho. Anunció su *programa financiero de emergencia para pasar el invierno,* que se tradujo en más impuestos, en empleados, obreros y proveedores del Estado impagos y su genial creación: el *empréstito interno 9 de Julio,*

o sea los *bonos patrióticos* que los trabajadores debieron aceptar como parte de pago para luego comprar lo que no necesitaban o malvenderlos a los usureros a un 30 o 35 % menos de su valor.

La clásica receta económica liberal nuevamente aplicada al país producía los efectos de siempre: devaluación monetaria, disminución salarial, restricción del mercado interno, reducción del crédito; en definitiva, empequeñecer el país y sacrificar a un solo sector: los asalariados.

La crisis económica fue acompañada por una inédita crisis de autoridad en el seno de las Fuerzas Armadas, con lo cual se instaló en el país la anarquía militar reflejada en continuos enfrentamientos entre Jefes militares quedando rota la cadena vertical de mandos, transformándose cada jefe de unidad en un pequeño señor feudal que no reconocía jerarquías superiores y planteaba sus discrepancias apoyado en las armas que tenía bajo su mando. Sería largo, engorroso y estéril contar la larga serie de enfrentamientos militares que terminaron por ser captados y asumidos risueñamente por la gracia popular. Pero más allá del humor del hombre argentino, el abatimiento y la desesperanza lo iban ganando.

Azules y colorados

El enfrentamiento militar fue canalizándose en dos bandos: los *colorados* y los *azules*.

Los *colorados* eran *gorilas*, antiperonistas y buscaban imponer una dictadura ultraliberal, *sine die*, dejando las elecciones para aquel momento en que hasta el último peronista hubiera dejado de existir. Con tal fin habían obligado a Guido a disolver el Congreso a principios de setiembre. En el Ejército estaban en minoría. Sus hombres eran predomi-

nantemente del arma de Infantería y Artillería, pero contaban con la Marina casi en su totalidad e importantes posiciones en el gobierno.

Los *azules* por su lado, pretendían restablecer la verticalidad de los mandos, apoyaban a Guido para que éste tratara de romper el *cerco gorila* que lo rodeaba y sostenían la necesidad de marchar hacia una salida constitucional. Vislumbraban tal salida sobre la base de asimilar al peronismo dejando de lado a Perón. Este grupo era mayoritario en el Ejército, sus integrantes pertenecían al arma de Caballería y dominaban la principal guarnición del país, que era Campo de Mayo.

Finalmente el enfrentamiento entre ambos bandos estalló. Los azules pidieron la renuncia de los generales Lorio y Labayrú, reincorporados al servicio activo violando los reglamentos.

Al rechazarse el pedido de los azules y disponerse relevos en los mandos del cuerpo de Caballería de Campo de Mayo, éstos se sublevan el 20 de setiembre, bajo el mando del Jefe de esta guarnición general Juan Carlos Onganía quien rechaza los relevos. Los sublevados se apoderan de la torre de trasmisión de una radio y trasmiten comunicados y eslóganes, en uno de los cuales señalan su posición diciendo: "Estamos dispuestos a pelear para que el pueblo pueda votar".

El comunicado número 150 constituyó su programa de acción que decía entre otras cosas: "Creemos que las Fuerzas Armadas no deben gobernar. Deben, por el contrario, estar sometidas al poder civil". Lamentablemente 4 años después, el mismo Onganía se olvidaba de este comunicado y contribuía a deponer al presidente Illia.

Tras varias escaramuzas sin mayor importancia y ante el vuelco de la aeronáutica a su favor, los azules obtuvieron el triunfo que produjo el retiro de 140 oficiales superiores colorados.

En busca de un peronismo sin Perón

Terminado el enfrentamiento militar, el gobierno de Guido prometió elecciones para mediados de ese año 1963. Desde el ministerio del Interior se instrumentó un frente electoral que procuró agrupar a los peronistas con otros sectores, como la Unión Cívica Radical Intransigente, los conservadores populares, demócratas cristianos, nacionalistas católicos, etc., buscando canalizar al peronismo hacia una coparticipación en el poder que lo desligaba de su líder en el exilio, cosa que resultaría imposible de realizar según los hechos lo demostrarían. Para ver un peronismo sin Perón habría que esperar la muerte del líder y para eso faltaban todavía 11 años; pero los militares azules y sus amigos contaban con torcer el curso de la historia.

La sola posibilidad de que el peronismo, aunque fuera licuado, llegara al gobierno motorizó el *gorilismo* de la Marina que a duras penas se había quedado quieta en los hechos de setiembre de 1962. El 2 de abril de 1963, la Marina acompañada por comandos civiles se levantaba en armas. El postrer esfuerzo *gorila* estaba destinado al fracaso. No contando con ningún apoyo en las otras fuerzas fue sofocado, aunque se combatió más que el año anterior. La Marina perdió su peso político.

Pero este levantamiento aventó la posibilidad de llevar adelante la idea del Frente desde el gobierno, resurgiendo el espíritu antiperonista aun dentro de los azules.

Al asumir el ministerio del Interior el general Osiris Villegas comenzó a desalentar la iniciativa y por el contrario se buscó catapultar la figura de Aramburu, que permanecía a la expectativa y se presentaba como prenda de unión de los militares. Había formado la Unión del Pueblo Argentino

(UDELPA) y para militares y liberales parecía ser la mejor carta a jugar.

A pesar de eso el Frente Nacional y Popular siguió su marcha aunque se multiplicaron los problemas entre sus integrantes. Con todo alcanzó a proclamar su fórmula Solano Lima - Silvestre Begnis. Pero, Oscar Alende, proclamado en principio por la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) se negó a renunciar a su candidatura a pesar de la adhesión que la fórmula frentista había recibido de Frondizi; así quedó dividida la Unión Cívica Radical Intransigente. El Partido Demócrata Cristiano (PDC) presidido por Horacio Sueldo también se alejó del frente argumentando la falta de discusión de un programa común que fuera la base moral del Frente. Era manifiesto su enfrentamiento con las líneas de pensamiento económico de Frondizi y Frigerio.

El gobierno vetó a los candidatos peronistas que integraban las listas del Frente provocando la orden de abstención de Perón. Mientras tanto también fracasó el intento del Partido Demócrata Cristiano de abrir sus listas al peronismo al renunciar el dirigente peronista Raúl Matera quien en principio había aceptado integrar un binomio presidencial con Sueldo. Matera dio como razones para su alejamiento de la fórmula el acatamiento a la orden de Perón de voto en blanco. Dicha fórmula Matera - Sueldo había despertado gran expectativa en el pueblo peronista como lo probó el multitudinario acto realizado en Rosario con participación de ambos candidatos.

De toda esta enredada situación habría de sacar provecho la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP) que silenciosamente realizaba su campaña, y ante la perspectiva poco halagüeña de que Aramburu pudiera ganar la elección consiguió volcar a su favor mucho electorado peronista que procuraba vo-

tar en contra del aramburismo a quien veía como su mayor enemigo.

Las elecciones se realizaron el 7 de julio con este resultado: UCRP (Illia): 2.440.536 votos; UCRI (Alende): 1.592.364; UDELPA y Democracia Progresista (Aramburu): 1.359.364; PDC (Sueldo): 434.713 votos; Partido Socialista Democrático (PSD) (Orgaz): 285.787; en blanco: 1.694.718 votos.

Así inesperadamente, casi sin buscarlo, la Unión Cívica Radical del Pueblo impuso su binomio Arturo Illia - Carlos Perette. De esta forma asumiría la presidencia del país Arturo Illia, iniciando una nueva experiencia del radicalismo tradicional. Los *azules* habían ganado la lucha armada, pero los *colorados* veían arribar un gobierno afín con ellos, aunque no compartieran su ultrismo liberal.

Un nuevo gobierno de minoría se entronizaba en el país, con otro proyecto híbrido a mitad de camino de las dos grandes corrientes históricas y en consecuencia sin poder real. No alcanzaría a durar 3 años en el gobierno. Los azules, olvidándose rápidamente del comunicado 150, querían ensayar su experiencia directa en el poder.

Capítulo XV

DECIAMOS AYER...

Cuenta la anécdota que fray Luis de León luego de haber sido detenido, largo tiempo, por la Inquisición, al ser dejado en libertad y volver a su cátedra, comenzó su clase diciendo: "Decíamos ayer...", como si el tiempo y los sucesos ocurridos no hubiesen pasado.

Cuando Illia asumió la presidencia el 12 de octubre de 1963, debió repetir las famosas palabras y comenzó a gobernar como si entre el 6 de setiembre de 1930 y ese día no hubiesen mediado los 33 años transcurridos.

Empleó el mismo estilo de Yrigoyen, pausado, reflexivo, casi moroso. La misma austeridad republicana. La misma escrupulosidad administrativa, el mismo respeto reverencial para con el régimen oligárquico liberal, respeto que éste no le retribuía. La misma indecisión en el momento crucial de la acción. También las cuestiones partidarias se mezclaron demasiado con las propias de un gobierno, que debe pensar más en el conjunto del país que en la parcialidad partidaria. Claro que Yrigoyen tenía un poder real, producto de su carisma personal y de ser la expresión genuina de la Argentina nacional y popular, de ser representante cabal de las mayorías populares, de todo lo cual carecía Illia. Yrigoyen era un caudillo nacional, Illia era un honrado administrador.

Pero además la Argentina de Illia no era la de Yrigoyen. El hombre estaba por llegar a la luna, el mundo se había achicado, las decisiones que se tomaban en los centros neurálgicos del poder mundial repercutían de inmediato en todos los rincones

del planeta, un temblor en Washington podía convertirse en un terremoto en la Argentina.

La principal bandera de la Unión Cívica Radical del Pueblo fue la anulación de los contratos petroleros firmados por Frondizi. Fiel a ella la anulación de los mismos se elevó al Congreso y se hizo ley, lo que le costó al país más de 100 millones de dólares. Esta medida tan discutida como fue en su momento la de Frondizi (de firmarlos), indispuso al gobierno con el capital internacional. Tampoco generó demasiado apoyo popular, más ocupado por el creciente deterioro de su nivel de vida que por este tema. Quizá hubiera resultado más lógico intentar una renegociación de los mismos que empeñarse en su anulación.

En mayo de 1964 la CGT puso en marcha el llamado *Plan de lucha*, resultado de pedidos hechos al poco tiempo de asumir Illia y que hasta esa fecha no habían recibido contestación. Dicho pedido, casi una plataforma de gobierno, reclamaba: reactivación de la industria, adecuación del ingreso salarial al costo de vida, plan de vivienda, reducción del déficit presupuestario, etc. Este plan que tenía motivaciones sociales evidentes, pero también políticas ocultas, significó la ocupación de fábricas, la mayor parte de las veces simbólicas, pero que dañaron la imagen del gobierno que soportó en silencio las medidas. La única respuesta fue dada por el Congreso al votar la ley de salario mínimo, vital y móvil. Pero esta medida a su vez fue resistida por los patrones.

El promotor de este *Plan de Lucha* fue el líder de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) Augusto Vandor, quien tras el éxito del mismo se lanzó a la conquista de la conducción del movimiento peronista tratando de independizarse de Perón. Quiso destruir el mito del regreso de Perón, muy adentrado en el alma popular; para ello forzó a Perón

a aceptar la aventura de un regreso. Perón aceptó el desafío y se lanzó una gran campaña por su *retorno triunfal*. El gobierno radical quedó embretado, pues no podía impedirlo sin violar sus principios legalistas, ni tampoco podía quedarse de brazos cruzados porque los gorilas, civiles y militares jamás iban a aceptar tal retorno.

Perón inició el regreso desde Madrid el 2 de diciembre. Al llegar el avión al Brasil el gobierno de este país le impidió seguir y lo devolvió a España. Discretamente el gobierno radical había gestionado tal actitud ante el gobierno militar del Brasil.

Vandor salió perdiendo pues se le echó la culpa del fracaso y el gobierno radical quedó definitivamente divorciado de los peronistas. El único que ganó fue Perón que aumentó su prestigio.

En marzo de 1965 en las elecciones legislativas, el peronismo votó por un partido neoperonista, la Unión Popular, ante la orden de Perón en dicho sentido, contra lo querido por Vandor que había llegado a un acuerdo con el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), nuevo nombre del frondicismo. El peronismo ganó por 3.260.000 votos (36 %) contra 2.600.000 (29 %) de la Unión Cívica Radical del Pueblo que nuevamente reunió el voto de todo el espectro antiperonista.

En dicha ocasión en Mendoza se produjo un decisivo enfrentamiento entre Vandor, que sostenía al candidato Serú García neoperonista, contra Perón que ordenó votar a otro neoperonista, Corvalán Nanclares. Al efecto llegó al país María Estela Martínez de Perón, su esposa, quien trajo la orden grabada por Perón que al ser propalada por radio con la autorización del gobierno, motivó que el candidato de Perón sacara 102.500 votos, contra sólo 62.000 del sostenido por Vandor. Quedó en claro que el mito de Perón tenía plena vigencia a pesar del exilio que ya llevaba diez años.

Vandor buscó entonces a los militares *azules* para tratar de voltear al gobierno radical y colocar en su lugar a otro militar que le fuera afín y terminar con la influencia de Perón. Sin elecciones Perón no podría demostrar su arraigo y poco a poco su peso político se iría diluyendo. Este era el razonamiento de Vandor y a él se plegaron los *azules*, que ardían en deseos de apoderarse del gobierno y de la herencia popular del caudillo. El golpe iniciaba su marcha.

Los azules a la conquista del poder

A este plan de los vandoristas se sumaron los empresarios rápidamente. Algunas medidas del gobierno radical como la del salario móvil, mejoras en las indemnizaciones por despidos, ley de abastecimiento y ley de medicamentos, entre otras, los alarmó y empezaron sus declaraciones considerándolas como *totalitarias, destructoras de la moral de los obreros o inconstitucionales.* A la vez planteaban un apocalíptico cuadro de la economía, la que si bien no era floreciente daba señales de mejorar. En 1964 hubo superávit en la balanza comercial por más de 336 millones de dólares, y en 1965, por 294 millones de dólares. Una cosecha abundante había ayudado. El PBI, por su parte, había crecido un 8 %. La inflación rondaba el 30 % anual teniendo a lo largo de todo el gobierno radical una inflación total del 53 %. Cosas por cierto peores hicieron Alemann, Martínez de Hoz, Alsogaray, etc. y nos los echaron con los tanques por ello.

A estos embates empresarios, los militares azules agregaron sus diferencias con los radicales debido a la amistad de éstos con los colorados, más algunos hechos que ayudaron a ensanchar la brecha que los separaba del gobierno.

Un hecho decisivo fue la negativa del gobierno de Illia a enviar tropas a Santo Domingo donde intervenían militarmente los Estados Unidos para deponer a un supuesto gobierno comunista, pidiendo luego la colaboración de fuerzas militares latinoamericanas para hacerse cargo del problema. El Ejército comandado por Onganía era firme partidario de enviar las tropas pedidas y éste soñaba además en convertirse en el Comandante de las Fuerzas Interamericanas que se estaba integrando.

Illia resistía la presión del Ejército en este sentido, recogiendo el unánime sentir popular. Para colmo, la cuestión se demoró y finalmente un general brasileño quitó a Onganía la *gloria* que soñaba.

Onganía había visitado West Point y sostenido allí: "Las Fuerzas Armadas deben estar asociadas al desarrollo y no mantenidas al margen de los grandes desafíos que plantea". Más tarde, en Río de Janeiro, se manifestó favorable a la teoría de las *fronteras ideológicas* sosteniendo la necesidad de formar una fuerza militar interamericana anticomunista.

Interesados panegiristas, entre ellos Mariano Grondona desde la revista *Primera Plana*, presentaron a este rudo General —rudo en todos los aspectos— como una especie de iluminado profeta destinado a conducir al país a las cumbres de sus destinos: "Una alternativa de orden y autoridad", lo llamaba. Esta revista fue pieza clave en la elaboración del golpe, pues buscaba todos los motivos para desprestigiar al gobierno, en especial al Presidente a quien un dibujante de la misma presentaba con imagen de inocente pueblerino con una paloma en la cabeza.

Ya producido el claro distanciamiento entre el gobierno y los militares *azules*, un hecho de disciplina aceleró las cosas. Onganía relevó a un teniente coronel sin consultar al secretario de Guerra ge-

neral Avalos. El Secretario al enterarse, pidió el relevo de Onganía y como no lo consiguió presentó la renuncia. Para sucederle, se eligió al general Castro Sánchez, hasta entonces subordinado de Onganía. Este no aceptó ser mandado por un oficial de menor antigüedad y renunció, el 23 de noviembre de 1965. El golpe desde entonces fue sólo cuestión de tiempo.

Los militares arrojan del poder a Illia

El lunes 28 de junio de 1966 amaneció soleado. Los niños concurrían normalmente a sus escuelas, las amas de casas discutían con los comerciantes acerca del aumento del costo de vida, fábricas y comercios trabajaban normalmente sin denotar inquietud alguna. Pero a las 7 de la mañana, tras frustrados intentos de hacerlo renunciar, los militares usando fuerzas policiales habían desalojado del despacho presidencial al doctor Illia y lo habían depuesto del mando.

Así silenciosamente, como llegó y como gobernó, fue expulsado del poder por la soberbia militar y ante la indiferencia del pueblo. En taxi abandonó la Casa de Gobierno desdeñando el coche presidencial que se le ofrecía. Simbolizó de esta forma, nítidamente, su personalidad de hombre de pueblo, humilde pero digna.

Estos datos indican con claridad la orfandad en que vivía el gobierno, no del todo justa, pero fruto sin duda de su propia incapacidad para generar un proyecto convocante que insertado en los anhelos de las mayorías populares de justicia, progreso y autodeterminación hubiera servido para poner en marcha las potencialidades latentes del país. Para ello era necesario tender la mano a otros sectores políticos y sociales, incluido el peronismo y su líder,

aun a riesgo de irritar al poder militar, para marchar todos juntos en pos del triunfo de la Argentina nacional y popular soñada desde tanto tiempo.

En cambio prefirió encerrarse en la individualidad partidaria. La única vez que intentó abrirse hacia otros sectores políticos, se ofrecieron cargos en el gobierno a la Democracia Cristiana y al Socialismo Democrático. Esta apertura fue hecha en forma restringida y ello motivó su rechazo.

El gobierno de Illia rodeó a su gestión de un clima de honestidad y sencillez, aportó tímidas leyes de contenido social y de control de los desbordes del capital; respetó escrupulosamente las libertades públicas —desde 1930 no había habido tanta libertad en el país—, se gobernó *sin estado de sitio*, sin presos políticos, ni gremiales, sin censura de prensa. ¡Hoy al recordarlo parece casi increíble! Pero no bastó, hacía falta más. El gobierno era débil y minoritario, necesitaba apoyo que lo liberaran de su falta de representatividad inicial y no supo ver que su única alternativa era unirse a las mayorías populares y junto a ella luchar contra la oligarquía, los intereses extranacionales y el partido militar; o sea, contra la Argentina liberal y dependiente. No comprenderlo selló su destino.

Paso previo al golpe fue el discurso del comandante en Jefe del Ejército, reemplazante de Onganía, el general Pistarini, en ocasión de la celebración del Día del Ejército, el 29 de mayo. En esa ocasión expresó Pistarini frente a las más altas autoridades nacionales: "Se vulnera la libertad cuando por conveniencia se postergan decisiones, alentando la persistencia de mitos totalitarios perimidos, burlando la fe de algunos, provocando la incertidumbre de otros y originando enfrentamientos estériles..." En otra parte, decía: "Este gobierno que subió al poder sin ataduras, compromisos, ni pactos de ninguna clase, posterga urgentes soluciones con manio-

bras que no se justifican en este momento"... Y refiriéndose a los políticos: "Esta modalidad no es exclusiva del partido oficialista, sino que dentro de ella se incluyen a los demás partidos que subordinan el quehacer nacional al electoralismo".[1]

Los *salvadores* de la Patria se habían puesto en marcha. Sus palabras indicaban claramente la decisión golpista y la obligada destitución presidencial. Pero el gobierno absorbió el golpe en silencio e inmóvil. De ahí en más, todo se aceleró: los sectores empresarios, la prensa, los estudiantes e incluso la Confederación General de Trabajadores arremetieron contra el gobierno. Todos parecían querer imponer cuanto antes al mesiánico general que esperaba silencioso su encumbramiento.

Finalmente llegó el 28 de junio y la Argentina conocería el verdadero rostro del nuevo *Moisés*. Fuimos muchos los confundidos en la Argentina, pero sería tarde para arrepentimientos. Se había iniciado el tránsito por un nuevo sendero que no nos habría de conducir justamente a la *tierra prometida*, sino a un abismo de frustraciones que terminaría en ríos de sangre. La Argentina entraba en su hora más trágica del presente siglo.

[1] Diario *Clarín*, 30 de mayo de 1966.

Capítulo XVI

GOBIERNA LA TECNOCRACIA. SE INCUBA LA SUBVERSION

Contemplando el rostro de Onganía profusamente divulgado por los diarios y la TV en el momento de asumir el mando, le traía a uno a la memoria la imagen de la genial caracterización de Hitler que hacía Chaplin en *El Gran Dictador*. Quizá su bigote o su rostro impávido; pero había algo que trajo a muchos este recuerdo. Si comparamos la imagen que se *vendió* de este general de caballería por los manipuladores de la opinión pública y sus reales condiciones. Si comparamos las expectativas creadas y los resultados logrados. Si contrastamos el pomposo título de su régimen de *Revolución Nacional* con su anodino final entregando mansamente su renuncia a su *enemigo* Lanusse, ante la indiferencia del país. Si recordamos su lenguaje hermético lleno de palabritas tecnocráticas vacías de contenidos, con que rociaba a sus auditorios de complacientes funcionarios las pocas veces en que violaba su mayor virtud: el silencio. Es posible aceptar que aquella asociación de imágenes que provocaba su rostro impasible representaba bastante bien la realidad de su figura y su gobierno.

Onganía llegó al gobierno convencido de su destino mesiánico. La legitimidad de su poder emanaba de un designio divino —debió imaginar— pues jamás toleró le fuera puesta en tela de juicio. Admirador de Franco, quiso copiar el gobierno de aquél. El, como Franco, se sentía un rey sin corona, era la encarnación del Estado, no era responsable de los errores de sus ministros, pero sí de sus aciertos, si los había. El poder absoluto que le otorgó la

Junta Militar al entregarle el ejercicio de los poderes ejecutivos y legislativos, según el Estatuto de la Revolución Argentina, refirmaba en él este sentimiento.

Logró inicialmente algo increíble, la casi unanimidad en apoyo a su figura. Tan cansado estaba el país del caos y tan bien habían funcionado los hacedores de imagen. A la asunción del mando concurrieron todos. En el Salón Blanco no cabía un alfiler, nadie quería llegar segundo. Militares, conspicuos representantes de la oligarquía terrateniente argentina y financiera internacional, los más altos dignatarios de la Iglesia, representantes del empresariado nacional y extranjero, importantes banqueros... y, créase o no, *¡sindicalistas peronistas!* La clase alta estaba exultante, la clase media esperanzada, la clase política resignada, las mayorías populares... quien se acordará de ellas.

Los liberales lo querían porque era antiperonista y anticomunista y asegura orden, paz y tranquilidad para sus negocios. Los peronistas porque era antiliberal y Perón le había dado luz verde. A los patrones les gustaba porque pondría a trabajar al país disciplinadamente. A los dirigentes sindicales porque imaginaban que con él se reiniciaba la luna de miel con el Ejército. Todos contentos, el país tenía su Mesías.

Pero esta ficticia e imposible unión empezaría a deshacerse cuando el gobierno comenzara a funcionar y surgieran las definiciones. Onganía las retardó todo lo posible.

Su primer gabinete ya auguraba algo, era de clara tendencia conservadora católica, hombres de negocios, tecnócratas, miembros del nacionalismo agrupados en el exclusivo *Ateneo de la República*, estancieros, todos sin mucha o nula experiencia en la función pública, enemigos del sufragio universal

y de los partidos políticos y profundamente anticomunistas.

La primera quiebra de la unidad conseguida se produjo el 29 de julio con *la noche de los bastones largos*, cuando la policía tomó por asalto la Facultad de Ciencias Exactas, supuesto reducto comunista para los *cazadores de brujas* del gobierno. Allí golpeó a mansalva por igual a estudiantes y profesores. Muchos brillantes catedráticos se exiliaron. Las universidades de los Estados Unidos, Venezuela, Brasil, y otros países recibieron con agrado a los *sabios comunistas argentinos*.

Los nacionalistas terminan siempre copados por los liberales

Nuestras revoluciones militares de este siglo, como norma general, fueron realizadas por núcleos de militares nacionalistas y terminaron manejados por los liberales a quienes siempre estos militares le entregaron el manejo de la economía.

Así fue en 1930 con Pinedo, en 1943 con Santamaría, en 1955 con Prebish, en 1966 con Krieger Vasena, en 1976 con Martínez de Hoz. Hagamos dos aclaraciones: en 1943 estaba Perón y eso impidió a los liberales copar la revolución, y en 1976 los nacionalistas poco tuvieron que ver en el golpe. Ocurre que el nacionalismo tiene un modelo político, pero carece de uno económico, ya que los intereses de sus hombres están estrechamente ligados a los de la oligarquía liberal, recurriendo entonces a personajes del *establishment* que contradicen con sus recetas económicas los postulados políticos de los nacionalistas, terminando éstos por ser desalojados del manejo del golpe militar.

Esta historia se repitió en 1966. Salimei fue el primer conductor económico de la Revolución Na-

cional, representaba al capital nacional no muy partidario de la apertura de la economía siempre propiciada por la doctrina liberal. Este nombramiento ahogó las esperanzas del capitán-ingeniero Alsogaray, vocero de la economía de mercado y siempre listo a sacrificarse por la Patria. Pero a fines de 1966 ya los liberales tenían el control de la economía con Adalbert Krieger Vasena, hombre ampliamente vinculado a los entes financieros internacionales y a la red de intereses de las multinacionales a los que siempre sirvió con eficacia.

En marzo de 1967, el plan económico liberal estaba en ejecución: devaluación del 40 %, liberación del mercado cambiario, retenciones sobre las exportaciones del sector agropecuario del orden del 25 %, reducción del 50 % en las barreras arancelarias, condiciones favorables para la llegada de las inversiones extranjeras, y por supuesto, congelación de salarios por 20 meses.

La Argentina moderna, pujante, eficiente, prometida estaba en marcha: por este camino arribaríamos... al *cordobazo.*

Comienza la subversión. El cordobazo

Los resultados de esta política llegaron rápidamente, descapitalización de la pequeña y mediana industria, caída de la producción agropecuaria, redistribución del ingreso a favor del gran capital en especial extranjero, caída del nivel de vida de los trabajadores, desnacionalización general de la economía, grandes sectores de la producción industrial (entre ellos la industria tabacalera) y bancos pasaron de las manos argentinas a las del capital internacional. La colonización del país avanzaba velozmente.

La justicia social era un concepto que no figu-

raba en el estrecho catálogo de ideas de Onganía. Había que hacer una Argentina eficiente, pues bien, terminemos con esas mojigaterías de los derechos sociales, así pensaba seguramente cuando en el mensaje de fin de año de 1967 les deseó felicidades a los trabajadores con esta promesa: "Hay derechos y costumbres laborales que inevitablemente se verán afectados". Los trabajadores no sabían si esa noche los estaba felicitando o se burlaban de ellos.

Es larga la lista de conquistas sociales escamoteadas a los obreros en nombre de la *eficiencia laboral* y la *racionalización económica:* Reducción de indemnizaciones por despidos, elevación de la edad para jubilarse, prohibición práctica de las huelgas, modificación del régimen de trabajo (portuarios, servicios eléctricos, ferrocarriles, petroleros). Las protestas obreras ante tanta arbitrariedad fueron aplastadas con violencia, cárcel, despidos, pérdida de personería de los sindicatos indóciles.

A pesar de esta ofensiva gubernamental contra la clase obrera, sus máximos dirigentes buscaban negociar con el gobierno y proponían constantemente rectificar rumbos de la revolución para reiniciar la luna de miel, prometida pero nunca comenzada.

Pero no todas fueron claudicaciones, los sindicatos más combativos que tenían a su frente hombres dignos que luchaban sin tregua por los derechos conculcados de los trabajadores, en marzo de 1968, consiguieron imponer como secretario general de la CGT a Raimundo Ongaro, este honesto, inteligente y valiente dirigente gráfico, católico auténtico, formado en las escuelas gráficas salesianas, se convirtió en el adalid de la lucha contra el régimen.

Los dirigentes sindicales claudicantes no aceptaron la decisión y ocuparon la sede de Azopardo. La CGT quedó escindida en la *CGT de los Argentinos* liderada por Ongaro y la *CGT de Azopardo* oficialista. La primera dominaba el interior y las zonas

donde el hambre se hacía sentir con mayor crudeza: Tucumán, Córdoba, Rosario. La *colaboracionista* contaba con los grandes sindicatos.

La CGT de los Argentinos emitió en marzo de 1969, la llamada *declaración de Córdoba*, que entre otros párrafos decía:

"Durante años solamente se nos han exigido sacrificios. Nos aconsejaron que fuéramos austeros: lo hemos sido hasta el hambre. Nos pidieron que aguantáramos un invierno: hemos aguantado diez. Nos exigen que racionalicemos, así vamos perdiendo conquistas que obtuvieron nuestros abuelos. Y cuando no hay humillación que nos falte padecer ni injusticia que reste cometerse con nosotros, se nos pide irónicamente que participemos. Les decimos ya hemos participado, y no como ejecutores sino como víctimas en las persecuciones, en las torturas, en las movilizaciones, en los despidos, en las intervenciones, en los desalojos. No queremos esta clase de participación"...

No sólo los obreros se rebelaban. Los pequeños industriales y comerciantes, la clase media y campesina, los empleados públicos, la clase media urbana, los estudiantes, no aguantaban más al régimen tiránico del déspota que soñaba con ser dueño del poder sin límite de tiempo y sometía al pueblo a una situación angustiosa como precio del cumplimiento de plazos previstos por su mente alucinada.

Tiempo económico era el que corría *ahora* y era propicio para el sacrificio de los que menos tenían; luego vendría *algún día* el *tiempo social*, donde se haría justicia a su manera; por último, perdido en la negra noche del *nunca*, el *tiempo político*.

Pero el que tocaba a su fin era el tiempo del régimen. El 15 de mayo de 1969, en Corrientes, moría un estudiante a manos de la policía que reprimía una protesta estudiantil por las tarifas del comedor universitario. El país se agita. Cae otro estu-

diante en Rosario. Indignación popular, todo Rosario participa de la *marcha del silencio*, la ciudad es virtualmente copada por el pueblo, el Ejército debe salir a ocupar militarmente la ciudad. El aire está electrizado, se espera un estallido, las fuerzas sociales contenidas durante un tiempo por el miedo, son ahora un volcán dispuesto a la erupción violenta.

Córdoba será el escenario donde el drama de la violencia se presentará por primera vez en toda su aterradora dimensión ante los ojos azorados del pueblo argentino.

Una nueva agresión a la clase obrera será el detonante: la supresión del *sábado inglés*. El 29 de mayo los obreros de las fábricas automotrices abandonan su labor y se encaminan al centro de la ciudad. Los estudiantes se les unen. Las fuerzas de seguridad quieren detenerlos, los manifestantes ayudados por los vecinos las enfrentan y las ponen en huida. Se desata el caos: incendios, roturas de vidrios, destrucción de comercios, en especial es atacado todo lo que tiene marca o se identifica como norteamericano. Se levantan barricadas, aparecen francotiradores. El *Barrio de Clínicas* es el bastión de los revoltosos. Sólo al día siguiente, 30 de mayo el Tercer Cuerpo de Ejército, comandado por el general Lanusse, con sospechosa tardanza, consigue hacerse cargo de la situación. Hay decenas de muertos. Este fue *el cordobazo*. Le sucedieron el rosariazo, el tucumanazo y hasta el mendozazo: la subversión violenta comenzaba. El *orden* de Onganía la había generado.

Jaque al Rey

Los militares y la oligarquía liberal se asustaron; de la Argentina eficiente, moderna, ordenada y disciplinada se pasaba bruscamente a la Argentina

rebelde, caótica, violenta. Esto no era lo prometido, pero era lo conseguido. Por lo tanto decidieron dar jaque mate al rey Onganía y buscar cambiarlo por alguien que permitiera aflojar las tensiones. Sabían que para eso no hay nada mejor que los cambios de hombres dentro del régimen que aseguran que parezca distinto lo que en definitiva es igual; a esto lo llaman *gatopardismo.*

Pero Onganía no piensa irse. La culpa del *cordobazo* la tienen los agitadores profesionales extranjeros, dice. Nadie le cree. El también busca cambiar para salvarse: lo echa a Krieger Vasena y nombra a Dagnino Pastore, garantía de que todo sigue igual. Se aflojan algo las tensiones, el país tiene mucho miedo de lo que puede venir. Pero aparecen los operativos extremistas, los militares buscan sacarse de encima al rey sin corona.

El 27 de mayo de 1970, Onganía se reúne con cincuenta generales en actividad. Provisto de cuadros sinópticos, organigramas y dibujitos de pirámides jerárquicas, presenta su proyecto para reestructurar la sociedad. Ante una pregunta acerca del tiempo que llevaría tal reestructuración lo estimó entre 10 a 20 años. Lógico, para un rey absoluto el tiempo no cuenta. Pero ni los generales presentes ni el país tenían tanto tiempo.

El 29 era secuestrado el general Aramburu y hallado muerto días después. Onganía estaba perdido. El 2 de junio, reunido con el Consejo Nacional de Seguridad, rechazó horrorizado las propuestas del comandante en Jefe del Ejército general Lanusse, de abrir el diálogo con los partidos políticos, a efectos de instrumentar un plan político que diera salida a la situación. Franco jamás lo hubiera hecho, él tampoco.

El 8 de junio la Junta de Comandantes lo relevaba del cargo de Presidente. Tras un breve amago de resistencia y al comprobar la orfandad total en

que estaba, cruzó hasta el Ministerio de Defensa a entregar su renuncia a la Junta Militar. Esa noche otro oscuro período de nuestra historia se había cerrado.

El pueblo, indiferente y sin tener arte ni parte, esa medianoche se acostaba con la sensación de vivir en un país sin rumbo y en ruinas, que le dolía *como una herida abierta.*

Un desconocido llamado Levingston

Cuando las radios y la TV anunciaron el 18 de junio de 1970 el nombre y apellido del nuevo presidente, los argentinos nos enteramos que existía un general con ese nombre, y para calmar las muy justificadas dudas la Junta Militar distribuyó su foto y antecedentes. Era cuestión de creer. Realmente existía y venía nada menos que de Washington.

El 18 de junio asumió la presidencia. Los 300 días de Levingston en la Rosada carecen de total interés histórico, como no sea para el cómputo de su nombre en la abrumadora lista de militares que pasaron por el sitial presidencial, carentes de capacidad, no haciendo más que ahondar los problemas del país, la frustración del pueblo y engrosar la lista de jubilaciones presidenciales.

La acción de la guerrilla siguió en aumento. Los intentos de su ministro de Economía Aldo Ferrer —valioso y capacitado economista de la línea nacional— por revertir la situación económica, abandonando el modelo liberal que se seguía, naufragaron ante la resistencia de los sectores del poder económico, especialmente del capital extranjero y la falta absoluta de autoridad por parte del Presidente.

El 23 de marzo de 1971, la Junta Militar hacía cesar en sus funciones a Levingston y reasumía el

poder político, nombrando como nuevo presidente de la Nación al general Alejandro Agustín Lanusse.

En el mensaje dirigido al país la Junta de Comandantes expresaba: "La Junta de Comandantes en Jefe... ha debido reasumir el poder político del Estado para asegurar el logro del *objetivo fundamental de la Revolución: crear las condiciones indispensables para el pleno restablecimiento de las instituciones democráticas* en un clima de libertad, progreso y justicia; ese objetivo sólo lo alcanzaremos si estrechamente unidos —ciudadanía y Fuerzas Armadas— galvanizamos nuestros esfuerzos en la gran empresa nacional que reclama la dignidad de los argentinos".

Una vez más *los militares*, después de irrumpir en el poder por la violencia, sumir al país en el caos económico y vilipendiar a los políticos haciéndolos responsables de todos los males, *recurrían al remanido argumento de que el objetivo del golpe militar había sido el restablecimiento de las instituciones democráticas*. Esas mismas instituciones que ellos habían violado con desprecio, seguros de su impunidad y que en 1966 funcionaban sin inconvenientes y con el pleno respeto hacia la Constitución.

Si realmente este comunicado hubiera sido el reflejo de un sentimiento firmemente arraigado en las Fuerzas Armadas, podría hoy ser considerado un acto de *mea culpa* y el inicio de una nueva etapa en la vida política nacional. Pero no fue así, dicho comunicado sólo tenía por fin justificar el deseo de desembarazarse de la directa responsabilidad del gobierno ahora que la situación se les hacía incontrolable. No era un retorno a los cuarteles, sino simplemente un repliegue táctico con vistas a esperar que las difíciles condiciones en que dejaban al país le volviesen a dar, tiempo más adelante, renovados argumentos para interrumpir otra vez el orden institucional; condiciones que ellos y sus

amigos liberales iban a preocuparse muy bien de contribuir a crear.

Apenas cinco años después de ese comunicado, en marzo de 1976, el país escucharía nuevamente las fanfarrias militares anunciando que una nueva era de progreso, bienestar y grandeza se iniciaba en el país, bajo el amparo de las bayonetas y los cañones y la conducción económica de los cultos, educados y sabios prohombres del liberalismo.

Otros ocho años después, con el país al borde de la desintegración, en lo que es el momento más crucial de su historia, vuelve a escucharse el llamado a los partidos políticos *anunciando otra vez el inicio del proceso de normalización institucional.* Mientras las esperanzas encienden los corazones del sufrido pueblo argentino, la duda anida en la mente: ¿será la vuelta del Ejército a los cuarteles, será el fin del partido militar, o será nada más que otro repliegue táctico?

Lanusse versus Perón

Todo el interregno de Lanusse estuvo signado por tres hechos fundamentales: la acción de la guerrilla cada vez más intensa, la lucha del gobierno militar por impedir el triunfo del peronismo en las futuras elecciones y la habilidad del estratego político consumado que era Perón para evitar una a una las trampas tendidas, y desde el exilio conducir al movimiento nacional al triunfo aun al costo de tener que contemporizar tácticamente con la guerrilla.

Todo lo intentó Lanusse; la seducción, la amenaza, el artificio legal, el llamado a la unidad (Gran Acuerdo Nacional), la negociación con Perón que éste rechazó de plano, la cláusula proscriptiva del mismo Perón para ser candidato. En todo fracasó.

La Argentina nacional por primera vez en tantos años supo individualizar a sus enemigos con claridad y el campo nacional se consolidó. El radicalismo dejó de presentarse como alternativa antiperonista para pasar a ser una opción dentro del campo nacional. El derrocamiento de Illia le había abierto los ojos. La izquierda también se volcó al campo nacional dejando su papel de oposición consentida de la oligarquía. La juventud masivamente se colocó junto a la causa popular y la clase media dejó de lado sus prejuicios para asumir las banderas nacionales. El país vivió con pasión y claridad conceptual la dicotomía planteada: LIBERACION O DEPENDENCIA.

Tras 17 años de exilio, Perón volvió al país el 17 de noviembre de 1972, con ello ridiculizó al presidente Lanusse que había insinuado en un discurso en el Colegio Militar "que no le daría el cuero para ello". Le dio el cuero para eso y para mucho más. El gobierno ese día impidió a las masas populares acercarse a Ezeiza a recibir al gran ausente. *Cuarenta mil hombres armados* con elementos pesados de combates tendieron un cerco en derredor del aeropuerto para repeler a quienes osaran acercarse. Pero ya instalado Perón en su domicilio de la calle Gaspar Campos en Olivos, el pueblo rodeó durante días el lugar manifestando sin cesar su adhesión total al viejo caudillo.

Dirigentes de todos los partidos del espectro nacional rodearon a Perón en un acto donde se ratificó la decisión de avanzar juntos por el camino de la liberación hacia la grandeza del país. Previamente Ricardo Balbín, jefe del radicalismo, y tenaz opositor de Perón durante los dos gobiernos de éste, se entrevistó con él sellando el reencuentro radical con las mayorías nacionales.

El país entero había depositado su esperanza en Perón. Tras su exilio retornaba en el pináculo de

la gloria y el poder. Planteó desde el principio que el drama del país era demasiado profundo para que un solo partido pudiera hallarle solución, invitando a formar un frente de partidos imbuidos de la causa popular y nacional, surgiendo así el Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) integrado por el Partido Justicialista, el Partido Popular Cristiano, el Movimiento de Integración y Desarrollo, el Partido Conservador Popular, el Movimiento de Izquierda Cristiana, el Bloquismo de San Juan y otros partidos provinciales.

Perón tras permanecer 15 días en el país retornó a España dejando indicada la fórmula frentista. Al conocerse la misma hubo gran desazón, no parecían los candidatos ideales. Cámpora y Solano Lima, un justicialista y un conservador popular, que de ellos se trataba, no ofrecían la imagen de cambio revolucionario que el pueblo pedía. El mismo pueblo reaccionó de inmediato con un estribillo que en su simpleza reflejaba con excepcional lucidez el plan estratégico de Perón. El canto decía:

Cámpora al gobierno, Perón al poder.
Votar por el pueblo, es nuestro deber.

El pueblo resolvía así con su lógica sencilla, hecha de sentido común, el dilema que agobiaba a los grupos intelectuales progresistas que buscaban desentrañar las causas finales de la decisión de Perón, y al no darse por satisfechos con la simpleza de la explicación popular, dudaban y buscaban en otros cauces saciar su sed de cambio. Beneficiaria de esta duda fue la fórmula de la llamada Alianza Popular Revolucionaria integrada por el Partido Intransigente, Partido Revolucionario Cristiano, un sector de UDELPA (el ex partido de Aramburu) y el Partido Comunista. Esta fórmula sacó una ponderable cantidad de votos canalizándose a

través de ella aquellas dudas y angustias y que significaba para quienes la apoyaban la tranquilidad de conciencia de votar por hombres de mayor vuelo intelectual dentro siempre del campo nacional. La fórmula presidencial de la Alianza Popular Revolucionaria estuvo integrada por Oscar Alende y Horacio Sueldo.

Las elecciones finalmente tuvieron lugar el 11 marzo de 1973. El gobierno de Lanusse confiaba en el *ballotage*, mecanismo electoral ajeno a nuestras prácticas y que introducido en la ley electoral sería una barrera infranqueable para el FREJULI en su marcha hacia el poder. El artífice de este maquiavélico artilugio electoral, era el ministro del Interior Mor Roig. De nada le valió en definitiva; al abrirse las urnas, un torrente de votos por el FREJULI destruyeron todas las barreras que se quisieron oponer al avance del peronismo y sus aliados.

El 50 % requerido, según la ley, para no ir a la segunda vuelta de elecciones donde se debería optar entre las dos fórmulas que hubieran alcanzado el mayor número de votos, no fue logrado por el FREJULI sólo por escasas décimas: obtuvo el 49,56 %. El gobierno militar tuvo que reconocer su derrota y a pesar de que la escasa diferencia que faltaba para llegar al 50 % lo habilitaba para convocar a la segunda vuelta de elecciones, no lo hizo convalidando el triunfo del FREJULI.

El escrutinio arrojó el resultado final que vemos en el cuadro de la página siguiente.

ELECCIONES DEL 11 DE MARZO DE 1973

Partido	*Número de votos*	*Porcentaje*	
FREJULI (Cámpora-Solano Lima)	5.908.414	49,56	(1)
Unión Cívica Radical (Balbín-Gamond)	2.537.605	21,29	(2)
Alianza Popular Federalista (Manrique-Martínez Raymonda)	1.775.867	14,90	
Alianza Popular Revolucionaria (Alende-Sueldo)	885.201	7,43	(3)
Alianza Republicana Federal (Martínez-Bravo)	347.215	2,91	
Nueva Fuerza (Chamizo-Ondart)	235.188	1,97	

Si sumamos los votos de (1), (2) y (3) tenemos que desde el campo nacional y popular, y contra el gobierno militar y sus aliados liberales, votó el 78,28 % del electorado del país. Ya no podía quedar ninguna duda de quién era la mayoría en la Argentina y qué quería el pueblo argentino; si el modelo de la Argentina nacional y popular o el modelo de la Argentina liberal. Este resultado no hizo más que ratificar lo que sistemáticamente se ha expresado a través de la consulta popular cada vez que al pueblo se lo dejó votar libremente. Siempre triunfó la causa nacional y siempre fue derrotado el proyecto oligárquico liberal.

Capítulo XVII

¡ADIOS, COMPAÑEROS!

Gobierna Cámpora. La subversión contra el pueblo

El 25 de mayo de 1973 el pueblo argentino vivió una jornada de fiesta. El gobierno popular tanto tiempo anhelado estaba en la Casa de Gobierno.

Sin embargo la guerrilla, que había justificado su accionar hasta ese entonces levantando las banderas del poder popular, diciéndose brazo armado del pueblo contra el gobierno militar, representante y aliado de los grupos minoritarios opresores de aquél, demostró su verdadero rostro antinacional y antipopular. No quería un gobierno popular que bajo la conducción del líder nacional, que manifiestamente era Perón, abriera sendas de justicia y progreso a la Nación. Ellos querían el caos, ellos querían bañar la tierra Argentina con ríos de sangre, ellos querían la agitación popular permanente que impidiera todo esfuerzo fecundo. Su método era la dialéctica revolucionaria.

Su proyecto no pasaba por el *cambio profundo de estructuras* caducas y dependientes, hecho con energía, con decisión, sin claudicaciones, *pero en paz*. Querían crear la anarquía, el desorden organizado, de allí sacarían provecho para su proyecto: cambiar el signo de la dependencia.

Se trataba de grupos integrados mayoritariamente por jóvenes profesionales y estudiantes, de cultura libresca, que en su mayor parte no conocían la vida, ni los sacrificios que ella impone; que luchaban por brumosos ideales impulsados por ideologías no suficientemente elaboradas; sin respuestas

concretas para los difíciles problemas del país y que hacían correr regueros de sangre en nuestra Patria, dejando a izquierda y a derecha hogares destruidos, vidas útiles tronchadas y una interminable estela de luto, llanto y dolor que por mucho tiempo estará presente en el alma argentina como una herida lacerante que sólo el tiempo podrá ir cicatrizando. Mientras tanto un pueblo azorado y temeroso se replegaba y preguntaba: ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Con qué derecho?

La subversión se organizó a través de dos grupos principales: uno de confesada procedencia ideológica marxista, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), y otro proveniente del propio peronismo, entre cuyos máximos dirigentes predominaban elementos salidos del nacionalismo católico, muchos exalumnos de los liceos militares, los Montoneros. Nunca quedó claramente explicado la metamorfosis de estos últimos, que abandonando los principios religiosos y filosóficos del cristianismo buscaron a través de la violencia reformar un orden social y una estructura política injusta, venal y opresora. *No advirtieron que no hay revolución, ni liberación posible sin la masa popular* y las mayorías populares creían en Perón y en el gobierno del FREJULI, de modo que dieron la espalda a los Montoneros cuando vieron que su propuesta no era la del Líder. Sin apoyo popular y enfrentados, juntos al ERP, con el poderoso aparato militar, la guerrilla finalmente tuvo el fin previsto, su aniquilación. Pero el país pagó por ello un tremendo costo humano.

La misma noche de la asunción del mando por Cámpora, la guerrilla se movilizó provocando un motín en la cárcel de Villa Devoto, que permitió liberar a numerosos presos políticos y gremiales, junto con jefes de la guerrilla y aun algún mafioso internacional.

Tras cartón se desató en el país una serie de ocupaciones de radios, dependencias oficiales y aun ministerios, en nombre de la necesidad de purgar elementos del anterior régimen, provocando un estado de anarquía generalizada que obligó al gobierno a intervenir para frenar el activismo. En todo momento el presidente Cámpora se opuso al empleo de la represión policial para detener esta ola de ocupaciones y procuró que la misma cesara apelando al convencimiento de quienes efectuaban tales actos impulsados por infiltrados en el movimiento que buscaban crear la imagen de un país en estado de caos.

En el seno del mismo gobierno se generó una acción contraguerrillera organizada por el ministro de Bienestar Social, López Rega, siniestro personaje destinado a tener preponderante influencia a partir de la muerte de Perón. Los grupos armados organizados por López Rega actuaban al margen de todo encuadre legal con similares métodos a los utilizados por la guerrilla, y caracterizaron su accionar bajo el lema de Alianza Anticomunista Argentina (AAA o Triple A) provocando con el mismo innumerables hechos de horror que contribuyeron a aumentar el clima de inseguridad en que se desenvolvía la vida cotidiana del hombre argentino.

El 20 de junio se produjo el regreso definitivo de Perón al país. Se preparó una gigantesca manifestación en la autopista a Ezeiza en cuyas cercanías se levantó un enorme palco desde donde Perón debía hablar a la muchedumbre.

Desde días antes circulaban versiones de posibles enfrentamientos entre los sectores guerrilleros y los grupos de acción del lopezrreguismo. Horas antes a la prevista para la llegada del avión que traía al líder, en los alrededores del palco estalló un furioso tiroteo entre ambos bandos, convirtiéndose en trampa mortal para muchos hombres del

pueblo que habían ido simplemente a vivar a su líder. El avión fue desviado a Morón y la multitud, calculada en más de un millón de personas, no pudo brindar a su conductor el apoteótico recibimiento esperado. El pueblo se retiró desconcertado.

El 22 de junio Perón hablaba por radio acompañado por el presidente Cámpora y con gesto adusto y voz serena pero enérgica decía: "Llego casi descarnado. Nada puede perturbar mi espíritu porque retorno sin rencores, ni pasiones, como no sea la que animó toda mi vida: Servir lealmente a la Patria... Tenemos una gran revolución que realizar pero para que ella sea válida ha de ser reconstrucción pacífica... Los que ingenuamente piensen que pueden copar nuestro movimiento o tomar el poder que el pueblo ha conquistado, se equivocan. Ninguna simulación... podrá engañar a un pueblo que ha sufrido lo que el nuestro y que está animado por una firme voluntad de vencer".[1]

Semanas después ambos integrantes del binomio presidencial presentaban sus renuncias. Cámpora informaba al país de su decisión diciendo: "Hoy he presentado al Honorable Congreso de la Nación mi renuncia irrevocable a fin de posibilitar el reencausamiento de un proceso que fue distorsionado... cuando se impidió al Frente Justicialista de Liberación Nacional llevar como candidato a la primera magistratura de la Nación al general Perón... Quiero así con mi actitud y con mi conducta permitir y sumar mi voto de simple ciudadano al cumplimiento de ese anhelo del pueblo argentino".

A la renuncia de Cámpora y Solano Lima se sumaría la del presidente provisional del Senado Díaz Bialet, cuyo alejamiento del cargo en oscuras circunstancias se atribuyó a López Rega para per-

[1] Diario *La Nación*, 23 de junio de 1973.

mitir el acceso a la Presidencia de su yerno Raúl Lastiri, presidente de la Cámara de Diputados.

Asumida la Presidencia por este último se convocó de inmediato a elecciones presidenciales. Tras diversas especulaciones que hablaban de la posibilidad de una fórmula Perón - Balbín, finalmente se acordó que Perón fuera acompañado por su esposa María Estela Martínez de Perón.

La elección se realizó el 23 de setiembre arrojando una abrumadora mayoría para el binomio Perón - Perón. El resultado fue el siguiente:

ELECCIONES DEL 23 DE SETIEMBRE DE 1973

Partido	*Número de votos*	*Porcentaje*
FREJULI (Perón-Perón)	7.286.034	61,68
Unión Cívica Radical (Balbín-De la Rúa)	2.887.587	24,44
Alianza Popular Federalista (Manrique-M. Raymonda)	1.440.049	12,19

Perón presidente. El gobierno popular encauza su rumbo

Así volvía a ocupar por tercera vez la presidencia de la República Juan Domingo Perón, caso único en nuestra historia. Perón no quería en realidad volver a ser presidente. En una entrevista que tuve ocasión de tener con él junto con algunos dirigentes políticos amigos el 30 de noviembre de 1972 en su residencia de Gaspar Campos, Perón nos desarrolló su plan que consistía en colocar en la Presiden-

cia a un fiel correligionario reservándose para sí el manejo de una especie de Consejo Asesor integrado por políticos capaces y representativos del campo nacional. O sea una forma de manejo del poder entre bambalinas, tal como la aguda percepción popular lo cantaría después.

Recuerdo que en dicha oportunidad Perón ante nuestra insistencia por conocer en quienes había pensado para integrar el binomio del FREJULI, nos respondió: "Eso no es un problema, con Pedro o con Juan ganamos igual". Pronosticaba de esa forma los 5 millones de votos que luego efectivamente iba a sacar el Frente.

La imposibilidad de Cámpora para manejar la situación frente al hostigamiento de la guerrilla y el enfrentamiento interno —producido en el seno del peronismo entre los grupos juveniles muy infiltrados por el marxismo y los sectores de la dirigencia sindical y el lopezrreguismo—, obligó a Perón a asumir personalmente el mando, situación que, como dije, no era prevista por él y que por otra parte su salud no aconsejaba.

Perón pagaba así, con años de su vida, su alianza táctica con la guerrilla en la búsqueda de obligar al régimen militar a devolver al pueblo sus derechos.

Las *formaciones especiales* como él las llamaba nunca acataron totalmente a Perón, cuestionando incluso su accionar en el gobierno, lo que lo obligó el 1º de mayo de 1974 a expulsarlas de la Plaza de Mayo durante la concentración popular de la fecha. En el transcurso del acto de ese día un sector de la Plaza integrado por elementos de la Juventud Peronista se dedicó en parte de su discurso a tratar de entorpecerlo voceando consignas o atronando el aire con sus bombos. Esto motivó que Perón los tratara de *imberbes e infiltrados,* diciendo luego: "Estos infiltrados que trabajan dentro y que traidoramente son más peligrosos que los que traba-

jan desde fuera sin contar que la mayoría de ellos son mercenarios al servicio del dinero extranjero".[1]

La soberbia intelectual de los dirigentes de los Montoneros les impedía aceptar las decisiones del líder al que querían imponer su proyecto, convirtiéndose entonces, divorciados de las masas populares, en elementos contrarrevolucionarios que terminarían por acelerar, a la muerte de Perón, las condiciones que condujeron a la caída del gobierno de la viuda de Perón viabilizando la entronización del Proceso de Reorganización Nacional o sea del más crudo proyecto liberal oligárquico dependiente.

Ese es siempre el final de aquellos intentos revolucionarios que no se nutren de la savia del consenso popular.

El tercer gobierno de Perón sólo duró 8 meses y 18 días: asumió el 12 de octubre de 1973, para delegar el mando el 30 de junio de 1974 y morir al día siguiente.

Durante su breve tercer gobierno trató de consolidar su proyecto de liberación a través del reemplazo de las estructuras de la dependencia, tanto políticas, económicas como culturales por otras que significaron para el país el dominio de los resortes básicos del poder sustrayéndolos de las manos extranjeras en las cuales se encontraban.

Para ello contó con el apoyo masivo del pueblo argentino que vio en él la esperanza última de alcanzar un destino de grandeza para el país. Pero también tuvo la oposición tenaz de la oligarquía liberal, los sectores del capital extranjero que operaba en el país y los centros del poder económico mundial. Además actuaron en contra de su proyecto liberador sectores del propio movimiento peronista que con sus enfrentamientos obstaculizaron su accionar, tanto como sus enemigos extranjeros.

[1] Diario *La Nación*, 2 de mayo de 1974.

La concertación, base del proyecto económico y social

Al arribar al gobierno el equipo económico, encabezado por el ministro Gelbard, se encontró con altas expectativas inflacionarias. Los sindicatos pedían aumentos salariales del orden del 200 % al 300 %. Sin embargo el aumento dado sólo llegó al 14 %, privilegiándose a las categorías más bajas.

Los precios, naturalmente, habían sido anticipados en previsión de aquellas expectativas; Gelbard y su equipo aprovecharon estos aumentos adelantados, a veces en proporciones gigantescas, para contenerlos y en algunos casos incluso rebajarlos. En compensación de estas rebajas se disminuyeron los intereses en unos cuatro puntos. Es bueno tener en cuenta que la inflación heredada del gobierno de Lanusse era del 80 %.

El paquete inicial de medidas se fundamentó en el *Acta de Concertación* firmada con los sectores empresarios y sindicales, cuyo primer objetivo fue lograr una modificación de los precios relativos mediante un módico aumento de los salarios que no se trasladaba a los precios y hacía posible que las autoridades, sobre la base de los márgenes disponibles, consiguieran el objetivo central: la redistribución del ingreso a favor de los sectores más desprotegidos. Durante el período 1973/74 la masa de salarios creció más que el PBI, con lo que se verificó el objetivo del Acta.

Estas medidas generaron un lógico período de precios estables, no producto de una magia sino como consecuencia de un ajuste histórico de los mismos, convirtiéndose aun la tasa pasiva de interés en una tasa real positiva, lográndose un alto grado de monetización de la economía, objetivo buscado luego por Martínez de Hoz al precio de

altísimas tasas de interés sin lograrlo y en un contexto especulativo.

Esta estabilización de precios —erróneamente llamada *inflación cero*— duró cinco meses, hasta octubre. La renuncia de Cámpora y la consiguiente campaña electoral posterior hasta la elección de Perón impidió producir la flexibilización de la política de precios necesaria para acompañar el proceso económico sin caer en rigideces que la hicieran artificial.

En noviembre de 1973 estalla en el mundo la crisis petrolera que produce una fuerte alza en los insumos importados, sobre todo en aquéllos de origen petroquímico y químico. Ello obligó a flexibilizar el Acta de Concertación, tras superar una inicial oposición de Perón en tal sentido. Otro efecto negativo de la crisis petrolera fue el cierre del Mercado Común Europeo a nuestros productos, fundamentalmente los agropecuarios.

El programa encuentra entonces serias dificultades provenientes de la negativa situación internacional e inclusive de intentos de violar el Acta de Concertación, base del acuerdo social logrado. Estos intentos provienen tanto del campo empresario como del sindical, como Perón lo señala en su mensaje del 12 de junio de 1974, al que haremos referencia más adelante.

Muerto Perón, rápidamente es desplazado Gelbard de la conducción económica y reemplazado por Gómez Morales, quien abandona la política de concertación y se vuelca hacia la aplicación de recetas económicas inspiradas en las concepciones liberales y monetaristas.

A partir del diagnóstico de que la economía estaba recalentada y supercontrolada, liberó los precios sin devaluar. Produjo una revaluación artificial del dólar y se perdieron así reservas por valor de 1.000 millones de dólares desde que asumió hasta

que dejó el Ministerio. Abrió el camino para el rodrigazo; hizo el diagnóstico, desmanteló y generó, como mínimo por omisión, las condiciones para el desquite.

La aplicación del plan económico de Gelbard y su equipo produjo una interesante experiencia en el país, caracterizándose por el logro de una estabilidad económica desconocida en muchos años, con rentabilidad empresaria, bajísimos índices de desocupación, balanza comercial favorable —en la que mucho tuvo que ver la apertura comercial hacia los países del Este— y un efectivo manejo de los resortes básicos de la economía por parte del gobierno nacional. Hubo, por supuesto, mercado negro y escasez en algunos artículos, producto de una demanda creciente y de la inevitable aparición de acaparadores y oportunistas, así como de los enemigos de un proceso de recuperación económica de este tipo.

Esta, como todas las experiencias redistributivas, requieren la dinamización de los mecanismos de consenso. No puede fallar demasiado ni la administración (técnica), ni el poder (política), ni el horizonte (estrategia), ni la moral (ética del grupo dirigente), para que el consenso no disminuya en una tasa mayor o más veloz que los éxitos verificables.

La reacción de quienes se oponen al proceso redistributivo es el retiro de la oferta. Desabastecimiento para desestabilizar. Este fenómeno es técnicamente transitorio. El Estado, adecuadamente equipado, puede recomponer la situación toda vez que la política tenga la estrategia y la moral requeridas.

Este proyecto económico dejó de ser viable a la muerte de Perón, porque sin Perón el espacio de poder se reducía al mínimo y las estrategias de los que compartían la porción del poder restante eran distintas. Sólo Perón tenía la capacidad de arbi-

trarlas y sintetizarlas. El horizonte quedaba minimizado así a una cuestión de todos los días, disminuyendo la moral del grupo conductor de la economía, quien pierde su capacidad de generar consenso. El desabastecimiento, por último, logra su objetivo final: desestabilizar las posiciones de los grupos que apoyan la redistribución de ingresos.

El país pasó a ser gobernado por López Rega y su séquito, y de la mano de él llegó la contrarrevolución liberal y masónica enquistada en el seno mismo del gobierno peronista, que se manifestó públicamente con la designación de Celestino Rodrigo como Ministro de Economía, en cuyo equipo venía adosado Ricardo Zinn, reconocido liberal y notorio antiperonista, cuya presencia en el gobierno de la presidenta María Estela Martínez de Perón sólo podía tener por objeto torcer el rumbo de la política económica hacia el campo de los intereses liberales al cual pertenecía.

Un discurso esclarecedor

Sintiendo próxima su muerte, Perón entendió necesario asumir la defensa del programa económico y social en aplicación que buscaba la transformación económica, jaqueado por aumentos de precios y conflictos gremiales que terminaban con el otorgamiento de aumentos salariales por encima de las directivas de la CGT, con lo que descolocaban a los directivos de ésta y ponían en grave riesgo de fracaso a la concertación empresaria gremial que constituía el eje del programa económico social en aplicación.

Esta difícil situación hizo que la vicepresidenta María Isabel Martínez de Perón pronunciara el 10 de junio un discurso llamando a combatir el desabastecimiento y la especulación. Dos días después,

el 12 de junio de 1974, Perón hablaba al país al mediodía denunciando a quienes saboteaban su proyecto, a quienes diciéndose integrantes del movimiento nacional no hacían nada, o peor aún, obstruían la concreción de la Argentina liberada.

En el mismo expresaba: "Como ha sido mi costumbre hoy deseo hablar al pueblo argentino sin eufemismos y sin reservas mentales... La información, como mi sentido de la realidad, me dicen que en el país está sucediendo algo anormal a lo que debe ser la marcha pacífica y serena de la tranquilidad. Parte de esta intranquilidad obedece a causas reales; parte de ellas se ocasionan en la provocación deliberada.

"Existen, sin duda, factores negativos que provocan consecuencias a cuyas causas hay que ponerle remedio; pero ocurren también hechos que sólo obedecen a causas provocadas o invocadas al servicio de una campaña sicológica, con fines inconfesables, desarrollada ante la indiferencia de unos y la desaprensión de otros, pero que provocan un estado de cosas que si bien tiene un objetivo bastardo, no por eso dejan de perjudicar la confianza popular y la firme decisión que el país debe tener en la reconstrucción y liberación en que estamos empeñados. Así podríamos estar acercándonos a una lucha cruenta que algunos insensatos intentan provocar, en tanto el gobierno se esfuerza por evitarlo".

Más adelante continuaba: "Yo nunca engañé a ese pueblo, por quien siento un entrañable cariño. Ese es el sentimiento y la relación que me ha dado fuerzas para seguir adelante, en medio de las diarias asechanzas y conjuras ridículas; tanto de quienes sueñan con un pasado imposible, como de los que desean apurar las cosas.

"Yo vine al país para unir y no para fomentar la desunión entre los argentinos. *Yo vine al país para lanzar un Proceso de Liberación Nacional y no para*

consolidar la dependencia. Yo vine al país para brindarles seguridad e nuestros conciudadanos y lanzar una revolución en paz y armonía y no para permitir que vivan temerosos quienes están empeñados en la gran tarea de edificar el destino común. Yo vine para ayudar a reconstruir al hombre argentino, destruido por largos años de sometimiento político, económico y social.

"Pero hay pequeñas sectas perfectamente identificadas con las que hasta el momento fuimos tolerantes, que se empeñan en obstruir nuestro Proceso; son los que están saboteando nuestra independencia y nuestra independiente política exterior; son quienes intentan socabar las bases del Acuerdo Social, forjado para lanzar la Reconstrucción Nacional...

"La unidad que propusimos tenía fines muy distintos a los que suponen esas mezquindades. Fue para concretar la liberación nacional no para darles coraje a los enemigos de nuestra Patria".

Luego continúa: "A mi juicio quienes inducen al desorden están promoviendo la contrarrevolución y estoy convencido de que el pueblo habrá de combatirlos, como siempre hace con sus enemigos. Sé positivamente que existen algunos problemas reales. ¿Cómo evitarlos, cuando estamos cambiando drásticamente las estructuras de la dependencia montadas por los empleados de los poderes coloniales? Pero estoy convencido de que estos problemas tienen poco que ver con lo que intentan los saboteadores del Proceso...

"No hay que olvidar que los enemigos están preocupados por nuestras conquistas, no por nuestros problemas. Ellos se dan cuenta de que hemos nacionalizado los resortes básicos de la economía y que seguiremos en esa tarea sin fobia, pero hasta no dejar ningún engranaje decisivo en manos extranjeras.

"En un año de gobierno ellos advierten que el pueblo sabe, sin acudir a las recetas de miseria y de dependencia, que mejoramos el salario real de los trabajadores, bajamos drásticamente la desocupación y aumentamos las reservas del país.

"Esas sectas minoritarias han llegado a la histeria y quieren que nos contagiemos para impedir que este proceso de cambio siga avanzando...

"No sería mucho avanzar en la autocrítica, si dijéramos que en muchas partes los hombres de nuestro propio movimiento, en la función gubernamental, tienen la grave falla de sus enfrentamientos; ocasionados algunas veces por bastardos intereses personales y otras por sectarismos incomprensibles. A todo ello se suma la fiebre de la sucesión, de los que no comprenden que EL UNICO SUCESOR DE PERON SERA EL PUEBLO ARGENTINO que, en último análisis, será quien deba decidir".

Sobre el fin de este esclarecedor discurso manifestaba: "Ya pasaron los días de exclamar: *La vida por Perón;* vivimos momentos en que es indispensable demostrar en hechos sinceros y fehacientes, que estamos dispuestos a servir al objetivo común de todos los argentinos. Realizado en paz, con un trabajo honrado y permanente... Cuanto estamos haciendo por los intereses, el honor y el prestigio de la República ante todos los países del mundo, depende en gran parte, del masivo apoyo de nuestro pueblo. Defeccionar en estos momentos significaría renunciar a todo lo conquistado para volver a ser una republiqueta sin dignidad y sin grandeza".[1]

La muerte corta un diálogo de 30 años

Por la tarde habla al pueblo desde los balcones de la Casa Rosada, es una tarde fría, desapacible.

[1] Diario *La Nación*, 13 de junio de 1974.

Será el último diálogo de Perón con su pueblo, será la última vez que el líder y sus fieles seguidores estén frente a frente, será la última vez que el retumbar de los bombos suba a los aires envolviéndolo mientras marcan el ritmo monocarde del *¡Perón! ¡Perón! ¡Perón!* El lo sabe, sus descamisados lo intuyen. Ha dicho por la mañana: ¡MI UNICO HEREDERO ES EL PUEBLO! Y con esas palabras ha devuelto a éste el liderazgo con que hace 30 años lo ungiera. Nadie en adelante podrá reclamarlo, ni invocarlo; sólo el pueblo algún día, tal vez, encuentre alguien digno del mismo y al igual que a él y que a Yrigoyen lo unja con el óleo sagrado de su fe y le confiera el sublime título de *líder de las mayorías populares.* Mientras tanto el liderazgo quedará vacante.

Terminan sus palabras y llega el momento de la despedida que en esa ocasión se hace particularmente difícil. El pueblo corea su nombre, no hay euforia, es un canto de amor, de fe, de gratitud y de angustia por el líder que lo deja. El lo contempla con melancólica tristeza y en patética exhortación le pide que se quede unos minutos más en la Plaza. "Quiero llevarme en mis oídos —dice— la más maravillosa música que para mí, es la palabra del pueblo argentino". La escena tiene trágica grandeza.

Quince días después, el 1º de julio de 1974 al mediodía, el país recibe la noticia presentida. Perón ha muerto. Un pesado sentimiento de terror se apoderó de los argentinos. Muchos se preguntaron ¿y ahora qué? Quienes tuvieron esta acuciante premonición acertaron. Horas de hondo dramatismo le esperaba al país. Su pueblo lo lloró desconsoladamente invadido por el dolor y la desesperanza. Sus adversarios de ayer cerraron filas en derredor de su féretro para darle el último adiós.

Ricardo Balbín sintetizó los sentimientos de todos ellos: "Este viejo adversario despide a un ami-

go", dijo. Y en otra parte de su discurso manifestó: "No sería leal si no dijera también que vengo en nombre de mis viejas luchas; que por haber sido claras y sinceras y evidentes permitieron en estos últimos tiempos la comprensión final. En ese diálogo amable que me honró me permitió saber que él sabía que venía a morir a la Argentina y antes de hacerlo me dijo: quiero dejar por sobre todo el pasado, este nuevo símbolo integral de decir definitivamente... que quedaron atrás las divergencias... enarbolando todos con fuerza y vigor el sentido profundo de una Argentina postergada".[1]

Fue su discurso el de un político honesto y un patriota cabal como siempre lo fue.

Con la muerte de Perón se cerró un ciclo de 30 años en la vida política argentina, en el curso del cual el país cambió sustancialmente. Ya no sería posible conducir a la Nación a un destino pastoril, someterla impunemente a los dictados de los poderes extranacionales, ni negar al pueblo trabajador su papel protagónico a la hora de decidir el destino nacional.

Haber ignorado esto, por parte de los liberales, queriendo imponer su modelo dependiente, oligárquico y opresor, apoyándose en la fuerza de las armas, le costó al país terribles horas de dolor y una alta cuota de sangre, además de colocarlo al borde de la desintegración nacional. La Argentina nacional había perdido a su conductor, pero no su capacidad de lucha para impedir se la retrotrajese a épocas serviles y anacrónicas definitivamente superadas. Hubo que pasar sobre miles de cadáveres para que los militares empezaran a comprenderlo y a darse cuenta que el proyecto liberal al cual reiteradamente han servido, es inviable en nuestra Argentina de fines del siglo XX.

[1] Diario *La Nación*, 4 de julio de 1974.

Y éste es el gran mérito de Perón. Nunca más a nuestro país se le podrá imponer un destino de colonia. El despertar de la conciencia nacional es una realidad fundamental en el protagonismo activo del pueblo trabajador organizado —el gran legado de Perón— convertido en la columna vertebral del Proceso de Liberación Nacional.

La desintegración del movimiento nacional. La vuelta del liberalismo

Perón había advertido que "defeccionar en estos momentos significaría renunciar a todo lo conquistado para volver a ser una republiqueta sin dignidad y sin grandeza". Estas proféticas palabras se cumplieron al pie de la letra a partir de su muerte y hoy la Argentina es exactamente eso que él profetizó.

El movimiento nacional entró desde su desaparición en un rápido proceso de desintegración. Sin conducción efectiva por parte de su viuda, corroído por sus agrias disputas internas, con la contrarrevolución entronizada en su seno y atacado ferozmente por sus enemigos externos, el movimiento peronista, eje del movimiento nacional, no tardó en caer en estado de anarquía, debilitando al gobierno.

La nefasta presencia de López Rega —*El Brujo* para la jerga popular— aceleró la caída. Al conocerse hoy su vinculación con la masonería internacional, gobernada por Inglaterra, caben pocas dudas de que su acción no fue casual, sino friamente decidida.

El programa de transformación económica vigente en vida de Perón, rápidamente fue abortado, a la vez que desde el seno del mismo gobierno se proponía al país asombrado un plan —el del nuevo

ministro de economía Celestino Rodrigo, hombre de López Rega— que significaba lisa y llanamente echar las bases del retorno liberal y la vuelta a la dependencia.

El pueblo trabajador se opuso decididamente a tal restauración liberal y el caos comenzó a ganar la estructura del gobierno. En vano un aliado histórico del peronismo, el Partido Popular Cristiano llamó a volver a las fuentes a través de un manifiesto titulado *Las Banderas que no hay que abandonar*. Todo fue inútil. El liberalismo atacaba al gobierno con todo su bagaje de poder y a la vez infiltrado en el mismo seno del gobierno contribuía a su derrumbe.

Con el cadáver todavía caliente de Perón tres grupos de *ilustres liberales* preparaban planes alternativos políticos, económicos y sociales que sometieron a las Fuerzas Armadas para su aprobación para el momento de desalojar del gobierno a la viuda de Perón. Finalmente se aceptó el del grupo de Martínez de Hoz. Desde ese momento la caída del gobierno peronista era sólo cuestión de tiempo.

Algunos aliados del peronismo abandonaron el barco, como el caso del MID. En un intento de salvar la continuidad constitucional desde el Parlamento se procuró promover un juicio político a María Estela Martínez de Perón para permitir su desplazamiento del gobierno y evitar el golpe inminente. También el intento fracasó.

Se llegó así al 24 de marzo de 1976, día que quedará en los anales de la historia argentina como uno de los fastos más trágicos en cuanto a su repercusión en la vida del país. A partir de esa fecha la aplicación sin concesiones, fría y deliberada de un plan destinado a destruir para siempre al movimiento nacional y popular en la Argentina, terminó por convertirnos en aquello que Perón había profetizado y que hoy es una triste realidad: *una repu-*

bliqueta sin dignidad y sin grandeza. Lo consiguió el liberalismo argentino sometido y esclavo de las Internacionales, lamentablemente sostenido por las propias Fuerzas Armadas de la Nación.

Capítulo XVIII

APORTES PARA UN NUEVO PROYECTO NACIONAL

El respeto a las minorías liberales

Con reiterada frecuencia se ha acusado a las mayorías nacionales de carecer de espíritu democrático por privilegiar la búsqueda de la justicia con desmedro de las libertades públicas. Los liberales las acusan de implantar la dictadura de las mayorías.

Pero es el caso de razonar acerca de cuál es la *libertad democrática* que las minorías liberales, enancadas en los gobiernos militares, le han hecho conocer. *Libertad democrática* para unos pocos, e injusticias sociales para muchos. Libertad y opulencia para los *estómagos llenos;* miseria, opresión y desarraigo para los *estómagos vacíos.* Libertad para que minorías asociadas a intereses extranacionales medren en su provecho con el sometimiento del país a los dictados del capitalismo internacional y a expensas del interés nacional, que siempre es el de las mayorías nacionales. Libertad para que unos pocos jefes militares en convivencia con aquellas minorías decidan sobre los destinos nacionales, mientras las mayorías, imposibilitadas de expresarse, son meras espectadoras y sufrientes receptoras de aquellas decisiones.

¿Alguien puede legítimamente decir que ésta no es la realidad de la *libertad democrática* que las minorías liberales le han propuesto a las mayorías populares en el curso de nuestra historia? ¿En qué fundan su derecho a exigir respeto cuando son opositoras, si cuando acceden al gobierno por espurios métodos, para sostenerse practican el más crudo

fascismo? ¿Con qué razón pueden exigir se las tomen en cuenta por parte de los gobiernos populares, si en cuanto éstos asumen ya están conspirando para derrocarlos, muy especialmente desde 1930 hasta la fecha?

¿Cuáles son los logros que en materia de desarrollo económico, social y cultural han brindado al país? ¿Cuáles son las conquistas sociales en favor de los necesitados que pueden mostrar como fruto de sus gobiernos? ¿Cuáles son las enseñanzas políticas de respeto a la Constitución, a la ley y a los derechos individuales y sociales, si los han conculcado y pisoteado todos, mostrando una marcada concupiscencia y codicia en el ejercicio de la función pública.

¿Quién puede negar que éste ha sido el saldo del paso de estas élites soberbias por el poder? ¿Y pretenden que las mayorías populares, sus víctimas, las respeten? Ellos que han cometido toda clase de atropellos contra el pueblo olvidando que "todo atropello a la dignidad del hombre es un atropello al mismo Dios, de quien es imagen" (Puebla, 305), culpan a ese pueblo de imponerles su dictadura cuando éste se expresa con su única arma que es el voto.

Pero sí; a pesar de todo el mal hecho, nosotros decimos que deben ser respetadas en sus derechos ciudadanos durante el gobierno del pueblo. Porque ése es el único camino que puede conducirnos a la anhelada reconstrucción nacional para dejar de ser factoría y transformarnos de una vez en un país libre y soberano.

Sólo en el respeto de la ley moral que viene de Dios y de la justa ley positiva, inspirada en aquélla, encontraremos el camino de la reconciliación nacional. Camino que pasa inexorablemente por tres etapas:

1º) El reconocimiento por parte de los opresores del mal causado;

2º) La reparación de dicho mal;

3º) El perdón por parte de los oprimidos.

De no cumplirse estas tres etapas no hay reconciliación posible. Las mayorías populares siempre están dispuestas a dar su perdón, la generosidad es una virtud de los desposeídos. Son las minorías oligárquicas liberales y las Fuerzas Armadas quienes deben cumplir las dos primeras instancias, y a la espera de ello está el pueblo.

Se ha anunciado una nueva consulta popular para restablecer al orden institucional en el país. Este será el momento propicio para comenzar ese proceso de reconciliación mediante el respeto irrestricto por parte de aquellos sectores de dicha voluntad libremente expresada. El paso siguiente será el dejar de lado definitivamente cualquier intento de desestabilización del gobierno que de allí surja, permitiendo que el libre juego democrático de las instituciones y de las responsabilidades produzca los cambios y rectificaciones que fueren necesarios, por poderosos que sean los intereses que éstos afecten. Cuando el libre respeto de esa voluntad popular y el acatamiento a los cambios sociales, económicos y políticos que de ella surja se produzca, el paralelo respeto de la opinión y la acción de las minorías liberales encuadradas en la ley será su consecuencia y se habrá comenzado a transitar el camino hacia una nueva era histórica en el país.

El futuro del movimiento nacional

La muerte de los padres históricos del quehacer político de los últimos 30 años permitirá, tal vez

en el futuro, madurar al pueblo argentino buscando más en la confrontación ideológica que en el liderazgo personal la solución para los problemas argentinos.

En las próximas elecciones es posible que el recuerdo de aquellos hombres pesen aún en la decisión electoral. Pero en el futuro, lógicamente, dicho recuerdo irá perdiendo peso como motivador de decisiones en el cuerpo social del país. Esto será importante en particular para el peronismo, cuya vigencia dependerá fundamentalmente del testimonio y eficacia de sus dirigentes que podrán contar cada vez menos con el factor emocional.

A partir de fines de la década del 60, el marxismo en sus diversas expresiones varió su estrategia de enfrentamiento con el peronismo por la infiltración, en especial en sus medios juveniles. Hoy es evidente su inserción en el movimiento peronista, aunque en forma completamente minoritaria.

El peronismo resultó, en los últimos 40 años, una barrera infranqueable para el avance del marxismo en nuestro país. Pero muerto Perón y al amparo de las frustrantes condiciones economicosociales que soportamos y que recaen con máximo rigor sobre la clase obrera y gran parte de la clase media, no es difícil predecir que en el futuro su papel de dique de contención del marxismo perderá parte de su eficacia.

Entonces habrá llegado el momento de que el socialcristianismo defina con claridad su papel en la reconstrucción del movimiento nacional. El peronismo es esencialmente cristiano. Su cristianismo lo vive con emoción, desde y con el corazón. El socialcristianismo expresa doctrinariamente la concepción cristiana del hombre. Ambos tienen un largo camino para recorrer juntos. Sus hombres más lúcidos tienen la obligación de encontrar los caminos de convergencia que, superando diferencias

coyunturales, conduzcan a la unidad en la acción en pos de un gran objetivo: *fortalecer y consolidar definitivamente la Argentina nacional, popular y cristiana.*

Una propuesta socialcristiana para una Argentina libre y justa

Los socialcristianos creemos que es posible elaborar un Nuevo Proyecto Nacional que sintetice los valores de libertad y justicia, privilegiados en ambos modelos de Argentina como alternativas opuestas.

Libertad y justicia son realidades que no pueden estar divorciadas, porque la una no existe sin la otra. No puede haber un régimen político que diga respetar la libertad si no practica la justicia, ni tampoco puede titularse de justo a un régimen que no respete la libertad. Porque la libertad no se alcanza plenamente sin la liberación integral del hombre, que no implica solamente el respeto de sus derechos y el logro de un bienestar material, sino también su plena realización como ser espiritual trascendente e inmortal, de acuerdo al designio del Creador.

Para que ello sea posible debe producirse la comunión fraterna de los hombres, que es imposible de conseguir sin la realización de la justicia para los oprimidos, los desposeídos y los humillados que sufren este estado, no por culpa o decisión propia, sino por imposición de una sociedad materialista, corroída por el egoísmo, individual y de clase, la ambición desmedida, la dominación y la violencia en todos los niveles que esclaviza a tantos hombres e impide la libertad de todos.

Este Nuevo Proyecto Nacional que propiciamos debe realizarse en el marco de ese ideal histórico

concreto que es la *civilización del amor* —según la magnífica expresión de Paulo VI—, y del cual el Documento de Puebla nos invita "a ser constructores abnegados".

¿Y qué es la *civilización del amor?* Carlos Eroles, en su libro *Los Desafíos de Puebla*, la sintetiza como "una visión del futuro deseable de la humanidad", posible de plasmar a través de la "concreción de valores trascendentes (justicia, verdad, libertad)" que den "una respuesta prospectiva a las urgencias del presente, que aspira a concretar la paz en una dimensión nacional, continental y planetaria".

El Documento de Puebla explica estos conceptos: "La justicia, como se sabe, es un derecho sagrado de todos los hombres conferido por el mismo Dios. Está insertada en la esencia misma del Mensaje Evangélico. La verdad, iluminada por la fe, es fuente perenne de discernimiento para nuestra conducta ética. Expresa las formas auténticas de una vida digna. La libertad es un don precioso de Dios, consecuencia de nuestra condición humana y factor indispensable para el progreso de los pueblos".

Más adelante señala: "La civilización del amor repudia la violencia, el egoísmo, el derroche, la explotación y los desatinos morales... La civilización del amor repele la sujeción y la dependencia perjudicial a la dignidad de América Latina. No aceptamos la condición de satélite de ningún país del mundo, ni tampoco de sus ideologías propias... Ya es tiempo que América Latina advierta a los países desarrollados que no nos inmovilicen; que no obstaculicen nuestro propio progreso; no nos exploten; al contrario, nos ayuden con magnanimidad a vencer las barreras de nuestro subdesarrollo, respetando nuestra cultura, nuestros principios, nuestra soberanía, nuestra identidad, nuestros recursos naturales".

La propuesta socialcristiana implica la realización de un *Proyecto histórico de Liberación* que

presupone para su concreción el rol protagónico del pueblo, de los desposeídos; el abandono por parte de las minorías oligárquicas de su proyecto dependiente; la concreción de lo que alguien llamara "un ancho campo de coincidencias" que exprese el conjunto de los valores-síntesis de la comunidad nacional.

Este Proyecto que los socialcristianos anhelamos para nuestra Argentina es un proyecto de liberación para nuestro pueblo oprimido y trata de construir una nueva sociedad sustentada en el pluralismo, la solidaridad, la participación y la socialización, que busque alcanzar en la unidad latinoamericana su plena y final realización.

La Argentina que queremos los socialcristianos

Los terribles años que estamos viviendo —en los cuales a los padecimientos de todo tipo se ha unido la secuela de la derrota militar en las Malvinas—, han puesto en descubierto verdades sabidas pero encubiertas por la prédica liberal-militar. Después de esa frustración argentina en las Malvinas nadie podrá afirmar que el imperialismo es una ficción de los populistas, ni que la prepotencia colonialista es cosa del pasado.

La claudicante minoría liberal no podrá —aunque lo intente— seguir imponiéndonos sus modelos económicos y culturales copiados del extranjero, ni podrá justificar sus actitudes de fieles imitadores y servidores de las potencias imperiales en la autodenigración de nuestro patrimonio cultural y la supuesta supremacía de lo extranjero, en especial de lo anglo-sajón, sobre lo hispano-criollo.

Tampoco podrá sostenerse nuestra pertenencia a un supuesto mundo *occidental y cristiano* donde los países desarrollados, en nombre de la libertad

y la justicia, explotan y oprimen a los pueblos subdesarrollados.

El liberalismo proimperialista está arrinconado. El movimiento de liberación nacional y latinoamericano encuentra las condiciones para su triunfo definitivo. Los que lucharon por nuestra independencia real y total, pagando con su exterminio la osadía de rechazar la colonización británica, ya no serán más los *bárbaros* de la historia.

La nueva gran Argentina que anhelamos tendrá que aceptar y resolver el desafío que significa transformar el poder militar, acostumbrado a sentirse alternativa de gobierno en el país durante tantos años. Las Fuerzas Armadas deben comprender que el papel político desempeñado durante estos últimos 53 años de la vida de la Nación debe cesar, así como la constante y creciente militarización de la sociedad argentina que impide que el pueblo viva en la libertad y la democracia. Por el contrario, deben asumir el rol que les fija la Constitución de brazo armado de la Patria en defensa de su soberanía y de la libertad de sus habitantes.

Para ello, es necesario que abandonen todo intento de fundamentar su accionar en la *ideología de la seguridad nacional*, bajo la cual, y quizás con una subjetiva profesión de fe cristiana, se limitan las libertades individuales confundiéndose la voluntad del Estado con la voluntad de la Nación, mientras se postergan las necesidades de las masas desposeídas en aras de un desarrollo económico y del incremento del potencial bélico.

El Documento de Puebla la condena expresamente en estos términos: "En los últimos años se afianza en nuestro continente la llamada *doctrina de la seguridad nacional*, que de hecho es más una ideología que una doctrina. Está vinculada a un determinado modelo económico político, de características elitistas y verticalistas que suprime la partici-

pación amplia del pueblo en las decisiones políticas. Pretende incluso justificarse en ciertos países de América Latina como doctrina defensora de la civilización occidental y cristiana. Desarrolla un sistema represivo, en concordancia con su concepto de *guerra permanente*. En algunos casos expresa clara intencionalidad de protagonismo geopolítico".

"...La doctrina de la seguridad nacional entendida como ideología absoluta no se armoniza con una visión cristiana del hombre en cuanto responsable de la realización de un proyecto temporal ni del Estado, en cuanto administrador del bien común. Impone en efecto, la tutela del pueblo por élites de poder, militares y políticas, y conduce a una acentuada desigualdad de participación en los resultados del desarrollo".

Tan explícita condena obliga a las Fuerzas Armadas a dejarla de lado si en realidad pretenden en el futuro reencontrarse consigo mismas y con el pueblo, del seno del cual surgieron, y transformarse en una herramienta eficaz de cooperación, subordinada al poder civil constitucional, luchando junto con él por el cambio de este modelo de sociedad por otro más justo.

La Argentina que asoma deberá edificarse sobre cinco pilares fundamentales que implican realizar en nuestro país una revolución en paz, con justicia y libertad. Ellos son:

1º) Una democracia pluralista y participativa;

2º) Un desarrollo autónomo e integrador del territorio nacional y subcontinental;

3º) La integración latinoamericana;

4º) La justicia social;

5º) La revalorización de nuestras raíces culturales.

Democracia pluralista y participativa

Se fundamenta en el pleno ejercicio del pueblo de sus derechos constitucionales que implican aceptar por los gobernantes que son sólo depositarios del poder, que ejercen en nombre y por delegación del pueblo, su único y legítimo dueño en el orden temporal. Ello implica estar al servicio de ese pueblo y de sus intereses y anhelos desechando cualquier tentación de un ejercicio abusivo, y menos aún absoluto, del poder.

Pero la democracia pluralista y participativa no implica solamente el imperio pleno de la soberanía popular que se efectiviza por medio del ejercicio irrestricto de los derechos constitucionales, sino también la amplia participación popular en la toma de las decisiones fundamentales de la Nación a través de la consulta a las sociedades intermedias que constituyen la estructura orgánica de la sociedad. Es decir que la voluntad popular se debe expresar por una doble vía: la política, a través de los partidos políticos; y la social, por las sociedades intermedias como formas de "intensificar su participación razonable en las responsabilidades y en las opciones" privilegiando así su rol protagónico en la conducción política nacional.

Desarrollo autónomo

No implica un intento de autarquía económica, impensable en un mundo interdependiente como el actual. Pero sí el pleno y soberano ejercicio del poder de decisión en el plano económico, desechando totalmente la estrategia de atraso, desindustrialización y dependencia externa. Prioritando la reconstrucción de la producción mediante la desindexación de la economía, la reactivación del merca-

do interno con la recomposición salarial, el estímulo a las exportaciones industriales y la limitación de las importaciones prescindibles, en un marco de libertad económica que favorezca la producción sirviendo los grandes objetivos nacionales.

Asimismo deberá favorecerse a la pequeña y mediana empresa, tanto agraria como industrial: el cooperativismo de producción de los pequeños y medianos productores. En el terreno agrario se realizará una profunda transformación que facilite al hombre de campo el acceso progresivo a la tierra que trabaja, al crédito y al asesoramiento técnico, buscando conjugar la justicia social con la eficacia productiva. Además se deberá mejorar la estructura comercial combatiendo la intermediación parasitaria, que no sólo encarecen los costos sino se apropia de una parte sustancial de la rentabilidad agropecuaria.

El modelo de desarrollo económico a realizarse deberá consolidar la integración del país terminando con la colonización interna, que ejerce el puerto y la pampa húmeda sobre el interior, a la vez que prever la inserción argentina en el contexto de una amplia integración económica latinoamericana.

Integración latinoamericana

A pesar de sus disimilitudes, Latinoamérica tiene un patrimonio cultural común de tradición histórica y de fe cristiana.

El conflicto de las Malvinas ha servido para revivir un concepto de unidad que parecía adormecido. Como nunca, la integración con nuestros hermanos latinoamericanos debe realizarse ahora efectivamente dejando atrás vacilaciones y errores del pasado.

Nuestro destino como Nación se juega en el contexto de nuestro subcontinente. Se puede afirmar que una nueva y gran Nación latinoamericana está surgiendo a la iaz de la tierra desde las entrañas de este conflicto, significando el efecto menos querido por las grandes potencias quienes no nos podrán someter más a sus estrategias que buscan imponernos sus propios designios.

Para los argentinos, que tantas veces por mirar allende el atlántico nos olvidamos de nuestro destino andino, esta integración se ha convertido en un imperativo que no podemos desoír. El liderazgo de nuestro subcontinente americano —que los hermanos latinoamericanos tantas veces han esperado que asumiéramos en plenitud— debe servir para proyectar, a partir del mismo y de la nueva realidad geopolítica que ello establece, una política internacional independiente de los dos grandes bloques que se repartieron el mundo a partir de Yalta y destinada a conformar con los países del Tercer Mundo una unión en que la similitud de intereses perfile una acción común en el concierto de naciones.

Justicia social

Un estado que se dice cristiano no puede aceptar la existencia de las injusticias sociales de los sistemas liberales ni las formas opresoras de un estado comunista. Es indubitable el deber de ética social que tiene el Estado de preservar los derechos que posee todo hombre de tener los medios que le aseguren el goce de sus derechos sociales: derecho a la educación, a la vivienda, a la salud, a la recreación, a sindicalizarse y al desarrollo de su persona en lo cultural, espiritual y religioso.

Junto con esto, es necesario avanzar hacia formas sociales que más allá de asegurar al trabajador

una justa retribución, impliquen una desconcentración del poder económico. Será para ello menester imaginar y poner en práctica medidas tales como: sistemas de participación de los trabajadores en la gestión empresaria, la promoción del cooperativismo en todas sus formas, la participación sindical en las empresas del Estado, etc., buscando la efectiva vigencia de la justicia social en una sociedad auténticamente pluralista y en el marco de un *proceso de socialización*, entendido como un progresivo multiplicarse de las relaciones de convivencia en una lógica búsqueda de los seres humanos de asociarse para el logro de aquellos objetivos que superan la capacidad y los medios que para ese fin puedan obtener los individuos aisladamente, "es al mismo tiempo reflejo y causa de una creciente intervención de los poderes públicos" *(Mater et Magistra)*. Este proceso de socialización —por otra parte, signo de los tiempos— es el que mejor defiende e interpreta esa síntesis vital para el hombre de justicia y libertad.

Revalorización de nuestras raíces culturales

La cultura entendida como la forma particular con que un pueblo se relaciona con Dios, con la naturaleza y entre sus integrantes, abarca la totalidad de la vida de ese pueblo. Comprende entonces las costumbres, la lengua y sus instituciones que forman el tejido social.

La cultura se va transformando durante la vida de los pueblos en un proceso dinámico por la acción de los hombres que las reciben, las modifican y las transmiten. En la medida que otras culturas dominantes impiden este normal proceso de transformación y transmisión, incluyendo valores o desvalores que no son propios u originarios de la cultura

sometida, se produce un *proceso de colonización cultural* que Argentina y Latinoamérica conocen en carne propia.

Nuestra raíz cultural tiene su origen en la simbiosis de las culturas indígenas e hispánica a través del mestizaje racial. Se agrega hacia fines del siglo pasado y principios de éste la vertiente atlántica de las corrientes inmigratorias, que aportan sus propias modalidades culturales y se integran rápidamente en el sustrato cultural existente de profunda raíz católica, lo que le permite resistir con éxito los intentos de descristianizarla.

Durante mucho tiempo y en forma renovada en la actualidad se ha intentado crear en el hombre argentino un sentimiento de desvalor por sus raíces indohispanoamericana y católica, oponiéndole como contramodelo el materialismo utilitarista anglonorteamericano.

Ha llegado el momento de volver a insuflar al argentino común: fe en sus fuerzas y capacidades, mediante las cuales es posible forjar un destino mejor; orgullo por sus orígenes y sus creencias que han hecho posible un estilo de vida basado en la solidaridad, la amistad y la familia; rechazo por una civilización de consumo donde el hedonismo se eleva al carácter de bien supremo; convencimiento de que la denigración de nuestra forma de ser tiene sólo por objeto someternos a dependencias inaceptables.

Conscientes de que "la cultura otorga a la Nación su propio ser, su propia identidad y así una soberanía fundamental" (Juan Pablo II, UNESCO, 2 de junio de 1980), los socialcristianos otorgamos a la defensa de nuestro acervo cultural prioritaria importancia, seguros de que por medio de su revalorización lograremos el fortalecimiento de las fuerzas espirituales de nuestro pueblo, tan necesario para superar la honda crisis que vivimos.

Esta es, en grandes líneas, la Argentina que entrevemos y a la cual nos proponemos servir; este libro fue pensado como una herramienta útil a su servicio.

A los jóvenes argentinos

Ustedes, jóvenes argentinos que ayer lucharon por la patria; ustedes, que ayer sólo por ser jóvenes fueron perseguidos sospechosos de subversión y su existencia se tornó riesgosa; ustedes, que tuvieron prohibido el ejercicio del pensamiento; ustedes, que votaron una sola vez, en 1973, y luego se los alejó de la política con decretos de acción sicológica: todos ustedes significan el 50 % o más de los electores potenciales de nuestro país; todos ustedes se han endurecido viviendo circunstancias que las generaciones anteriores no habíamos conocido a esa edad.

Hoy vuelven a leer los diarios e interesarse por los destinos del país, por el presente y por el futuro. Es necesario que rechacen cualquier tentación de indiferencia, se informen y se dispongan a actuar. Tienen un lugar en la lucha por la liberación nacional; ustedes deben ser los principales protagonistas de ella.

Les ofrecemos estas banderas de justicia social, de redención del hombre argentino, de liberación de la Patria. Asúmanlas en plenitud, propónganse seguirlas, conviértanse en privilegiados abanderados de ellas. Las condiciones están dadas para el triunfo final, las expectativas creadas. Seamos entre todos capaces de concretar esta Argentina nacional, popular, justa, libre y solidaria, que todos anhelamos.

PUNTO FINAL

Dijimos al principio, trayendo a relación palabras de Ernesto Palacio, que la historia argentina era una historia falsificada.

Y decimos que es dos veces falsificada: Primero porque se encubre, a través de la visión de los vencedores de Caseros y sus herederos, quienes escribieron la versión oficial de ella, su conflicto básico: la lucha —aún inconclusa— entre la Argentina dependiente y colonizada y la Argentina autónoma y liberada.

Segundo, porque el pueblo es el gran ausente de la historia oficial, como si no hubiera existido, cuando sabemos que redimido o esclavizado; protagonista, espectador o víctima, fue y será siempre el verdadero motor de la historia.

Desenmascarar esa falsificación debe ser una tarea a realizar con prisa y sin pausa si queremos inyectar fe a nuestros compatriotas en el futuro nacional, fe en una Patria redimida, fe en una Patria que debe dolernos *como una herida abierta* —como dice el poeta— para que ese dolor nos mantenga en una constante vigilia de amor, de entrega, de rebeldía ante la traición, la injusticia o el olvido en una búsqueda permanente de la verdad histórica que fundamente e impulse nuestra búsqueda y nuestra lucha por la libertad y la justicia. Libertad y justicia, síntesis que debemos hallar los

argentinos para asegurar un futuro de dignidad a nuestros hijos.

Este libro fue pensado y escrito como un modesto aporte a esa lucha y a esa búsqueda. Lucha y búsqueda que demandarán un continuo esfuerzo y no poco tiempo. Por ello, nos sentiríamos felices si en el momento en que Dios nos llame a su seno a rendir cuentas de nuestro paso por la vida temporal y cuando, como el profeta, interroguemos al centinela diciéndole: "¡Centinela, centinela! ¿Qué pasa? ¿Qué ves, centinela?", éste nos respondiera: "Ha llegado la aurora".

BIBLIOGRAFIA

Bruno, Cayetano: *Historia Argentina* (Ed. Don Bosco), 1977.

Burgin, Miron: *Aspectos económicos del federalismo argentino* (Ed. Hachette), 1979.

Busaniche, José L.: *Juan Manuel de Rosas* (Ed. Theoría), 1980.

Cantón, Darío: *La política de los militares argentinos, 1900-1971* (Ed. Siglo **XXI**), 1971.

Cárdenas, Gonzalo H.: *Las luchas civiles contra la dependencia. Historia social argentina* (Ed. Macchi), 1974.

Chávez, Fermín: *Correspondencia de Juan Manuel de Rosas y San Martín* (Ed. Theoría), 1975.

—— *Alberdi y el mitrismo* (Ed. La Siringa), 1961.

D'Amico, Carlos: *Buenos Aires: sus hombres, su política* (Ed. Americana), 1967.

Díaz Araujo: *La Conspiración del 43* (Ed. La Bastilla), 1971.

Di Tella, Torcuato S.; Gino Germani y Jorge Graciarena: *Argentina, sociedad de masas* (Ed. Eudeba), 1965.

Eggers Lan, Conrado: *Izquierda, peronismo y socialismo nacional* (Ed. Búsqueda), 1972.

Eroles, Carlos: *Los desafíos de Puebla* (Ed. Paulinas), 1980.

Estrada, José Manuel: *Discursos* (Ed. Estrada), 1946.

Ferla, Salvador: *Historia argentina con humor* (Ed. Peña y Lilo), 1981.

Ferns, H. S.: *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XX* (Ed. Hachette), 1968.

Ferrer, Aldo: *La economía argentina* (Ed. Fondo Cultura Económica), 1965.

Gálvez, Manuel: *Vida de Hipólito Yrigoyen* (Ed. Eudeba), 1973.

Giberti, H. C. E.: *Historia económica de la ganadería argentina* (Ed. Hachette), 1970.

Grimberg, Carl: *Historia universal Diamon*, tomos 7 y 8 (Ed. Diamond), Barcelona, 1967.

Hernández Arregui, J. J.: *La formación de la conciencia nacional* (Ed. Plus Ultra), 1973.

Ibarguren, Carlos: *Juan Manuel de Rosas: su vida, su drama, su tiempo* (Ed. Theoría), 1972.

Jauretche, Arturo: *El medio pelo en la sociedad argentina* (Ed. Peña y Lilo), 1967.

—— *Política y economía* (Ed. Peña y Lilo), 1981.

Jorge, Eduardo E.: *Industria y concentración económica* (Ed. Siglo XXI), 1973.

Lanusse, Alejandro: *Mi testimonio* (Ed. Laserre), 1977.

Luna, Félix: *El 45* (Ed. Jorge Alvarez), 1969.

—— *Ortiz, reportaje a la Argentina opulenta* (Ed. Sudamericana), 1979.

—— *Argentina, de Perón a Lanusse* (El Planeta), 1982.

Methol, F. Alberto: *Marco histórico de la Iglesia latinoamericana.*

Mousnuer, Roland: *Historia general de la Civilización*, tomos 4-5-6. (Ed. Destino), Barcelona, 1974.

Munillas, O. Gil: *El Río de la Plata en la política internacional. Génesis del Virreinato* (Ed. Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla), 1949.

Ortega Peña, Raúl; y E. Duhalde: *El asesinato de Dorrego* (Ed. Peña y Lilo), 1965.

Ortiz, Ricardo: *Historia económica de la Argentina* (Ed. Plus Ultra), 1978.

Palacio, Ernesto: *Historia argentina* (Ed. Peña y Lilo), 1968.

Parera, Ricardo: *Democracia Cristiana en la Argentina* (Ed. Nahuel), 1969.

Perón, Juan Domingo: *Conducción política* (Ed. Freeland), 1971.

Potash, Robert: *El ejercicio y la política argentina*, dos tomos (Ed. Sudamericana), 1971 y 1981.

Puiggrós, Rodolfo: *Los caudillos de la Revolución de Mayo* (Ed. Corregidor), 1971.

—— *El yrigoyenismo* (Ed. Corregidor), 1965.

—— *Historia crítica de los partidos políticos* (Ed. Argumentos), 1956.

Ramos, Abelardo: *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, tomos I y II (Ed. del Mar Dulce), 1970.

Randall, John: *La formación del pensamiento moderno* (Ed. Mariano Moreno), 1981.

Rosa, José María: *Historia argentina* (Ed. Oriente), 1973.

Roth, Roberto: *Los años de Onganía* (Ed. La Campana), 1981.

Rouquié, Alain: *Poder militar y sociedad política en la Argentina (1943-1973)*, dos tomos (Ed. Emece), 1982.

Sáenz, Pablo R.: *El espacio político argentino* (Ed. Pleamar), 1976.

Saldías, Adolfo: *Historia de la Confederación Argentina* (Ed. Eudeba), 1973.

Scalabrini Ortiz, Raúl: *Bases para la Reconstrucción Nacional*, 1965.

—— *Yrigoyen y Perón* (Ed. Plus Ultra), 1972.

—— *Política británica en el Río de la Plata* (Ed. Plus Ultra), 1973.

—— *Historia de los ferrocarriles argentinos* (Ed. Plus Ultra), 1971.

Sommi, Luis: *La Revolución del Noventa* (Ed. Monteagudo), 1948.

Publicaciones y documentos

Colección de la revista TODO ES HISTORIA.

Colección de DIARIOS de la época.

INDICE

Pág.

PROLOGO 7

EL POR QUE DE ESTE LIBRO 11

Capítulo I
LAS DOS ARGENTINAS 15

Fundamentos filosóficos de ambas líneas 17

Capítulo II
LA FORMACION DE LA BURGUESIA COMERCIAL 21

Esplendor y ocaso de España 21
La fundación de la Colonia del Sacramento 24
Los portugueses en Buenos Aires 25
El contrabando 26
Se crea el Virreinato 28

Capítulo III
EL IMPERIO INGLES A LA CONQUISTA
DEL RIO DE LA PLATA 31

El crecimiento económico de Buenos Aires 32
Las invasiones inglesas. Nacen las dos Argentinas .. 35

Capítulo IV
"UNA NUEVA Y GLORIOSA NACION" 38

La revolución sin rumbo fijo 42
El proyecto liberal en marcha: Rivadavia en el Poder 44
San Martín derrota a Rivadavia, pero el proyecto
liberal sigue su marcha 48

Pág.

Artigas: Primera expresión del movimiento nacional y popular 50
Artigas: El héroe rioplatense 51
Artigas proclama la independencia 55
Política económica del Protector de los pueblos libres 56
Por fin la independencia 56
Los portugueses otra vez en la Banda Oriental. El fin de Artigas 58
Rivadavia vuelve al Poder 60
Los orientales quieren seguir siendo argentinos 64
Rivadavia Presidente 65
Y los orientales no pudieron ser argentinos 68
El crimen más alevoso de nuestra historia 69

Capítulo V
LA ARGENTINA COMIENZA A SER UNA PATRIA 72

Primer gobierno de Rosas 73
Rosas espera su turno 76
La Argentina nacional y popular al poder 78
La Confederación Argentina 79
El modelo económico 80
Rosas termina con la ley de enfiteusis 82
La generación del 37 equivoca el rumbo 84
La Confederación Argentina lucha contra la dependencia 86
La tercera invasión inglesa, pero ahora en compañía 88
La libre navegación de los ríos 89
Los unitarios piden la intervención 90
La Vuelta de Obligado. Cuando los argentinos no sabían de arrugues 91
Caseros: Una derrota argentina 94
Rosas: Su valoración 98

Capítulo VI
EL TRIUNFO DE LA ARGENTINA LIBERAL Y LA CONSOLIDACION DE LA INDEPENDENCIA ... 101

El Brasil cobra su cuenta 101
La restauración liberal 103
La Triple Alianza o el genocidio de un pueblo 108
El modelo agroexportador dependiente 111
Los ferrocarriles británicos 112
Teníamos ferrocarriles, ¿por qué no explotamos nuestro carbón? 114
La subordinación cultural 117

Pág.

Capítulo VII
SE FORMA LA ARGENTINA OLIGARQUICA. LA GENERACION DEL 80 Y SU PROYECTO 119

Características de la generación del 80 120
La inmigración 122
El Proyecto del 80 124
El roquismo 128
El intento de suplantación cultural y el conflicto con la Iglesia 130
Las inversiones extranjeras 132
El gobierno de Juárez Celman 134
La crisis del 90 136
El unicato 141
Comienza la crisis 142
La Revolución del 90 146
La renuncia de Juárez Celman. Presidencia de Pellegrini 151
Nace la Unión Cívica Radical 154

Capítulo VIII
LA LENTA AGONIA DEL REGIMEN OLIGARQUICO 157

Esplendor y ocaso de la oligarquía terrateniente 157
La expansión agropecuaria y la distribución del ingreso 158
Se gesta la resurrección de la Argentina nacional y popular 161
La ley electoral. El voto secreto y obligatorio. El fin del régimen 171

Capítulo IX
LA ARGENTINA NACIONAL Y POPULAR TIENE NUEVO ROSTRO: HIPOLITO YRIGOYEN 174

El hombre 175
Sus ideas 177
Gobierna Yrigoyen. La Argentina nacional y popular otra vez en el poder 180
El régimen no se rinde 183
La neutralidad 184
Su fe hispanoamericana 186
Nuevo triunfo diplomático 188
Su política económica 191
Los conflictos obreros 192
La izquierda c Yrigoyen 197

Pág.

Lisandro de la Torre, tenaz opositor. Un liberal confundido 199
El yrigoyenismo y el Partido Radical 202
El intermedio alvearista 204
Yrigoyenistas contra alvearistas 206
Yrigoyen vuelve al poder 210
Petróleo para los argentinos 212
El fin del yrigoyenismo 214

Capítulo X
LA SEGUNDA RESTAURACION LIBERAL (1930-1945) 217

Los militares interrumpen nuestra vida institucional 219
Comienza la inestabilidad institucional: 6 de setiembre de 1930 224
La presidencia de Uriburu 228
Retorna la Argentina liberal. Gobierna Justo. Se consolida la dependencia 233
La política económica de Justo 235
El tratado Roca-Runciman 236
La creación del Banco Central 238
La Corporación de Transportes 241
Otros aspectos del sometimiento económico: Las concesiones eléctricas 243
El petróleo 246
FORJA: Un bastión en la lucha por la emancipación nacional 248
Radicalismo versus yrigoyenismo 250
Ortiz intenta su reivindicación histórica 253
Y todo quedó como estaba 255
El principio del fin de la década infame 258
Se crea el GOU 259

Capítulo XI
UN DIA COMO OTROS, DISTINTO A TODOS 262

La revolución del 4 de junio de 1943 262
Surge Perón 264
El año 1945 266
La labor de la Secretaría de Trabajo y Previsión .. 268
Prolegómenos del 17 de octubre. Llega Spruille Braden 272
El 17 de octubre de 1945 274
La reunión del Consejo Confederal de la CGT 281
Las masas populares irrumpen en la historia nacional 282

Pág.
Una historia como hubo muchas 285
Perón presidente 286

Capítulo XII
SIN GALERA Y SIN BASTON, ES EL PUEBLO DE PERON 290

En lo económico 293
Los contratos petroleros 301
La dignificación de los descamisados 303
Evita 305
La política internacional 307
Una Constitución más social 308
Un gobierno autocrático 310
El enfrentamiento con la Iglesia 313
Méndez San Martín, Teissaire y Borlenghi: tres nombres para la conjura 314
Creación del Partido Demócrata Cristiano 316
La acción de Teissaire 318
Causas posibles del enfrentamiento con la Iglesia .. 324
El fin del gobierno peronista 328

Capítulo XIII
LA REVANCHA LIBERAL 333

Echan a Lonardi 334
Llegan los gorilas 336
Otra vez el proyecto de la dependencia 337
Las tablas de sangre de los libertadores 339
Una democracia de minorías 340

Capítulo XIV
AÑOS DE CAOS 345

Su política económica 345
Los contratos petroleros de Frondizi 347
La situación social 349
Política internacional 351
Su caída 352
Casi una guerra civil 354
Azules y colorados 356
En busca de un peronismo sin Perón 358

Capítulo XV
DECIAMOS AYER... 361

Los azules a la conquista del poder 364
Los militares arrojan del poder a Illia 366

Capítulo XVI
GOBIERNA LA TECNOCRACIA. SE INCUBA LA SUBVERSION 369

Los nacionalistas terminan siempre copados por los liberales 371
Comienza la subversión. El cordobazo 372
Jaque al rey 375
Un desconocido llamado Levingston 377
Lanusse versus Perón 379

Capítulo XVII
¡ADIOS, COMPAÑEROS! 384

Gobierna Cámpora. La subversión contra el pueblo .. 384
Perón presidente. El gobierno popular encauza el rumbo 388
La concertación, base del proyecto económico y social 391
Un discurso esclarecedor 394
La muerte corta un diálogo de treinta años 397
La desintegración del movimiento nacional. La vuelta del liberalismo 400

Capítulo XVIII
APORTES PARA UN NUEVO PROYECTO NACIONAL 403

El respeto a las minorías liberales 403
El futuro del movimiento nacional 405
Una propuesta socialcristiana para una Argentina libre y justa 407
La Argentina que queremos los socialcristianos 409
Democracia pluralista y participativa 412
Desarrollo autónomo 412
Integración latinoamericana 413
Justicia social 414
Revalorización de nuestras raíces culturales 415
A los jóvenes argentinos 417

PUNTO FINAL 418

BIBLIOGRAFIA 421

Se terminó de imprimir
en julio de 1983
en los talleres
del Instituto Salesiano
de Artes Gráficas
(ISAG),
Don Bosco 4053
Buenos Aires, República Argentina